SAN PEDRO CRISÓLOGO

Sermones de san Pedro Crisólogo

Sermones

TOMO II · III

SABBATISMUS

San Pedro Crisólogo (c. 380–c. 450)
Sermones · Sermones de san Pedro Crisólogo

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Edición bilingüe frente a frente: latín en las páginas pares, español en las impares.
Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Índice

Sermón LVI. 7
Sermón LVII. 11
Sermón LVIII. 19
Sermón LIX. 23
Sermón LX. 29
Sermón LXI. 37
Sermón LXII. 43
Sermón LXIII. 53
Sermón LXIV. 61
Sermón LXV. 67
Sermón LXVI. 75
Sermón LXVII. 83
Sermón LXVIII. 89
Sermón LXIX. 97
Sermón LXX. 103
Sermón LXXI. 109
Sermón LXXII. 117
Sermón LXXIII. 123
Sermón LXXIV. 127
Sermón LXXV. 133
Sermón LXXVI. 139
Sermón LXXVII. 145
Sermón LXXVIII. 151
Sermón LXXIX. 157
Sermón LXXX. 163
Sermón LXXXI. 169
Sermón LXXXII. 175
Sermón LXXXIII. 181
Sermón LXXXIV. 187
Sermón LXXXV. 195
Sermón LXXXVI. 199
Sermón LXXXVII. 205
Sermón LXXXVIII. 211
Sermón LXXXIX. 217
Sermón XC. 223
Sermón XCI. 229
Sermón XCII. 235
Sermón XCIII. 239
Sermón XCIV. 245
Sermón XCV. 251
Sermón XCVI. 257
Sermón XCVII. 263
Sermón XCVIII. 269
Sermón XCIX. 275

Sermón C. 281
Sermón CI. 285
Sermón CII. 293
Sermón CIII. 299
Sermón CIV. 305
Sermón CV. 311
Sermón CVI. 317

Sermo LVI.

De symbolo apostolorum

Sollicitaret me acerbi partus subita et confusa tempestas, et immatura germinum me pullulamenta turbarent, nisi crebro disruptis temporum moris, et rudi latrocinio, et effractis viscerum claustris, repentina vivendi lucra quaererent et raperent nascituri. Hinc est quod homo saepe mensis decimi despiciens terminum, septimo mense angustas primae domus et arctas uteri abjicit et deserit mansiones, ut praeliator novus ante se tempus evicisse gaudeat quam dependat ipse suam temporibus servitutem.

Et si hoc humanae licet naturae, naturae coelesti quid obsistere poterit et divinae? Aut quid sanctus Spiritus non potest, si hoc potest caro? Aut quomodo gratia superna non efficit, quod fragilitas obtinet, et implet humana? Nonne sic Paulus acerbo dolore viam nostrae vexavit, et viscera genitricis, ut coelesti turbine, ac tota tempestate Ecclesiae praeveniret tempora parientis, ut subito, et in via nasceretur, qui erat ad fidem viam gentibus praebiturus? Merito se abortivum nuncupat, et miratur se fuisse natum, qui novit se nulla conceptus tempora pertulisse. Namque cum adhuc hostis ipse caederet extrinsecus sanctae matris uterum, et in ipso ortu pignora veneranda collideret, repente sanctum mutatur in germen, qui ipsius germinis fuerat ferocissimus persecutor. Eunuchus etiam generatur in via. Ut quem castraverat humana temeritas ad hominis servitutem, et intra regis aulam invita castitas collocarat, voluntaria castitas, et votiva ad coelestis aulae gloriam, ad aeterni regis promoveret et transferret obsequium. Beatus iste cui datum est ut palatii infulas non amitteret, sed mutaret.

Sermón LVI.

Sobre el Símbolo de los apóstoles

Me inquietaría la súbita y confusa tempestad de un parto prematuro, y me turbarían los brotes inmaduros de los vástagos, si no fuera porque con frecuencia, rotas las demoras de los tiempos, con un rudo latrocinio y quebrados los cerrojos de las entrañas, los que van a nacer buscan y arrebatan las repentinas ganancias del vivir. De ahí que el hombre, despreciando a menudo el término del décimo mes, al séptimo mes abandona y deserta las angostas moradas de su primera casa, las estrechas moradas del útero, para que, nuevo combatiente, se alegre de haber vencido al tiempo antes de pagar él mismo su servidumbre a los tiempos.

Y si esto le es lícito a la naturaleza humana, ¿qué podrá oponerse a la naturaleza celestial y divina? ¿O qué no puede el Espíritu Santo, si esto lo puede la carne? ¿O cómo no realiza la gracia de lo alto lo que la fragilidad humana obtiene y cumple? ¿No turbó así Pablo con amargo dolor el camino y las entrañas de nuestra progenitora, de modo que, con un torbellino celestial y con toda la tempestad, se adelantó a los tiempos de la Iglesia que lo daba a luz, para nacer de repente y en el camino (Hch 9,3), él que había de ofrecer a los gentiles el camino hacia la fe? Con razón se llama a sí mismo abortivo (1 Cor 15,8), y se maravilla de haber nacido, él que sabe que no soportó ningún tiempo de concepción. Pues mientras él mismo, enemigo todavía, golpeaba desde fuera el seno de la santa madre y estrellaba en su mismo nacimiento a sus venerables hijos, de repente se cambia en santo vástago el que había sido el más feroz perseguidor de ese mismo vástago. También el eunuco es engendrado en el camino (Hch 8,36-38). Para que a aquel a quien la temeridad humana había castrado para servidumbre de un hombre, y a quien una castidad forzada había colocado dentro del palacio de un rey, una castidad voluntaria y votiva lo promoviera y trasladara a la gloria del palacio celestial, al servicio del Rey eterno. Bienaventurado este, a quien se concedió no perder las ínfulas del palacio, sino cambiarlas.

Haec dicit ratio, filioli, ut vos quos tristes suscepimus ad matris uterum, laetissimos perducamus uno eodemque momento. Audite fidem, orationem discite. Sed quia, impediente tempore, nec nos vobis possumus aperire mysterium, nec vos nobis potestis solemniter reddere quae traduntur, agite ut et nunc symboli simpliciter verba discatis, et paschali tempore quo plenius haec traduntur, sacramenti ipsius interiora possitis agnoscere. Accipite quod vultis, quod desideratis invadite, quia regnum coelorum vim patitur, et qui vim faciunt diripiunt illud. Accipite quod vultis; et quod vis potest tollere, gratia largiatur.

Ingressus vitae, janua salutis, introitus fidei, singularis, innocens et pura confessio perdocetur, dicente propheta: Intrate portas ejus in confessione. Unde idem propheta taliter admonitus, Dei in se loquentis aditum domorum postulat, dicens: Aperite mihi portas justitiae, et ingressus in eas confitebor Domino. Videtis quia non potest confiteri, qui non fuerit ingressus hanc domum salutis et fidei, in quam sicut intromittit confessio, ita negatio de ea indubitanter excludit. Sed quomodo confitendum sit audiamus. Corde, inquit Apostolus, creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem. Et quid crederetur ostendit. Si credis, inquit, Dominum Jesum in corde tuo, et ore confessus fueris, salvus eris. Corde creditur ad justitiam, ore confessio fit ad salutem. Magnum, filioli, per hoc fidei nostrae videmus esse compendium, quando inter cor et linguam totum salutis humanae versatur et geritur sacramentum. Habes homo unde credere debeas, corde creditur ad justitiam; habes unde debeas confiteri, ore confessio fit ad salutem. Et quid dicam? Totum in se habet homo, qui se habet; ipse autem se habet, qui Deum habet; Deum vero habet, qui eum suum credit, et confitetur auctorem.

Signate vos. Fides quae capitur auditu, corde creditur, ore promitur ad salutem, in secreto mentis est collocanda: et ipsis est nostri pectoris committenda vitalibus, ne dum chartis, et atramento describitur incaute, non reservetur credulis ad vitam, sed prodatur perfidis ad ruinam. In te, homo, custodire debes, quod tibi extra te positum poterit deperire.

Esto dice la razón, hijitos: que a vosotros, a quienes recibimos tristes en el seno de la madre, os llevemos a término alegrísimos en un mismo y único momento. Escuchad la fe, aprended la oración. Pero como, por impedirlo el tiempo, ni nosotros podemos abriros el misterio, ni vosotros podéis devolvernos solemnemente lo que se entrega, procurad aprender ahora con sencillez las palabras del Símbolo, y en el tiempo pascual, en que estas cosas se entregan más plenamente, podáis conocer lo interior del sacramento mismo. Tomad lo que queréis, invadid lo que deseáis, porque el reino de los cielos padece violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Mt 11,12). Tomad lo que queréis; y lo que la fuerza puede arrebatar, otórguelo la gracia.

Se enseña a fondo que el ingreso de la vida, la puerta de la salvación, la entrada de la fe, es una confesión singular, inocente y pura, como dice el Profeta: Entrad por sus puertas en confesión (Sal 100,4). De ahí que el mismo Profeta, así advertido, pide la entrada a las casas de Dios, que hablaba en él, diciendo: Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas confesaré al Señor (Sal 118,19). Veis que no puede confesar quien no haya entrado en esta casa de la salvación y de la fe, en la cual, así como la confesión introduce, así la negación sin duda excluye de ella. Pero oigamos cómo hay que confesar. Con el corazón, dice el Apóstol, se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salvación (Rom 10,10). Y mostró qué se había de creer. Si crees, dice, al Señor Jesús en tu corazón, y lo has confesado con tu boca, serás salvo (Rom 10,9). Con el corazón se cree para la justicia, con la boca se hace la confesión para la salvación. Grande, hijitos, vemos que es por esto el atajo de nuestra fe, ya que entre el corazón y la lengua se mueve y se realiza todo el misterio de la salvación humana. Tienes, hombre, de dónde debes creer: con el corazón se cree para la justicia; tienes de dónde debes confesar: con la boca se hace la confesión para la salvación. ¿Y qué diré? Lo tiene todo en sí el hombre que se tiene a sí mismo; y se tiene a sí mismo quien tiene a Dios; y tiene a Dios quien lo cree suyo y lo confiesa su autor.

Signaos. La fe que se recibe por el oído, se cree con el corazón, se profiere con la boca para la salvación, ha de colocarse en lo secreto de la mente, y ha de confiarse a las entrañas mismas de nuestro pecho, no sea que, al escribirse incautamente en papel y con tinta, no se reserve para los creyentes para la vida, sino que se entregue a los incrédulos para la ruina. En ti, hombre, debes custodiar lo que, puesto fuera de ti, podría perdérsete.

Sermo LVII.

In symbolum apostolorum

Beatus Isaias, evangelista non minus quam Propheta, immunda labia se habere et in medio populi habentis labia immunda se habitare deplorat, dicens: O miser ego, quoniam compunctus sum, quia cum sim homo, et immunda labia habeam, in medio quoque populi habentis labia immunda ego habitem, regem Dominum Sabaoth vidi oculis meis. Super humano percellitur hic dolore, quia quod de Deo sentit et videt, loqui non valet, annuntiare non potest, non potest confiteri. Quantum caro angusta est, animo suo arcta sunt labia tantum, lingua tantum brevis est suae mentis interpres. In carne ignis anhelat inclusus, vaporat venas, inflammat viscera, exaestuat in medullis, totaque hominis interna semper incendit, quia quod mentis contemplatur affectu, ore depromere, effundere labiis, lingua distinguere, et in totum non sufficit evaporare sermonem. Hinc est quod Isaias, ubi vidit regem coeli, hoc est Christum, ipsumque esse Dominum Sabaoth, clara visione conspexit, sua suique populi labia immunda deflevit; quia sicut illustrat corda, purgat ora, labia emundat Christi confessa divinitas, ita Christi polluit negata majestas. Sed quid iste profecerit prophetae gemitus audiamus. Et missus est, inquit, ad me unus de seraphim, qui in manu habebat carbonem, quem forcipe tulerat de altari, et tetigit os meum, dicens: Ecce hoc tetigit labia tua, et abstulit iniquitates, et peccata circumpurgavit.

Non est hujus temporis dicere cur unus mittitur, et quis sit iste qui mittitur, et quantus est qui carbonem superni ignis sic manu gestat intrepidus, immo sic suo temperat attactu, ut prophetae purget labia, non perurat; sed nunc nos etiam toto cordis compungamur affectu, nosque in hac miseria carnis miseros esse fateamur, immunda quoque labia nos habere piis gemitibus defleamus, ut unus iste de seraphim legis gratiae forcipe, acceptum de superno altari nobis ignitum fidei deferat sacramentum, talique moderamine nostrorum tangat ora labiorum, ut iniquitates auferat, peccata depurget, et ora nostra sic in flammam plenae confessionis accendat, ut sit ista salutis adustio, non doloris.

Sermón LVII.

Sobre el Símbolo de los apóstoles

El bienaventurado Isaías, no menos evangelista que profeta, deplora tener labios impuros y habitar en medio de un pueblo que tiene labios impuros, diciendo: Oh miserable de mí, porque estoy compungido, porque, siendo hombre y teniendo labios impuros, y habitando también en medio de un pueblo que tiene labios impuros, he visto con mis ojos al rey, el Señor Sabaot (Is 6,5). Es abatido por un dolor sobrehumano, porque lo que siente y ve de Dios no es capaz de decirlo, no puede anunciarlo, no puede confesarlo. Cuan estrecha es la carne, tan angostos son los labios para su ánimo, tan breve es la lengua como intérprete de su mente. En la carne jadea un fuego encerrado, humea por las venas, inflama las entrañas, hierve en los tuétanos, y enciende siempre todo el interior del hombre, porque lo que contempla con el afecto de la mente no alcanza a sacarlo con la boca, derramarlo con los labios, articularlo con la lengua y exhalarlo por entero en palabras. De ahí que Isaías, cuando vio al rey del cielo, esto es, a Cristo, y contempló en clara visión que él es el Señor Sabaot, lloró por impuros sus labios y los de su pueblo; porque así como la divinidad de Cristo confesada ilumina los corazones, purifica las bocas, limpia los labios, así la majestad de Cristo negada los mancha. Pero oigamos qué logró este gemido del profeta. Y fue enviado, dice, a mí uno de los serafines, que tenía en la mano un carbón que había tomado con unas tenazas del altar, y tocó mi boca, diciendo: He aquí que esto ha tocado tus labios, y ha quitado las iniquidades, y ha purificado en torno los pecados (Is 6,6-7).

No es este el momento de decir por qué es enviado uno, y quién es este que es enviado, y cuán grande es el que lleva así intrépido en la mano el carbón del fuego celestial, o más bien lo templa de tal modo con su contacto que purifica los labios del profeta sin abrasarlos; pero ahora compungámonos también nosotros con todo el afecto del corazón, y reconozcamos que somos miserables en esta miseria de la carne, y lloremos con piadosos gemidos que también nosotros tenemos labios impuros, para que este uno de los serafines, con las tenazas de la ley de la gracia, nos traiga el ígneo misterio de la fe tomado del altar de lo alto, y toque las bocas de nuestros labios con tal moderación que quite las iniquidades, purifique los pecados, y encienda así nuestras bocas en la llama de una plena confesión, que sea esta una quemadura de salvación, no de dolor.

Petamus etiam, ut ad corda usque nostra perveniat calor iste carbonis, ut de tanta suavitate mysterii, non solum labiis gustum, sed ipsis totam satietatem sensibus et mente capiamus; et sicut Isaias post emundationem labiorum ineffabilem partum Virginis est locutus, dicens: Ecce Virgo in utero accipiet, et pariet filium, sic nos passionis sacramentum et resurrectionis referamus gloriam: Credo in Deum Patrem omnipotentem.

In Deum vos hodie merito confitemini credidisse, quando deos deasque sexu dispares, numero confusos, turba populares, viles genere, fama turpes, impietate maximos, primos scelere, crimine singulares, ipsis etiam sepulcrorum suorum vultibus accusatos, laetamini vos fugisse; quia miseriae, doloris et infelicitatis est tantos et tales habuisse servulos, quantos vos et quales dominos hactenus pertulistis. Sed ad unum vivum, verum, solum, sed non solitarium Deum vos pervenisse gaudete, dicendo: Credo in Deum Patrem. Jam confiteatur Filium, qui nominat Patrem: quia qui vocari Pater, Pater dici voluit, habere se Filium clementer ostendit, quem non accepit ex tempore, non genuit in tempore, non suscepit ad tempus. Divinitas nec initium capit, nec recipit finem, nec admittit posterum, quae non agnoscit occasum. Deus Filium non doloribus parturit, sed virtutibus esse manifestat; nec praeter se facit quod ex se est, sed generat; dumque in se est, aperit et revelat. De Patre processit Filius, non recessit; nec successurus patri prodivit ex Patre, sed prodivit mansurus semper in Patre. Audi Joannem dicentem: Hoc erat in principio. Et alibi: Quod fuit ab initio. Quod erat utique non accessit; quod fuit, apparet utique non coepisse. Ego sum, inquit, primus, et ego novissimus. Qui primus est, non est iste post alterum; qui novissimus, post se alterum non relinquit; sed ista cum dicit, non excludit Patrem, sed in se et Patre universa concludit.

Sed ad ea, quae sequuntur accedamus: Et in Christum Jesum Filium ejus unicum Dominum nostrum. Sicut reges triumphorum suorum titulis nuncupantur, et subjectarum gentium nominibus conquirunt numerosissima cognomenta; ita Christus bonorum suorum titulis nuncupatur: a chrismate enim vocatus est Christus, qui divinitatis unguentum aridis jam mortalium membris pius medicator infudit; et ut a chrismate Christus, sic Jesus vocatus est a salute, qui ob hoc nos divino infudit unguento, ut aegris certam salutem, perditis perpetuam redderet sanitatem. Et in Christum Jesum Filium ejus unicum. Quia etsi sunt multi filii per gratiam, iste unus et singularis est per naturam. Dominum nostrum. Qui nos de tantorum, tam crudelium, tam turpium liberatos servitio dominorum, ut non ad conditionem pristinam vindicet, sed ut ad perpetuam libertatem manumittat, inquirit.

Pidamos también que el calor de este carbón llegue hasta nuestros corazones, para que de tan gran suavidad del misterio tomemos no solo el gusto en los labios, sino la saciedad completa en los sentidos mismos y en la mente; y así como Isaías, después de la purificación de los labios, habló del inefable parto de la Virgen, diciendo: He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo (Is 7,14), así nosotros refiramos el sacramento de la Pasión y la gloria de la resurrección: «Creo en Dios Padre omnipotente».

Con razón confesáis hoy haber creído en Dios, cuando os alegráis de haber huido de dioses y diosas desiguales en sexo, confusos en número, vulgares por su multitud, viles de linaje, torpes de fama, máximos en impiedad, primeros en maldad, singulares en crimen, acusados incluso por los rostros mismos de sus sepulcros; porque sería cosa de miseria, de dolor y de infortunio haber tenido como esclavillos a tantos y tales como los que hasta ahora habéis soportado como señores. Pero alegraos de haber llegado al único Dios, vivo, verdadero, solo, pero no solitario, diciendo: «Creo en Dios Padre». Confiese ya al Hijo quien nombra al Padre: porque el que quiso ser llamado Padre, ser dicho Padre, mostró en su clemencia que tiene un Hijo, a quien no recibió del tiempo, no engendró en el tiempo, no tomó por un tiempo. La divinidad ni toma comienzo, ni recibe fin, ni admite un sucesor, ella que no conoce ocaso. Dios no da a luz al Hijo con dolores, sino que con poderes manifiesta que existe; ni hace fuera de sí lo que es de sí, sino que engendra; y mientras está en sí, abre y revela. El Hijo procedió del Padre, no se retiró; ni salió del Padre para suceder a un padre, sino que salió para permanecer siempre en el Padre. Escucha a Juan que dice: Esto era en el principio (Jn 1,2). Y en otro lugar: Lo que fue desde el principio (1 Jn 1,1). Lo que «era» ciertamente no sobrevino; lo que «fue» se ve que ciertamente no comenzó. Yo soy, dice, el primero, y yo el último (Is 44,6). El que es primero no es posterior a otro; el que es último no deja a otro después de sí; pero cuando dice esto, no excluye al Padre, sino que en sí y en el Padre incluye todas las cosas.

Pero pasemos a lo que sigue: «Y en Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Así como los reyes son nombrados con los títulos de sus triunfos, y adquieren muchísimos sobrenombres con los nombres de los pueblos sometidos, así Cristo es nombrado con los títulos de sus beneficios: pues se llama Cristo por el crisma, él que, como piadoso sanador, infundió el ungüento de la divinidad en los miembros ya resecos de los mortales; y así como Cristo por el crisma, así se llamó Jesús por la salvación, él que nos infundió el ungüento divino para esto, para devolver a los enfermos una salvación segura, a los perdidos una salud perpetua. «Y en Cristo Jesús, su único Hijo». Porque, aunque son muchos los hijos por gracia, este es uno y único por naturaleza. «Nuestro Señor». Que nos busca, liberados de la servidumbre de tantos, tan crueles, tan torpes señores, no para reclamarnos a la condición anterior, sino para manumitirnos a una libertad perpetua.

Qui natus est de Spiritu sancto. Ita et taliter tibi nascitur Christus, donec tibi homo nascendi ordinem mutet, ut sit tibi novus ortus in vita, cui vetustus semper in morte manebat occasus. Qui natus est de Spiritu sancto ex Maria virgine. Ubi spiritus generat, virgo parturit, totum divinum geritur, nil humanum; nec ullus infirmitati locus est, ubi virtus est sociata virtuti. Soporatus est Adam, ut de viro virgo sumeretur; nunc stupuit Virgo, ut vir repararetur ex Virgine. Quid sibi de tanto, de tali partu natura poterit vindicare, ubi dum videt novari ordinem suum, tota sua conspicit jura mutari, venisse in suam sobolem suum sentit et miratur auctorem? Videatur hoc perfidis vile, magnum est credentibus sacramentum.

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est et sepultus. Audis judicis nomen, ut tempus etiam passionis agnoscas; audis crucifixum, ut nobis salutem perditam per quod perierat reparatam esse agnoscas, et ibi videas pendere credentium vitam, ubi mors pependerat perfidorum. Audis sepultum, ne mors putetur illusa. Hoc est divinae virtutis insigne, cum mors morte moritur, auctor mortis proprio mucrone truncatur, praedo capitur sua praeda, infernus vita dirumpitur deglutita.

Tertia die resurrexit a mortuis. Tres dies sepulturae suae tribus impendit Christus habitationibus profuturus, inferis, terrae, coelo; instauraturus quae in coelo sunt, et quae sunt reparaturus in terra, et quae apud inferos redempturus, simul ut Trinitatis gratiam tridui sacramento datam panderet hominibus ad salutem.

Ascendit in coelos. Ascendit, non ut se referret in coelum, qui semper mansit in coelo, sed ut te perferret, quem taliter vinctum absolvit et subtraxit inferno. Intellige unde, ubi, homo, per Deum sis levatus, ut esses in coelestibus stabilis, qui eras lubricus, ac semper nutabundus in terra. Sedet ad dexteram Patris. Sed suis Pater nil habet a sinistris. Confessio nostra non divini consessus loca, sed virtutis assignat indicia: Deus loca nescit, Divinitas recipit nil sinistrum.

Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Esto vivos, mortuos quemadmodum poterit judicare? Sed illi vivunt, qui nobis mortui computantur. Ergo resurrecturos eos confitemini ad judicium, quos infidelitas existimat deperiisse; ut qui mortui fuerint, et qui reperientur vivi, pariter suorum reddant actuum vitaeque rationem.

«Que nació del Espíritu Santo». Así y de tal manera nace para ti Cristo, hasta que cambie para ti, hombre, el orden del nacer, para que tengas un nuevo orto en la vida, tú para quien el viejo ocaso permanecía siempre en la muerte. «Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». Donde el Espíritu engendra, una virgen alumbra, todo lo que se obra es divino, nada humano; ni hay lugar alguno para la debilidad, donde el poder está asociado al poder. Adán fue adormecido para que del varón fuese tomada una virgen (Gn 2,21); ahora se pasmó la Virgen (Lc 1,29), para que el varón fuese reparado por la Virgen. ¿Qué podrá reivindicar para sí la naturaleza de tan grande, de tal parto, donde, mientras ve renovado su orden, contempla cambiados todos sus derechos, y siente y se admira de que su autor ha venido a su prole? Parezca esto vil a los incrédulos; para los creyentes es un gran misterio.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Oyes el nombre del juez, para que reconozcas también el tiempo de la Pasión; oyes «crucificado», para que reconozcas que la salvación perdida nos ha sido reparada por aquello por lo que había perecido, y veas colgar la vida de los creyentes allí donde había colgado la muerte de los incrédulos. Oyes «sepultado», para que no se piense que la muerte fue simulada. Esta es la insignia del poder divino: cuando la muerte muere por la muerte, el autor de la muerte es abatido con su propia espada, el ladrón es capturado por su propia presa, el infierno es reventado por la vida que se tragó.

«Al tercer día resucitó de entre los muertos». Los tres días de su sepultura los dedicó Cristo a tres moradas, para aprovecharles: los infiernos, la tierra, el cielo; para restaurar lo que está en el cielo, para reparar lo que está en la tierra, y para redimir lo que está en los infiernos, a fin de manifestar a la vez a los hombres, para su salvación, la gracia de la Trinidad dada en el misterio de los tres días.

«Subió a los cielos». Subió, no para llevarse de vuelta al cielo, él que siempre permaneció en el cielo, sino para llevarte a ti hasta allí, a quien, atado como estabas, desató y sustrajo al infierno. Entiende de dónde, adónde, hombre, has sido elevado por Dios, para que fueras estable en lo celestial, tú que eras resbaladizo y siempre vacilante en la tierra. «Está sentado a la derecha del Padre». Pero para los suyos el Padre no tiene nada a la izquierda. Nuestra confesión no asigna lugares en la sesión divina, sino señales de poder: Dios no conoce lugares, la Divinidad no admite nada a la izquierda.

«De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Concedido que a los vivos: ¿cómo podrá juzgar a los muertos? Pero viven aquellos que para nosotros se cuentan como muertos. Confesad, pues, que resucitarán para el juicio aquellos a quienes la infidelidad estima perecidos; para que los que hayan muerto y los que sean hallados vivos rindan por igual cuenta de sus actos y de su vida.

Credo in Spiritum sanctum. Postquam susceptae carnis confessus es sacramentum, oportet te deitatem spiritus confiteri, ut Trinitatis unitas aequa, Patris, Filii, sancti Spiritus per omnia, et in omnibus, virtutis integram fidei in nostra confessione custodiat et teneat veritatem. Sanctam Ecclesiam catholicam. Quia neque a capite membra, neque sponsa separatur a sponso: sed tum tali conjunctione spiritus fit unus, fit omnia, et in omnibus Deus. Ergo ipse in Deum credit, qui in Deum sanctam Ecclesiam confitetur.

Et remissionem peccatorum. Ipsi sibi donat veniam, qui sibi peccata per Christum remitti posse confidit. Carnis resurrectionem. Bene credis, si te per Deum credis resurgere ex morte posse, cui resurgunt semper elementa: sic tempus ex tempore, sic ex nocte dies, sic de sepultura sua semina. Nec tu perire poteris, cum illa reviviscant: nec difficile est Deo facere de te sene quod tu facis semper ipse de semine. Vitam aeternam.

Haec fides, hoc sacramentum non est, committendum chartis, non scribendum litteris, quia chartae et litterae magis cauta quam gratiam proloquuntur; ubi vero Dei gratia, donatio divina consistit, ad pactum fides, altitudo cordis sufficit ad secretum: ut hoc salutis symbolum, hoc vitae pactum, divinus arbiter noverit, testis falsus ignoret.

Signate vos. Ipse autem Dominus Deus noster sensus vestros, corda vestra custodiat; et in his quae praecepit vobis, ipse vobis fautor assistat.

«Creo en el Espíritu Santo». Después de haber confesado el misterio de la carne asumida, conviene que confieses la deidad del Espíritu, para que la unidad de la Trinidad, igual en poder, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por todo y en todo, custodie y mantenga en nuestra confesión la verdad íntegra de la fe. «La santa Iglesia católica». Porque ni los miembros se separan de la cabeza, ni la esposa del esposo: sino que entonces, con tal unión, se hace un solo espíritu, y Dios se hace todo y en todos. Por tanto, cree en Dios aquel que confiesa la santa Iglesia en Dios.

«Y la remisión de los pecados». Él mismo se concede el perdón quien confía en que sus pecados pueden serle remitidos por Cristo. «La resurrección de la carne». Bien crees, si crees que puedes resucitar de la muerte por Dios, para quien los elementos resucitan siempre: así el tiempo del tiempo, así el día de la noche, así las semillas de su sepultura. Ni tú podrás perecer, puesto que ellos reviven; ni es difícil para Dios hacer de ti, anciano, lo que tú mismo haces siempre de una semilla. «La vida eterna».

Esta fe, este misterio, no ha de confiarse al papel, no ha de escribirse con letras, porque el papel y las letras expresan más bien garantías que gracia; pero donde está la gracia de Dios, el don divino, basta la fe para el pacto, la profundidad del corazón para el secreto: para que este Símbolo de la salvación, este pacto de la vida, lo conozca el árbitro divino, lo ignore el testigo falso.

Signaos. Y que el mismo Señor Dios nuestro custodie vuestros sentidos, vuestros corazones; y en lo que os ha mandado, él mismo os asista como valedor.

Sermo LVIII.

In idem

Qui fidem quaerit, rationem non quaerit; qui divina postulat, seponit humana; qui Deo genitore nascitur, transcendit naturam, et tempori nil debet, qui temporis meretur auctorem. Ecce pia fidei germina videmus ante nasci vos velle quam concipi, ante percipere coeli regnum quam ventris angustias sustinere; sic tendere ad patris gaudia, ut matris transeatis languores; nec putatis abortivum, quod maturum creditis esse per Christum. Sic Paulus apostolus per fidem maturus nascitur, qui se abortivum clamat esse per tempus. Accipite ergo fidem sola fide; nec quaeratis aperiri vobis ipsius fidei rationem, quam vos ne requireretis intra fidem vestra festinatione clausistis.

Ad fidem vos, Filii, hodie fides vestri auctoris invitat, qui promissionis suae ante fidem implet quam fidem vestrae percipiat sponsionis; et hoc restituit rebus humanis, ut olim verbo promiserat per prophetam. Dilata, inquit, os tuum et adimplebo illud. Hoc est, tu dilata in confessione, et ego illud ipsius confessionis replebo sacramento, et mystico sermone ditabo, et replebo illud toto eloquio coelestis arcani. Et revera, Filii, quidquid audientis, quidquid respondentis obedientia profitetur, hoc donantis et docentis Dei redundat ad gratiam. Accepturi ergo symbolum, hoc est, pactum vitae, salutis placitum, et inter vos et Deum fidei insolubile vinculum pectora parate, non chartam; sensum acuite, non calamum; et audita non atramento, sed spiritu ministrante describite: quia committi non potest caducis et corruptibilibus instrumentis aeternum et coeleste secretum, sed in ipsa arca animae, in ipsa bibliotheca interni spiritus est locandum; ne profanus arbiter, ne improbus quod dilaceret discussor inveniat, et fiat ad contemnentis et ignorantis ruinam, quod confitentis et credentis donatum est ad salutem. Sed dicenti tibi prophetae: Dilata os tuum et adimplebo illud, tu respondere possis: In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi.

Credo in Deum Patrem omnipotentem. Qui confessus est Patrem, confitetur et Filium, quia sine Filio Pater dici non potest; et quia Deo augeri, Deo addi nil potest. Semper fuit Filius, quia fuit semper et Pater; nescit inchoari Filius, quia deficere Pater nescit; nec crescit Genitus, ubi Genitor non senescit: aeterna et coaeterna Patris et Filii substantia non gradibus humanis, sed divinis est aestimanda virtutibus.

Sermón LVIII.

Sobre lo mismo

Quien busca la fe no busca razones; quien pide lo divino deja a un lado lo humano; quien nace teniendo a Dios por progenitor trasciende la naturaleza, y nada debe al tiempo quien merece al autor del tiempo. He aquí que vemos que vosotros, piadosos brotes de la fe, queréis nacer antes que ser concebidos, recibir el reino del cielo antes que soportar las estrecheces del vientre; tender a los gozos del padre de tal modo que paséis por alto las dolencias de la madre; y no tenéis por abortivo lo que creéis maduro por Cristo. Así el apóstol Pablo nace maduro por la fe, él que proclama ser abortivo en cuanto al tiempo (1 Cor 15,8). Recibid, pues, la fe por la sola fe; y no busquéis que se os abra la razón de la fe misma, que vosotros, para no pedirla, encerrasteis dentro de la fe con vuestra prisa.

A la fe, hijos, os invita hoy la fe de vuestro autor, que cumple la fe de su promesa antes de recibir la fe de vuestro compromiso; y esto lo ha restituido a las cosas humanas, como antaño lo había prometido de palabra por el Profeta. Ensancha, dice, tu boca, y yo la llenaré (Sal 81,11). Esto es: tú ensancha en la confesión, y yo la llenaré con el misterio de esa misma confesión, y la enriqueceré con palabra mística, y la llenaré con todo el discurso del arcano celestial. Y en verdad, hijos, todo lo que profesa la obediencia del que oye, todo lo que la del que responde, redunda en gracia de Dios que da y enseña. A punto, pues, de recibir el Símbolo, esto es, el pacto de la vida, el acuerdo de la salvación, y el vínculo indisoluble de la fe entre vosotros y Dios, preparad los pechos, no el papel; aguzad el sentido, no el cálamo; y escribid lo oído no con tinta, sino con el espíritu como ministro: porque no se puede confiar a instrumentos caducos y corruptibles el secreto eterno y celestial, sino que ha de colocarse en la misma arca del alma, en la misma biblioteca del espíritu interior; no sea que un árbitro profano, un examinador malvado, encuentre lo que despedazar, y lo que fue dado para la salvación del que confiesa y cree se convierta en ruina del que desprecia e ignora. Pero al Profeta que te dice: Ensancha tu boca, y yo la llenaré, puedas tú responder: En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti (Sal 119,11).

«Creo en Dios Padre omnipotente». Quien ha confesado al Padre confiesa también al Hijo, porque sin el Hijo no puede llamarse Padre; y porque a Dios nada puede aumentársele, a Dios nada puede añadírsele. Siempre fue el Hijo, porque siempre fue también el Padre; no sabe comenzar el Hijo, porque no sabe faltar el Padre; ni crece el Engendrado, donde el Progenitor no envejece: la eterna y coeterna sustancia del Padre y del Hijo no ha de estimarse por grados humanos, sino por poderes divinos.

In Christum Jesum Filium ejus unicum, Dominum nostrum. Christum unctum accipe non communi oleo, sed sancto, quo natus est Spiritu. Qui natus est de Spiritu sancto. Tali nativitate consecrata est in Deo humanitas, non tali dignatione minorata est in homine deitas. Qui natus est de Spiritu sancto ex Maria virgine. Virginitas Deum credidit, quia non nisi per Deum ipsa virgo esse potuit et mater.

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est, et sepultus. Judicem indicat ut tempus designet; crucifixum memorat, ut passionis conferat qualitatem: et inde fides argumentum divinae virtutis et verae resurrectionis colligat, unde impietas materiam contumeliae et occasionem praesumpsit erroris. Crucifixus in cruce, in edito coram omnibus inimicis, et tota crudelitate spectantibus, et tota acerbitate observantibus, mortem suscepit. Sepulturam patitur, ne mortem non adiisse ut vinceret, sed simulasse ut eluderet, ab impiis jactaretur. Sepultus, tertia die resurrexit. Et si in passione nostrae se carnis veram probavit habuisse substantiam, per trium dierum figuram totam Trinitatis resurgit in gloriam.

Ascendit in coelos. Ascendit nos perferens, non se referens, qui numquam recessit e coelo. Sedet ad dexteram Patris. Ordo ibi divinus est, non humanus; sic a dextris sedet Filius, ut Pater non sedeat a sinistris: unica et singularis est divina consessio, ubi superna virtus recipit nil sinistrum. Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Desinant homines, desinant haeretici judicare judicem suum; sperent veniam, ne incurrant de tali praesumptione sententiam.

Credo in Spiritum sanctum. Nunc perfecta est tua in Trinitate confessio, quando Spiritum sanctum unius cum Patre et Filio substantiae fideli voce confessus es. Et sanctam Ecclesiam. Quia sic conjuncta Christo est, ut totam divinitatis transferatur in gloriam. Remissionem peccatorum. Acquire tibi tua fide veniam: quia satis sibi inimicus est, qui hoc sibi dari non credit, quod tota benignitate largissimus promittit indultor.

Carnis resurrectionem. Crede carnis resurrectionem: quia qui hoc non credit, fidem non habet in praedictis, dicente Apostolo: Si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexit. Quos judicabit quibus regnabit Deus, si vitae, si judicio resurrectio non reddiderit quos saeculo mors ademit? Vitam aeternam. Manifestum est, quia vita aeterna ipsa morte moriente succedit.

«En Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Entiende a Cristo ungido no con aceite común, sino con el santo, con el Espíritu del que nació. «Que nació del Espíritu Santo». Con tal nacimiento fue consagrada en Dios la humanidad; con tal dignación no fue disminuida en el hombre la deidad. «Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». La virginidad creyó a Dios, porque solo por Dios pudo ella ser virgen y madre.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Indica al juez para señalar el tiempo; menciona «crucificado» para dar a conocer la cualidad de la Pasión: y para que la fe recoja la prueba del poder divino y de la verdadera resurrección de aquello de donde la impiedad tomó, presuntuosa, materia de afrenta y ocasión de error. Crucificado en la cruz, en lo alto, ante todos sus enemigos, que miraban con toda crueldad y observaban con toda acritud, asumió la muerte. Padece la sepultura, para que los impíos no se jactaran de que no fue a la muerte para vencerla, sino que la simuló para burlarla. «Sepultado, al tercer día resucitó». Y si en la Pasión demostró haber tenido la verdadera sustancia de nuestra carne, por la figura de los tres días resucita a toda la gloria de la Trinidad.

«Subió a los cielos». Subió llevándonos a nosotros, no llevándose de vuelta a sí mismo, él que nunca se retiró del cielo. «Está sentado a la derecha del Padre». Allí el orden es divino, no humano; el Hijo se sienta a la derecha de tal modo que el Padre no se sienta a la izquierda: única y singular es la sesión divina, donde el poder de lo alto no admite nada a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Cesen los hombres, cesen los herejes de juzgar a su juez; esperen el perdón, no sea que por tal presunción incurran en sentencia.

«Creo en el Espíritu Santo». Ahora es perfecta tu confesión en la Trinidad, cuando con voz fiel has confesado al Espíritu Santo de una sola sustancia con el Padre y el Hijo. «Y la santa Iglesia». Porque está tan juntada a Cristo que es trasladada a toda la gloria de la divinidad. «La remisión de los pecados». Adquiere para ti el perdón con tu fe: porque es muy enemigo de sí mismo quien no cree que se le dé lo que con toda benignidad promete el generosísimo dador de la indulgencia.

«La resurrección de la carne». Cree la resurrección de la carne: porque quien no cree esto no tiene fe en lo dicho antes, como dice el Apóstol: Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó (1 Cor 15,16). ¿A quiénes juzgará, sobre quiénes reinará Dios, si la resurrección no devuelve a la vida, al juicio, a los que la muerte arrebató al siglo? «La vida eterna». Es manifiesto que la vida eterna sucede cuando muere la muerte misma.

Sermo LIX.

In idem

Audistis vocem Patris, vocem vocantis audistis: Venite, filii, venite, venite, quia venit tempus fidei, credulitatis dies, confessionis hora. Venite, petitores fidei, afferte sincerum pectus, cor mundum, puram vocem, ut quod per nos sermo salutaris insinuat, vos sancto capiatis auditu. Fides ex auditu, auditus ex verbo constat. Placitum fidei, pactum gratiae, salutis symbolum tota simplicitate sensus audite, quatenus illud confessionis tempore et audire possitis et reddere: quia istud reddere est habere; divinum munus qui reddiderit, non amittit.

Daturus legem Deus, jussit ut populi lavarent vestes, lavarent corpora sua, totosque se ab omni carnis contagione mundarent, quia appropinquare Deo homo non potest faece corporali, mundano squalore pollutus. Lex illa, quae gratiae umbram tenuit et figuram, purificationem merito quaerit tantam, tantam merito exigit puritatem. Audituris Divinitatis sacramentum totum, quanta mentis, quanta corporis opus est puritate? Mundemus ergo corda, purificemus corpora, aperiamus oculos, reseremus sensum, animae januas patefaciamus totas, ut symbolum quod est fidei pactum, audire, capere, tenere, et in ipso cordis nostri secreto semper servare possimus.

Credo in Deum Patrem omnipotentem. Credimus in Deum, si negamus deos, si renuntiamus idolis, si diabolum et ejus angelos abnegamus. Audi, inquit, Israel, Dominus Deus tuus unus est. Et iterum: Non erunt tibi dii alii absque me. Habebit ergo Deum verum, unum Deum, qui Deum alterum non habebit. Credimus in Deum, et eumdem confitemur Patrem, ut eumdem semper habuisse Filium nos credamus: habuisse autem Filium, non conceptum, non inchoatum, non separatum partu, non auctum tempore, non minoratum gradu, non aetatibus immutatum, sed intra aeternum Genitorem germen permanens in aeternum. Ego, inquit, in Patre et Pater in me est. Audivimus Patrem, credamus Filium virtute divina, ordine non humano, arcano Dei, non ratione mundana, non lege saeculi, sed potentia superna. Quod scire licet, discutere non licet; credere convenit, non convenit perscrutari: nam ob hoc omnipotentem Deum diximus, ut Deo impossibile nil putemus.

Sermón LIX.

Sobre lo mismo

Habéis oído la voz del Padre, habéis oído la voz del que llama: «Venid, hijos, venid, venid, porque ha llegado el tiempo de la fe, el día de la creencia, la hora de la confesión». Venid, solicitantes de la fe, traed un pecho sincero, un corazón limpio, una voz pura, para que lo que por medio de nosotros insinúa la palabra saludable, vosotros lo recibáis con oído santo. La fe viene de la escucha, la escucha de la palabra (Rom 10,17). Escuchad con toda sencillez de sentido el acuerdo de la fe, el pacto de la gracia, el Símbolo de la salvación, de modo que en el tiempo de la confesión podáis oírlo y devolverlo: porque devolver esto es tenerlo; quien haya devuelto el don divino no lo pierde.

Dios, al ir a dar la Ley, mandó que el pueblo lavara sus vestidos, lavara sus cuerpos y se limpiara del todo de todo contagio de la carne (Ex 19,10), porque el hombre no puede acercarse a Dios contaminado con la hez corporal, con la suciedad mundana. Aquella Ley, que tuvo la sombra y la figura de la gracia, con razón busca tan gran purificación, con razón exige tan gran pureza. Para los que van a oír todo el misterio de la Divinidad, ¿cuánta pureza de mente, cuánta de cuerpo se necesita? Limpiemos, pues, los corazones, purifiquemos los cuerpos, abramos los ojos, desatranquemos el sentido, abramos de par en par todas las puertas del alma, para que podamos oír, captar, retener y guardar siempre en lo secreto mismo de nuestro corazón el Símbolo, que es el pacto de la fe.

«Creo en Dios Padre omnipotente». Creemos en Dios si negamos a los dioses, si renunciamos a los ídolos, si abjuramos del diablo y de sus ángeles. Escucha, dice, Israel: el Señor tu Dios es uno (Dt 6,4; Mc 12,29). Y de nuevo: No tendrás otros dioses fuera de mí (Ex 20,3). Tendrá, pues, al Dios verdadero, al único Dios, quien no tenga otro dios. Creemos en Dios, y al mismo lo confesamos Padre, para que creamos que siempre ha tenido un Hijo: y haber tenido un Hijo no concebido, no comenzado, no separado por el parto, no aumentado por el tiempo, no disminuido en grado, no cambiado por las edades, sino un brote que permanece eternamente dentro del eterno Progenitor. Yo, dice, estoy en el Padre y el Padre está en mí (Jn 14,10). Hemos oído al Padre: creamos al Hijo por poder divino, por un orden no humano, por arcano de Dios, no por razón mundana, no por ley del siglo, sino por la potencia de lo alto. Lo que es lícito saber no es lícito discutirlo; conviene creer, no conviene escudriñar: pues por esto dijimos «Dios omnipotente», para que no pensemos nada imposible para Dios.

Et in Jesum Christum Filium ejus unicum, Dominum nostrum. Ab unctione Christus, Jesus vocatus est a salute: quia et unctio, quae per reges, prophetas et sacerdotes olim cucurrerat in figuram, in hunc regem regum, sacerdotem sacerdotum, prophetarum prophetam, tota se plenitudine Spiritus divinitatis effudit; ut regnum et sacerdotium, quod per alios praemiserat temporaliter, in auctorem ipsum refunderet et redderet sempiternum. Et Jesus quidem, id est, salvator, recte dicitur salus, quia et dedit rebus esse, et idem pereuntibus dat salutem. Filium ejus unicum. In se est unicus Filius, qui quod aliis per suam gratiam donat, ipse sibi unicam possidet per naturam. Dominum nostrum. Sicut supra diximus, Dominus Deus: Deus unus constat in Christo: quia quidquid est, et deitate et humanitate Deus unus est. Desiit in Christo substantiarum diversitas, ubi caro coepit esse quod spiritus, quod Homo Deus, quod nostri corporis et deitatis una majestas.

Qui natus est de Spiritu sancto, ex Maria Virgine. Quid terrenum nascitur, ubi auctore spiritu virgo vocatur in partu? quis non divinum credat, quando quae peperit nil sensit humanum? Deum mulier virgineo portabat in templo: hinc est, quod et acquisivit honorem matris, virginitatis gloriam non amisit.

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est et sepultus. Nomen judicis dicimus, ut passionis tempus, ut rei gestae veritas sic patescat. Crucifixus est. Ut quia per lignum mors venerat, rediret vita per lignum. Et sepultus. Ut officia tota mortis impleret, ut mors morte moreretur, ut ex illius semine corporis, omnis humanorum corporum satio vitalem surgeret et levaretur in messem.

Tertia die resurrexit a mortuis. Ut tribus in diebus Trinitatis beneficium panderetur, ut per triduanum tempus humana trium temporum generatio salvaretur, id est, ante legem, in lege et in gratia. Ascendit in coelos. Non ut petens, sed ut repetens coelos. Nemo ascendit in coelum, inquit, nisi qui de coelo descendit. Sedet ad dexteram Patris. Sed Patrem non habet ad sinistram. Divinitatis consessus recipit nil sinistrum. Sedet ad dexteram Patris, ut patris deitate una. Sedet ad dexteram, ne sit minor gradu, posterior ordine, sed Patri divinitate una, aequa potestate conregnet: Ego, inquit, et Pater unum sumus. Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Si credimus venturum judicem, innocentes judici nos praeparemus: judicem negat esse, qui advenire non credit: judicandum se satis iste diffidit, qui male vivit. Judicat vivos, judicat et mortuos, quos utique judicaturus exsuscitat.

«Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor». Cristo por la unción, Jesús se llama por la salvación: porque también la unción, que antaño había corrido en figura por los reyes, los profetas y los sacerdotes, se derramó con toda la plenitud del Espíritu de la divinidad en este Rey de reyes, Sacerdote de sacerdotes, Profeta de profetas; para que el reino y el sacerdocio, que por otros había enviado por delante temporalmente, los hiciera refluir en su autor mismo y los volviera sempiternos. Y Jesús, esto es, Salvador, con razón se dice salvación, porque él dio el ser a las cosas, y él mismo da la salvación a los que perecen. «Su único Hijo». En sí es Hijo único, el que lo que da a otros por su gracia, él lo posee para sí, único, por naturaleza. «Nuestro Señor». Como dijimos arriba, Señor Dios: un solo Dios consta en Cristo: porque cuanto es, por la deidad y por la humanidad, es un solo Dios. Cesó en Cristo la diversidad de las sustancias, donde la carne comenzó a ser lo que es el espíritu, lo que es el Hombre Dios, lo que es una sola majestad de nuestro cuerpo y de la deidad.

«Que nació del Espíritu Santo, de María Virgen». ¿Qué cosa terrena nace, donde, siendo autor el Espíritu, se la llama virgen en el parto? ¿Quién no lo creerá divino, cuando la que dio a luz no sintió nada humano? Una mujer llevaba a Dios en un templo virginal: de ahí que adquirió el honor de madre y no perdió la gloria de la virginidad.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Decimos el nombre del juez, para que así se haga patente el tiempo de la Pasión, la verdad del hecho. «Fue crucificado». Para que, ya que por el leño había venido la muerte, por el leño volviera la vida. «Y sepultado». Para cumplir todos los oficios de la muerte, para que la muerte muriera por la muerte, para que de la semilla de aquel cuerpo toda la siembra de los cuerpos humanos se levantara y se alzara en una mies vital.

«Al tercer día resucitó de entre los muertos». Para que en tres días se manifestara el beneficio de la Trinidad, para que por un tiempo de tres días se salvara la generación humana de los tres tiempos, esto es, antes de la Ley, en la Ley y en la gracia. «Subió a los cielos». No como quien reclama los cielos, sino como quien los vuelve a reclamar. Nadie ha subido al cielo, dice, sino el que bajó del cielo (Jn 3,13). «Está sentado a la derecha del Padre». Pero no tiene al Padre a la izquierda. La sesión de la Divinidad no admite nada a la izquierda. «Está sentado a la derecha del Padre», como en la deidad una del Padre. «Está sentado a la derecha», para que no sea menor en grado, posterior en orden, sino que reine junto con el Padre en una sola divinidad, con igual potestad: Yo y el Padre, dice, somos uno (Jn 10,30). «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Si creemos que ha de venir el juez, preparémonos inocentes para el juez: niega que haya juez quien no cree que vendrá: mucho desconfía de ser juzgado quien vive mal. Juzga a los vivos, juzga también a los muertos, a quienes, en efecto, cuando va a juzgarlos, resucita.

Credo in Spiritum sanctum. Hucusque Dominicae nativitatis, passionis, resurrectionis, ascensionis, adventus mysterium confitentes, ad confessionem sancti Spiritus jam venimus: ut sicut in Patrem, et Filium, in sanctum Spiritum sic credatur, ut unam in Trinitate deitatem, virtutem, gloriam praedicemus. Et sanctam Ecclesiam. Credimus et Ecclesiam, quam Christi receptam, confirmatam credimus, et confitemur in gloriam. Remissionem peccatorum. In novum hominem nasciturus, antiqui reatus, peccati veteris quid habebit? qui praeterita sibi remissa non credit debita, dubitat percipere se futura.

Carnis resurrectionem. Crede, homo, de morte resurgere te posse, quia antequam viveres nil fuisti: aut quare dubitas quod resurgas, cum tibi totum quod in rebus est quotidie sic resurgat? Sol occidit, et resurgit: dies sepelitur et redit: menses, anni, tempora, fructus, semina, cum transeunt ipsa moriuntur, cum redeunt sua ipsa morte reviviscunt, et ut resurrecturum te jugi et vernaculo instruaris exemplo, quoties dormis et vigilas, toties moreris et resurgis. Vitam aeternam. Amen. Necesse est ut qui resurgit vivat in aeternum, quia si in aeternum non viveret, non vitae resurgeret, sed morti.

Signate vos. Hoc spei pactum, hoc salutis placitum, hoc vitae symbolum, hanc fidei cautionem mens teneat, conservet memoria, ne divinitatis pretiosum munus depretiet charta vilis, ne mysterium lucis atrum tenebret atramentum, ne secretum Dei habeat indignus et profanus auditor. Si mihi silentium semper vestra charitas sic praeberet, ad omnes tractatus mei sermonis vester perveniret auditus: sed Deus noster et mihi fiduciam dicendi, et vobis audiendi desiderium donare dignetur.

«Creo en el Espíritu Santo». Habiendo confesado hasta aquí el misterio del nacimiento, de la Pasión, de la resurrección, de la ascensión, de la venida del Señor, llegamos ya a la confesión del Espíritu Santo: para que, así como en el Padre y en el Hijo, así se crea en el Espíritu Santo, de modo que proclamemos en la Trinidad una sola deidad, poder, gloria. «Y la santa Iglesia». Creemos también la Iglesia, que creemos recibida por Cristo, confirmada, y la confesamos para la gloria. «La remisión de los pecados». El que va a nacer al hombre nuevo, ¿qué tendrá de la antigua culpabilidad, del pecado viejo? Quien no cree que se le han remitido las deudas pasadas duda que vaya a recibir las futuras.

«La resurrección de la carne». Cree, hombre, que puedes resucitar de la muerte, porque antes de vivir no eras nada: ¿o por qué dudas de que resucitarás, cuando todo lo que hay en las cosas resucita así para ti cada día? El sol se pone, y vuelve a salir; el día es sepultado, y regresa; los meses, los años, las estaciones, los frutos, las semillas, cuando pasan, mueren, cuando vuelven, reviven por su propia muerte; y para que con un ejemplo continuo y doméstico se te enseñe que has de resucitar, cuantas veces duermes y despiertas, otras tantas mueres y resucitas. «La vida eterna». «Amén». Es necesario que quien resucita viva para siempre, porque si no viviera para siempre, no resucitaría para la vida, sino para la muerte.

Signaos. Este pacto de esperanza, este acuerdo de salvación, este Símbolo de vida, esta caución de la fe, que lo retenga la mente, que lo conserve la memoria, para que el vil papel no deprecie el precioso don de la divinidad, para que la negra tinta no oscurezca el misterio de la luz, para que no tenga el secreto de Dios un oyente indigno y profano. Si vuestra caridad me ofreciera siempre así el silencio, vuestro oído alcanzaría todas las exposiciones de mi sermón: pero dígnese nuestro Dios conceder a mí la confianza de hablar, y a vosotros el deseo de escuchar.

Sermo LX.

In idem

Si Cananitis mulier clamore subito, repentina fide, juvante Christo, et quod petebat accepit, et quod negabatur extorsit; si Aethiops spado arcanum vitalis lavacri praeteriens invenit in via, rapuit in transitu; si Cornelius centurio antequam intraret baptisma, pervenit ad Christum; si latro in ipso momento mortis paradisum invasit, et vitam vobis, in articulo temporis quam quaeritis, quis negabit? Ex fide ergo accipite fidem, et ut fidei mysterium scire possitis, accessu temporis laborate.

Moyses laturus legem coelum vocat et terram: sacerdos quid invocabit gratiam prolaturus? Ille dixit: Attende ad coelum, et loquar, et audiat terra verba ex ore meo; ego dicam, Attende, Deus, loquar; et audiat homo verba ex ore meo. Ille dixit: Exspectetur sicut pluvia eloquium meum, et descendant sicut ros verba mea; Ego dicam, Veniat sicut ros spiritus tuus, et inundet sicut flumen gratia tua, fiatque nunc coelestis Verbi unda saliens in vitam aeternam. Ille dixit: Quia nomen Domini invocavit, date magnificentiam Deo nostro; ego dicam, Quia fidem invocavi, date credulitatem Deo vestro.

Et quia navigia corporum nostrorum Quadragesimae sunt curata jejunio, necesse est ut placitum fidei, symbolum coelestis commercii jam dicamus, quatenus sub certa spe per tota mundi aequora, per infidos saeculi fluctus lucra mansura saeculis conquiramus. Accipite ergo fidem, exspectate rem: quia cui fides non praecedit in semine, res ei non sequitur in fructu.

Signate vos. Sermo creat auditum, auditus concipit fidem, credulitatem parturit fides, confessionem credulitas nutrit, confessio perpetuam dat salutem. Hinc est quod meo, vestroque ore occurrit; sic sibi fides, credulitas sic amplectitur se; salus se confessionis osculo sic salutat.

Sermón LX.

Sobre lo mismo

Si la mujer cananea, con un grito súbito, con una fe repentina, con la ayuda de Cristo, recibió lo que pedía y arrancó lo que se le negaba (Mt 15,22-28); si el eunuco etíope, al pasar, encontró en el camino el arcano del baño vital, y lo arrebató de paso (Hch 8,36-38); si el centurión Cornelio, antes de entrar en el bautismo, llegó a Cristo (Hch 10,44-48); si el ladrón, en el momento mismo de la muerte, invadió el paraíso (Lc 23,43): ¿quién os negará también a vosotros la vida que buscáis en el último instante del tiempo? Recibid, pues, la fe a partir de la fe, y para que podáis conocer el misterio de la fe, trabajad a medida que avanza el tiempo.

Moisés, a punto de traer la Ley, llama al cielo y a la tierra: ¿a quién invocará el sacerdote, a punto de presentar la gracia? Él dijo: Atiende, cielo, y hablaré, y oiga la tierra las palabras de mi boca (Dt 32,1); yo diré: «Atiende, Dios, hablaré; y oiga el hombre las palabras de mi boca». Él dijo: Espérese como lluvia mi discurso, y desciendan como rocío mis palabras (Dt 32,2); yo diré: «Venga como rocío tu espíritu, e inunde como un río tu gracia, y hágase ahora el agua del Verbo celestial que salta hasta la vida eterna». Él dijo: Porque invocó el nombre del Señor, dad magnificencia a nuestro Dios (Dt 32,3); yo diré: «Porque he invocado la fe, dad creencia a vuestro Dios».

Y como las naves de nuestros cuerpos han sido cuidadas con el ayuno de Cuaresma, es necesario que digamos ya el acuerdo de la fe, el Símbolo del comercio celestial, para que bajo una esperanza cierta, por todos los mares del mundo, por las olas infieles del siglo, adquiramos ganancias que permanezcan por los siglos. Recibid, pues, la fe, esperad la cosa misma: porque a quien la fe no le precede en la semilla, la cosa misma no le sigue en el fruto.

Signaos. La palabra crea el oído, el oído concibe la fe, la fe da a luz la creencia, la creencia nutre la confesión, la confesión da la salvación perpetua. De ahí que concurra en mi boca y en la vuestra; así la fe se encuentra consigo misma, así la creencia se abraza a sí misma; así la salvación se saluda a sí misma con el beso de la confesión.

Credo in Deum Patrem omnipotentem. Haec vox totum Trinitatis fatetur et aperit sacramentum. Deum dicit, non deos, quia unum Deum in Trinitate credit Christiana fides: scit Patrem, scit Filium, scit Spiritum sanctum, deos nescit. Divinitas in personis trina est, sed una est in Trinitate divinitas: personis Trinitas distincta est, non est divisa substantiis: Deus unus est, sed trinitate; Deus solus est, sed non solitarius; divinitas nec trinitate dividitur, nec confunditur unitate: haec sentit fides cum dicit, Credo in Deum. Mox addidit, Patrem. Qui credit Patrem esse, Filium confitetur; qui credit Patrem et Filium, aetates non sentiat, gradus non cogitet, non tempora suspicetur, non conceptum quaerat, nesciat partum: qui Deum credit, divina confessus est, non humana.

Sed dicit haereticus: Quomodo Pater, si non praecedit? quomodo Filius, si non sequitur? quomodo non dat initium, qui generat? quomodo quod generatur, principium a generante non sumit? Hoc ratio docet, hoc natura probat. Erras, haeretice, hoc habet humana ratio, non habet hoc divina; hoc accipit natura mundi, deitatis non recipit hoc natura; fragilitas humana concipitur, et concipit, parturitur et parturit, generatur et generat, accipit initium et dat finem, mortem suscipit et refundit, et reservat in sobole quidquid suae conditionis est et naturae. Deus vero Pater non genuit in tempore, quia tempus ignorat; non dedit initium, qui initium nescit; non transfudit finem, qui non habet finem: sed sic genuit ex se Filium, ut totum quod in se erat esset et maneret in Filio. Honor geniti generantis honor est, perfectio geniti generantis forma est, minoratio geniti revelat ad generantis injuriam.

Sed haec audiens, haeretice, non dicas, Quomodo ista sint? dixisti Deum, credidisti Patrem, omnipotentem confessus es; si dubitas, mentitus es; credo si dicis, quomodo non credis, si discutis? si putas impossibile, omnipotentiam quam confessus es sustulisti; sed nos qui Patrem, et Filium, et Spiritum sanctum unius majestatis et gloriae confitemur, fidem Dominici corporis jam loquamur.

Et in Jesum Christum Filium ejus unicum Dominum nostrum. Postquam Dei Filius sicut pluvia in vellus toto divinitatis unguento nostram se fudit in carnem, ab unguento nuncupatus est Christus: et hujus nominis exstitit solus auctor, qui sic Deo superfusus est, et infusus, ut homo Deusque esset unus Deus. Hoc ergo unguenti nomen effudit in nos, qui a Christo dicimur Christiani; et impletum est illud quod cantatur in Canticis Canticorum. Unguentum effusum est nomen tuum.

«Creo en Dios Padre omnipotente». Esta voz reconoce y abre todo el misterio de la Trinidad. Dice Dios, no dioses, porque la fe cristiana cree un solo Dios en la Trinidad: conoce al Padre, conoce al Hijo, conoce al Espíritu Santo, no conoce dioses. La divinidad es trina en las personas, pero una es en la Trinidad la divinidad: la Trinidad es distinta en las personas, no está dividida en sustancias: Dios es uno, pero en trinidad; Dios es solo, pero no solitario; la divinidad ni se divide por la trinidad ni se confunde por la unidad: esto siente la fe cuando dice: «Creo en Dios». Enseguida añadió: «Padre». Quien cree que existe el Padre, confiesa al Hijo; quien cree al Padre y al Hijo, no perciba edades, no piense en grados, no suponga tiempos, no busque concepción, no conozca parto: quien cree a Dios ha confesado lo divino, no lo humano.

Pero dice el hereje: «¿Cómo es Padre, si no precede? ¿Cómo es Hijo, si no sigue? ¿Cómo no da comienzo el que engendra? ¿Cómo lo que es engendrado no toma principio del que engendra? Esto lo enseña la razón, esto lo prueba la naturaleza». Te equivocas, hereje: esto lo tiene la razón humana, no lo tiene la divina; esto lo acepta la naturaleza del mundo, no lo admite la naturaleza de la deidad; la fragilidad humana es concebida y concibe, es dada a luz y da a luz, es engendrada y engendra, recibe comienzo y da fin, recibe la muerte y la transmite, y reserva en la prole todo lo que es de su condición y naturaleza. Pero Dios Padre no engendró en el tiempo, porque ignora el tiempo; no dio comienzo, quien no conoce comienzo; no transmitió el fin, quien no tiene fin: sino que engendró de sí al Hijo de tal modo que todo lo que había en él estuviera y permaneciera en el Hijo. El honor del Engendrado es honor del que engendra, la perfección del Engendrado es la forma del que engendra, la disminución del Engendrado se revela en injuria del que engendra.

Pero al oír esto, hereje, no digas: «¿Cómo puede ser esto?»; has dicho Dios, has creído al Padre, lo has confesado omnipotente; si dudas, has mentido; si dices «creo», ¿cómo no crees, si discutes? Si lo juzgas imposible, has suprimido la omnipotencia que confesaste; pero nosotros, que confesamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo de una sola majestad y gloria, hablemos ya de la fe del cuerpo del Señor.

«Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor». Después que el Hijo de Dios, como lluvia sobre el vellón (Sal 72,6), se derramó en nuestra carne con todo el ungüento de la divinidad, fue llamado Cristo por el ungüento: y de este nombre fue él solo el autor, que de tal modo fue derramado sobre Dios, e infundido, que el hombre y Dios fueran un solo Dios. Este nombre del ungüento, pues, lo derramó sobre nosotros, que de Cristo nos llamamos cristianos; y se cumplió aquello que se canta en el Cantar de los Cantares. Ungüento derramado es tu nombre (Cant 1,3).

Et in Christum Jesum Filium ejus. Illud sacramenti nomen est, hoc triumphi: nam sicut a Deo unctus nomen sortitur ex unguine, ita cum salutem perditam mundo reddidit, a salvando nomen salvatoris assumit. Saepe jam diximus, quod Jesus Haebraica lingua dicitur, Salvator dicitur hoc Latina. Et in Christum Jesum Filium ejus. Cujus? utique Dei Patris; cum dicis ergo in Jesum Filium ejus, confiteris Jesum qui natus est de Maria Dei esse Filium. Cave ergo ne amplius sentias in Christo quod homo fuit, sed semper quod Deus sit confitere, Apostolo sic dicente: Et si novimus Christum secundum carnem, sed jam non novimus. Unicum Dominum nostrum. Hoc convenit ad utrumque, quia et unicus Patris est, et unicus Dominus noster est: alii filii, alii domini esse per gratiam perceperunt; solus Christus esse filius, esse Dominus habet et possidet per naturam.

Qui natus est de Spiritu sancto ex Maria virgine. Si juxta evangelistam quod in ea natum est de Spiritu sancto est, quia Deus spiritus est, haereticus jam Deum natum virginea confiteatur ex carne; neque amplius coeleste mysterium, virginitatis partum, trahat ad conceptum mundi, ad terrenae fragilitatis injuriam.

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est et sepultus. Nomen judicis audis ut tempus passionis agnoscas; audis crucifixum, ut ex mortis ignominia magnitudinem sentias charitatis; mortemque quae per lignum venit, mortificatam scias esse per lignum; et credas majora tibi esse reddita per crucis arborem, quam perdidisse te per paradisi arborem suspirabas. Sepultum dicis, ut veram carnem Christi mortemque non perfunctoriam probet confessio sepulturae, mortem suscepisse et vicisse, intrasse inferos et rediisse, venisse in jura tartari, et tartari jura solvisse, non est fragilitas, sed potestas.

Confiteris die tertia resurrexisse, ut intelligas resurrectionem Christi totius Trinitatis fuisse victoriam. Dicis Ascendisse in coelos, ut coeli Dominum credas, ut unde venerat rediisse fatearis, quia superato diabolo, calcata morte, liberato mundo, super coelos triumphat Christus, qui victus putabatur in terris. Clamas, Sedet ad dexteram Patris. Ut quia Patris et Filii una est deitas, par potestas, in coelesti consessu nulla sit sinistrae sessionis injuria. Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Quia veniente Christo, resurgent mortui, sistentur vivi, ut pariter causas reddant de suorum ratione factorum.

«Y en Cristo Jesús, su Hijo». Aquel es nombre del misterio, este del triunfo: pues así como, ungido por Dios, recibe el nombre del ungüento, así, cuando devolvió al mundo la salvación perdida, tomó del salvar el nombre de Salvador. Ya hemos dicho a menudo que lo que en lengua hebrea se dice Jesús, en latina se dice Salvador. «Y en Cristo Jesús, su Hijo». ¿De quién? Ciertamente de Dios Padre; cuando dices, pues, «en Jesús su Hijo», confiesas que Jesús, el que nació de María, es Hijo de Dios. Guárdate, pues, de sentir ya más en Cristo que fue hombre, sino confiesa siempre que es Dios, como dice el Apóstol: Aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (2 Cor 5,16). «Nuestro único Señor». Esto conviene a ambos, porque es el único del Padre y es nuestro único Señor: otros recibieron por gracia ser hijos, otros ser señores; solo Cristo tiene y posee por naturaleza ser hijo, ser Señor.

«Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». Si, según el evangelista, lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo (Mt 1,20), porque Dios es espíritu (Jn 4,24), confiese ya el hereje a Dios nacido de carne virginal; y no arrastre más el misterio celestial, el parto de la virginidad, a la concepción del mundo, a la injuria de la fragilidad terrena.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Oyes el nombre del juez, para que reconozcas el tiempo de la Pasión; oyes «crucificado», para que por la ignominia de la muerte sientas la grandeza de la caridad; y sepas que la muerte que vino por el leño ha sido muerta por el leño; y creas que te ha sido devuelto por el árbol de la cruz más de lo que suspirabas haber perdido por el árbol del paraíso. Dices «sepultado», para que la confesión de la sepultura pruebe la verdadera carne de Cristo y una muerte no perfunctoria: haber asumido la muerte y haberla vencido, haber entrado en los infiernos y haber vuelto, haber venido bajo los derechos del Tártaro y haber deshecho los derechos del Tártaro, no es fragilidad, sino potestad.

Confiesas que resucitó al tercer día, para que entiendas que la resurrección de Cristo fue victoria de toda la Trinidad. Dices que subió a los cielos, para que lo creas Señor del cielo, para que reconozcas que volvió adonde había venido, porque, vencido el diablo, pisoteada la muerte, liberado el mundo, triunfa sobre los cielos Cristo, el que se creía vencido en la tierra. Clamas: «Está sentado a la derecha del Padre». Para que, ya que del Padre y del Hijo una es la deidad, igual la potestad, en la sesión celestial no haya injuria alguna de asiento a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Porque, cuando venga Cristo, resucitarán los muertos, serán presentados los vivos, para que por igual defiendan sus causas sobre la cuenta de sus hechos.

Et quia Dominici corporis jam diximus sacramentum, ad confitendum deitatem Spiritus perveniamus. Credimus in Spiritum sanctum. Quem Deum nobis inclamat vox divina, cum dicit: Quia Deus spiritus est. Credimus in sanctum Spiritum. Quem propheta cooperatorem Patris et Filii decantat: Verbo Domini coeli firmati sunt, et spiritu oris ejus omnis virtus eorum. Totus Deus, totaque Dei virtus est, qui creator coelestium probatur esse virtutum.

Credimus sanctam Ecclesiam. Quam sic in se suscepit Christus, ut eam divinitatis suae faceret esse consortem. Credimus remissionem peccatorum. Quia qui per Christum et Ecclesiam in novum hominem fuerit natus, veteris delicti nil habebit. Credimus carnis resurrectionem. Ut credamus passionis, mortis, resurrectionis Christi hanc fuisse causam, ut nos resurgeremus ex mortuis. Resurget caro, resurget, ut ipsi sumus, ut agnitio maneat personarum, ut et martyr de persecutoris poena laetitiam sumat, et persecutor sumat de martyris honore supplicium. Credimus vitam aeternam. Quia post resurrectionem nec bonorum finis est, nec malorum.

Signate vos. Fidem quam credimus et docemus, non atramento, sed spiritu, committamus pectori, non chartae; demus memoriae, non libro, ne divinum munus violent res humanae, ne coeleste secretum arbiter profanus assumat, ne quod est credentibus ad vitam, existat perfidis ad ruinam. Sol lippientibus oculis non lucem tribuit, sed tenebras; vinum vires febrientium non reparat, sed enervat; sine medico vitae poculum fit lethale, sic perfidis perniciosum est sine fide fidei sacramentum. Sicut dicit Apostolus, Capiatur fides ex auditu, auditus autem capiatur ex verbo; et vitae placitum, pactum fidei, lex salutis non haereat morituris, sed vivis sensibus affigatur.

Y puesto que ya hemos hablado del misterio del cuerpo del Señor, lleguemos a confesar la deidad del Espíritu. «Creemos en el Espíritu Santo». Al cual la voz divina nos proclama Dios, cuando dice: Porque Dios es espíritu. «Creemos en el santo Espíritu». Al cual el Profeta canta como cooperador del Padre y del Hijo: Por la palabra del Señor fueron afianzados los cielos, y por el espíritu de su boca todo su poder (Sal 33,6). Todo él es Dios, y todo el poder de Dios, quien se prueba ser Creador de los poderes celestiales.

«Creemos la santa Iglesia». A la cual Cristo asumió de tal modo en sí, que la hizo consorte de su divinidad. «Creemos la remisión de los pecados». Porque quien por Cristo y la Iglesia haya nacido al hombre nuevo, no tendrá nada del viejo delito. «Creemos la resurrección de la carne». Para que creamos que esta fue la causa de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo: que nosotros resucitáramos de entre los muertos. Resucitará la carne, resucitará tal como somos, para que permanezca el reconocimiento de las personas, para que el mártir tome alegría de la pena del perseguidor, y el perseguidor tome suplicio del honor del mártir. «Creemos la vida eterna». Porque después de la resurrección no hay fin ni para los buenos ni para los malos.

Signaos. La fe que creemos y enseñamos confiémosla, no con tinta, sino con el espíritu, al pecho, no al papel; démosla a la memoria, no al libro, para que las cosas humanas no violen el don divino, para que un árbitro profano no se apodere del secreto celestial, para que lo que es para vida de los creyentes no resulte ruina para los incrédulos. El sol no da a los ojos legañosos luz, sino tinieblas; el vino no repara las fuerzas de los febriles, sino que las debilita; sin médico la copa de la vida se vuelve letal: así para los incrédulos es pernicioso, sin la fe, el misterio de la fe. Como dice el Apóstol: Tómese la fe de la escucha, y la escucha tómese de la palabra (Rom 10,17); y el acuerdo de la vida, el pacto de la fe, la ley de la salvación no se pegue a los que mueren, sino que se fije en sentidos vivos.

Sermo LXI.

In idem

Nisi me solaretur beati Pauli subita et inopinata conversio, vix crederem tam facile vos de terrena labe in coelestem posse gloriam commutari. Illum namque de persecutore mox apostolum praestitit repentina confessio, et Ecclesiae dedit insignem magistrum, quem furentem Christiani nominis invenerat vastatorem. Nec minus animat me illius spadonis exemplum, quem fides ante rapuit ad gratiam, quam currus ad Indiam domumque revocaret. Accedit illud etiam latronis mirabile documentum, qui tunc rapuit paradisum, quando latrocinii sui poenas est appensus, ut solveret.

Unde nos, filioli, quia sic tempus vestrae regenerationis aptastis, ut neque nos possimus dicere quod necesse est, neque vos possitis quod oportet audire, fidem fidei committentes, tradimus breviter quod latius commendare non possumus. Nam quemadmodum exponentibus nobis potestis cognoscere symboli sacramentum, qui ipsum symbolum memoria capere vix valetis? Hoc monemus solum, ne quis committat litteris, quod est cordi mandaturus ut credat, Apostolo sic monente: Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.

Audituri formam fidei, credulitatis normam, confessionis ordinem, parate simul corporis et cordis auditum. Sicut fons ore angusto manans magnis fluviorum laticibus ampliatur, sic fides symboli breviato sermone credulitatis latissimos dat meatus. Et sicut radix alte fixa in excelsum germen se protendit, fides sic radicata pectoris in profundo in excelsum credulitatis cacumen attollitur. Ergo de cordibus vestris expurgate perfidiae coenum, ut pura per vos fidei fluenta percurrant; incredulitatis fruteta in vobis radicitus amputate, ut excrescant ad alta credulitatis vestrae robusta plantaria. Et quia, auctore Apostolo, corde creditur ad justitiam, ore confessio fit ad salutem, in confessionis vocem modo date quod jam corde creditis.

Sermón LXI.

Sobre lo mismo

Si no me consolara la súbita e inesperada conversión del bienaventurado Pablo (Hch 9), apenas creería que vosotros pudierais cambiar tan fácilmente de la mancha terrena a la gloria celestial. Pues una repentina confesión lo hizo enseguida de perseguidor apóstol, y dio a la Iglesia un insigne maestro, al que había encontrado como furioso devastador del nombre cristiano. No menos me anima el ejemplo de aquel eunuco, a quien la fe arrebató a la gracia antes de que el carro lo devolviera a la India y a su casa (Hch 8,27-39). Se añade también aquella admirable prueba del ladrón, que arrebató el paraíso en el momento mismo en que fue colgado para pagar las penas de su latrocinio (Lc 23,43).

Por eso, hijitos, ya que habéis ajustado de tal modo el tiempo de vuestra regeneración que ni nosotros podemos decir lo necesario ni vosotros podéis oír lo debido, confiando la fe a la fe, os entregamos brevemente lo que no podemos encomendar con más amplitud. Pues ¿cómo podríais conocer, exponiéndolo nosotros, el misterio del Símbolo, vosotros que apenas sois capaces de retener en la memoria el Símbolo mismo? Solo esto advertimos: que nadie confíe a las letras lo que ha de encomendar al corazón para creer, como advierte el Apóstol: Con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salvación (Rom 10,10).

A punto de oír la forma de la fe, la norma de la creencia, el orden de la confesión, preparad a la vez el oído del cuerpo y del corazón. Así como una fuente que mana de boca estrecha se ensancha en las grandes aguas de los ríos, así la fe del Símbolo, en un discurso abreviado, abre los más anchos cauces de la creencia. Y así como una raíz fijada en lo hondo se extiende en un brote elevado, así la fe, arraigada en lo profundo del pecho, se eleva a la excelsa cima de la creencia. Por tanto, limpiad de vuestros corazones el cieno de la incredulidad, para que las puras corrientes de la fe corran a través de vosotros; arrancad de raíz en vosotros los matorrales de la increencia, para que crezcan hasta lo alto los robustos plantíos de vuestra creencia. Y puesto que, según la autoridad del Apóstol, con el corazón se cree para la justicia, con la boca se hace la confesión para la salvación, dad ahora a la voz de la confesión lo que ya creéis en el corazón.

Credo in Deum Patrem omnipotentem. Qui credit in Deum, Deum discutere non praesumat; Deus quod sit, sufficit scire; qui requirit unde sit, quantus sit Deus, Deus quid sit, hic nescit; sol importunum tenebrat aspectum, ad Deum inconcessus caecatur accessus; Deum qui vult videre, visionis ejus discat tenere mensuram; Deum suum qui vult scire, nesciat gentium deos; qui deos dicit, contradicit Deo. Servire uni libertas est, captivitas multis. Quem Deum confessus es, crede Patrem; ut credens Patrem, esse Filium discas; dicens Filium, genitum cognoscas esse de Patre; cognoscens de Patre genitum, quomodo sit genitus non requiras, quia dixisti, Credo in Deum Patrem omnipotentem. Omnipotens potest omnia, et si omnia potest quod in se, ex se, et semper secum habeat Filium quis negabit? Generatio Dei initium non habet, nescit finem, non admittit excessum, quando in Genitore Genitus permanere persistit, dicente ipso Domino. Ego in Patre, et Pater in me est. Ego et Pater unum sumus.

Confessus es Patrem, confessus es Filium, confessus es divinitatis arcanum, confitere incarnationis Dominicae sacramentum. Et in Christum Jesum Filium ejus. Christus a superno vocatur unguento, est enim tota plenitudine divinitatis infusus; Jesus nomen est a salute, quod nomen omne quod in coelo, quod in inferno est, tremens, genuflexum, summisso vertice confitetur. Et in Christum Jesum Filium ejus unicum Dominum nostrum. Ut Patris et Filii est nobis una deitas, ita dominatio una sit nobis.

Qui natus est de Spiritu sancto ex Maria virgine. Spiritus et virgo copula terrena non est, coeleste sed est secretum: hinc est, quod nascitur est divinum. Ergo quod natus est confitendum est, quomodo natus est tacendum est; quia quod secretum est sciri non potest, quod clausum est nescit aperiri, quod singulare est non refertur exemplo.

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est et sepultus. Judicis nomen audis, ne tempus ignores; crucifixum audis, ut tibi mortis qualitas innotescat; et intelligas quid impenderit tibi, qui propter te poenam tantae mortis excepit. Audis sepultum, ut scias mortem non fuisse perfunctoriam, sed veracem. Mori nolle est timoris humani, divinae virtutis est surrexisse de morte; hic ergo non offendat mortis auditus, ubi resurrectionis gloria abscondit mortis injuriam.

«Creo en Dios Padre omnipotente». Quien cree en Dios no presuma discutir a Dios; basta saber que Dios existe; quien pregunta de dónde es, cuán grande es Dios, qué es Dios, ese no lo conoce; el sol oscurece la mirada importuna, se ciega el acceso a Dios no concedido; quien quiera ver a Dios aprenda a guardar la medida de su visión; quien quiera conocer a su Dios no conozca a los dioses de los gentiles; quien dice dioses contradice a Dios. Servir a uno es libertad; a muchos, cautiverio. Al Dios que has confesado, créelo Padre; para que, creyendo al Padre, aprendas que existe el Hijo; diciendo Hijo, reconozcas que es engendrado del Padre; reconociéndolo engendrado del Padre, no indagues cómo es engendrado, porque has dicho: «Creo en Dios Padre omnipotente». El Omnipotente lo puede todo, y si lo puede todo, ¿quién negará que tiene al Hijo en sí, de sí y siempre consigo? La generación de Dios no tiene comienzo, no conoce fin, no admite salida, puesto que el Engendrado persiste en permanecer en el Progenitor, como dice el Señor mismo. Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí (Jn 14,10). Yo y el Padre somos uno (Jn 10,30).

Has confesado al Padre, has confesado al Hijo, has confesado el arcano de la divinidad: confiesa el misterio de la encarnación del Señor. «Y en Cristo Jesús, su Hijo». Cristo se llama así por el ungüento de lo alto, pues está infundido de toda la plenitud de la divinidad; Jesús es nombre que viene de la salvación, nombre que todo lo que está en el cielo, lo que está en el infierno, temblando, de rodillas, con la cabeza inclinada, confiesa (Flp 2,10-11). «Y en Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Así como la deidad del Padre y del Hijo es para nosotros una, así sea una para nosotros la dominación.

«Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». El Espíritu y la virgen no son una cópula terrena, sino un secreto celestial: de ahí que lo que nace es divino. Por tanto, que nació hay que confesarlo; cómo nació hay que callarlo; porque lo que es secreto no puede saberse, lo que está cerrado no sabe abrirse, lo que es singular no se explica con ejemplos.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Oyes el nombre del juez, para que no ignores el tiempo; oyes «crucificado», para que se te dé a conocer la cualidad de la muerte, y entiendas qué gastó por ti el que por tu causa recibió la pena de tan gran muerte. Oyes «sepultado», para que sepas que la muerte no fue perfunctoria, sino verdadera. No querer morir es propio del temor humano; haber resucitado de la muerte es propio del poder divino; no te haga tropezar, pues, aquí el oír de la muerte, donde la gloria de la resurrección esconde la injuria de la muerte.

Tertia die resurrexit. Quia hominis est quod moritur, Trinitatis est quod resurgit. Ascendit in coelos. Hominem ferens illo, ubi semper mansit. Sedet ad dexteram Patris. Ad dexteram sedet, quia habet deitas nil sinistrum. Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Judicabit vivos et mortuos, quia resurgent ad judicium, qui non putantur esse post mortem, quos gentilitas existimat periisse cum saeculo.

Credo in Spiritum sanctum. Ut in Patre et Filio, et Spiritu sancto unam credas et intelligas esse deitatem. Credo sanctam Ecclesiam. Ut confitearis Ecclesiam Christi sponsam in perpetua Christi societate mansuram. Credo remissionem peccatorum, carnis resurrectionem. Qui remissionem peccatorum, qui carnis resurrectionem non credit, aufert veniam sibi, ipse subtrahit vitam.

Quod audistis et credidistis, quod confessi estis, cor habeat, memoria teneat, charta nesciat, scriptor ignoret, ne sacramentum fidei divulgetur in publicum, ne ad infidelem fidei derivetur arcanum. Deus qui vobis sacramentum fidei et audire dedit, et credere, ipse vos aeternam pervenire faciat ad salutem.

«Al tercer día resucitó». Porque lo que muere es del hombre, lo que resucita es de la Trinidad. «Subió a los cielos». Llevando al hombre allá, donde siempre permaneció. «Está sentado a la derecha del Padre». Se sienta a la derecha, porque la deidad no tiene nada a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Juzgará a los vivos y a los muertos, porque resucitarán para el juicio los que se piensa que no existen después de la muerte, a quienes la gentilidad estima perecidos con el siglo.

«Creo en el Espíritu Santo». Para que creas y entiendas que en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo hay una sola deidad. «Creo la santa Iglesia». Para que confieses que la Iglesia, esposa de Cristo, permanecerá en la perpetua sociedad de Cristo. «Creo la remisión de los pecados, la resurrección de la carne». Quien no cree la remisión de los pecados, quien no cree la resurrección de la carne, se quita a sí mismo el perdón, él mismo se sustrae la vida.

Lo que habéis oído y creído, lo que habéis confesado, que lo tenga el corazón, lo retenga la memoria, no lo sepa el papel, lo ignore el escribano, para que el misterio de la fe no se divulgue en público, para que el arcano de la fe no pase al infiel. Dios, que os concedió oír y creer el misterio de la fe, haga él mismo que lleguéis a la salvación eterna.

Sermo LXII.

In idem

Nutritor pius nisi totus fuerit redactus in parvulum, numquam parvulum perfectum perducit in virum; denique tunc vocem tenuat, verba ponit, agit nutibus, sensus seponit, infirmat viscera, abjicit vires, membra dissolvit, gressum tardat, gestit non ambulare, sed repere: ridere simulat, timere fingit, flere mentitur, quia est in illo mendacium pietas, desipuisse prudentia est, est infirmitas virtus. Hoc reor beatum Paulum fecisse, cum dicit: Factus sum parvulus in medio vestri, tamquam si nutrix foveat filios suos.

Sed forte aliquis stupeat, cum videat nutriculum ista facientem: non irridet si est parens, si pater est non miratur: hoc stultitiam dicere non potest qui scit amare. Unde vos jam patres, jam fortes, jam prudentes deprecor ut me patiamini parvulis Domini mei dependere debitae nutritionis obsequia: et blandimentis hodie magis congrua quam peritiae verba depromere; non quadrare, sed liquare sermones, et eos adhuc teneris faucibus in modum lactis effundere, docente Apostolo, Lac vobis potum dedi, non escam, mutare voces, amare varios affectus, et quid plura? mente, corde, corpore, imbecillis parvulorum mentibus occupari.

Sed jam vos Ecclesiae pia germina prophetico sermone compello. Venite, filii; audite me, immo per me, et per meam vocem, jussa veri genitoris audite, quia vos meo ore Deus vocat. Venite, filii. Quo venite? et ad quid? Timorem Domini, inquit, docebo vos. Et quis veniat ad timorem? ille qui vult vitam, ille qui cupit videre dies bonos; ille qui vult bonum facere, fugere malum; ille qui post carnis et spiritus conflictum quietem divinae pacis desiderat obtinere. Venite, filii; audite me: timorem Domini, inquit, docebo vos. Quis est homo qui vult vitam, et cupit dies videre bonos? Prohibe linguam tuam a malo, et labia tua ne loquantur dolum. Sicut autem vitiant crimina conscientiam, sic dolus labia polluit, linguam maledicta contaminant; ac sic Deo confiteri non potest labiis inquinatus et lingua. Et quia corde creditur ad justitiam, ore confessio fit ad salutem, sanctificate corda, mundate labia, justificate linguam, ut vox fidei bajula de puro pectore toto sanctitatis procedat exemplo.

Sermón LXII.

Sobre lo mismo

El ayo piadoso, si no se ha reducido del todo a niño, nunca lleva al niño hasta el varón perfecto; en efecto, entonces adelgaza la voz, deja las palabras, actúa con gestos, pone aparte su juicio, debilita sus entrañas, depone sus fuerzas, afloja los miembros, retarda el paso, ansía no andar, sino gatear: finge reír, simula temer, miente llorar; porque en él la mentira es piedad, haber desatinado es prudencia, la debilidad es poder. Esto creo que hizo el bienaventurado Pablo, cuando dice: Me hice pequeño en medio de vosotros, como si una nodriza acariciara a sus hijos (1 Tes 2,7).

Pero quizá alguno se asombre al ver al ayo hacer estas cosas: no se ríe si es engendrador, si es padre no se admira: no puede llamar a esto necedad quien sabe amar. Por eso a vosotros, ya padres, ya fuertes, ya prudentes, os ruego que me permitáis rendir a los pequeños de mi Señor los servicios de la crianza que les debo: y proferir hoy palabras más acordes con las caricias que con la pericia; no cuadrar, sino licuar los sermones, y derramarlos como leche en gargantas todavía tiernas, como enseña el Apóstol: Os di a beber leche, no alimento sólido (1 Cor 3,2); cambiar la voz, amar afectos variados, y ¿qué más?, ocuparme con la mente, el corazón y el cuerpo de las débiles mentes de los pequeños.

Pero ya os llamo, piadosos brotes de la Iglesia, con la palabra profética. Venid, hijos; escuchadme (Sal 34,12), o más bien, por medio de mí y por medio de mi voz, escuchad los mandatos del verdadero progenitor, porque Dios os llama por mi boca. Venid, hijos. ¿Venid adónde? ¿Y a qué? El temor del Señor, dice, os enseñaré. ¿Y quién ha de venir al temor? El que quiere la vida, el que desea ver días buenos; el que quiere hacer el bien, huir del mal; el que, tras el combate de la carne y del espíritu, desea obtener el descanso de la paz divina. Venid, hijos; escuchadme: el temor del Señor, dice, os enseñaré. ¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días buenos? (Sal 34,13) Guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen engaño (Sal 34,14). Y así como los crímenes vician la conciencia, así el engaño mancha los labios, las maldiciones contaminan la lengua; y así no puede confesar a Dios el que está manchado en los labios y en la lengua. Y puesto que con el corazón se cree para la justicia, con la boca se hace la confesión para la salvación, santificad los corazones, limpiad los labios, justificad la lengua, para que la voz portadora de la fe salga de un pecho puro con todo el ejemplo de la santidad.

Signate vos. Placitum vel pactum, quod lucri spem venientis continet, vel futuri, symbolum nuncupari contractu etiam docemur humano: quod tamen symbolum inter duos firmat semper geminata conscriptio, et in stipulatione cautum reddit humana cautela, ne cui surrepat, ne quem decipiat perfidia contractibus semper inimica. Sed hoc inter homines, inter quos fraus, aut a quo facta est, aut cui facta est, semper laedit; inter Deum vero et homines symbolum fidei sola fide firmatur: non litterae, sed spiritui creditur: et mandatur cordi, non chartae: quia divinum creditum humana non indiget cautione. Deus facere fraudem nescit, pati non potest, quia non excluditur tempore, non aetate vincitur, occultatione non fallitur, videt abscondita, furata tenet, negata possidet. Deo salva est ratio sua semper, quia ille, quod credidit, ubi pereat non est; ac si homini, non Deo, neganti perit, non perit feneranti.

Sed dicis: Qui falli non potest, quid est, quod exigit placitum? quid symbolum quaerit? Quaerit ille propter te, non propter se; non quia ille dubitat, sed ut tu credas: quaerit symbolum, quia qui ad tuam sortem venit, ad tuum non dedignatur venire contractum; quaerit symbolum, quia qui cum totum semper ipse commodat, vult deberi; quaerit symbolum, quia te modo non ad rem convocat, sed ad fidem et per placitum praesens futurum pertrahit et invitat ad lucrum.

Hoc Apostolus commemorat, cum dicit: Ex fide in fidem. Et alibi: Justus ex fide vivit. Nemo ergo immemor symboli sit, nemo initi cum Deo placiti sit oblitus; nemo cum fidem modo susceperit, rem requirat; cum ad spem venerit, quare non mox sperata percipiat conqueratur. Audi Apostolum dicentem: Spe salvi facti sumus, spes autem quae videtur non est spes; quod enim videt quis, quid sperat? Si autem quod non videmus speramus, per patientiam exspectamus. Spes ad futura tendit, fides ad promissa transmittit; cum res venerint, advenerint et promissa, spes desinit, fides cessat.

Dulcis est epistola, sed usque dum veniat ipse qui misit; necessarium chirographum, sed usque ad debiti redditionem; grati flores, sed usque dum veniatur ad poma. Sed praesentia epistolam delet, rumpit solutio cautionem, flores consumuntur a pomis: et ideo te superni Patris filium, haeredem Dei, cohaeredem Christi, participem regni coelestis, confessorem divini judicis, coeli incolam, paradisi possessorem modo designatum te fide noveris; modo spe, non re noveris te promotum. Et ideo suscipite fidem, tenete spem, dicite symbolum, ut ad rem et ad illa valeatis bona quae praediximus pervenire.

Signaos. El acuerdo o pacto que contiene la esperanza de una ganancia que viene, o que vendrá, se llama símbolo, como nos enseña también el contrato humano: el cual símbolo, sin embargo, entre dos lo afianza siempre una escritura duplicada, y la cautela humana lo deja asegurado en la estipulación, para que no se le infiltre a uno, para que no engañe a otro la mala fe, siempre enemiga de los contratos. Pero esto es entre hombres, entre los cuales el fraude siempre daña, o a aquel que lo hizo o a aquel a quien se le hizo; en cambio, entre Dios y los hombres el Símbolo de la fe se afianza con la sola fe: no se da crédito a la letra, sino al espíritu; y se confía al corazón, no al papel: porque un crédito divino no necesita caución humana. Dios no sabe cometer fraude, no puede padecerlo, porque no es excluido por el tiempo, no es vencido por la edad, no es engañado por el ocultamiento; ve lo escondido, retiene lo robado, posee lo negado. Para Dios su cuenta está siempre a salvo, porque, lo que él prestó, no hay dónde perezca; y si perece para el hombre que lo niega, no para Dios, no perece para el que presta a interés.

Pero dices: «El que no puede ser engañado, ¿por qué exige un acuerdo? ¿Por qué busca el Símbolo?» Lo busca por ti, no por sí; no porque él dude, sino para que tú creas: busca el Símbolo, porque el que vino a tu suerte no desdeña venir a tu contrato; busca el Símbolo, porque el que, aunque siempre lo presta todo él mismo, quiere que se le deba; busca el Símbolo, porque ahora no te convoca a la cosa misma, sino a la fe, y por el acuerdo presente te atrae hacia lo futuro y te invita a la ganancia.

Esto recuerda el Apóstol cuando dice: De fe en fe (Rom 1,17). Y en otro lugar: El justo vive de la fe (Gál 3,11). Nadie, pues, se olvide del Símbolo, nadie eche en olvido el acuerdo contraído con Dios; nadie, apenas haya recibido la fe, reclame la cosa misma; cuando haya llegado a la esperanza, no se queje de no recibir enseguida lo esperado. Escucha al Apóstol que dice: En esperanza hemos sido salvados; pero la esperanza que se ve no es esperanza; pues lo que uno ve, ¿por qué lo espera? (Rom 8,24) Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom 8,25). La esperanza tiende a lo futuro, la fe transporta a lo prometido; cuando han venido las cosas mismas, y han llegado también las promesas, la esperanza cesa, la fe termina.

Dulce es la carta, pero hasta que venga el mismo que la envió; necesario el documento de deuda, pero hasta el pago de lo debido; gratas las flores, pero hasta que se llega a los frutos. Pero la presencia borra la carta, el pago rompe la caución, las flores son consumidas por los frutos: y por eso reconócete designado ahora por la fe hijo del Padre de lo alto, heredero de Dios, coheredero de Cristo (Rom 8,17), partícipe del reino celestial, confesor del juez divino, habitante del cielo, poseedor del paraíso; reconócete promovido ahora en esperanza, no en la cosa misma. Y por eso recibid la fe, retened la esperanza, decid el Símbolo, para que podáis llegar a la cosa misma y a aquellos bienes que antes dijimos.

Signate vos. Hodie, homo, repraesentata est Deo anima tua. Credo in Deum. Quae diu ante dicebat Deum, sed nesciebat; vocabat Deum, sed ignorabat; ignorabat utique, quem taliter per lapides et ligna requirebat. Dicat ergo modo, dicat: Credo in Deum Patrem omnipotentem. Quae diu cum videret lapides, cui crederet non videbat: sed est vere Deus, qui te praestitit non videndo videre, quem videndo dii gentium fecerant non videre. Audi dicentem Dominum: In judicium veni in hunc mundum, ut qui non vident, videant, et videntes caeci fiant.

Credo in Deum Patrem. Inest Deo pietas, est in Deo semper affectio, paternitas permanet apud illum; semper ergo Filium fuisse credas, ne Patrem semper non fuisse blasphemes. Sed dicis: Si genuit, quomodo semper habuit? quomodo genuit? Qui sic interrogas, fidem negas, quam fateris. Credo dixisti: si credis, unde venit quomodo? quomodo sermo dubitantis est, non credentis. Credo dixisti in Deum Patrem omnipotentem: si est, quod non potest, omnipotens non est; sed tu illum genuisse ex aliquo Filium putas, quem totum fecisse confiteris ex nihilo; ex aliquo utique, si ex tempore: quod si Pater tempus non capit, Filius initium nescit. Sed quam miserum, ut tu illum facias temporalem, qui te praestitit sempiternum. Non ergo conceptione temporum, non passione viscerum, sed Pater Filium generat, nobis dum revelat.

Et in Christum Jesum Filium ejus unicum Dominum nostrum. Attende, homo, qua reverentia tibi fides insinuatur et traditur: audi Patrem, ut sentias, intelligas, credas, non discutias Filium; et quia est confitearis, non unde, et quando, et quomodo sit, temerarius perscrutator inquiras. Hinc est, quod tibi coelestis sermo ut annuntiet Patrem, mox te ad Christum, ad Jesum, ad Filium, ad unicum Dominum nostrum tota mente transmittit, ut cum videris ejus quae sunt humana, te nec assequi posse, nec aestimare, nec capere, non audeas ejus quae sunt divina contingere.

Quia natus est de Spiritu sancto ex Maria virgine. Age, homo, si tamen homo, progredere corde tuo, consurge mente tua, dilatare sensibus tuis, arrige ingenii tui acumina, excita scientiae tuae vires; quidquid in te rationis est, exsuscita, examina, discute, perscrutare, et nunc stupenti modo solus aperi quid est quod Spiritus generat, Virgo concipit, Virgo parit, permanet Virgo post partum;

Signaos. Hoy, hombre, tu alma ha sido presentada a Dios. «Creo en Dios». Ella, mucho tiempo antes, decía Dios, pero no lo conocía; invocaba a Dios, pero lo ignoraba; lo ignoraba, ciertamente, pues lo buscaba de tal modo por las piedras y los leños. Diga, pues, ahora, diga: «Creo en Dios Padre omnipotente». Ella, tanto tiempo, viendo piedras, no veía a quién creer: pero es verdaderamente Dios el que te concedió ver no viendo, a ti a quien, siendo vistos, los dioses de los gentiles habían hecho no ver. Escucha al Señor que dice: Para un juicio vine a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos (Jn 9,39).

«Creo en Dios Padre». Hay en Dios piedad, hay en Dios siempre afecto, la paternidad permanece en él; cree, pues, que el Hijo existió siempre, para que no blasfemes diciendo que el Padre no existió siempre. Pero dices: «Si engendró, ¿cómo lo tuvo siempre? ¿Cómo engendró?» Tú que así preguntas niegas la fe que reconoces. Has dicho «creo»: si crees, ¿de dónde viene el «cómo»? El «cómo» es palabra del que duda, no del que cree. «Creo», has dicho, «en Dios Padre omnipotente»: si hay algo que no puede, no es omnipotente; pero tú piensas que él engendró al Hijo de algo, él, de quien confiesas que hizo el todo de la nada; de algo, sin duda, si del tiempo: y si el Padre no admite el tiempo, el Hijo no conoce comienzo. Pero ¡qué miseria, que tú lo hagas temporal a él, que te hizo a ti sempiterno! No, pues, por una concepción de tiempos, no por una pasión de las entrañas, sino que el Padre engendra al Hijo, mientras nos lo revela.

«Y en Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Atiende, hombre, con qué reverencia se te insinúa y se te entrega la fe: escucha al Padre, para que sientas, entiendas, creas, no discutas al Hijo; y confieses que existe, sin indagar, temerario escudriñador, de dónde, y cuándo, y cómo existe. De ahí que la palabra celestial, apenas te anuncia al Padre, te transmite con toda la mente a Cristo, a Jesús, al Hijo, a nuestro único Señor, para que, cuando veas que no puedes alcanzar, ni estimar, ni comprender lo que en él es humano, no te atrevas a tocar lo que en él es divino.

«Que nació del Espíritu Santo, de María Virgen». Ea, hombre, si es que eres hombre, avanza con tu corazón, levántate con tu mente, dilátate con tus sentidos, aguza las puntas de tu ingenio, despierta las fuerzas de tu ciencia; todo lo que hay en ti de razón, despiértalo, examina, discute, escudriña, y ahora, pasmado como estás, abre tú solo qué es esto: que el Espíritu engendra, la Virgen concibe, la Virgen da a luz, permanece Virgen después del parto; cómo se

quemadmodum fit Verbum caro, Deus homo, homo transfertur in Deum; quemadmodum cunabula capiunt quem non capit coelum; quemadmodum portatur humeris orbem qui sustinet totum; quare ipse qui fecit omnia, instituit universa, cuncta moderatur, de te nasci, a te regi voluit, instituit nutriri, ut te parente viveret, cujus ante despexerat servitutem. Et si hoc potueris de reposito divinitatis attingere et proferre de deitatis arcano, tunc interius accede, ascende altius, licentius intuere, et tunc Patris tempora, initia Filii, explorator novus, singularis inventor, proditor divinitatis expone.

Esto major Isaia, qui dixit: Sicut ovis ad occisionem ductus est, et sicut agnus coram tondente se sine voce, sic non aperuit os suum; in humilitate judicium ejus ablatum est, generationem ejus quis enarrabit? Cujus? Hujus generationem qui sicut ovis ad occisionem ductus est. Si Christi humana generatio exstitit, si divina; et si ut generatur, narrari non potest, quae te, homo, unda, qui te fluctus, ad istud naufragium pertulerunt? qui te spiritus per aera volitare impulit ad ruinam? Pater, Filius et Spiritus sanctus una deitas, una virtus, una sempiternitas, majestas una: quidquid autem Filius minoratur, accipit, crescit, mei est corporis, non substantiae suae. Aut miraris homo quia Patrem vocat in coelo qui matrem habere dignatur in terra?

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est, et sepultus. Quare, homo, qui in se aequalis est Patri, hoc solum, quod in te minor esse voluit, accusas? quem audis sedente Pilato astare, cognoscente Pilato judicari, quare hoc solum accipis addici accusantibus criminosis, reo pronuntiante damnari? Sed ille de carne tua nasci voluit, tuis voluit uberibus occupari, jacere in tuo pectore, tuis voluit humeris bajulari, qui semper a te amari voluit, non timeri. Require quid in lege mandaverit primum, et quid in gratiam quaesierit tunc videbis. Interrogatus Dominus, sicut evangelista dixit, quod esset mandatum in lege primum, ait: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua; hinc est quod ad cor tuum venit, et ad mentem tuam, quia animo, corde, corpore a te ab initio diligi perquisivit.

hace el Verbo carne, Dios hombre, el hombre es trasladado a Dios; cómo una cuna contiene a quien no contiene el cielo; cómo es llevado en hombros el que sostiene todo el orbe; por qué el mismo que hizo todas las cosas, estableció el universo, lo gobierna todo, quiso nacer de ti, ser regido por ti, dispuso ser criado, para vivir teniéndote a ti por padre, él que antes había despreciado tu servidumbre. Y si puedes alcanzar esto del depósito de la divinidad y sacarlo del arcano de la deidad, entonces entra más adentro, sube más alto, contempla con más libertad, y entonces expón, explorador nuevo, descubridor singular, delator de la divinidad, los tiempos del Padre, los comienzos del Hijo.

Sé mayor que Isaías, que dijo: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero sin voz ante el que lo esquila, así no abrió su boca; en la humillación su juicio fue quitado; su generación, ¿quién la narrará? (Is 53,7-8) ¿De quién? La generación de este, que como oveja fue llevado al matadero. Si la generación de Cristo fue humana, si divina; y si, tal como es engendrado, no puede narrarse, ¿qué ola, hombre, qué oleaje te ha llevado a este naufragio? ¿Qué espíritu te impulsó a revolotear por los aires hacia la ruina? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola deidad, un solo poder, una sola sempiternidad, una sola majestad: pero todo aquello en que el Hijo es disminuido, lo que recibe, aquello en que crece, es de mi cuerpo, no de su sustancia. ¿O te admiras, hombre, de que llame Padre en el cielo el que se digna tener madre en la tierra?

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». ¿Por qué, hombre, acusas a quien en sí es igual al Padre de esto solo: de que en ti quiso ser menor? A aquel de quien oyes que estuvo de pie mientras Pilato estaba sentado, que fue juzgado mientras Pilato instruía la causa, ¿por qué tomas solo esto: que fue entregado a acusadores criminales, condenado por la sentencia de un reo? Pero él quiso nacer de tu carne, quiso ocuparse en tus pechos, yacer en tu regazo, quiso ser llevado en tus hombros, él que quiso ser siempre amado por ti, no temido. Indaga qué mandó primero en la Ley, y verás entonces qué buscó para la gracia. Interrogado el Señor, como dijo el evangelista, cuál era el primer mandamiento en la Ley, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente (Mt 22,37); de ahí que vino a tu corazón y a tu mente, porque desde el principio buscó ser amado por ti con el ánimo, el corazón, el cuerpo.

Qui sub Pontio Pilato crucifixus est et sepultus. Hucusque Judaeus, sequitur haereticus; exspectet: ad priora illorum nullus accedat, qui Christi pascuntur, et saginantur injuriis. Sed vos, filioli, audite, ut post passionem mortis, sepulturae moerorem resurrectionis gaudiis effugetis. Tertia die resurrexit. Ut esset nostri corporis resurrectio, virtus, gratia, beneficium Trinitatis. Ascendit in coelis. Per me, qui per se numquam defuit coelo. Sedet ad dexteram Patris. Divinae virtutis ordine, non honoris humani. Diximus, sic Filius a dextris sedet, ut numquam Pater sedeat a sinistris. Inde venturus est judicare vivos et mortuos. Et quid debet judici mors? hinc est quod resurgit, ut debeat.

Credo in Spiritum sanctum. Hunc in quem credit, negat, qui Spiritum sanctum negat. In sanctam Ecclesiam. Quia Ecclesia in Christo, et in Ecclesia Christus est; qui ergo Ecclesiam fatetur, in Ecclesiam se confessus est credidisse. Remissionem peccatorum. Da tibi, homo, veniam tu credendo, qui ad omnia peccata dilapsus es desperando. Carnis resurrectionem. Hoc est totum fidei documentum: si carnem, quae corrupta est, quae putrefacta est, quae periit, per Deum resurgere, repaginari, redire posse credas, quem posse omnia, quando omnipotentem confessus es, tunc jurasti.

Vitam aeternam. Bene addidit vitam aeternam, ut se resurrecturum crederet, qui resurget per ipsum, qui cum Deo Patre et Spiritu sancto vivit et regnat, nunc et semper, et per immortalia saecula saeculorum. Amen.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Hasta aquí el judío; sigue el hereje; que espere: que no se acerque a lo anterior ninguno de aquellos que se apacientan y se ceban con las injurias a Cristo. Pero vosotros, hijitos, escuchad, para que después de la pasión de la muerte ahuyentéis el duelo de la sepultura con los gozos de la resurrección. «Al tercer día resucitó». Para que la resurrección de nuestro cuerpo fuera poder, gracia, beneficio de la Trinidad. «Subió a los cielos». Por mí, él que por sí nunca estuvo ausente del cielo. «Está sentado a la derecha del Padre». Por el orden del poder divino, no del honor humano. Lo hemos dicho: el Hijo se sienta a la derecha de tal modo que el Padre nunca se sienta a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». ¿Y qué le debe la muerte al juez? De ahí que resucita: para que deba.

«Creo en el Espíritu Santo». Niega a aquel en quien cree quien niega al Espíritu Santo. «En la santa Iglesia». Porque la Iglesia está en Cristo, y en la Iglesia está Cristo; quien, pues, reconoce la Iglesia, ha confesado que ha creído en la Iglesia. «La remisión de los pecados». Date a ti mismo, hombre, el perdón creyendo, tú que has caído en todos los pecados desesperando. «La resurrección de la carne». Esta es toda la enseñanza de la fe: si crees que la carne, que se ha corrompido, que se ha podrido, que ha perecido, puede resucitar, volver a ensamblarse, regresar por Dios, de quien, cuando lo confesaste omnipotente, juraste entonces que lo puede todo.

«La vida eterna». Con razón añadió «la vida eterna», para que creyera que resucitará el que resucitará por él, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina, ahora y siempre, y por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

Sermo LXIII.

De Lazaro a mortuis suscitato

Post apostolicam lectionem cupientibus nobis ad evangelicas redire virtutes, mox Lazarus ab inferis reversus occurrit apportans vincendae mortis formam, deferens resurrectionis exemplum. Si ergo placet, priusquam ingrediamur pelagus lectionis, priusquam aggrediamur quaestionum fluctus, antequam facti talis altitudinem penetremus, resurrectionis contemplemur aspectum: quia hoc signum videmus esse signorum, virtutum cernimus esse virtutem, mirabilium esse mirificentiam pervidemus Suscitaverat Dominus filiam Jairi principis synagogae, sed adhuc funere calente, sed adhuc mediante morte, corpore adhuc praesente, adhuc inter homines homine morante, adhuc viante spiritu, adhuc anima claustra tartari nesciente, ac ne multis, sic mortuae vitam reddidit, ut jus maneret inferni. Suscitavit et unicum matris; sed sic, ut retineret pheretrum, ut anticiparet sepulcrum, ut corruptionem suspenderet et praeveniret fetorem, ut ante mortuo vitam redderet, quam tota mortuus jura mortis intraret. Circa Lazarum vero quod geritur, totum singulare est, cujus mors, cujus resurrectio commune nil habet cum praedictis; quem circa et vis tota mortis impleta est, et forma resurrectionis plena resplendet. Audeo, et dico totum rapuisse resurrectionis Dominicae sacramentum triduanus ab inferis Lazarus si rediisset: nam Christus rediit triduanus ut Dominus, Lazarus revocatur quatriduanus ut servus.

Sed ad probanda quae diximus, jam praelibemus aliqua lectionis. Miserunt, inquit, sorores ejus ad Dominum dicentes, Domine, ecce quem amas infirmatur. Sic dicentes affectum pulsant, interpellant amorem, conveniunt charitatem, necessitudinem necessitudine gestiunt submovere: sed Christus cui plus est mortem vincere quam removere languorem, cujus amare illud est, non ut dilectum allevet, sed ab inferis ut reducat, dilecto non languoris medicinam, sed resurrectionis gloriam mox paravit.

Sermón LXIII.

Sobre Lázaro resucitado de entre los muertos

Después de la lectura del Apóstol, cuando deseamos volver a los prodigios del Evangelio, al punto nos sale al encuentro Lázaro, vuelto de los infiernos, trayendo la forma de la muerte que ha de ser vencida, portando el ejemplo de la resurrección. Así pues, si os parece, antes de entrar en el alta mar de la lectura, antes de acometer el oleaje de sus cuestiones, antes de penetrar la hondura de semejante hecho, contemplemos el aspecto de la resurrección: porque vemos que esta es la señal de las señales, advertimos que es el prodigio de los prodigios, percibimos que es la maravilla de las maravillas. Había resucitado el Señor a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga, pero cuando aún estaba caliente el funeral, cuando la muerte estaba aún a medio camino, estando aún presente el cuerpo, demorándose aún el hombre entre los hombres, estando aún en camino el espíritu, sin conocer aún el alma los cerrojos del Tártaro; y, por no decir más, devolvió la vida a la muerta de tal modo que el derecho del infierno permaneció. Resucitó también al hijo único de su madre; pero de tal modo que detuviera el féretro, se adelantara al sepulcro, suspendiera la corrupción y previniera el hedor, que devolviera la vida al muerto antes de que, muerto, entrara en todos los derechos de la muerte. Pero lo que sucede con Lázaro es del todo singular: su muerte, su resurrección no tienen nada en común con las ya dichas; en él se cumplió toda la fuerza de la muerte, y resplandece plena la forma de la resurrección. Me atrevo a decirlo: Lázaro habría arrebatado todo el misterio de la resurrección del Señor si hubiera vuelto de los infiernos muerto de tres días; pues Cristo volvió muerto de tres días, como Señor; Lázaro es llamado de vuelta muerto de cuatro días, como siervo.

Pero para probar lo que hemos dicho, gustemos ya de antemano algo de la lectura. Enviaron, dice, sus hermanas al Señor, diciendo: Señor, he aquí que el que amas está enfermo (Jn 11,3). Al decir esto llaman a su afecto, interpelan su amor, apelan a su caridad, se afanan por remover un vínculo con otro vínculo: pero Cristo, para quien es más vencer la muerte que quitar la dolencia, cuyo modo de amar consiste no en aliviar al amado sino en traerlo de vuelta de los infiernos, preparó al punto para el amado no la medicina de la dolencia, sino la gloria de la resurrección.

Denique, Ut audivit infirmari Lazarum,, sicut dicit Evangelista, mansit in eodem loco duobus diebus. Videtis quemadmodum dat locum morti, licentiam dat sepulcro, corruptioni posse permittit, negat nil putredini, nil fetori; atque ut tartarus rapiat, trahat, habeat, admittit; atque agit ut humana spes tota pereat, et tota vis mundanae desperationis accedat, quatenus quod facturus est divinum sit, non humanum. Tantum autem in loco exspectatione mortis residet, ut et mortuum ipse nuntiet, et tunc ad Lazarum denuntiet se venire.

Ait enim, Lazarus mortuus est, et gaudeo. Hoc est amasse? gaudebat Christus, quia moeror mortis vertendus mox erat resurrectionis in gaudium. Et gaudeo propter vos. Quare, propter vos? quia in morte et resurrectione Lazari figura tota mortis et resurrectionis dominicae pingebatur; et quod erat secuturum mox in Domino jam praecedebat in servo. Dicebat semel et iterum discipulis suis: Ecce ascendimus Hierosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis: et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum et flagellandum, et ad crucifigendum. Et ista dicens, videbat eos fieri satis dubios, satis tristes, satis consolationis extorres: et noverat eos ita opprimendos esse ipso pondere passionis, ut nihil in eis ex vita, nihil in eis ex fide, nihil in eis remanere posset ex luce, sed tota pene perfidiae nocte fuscandos. Et ideo mortem Lazari usque ad quatriduanum tempus protendit, usque ad fetorem praevalere permittit, ut discipuli dubium non haberent posse Dominum post triduum adhuc recentem surgere, cum servum vidissent post quatriduum surgere jam fetentem; et crederent illum facile posse sibi vitam reddere, qui alium taliter revocarat ad vitam. Hinc est quod dicit: Gaudeo propter vos, ut credatis. Necesse ergo erat mors Lazari, ut et cum Lazaro jam discipulorum fides consurgeret sepulto.

Quoniam non eram ibi. Et erat locus ubi non erat Christus? et quomodo non erat ibi, unde mortuum Lazarum discipulis nuntiabat? Fratres, erat ibi Christus Deus, sed ibi non erat homo Christus; erat ibi Christus Deus cum moreretur Lazarus, sed nunc ad mortuum venturus erat Christus, quando erat mortem Christus Dominus subiturus: dicebat itaque, Quoniam non eram ibi. Hoc est in morte, in sepulcro, in inferno, ubi per me et meam mortem potestas tota mortis est subruenda.

En efecto, cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, como dice el evangelista, se quedó en el mismo lugar dos días (Jn 11,6). Veis cómo da lugar a la muerte, da licencia al sepulcro, permite a la corrupción que pueda, no niega nada a la putrefacción, nada al hedor; y admite que el Tártaro arrebate, arrastre, retenga; y obra de modo que perezca toda esperanza humana y sobrevenga toda la fuerza de la desesperación del mundo, para que lo que va a hacer sea divino, no humano. Y permanece en aquel lugar a la espera de la muerte tanto tiempo que él mismo anuncia al muerto, y solo entonces declara que va a Lázaro.

Pues dice: Lázaro ha muerto, y me alegro (Jn 11,14-15). ¿Esto es haber amado? Se alegraba Cristo, porque la aflicción de la muerte iba pronto a convertirse en el gozo de la resurrección. Y me alegro por vosotros. ¿Por qué por vosotros? Porque en la muerte y resurrección de Lázaro se pintaba toda la figura de la muerte y resurrección del Señor; y lo que pronto había de seguir en el Señor iba ya delante en el siervo. Una y otra vez decía a sus discípulos: He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen (Mt 20,18-19). Y diciendo esto, los veía volverse harto dudosos, harto tristes, harto desterrados del consuelo; y sabía que habrían de quedar tan oprimidos por el peso mismo de la Pasión que nada de vida, nada de fe, nada de luz podría quedar en ellos, sino que serían oscurecidos por una noche casi total de incredulidad. Y por eso prolonga la muerte de Lázaro hasta el cuarto día, permite que prevalezca hasta el hedor, para que los discípulos no dudaran de que el Señor podía resucitar después de tres días todavía reciente, cuando hubieran visto al siervo resucitar después de cuatro días ya hediondo; y creyeran que fácilmente podía devolverse la vida a sí mismo el que de tal modo había llamado de vuelta a otro a la vida. Por eso dice: Me alegro por vosotros, para que creáis. Era necesaria, pues, la muerte de Lázaro, para que con Lázaro sepultado resurgiera también la fe de los discípulos.

Porque no estaba allí. ¿Y había un lugar donde no estuviera Cristo? ¿Y cómo no estaba allí, si desde allí anunciaba a los discípulos que Lázaro había muerto? Hermanos, allí estaba Cristo, Dios, pero allí no estaba el hombre Cristo; estaba allí Cristo, Dios, cuando moría Lázaro, pero Cristo había de venir al muerto ahora, cuando Cristo el Señor iba a afrontar la muerte: por eso decía: Porque no estaba allí. Es decir, en la muerte, en el sepulcro, en el infierno, donde por mí y por mi muerte ha de ser derribada toda la potestad de la muerte.

Martha, inquit, ut audivit quia Jesus venit, occurrit illi, dicens, Domine, si hic fuisses, frater meus non fuisset mortuus. Mulier, et Deum confiteris et dicis, si hic fuisses? Deum nec absentant loca, nec tempora repraesentant. Non moreretur Lazarus, si Dominus fuisset ibi, qui erat ibi: scilicet, si in paradiso tu, mulier, non fuisses; mulier, tu quaesisti lacrymas, tu invenisti gemitus, tu mortem gulae pretio comparasti, et accusas absentiam Dei, quando causam mortis fuisse tuam praesentiam non recusas? Mors quando a te provisa est, tunc lamentandi materia fuit; nunc vero facta est virtutis occasio, quia tunc ad poenam peccantis data est, nunc permissa est resuscitantis ad gloriam; tunc tartarus invenit hominem, nunc amittit. Sed jam quaere per fidem, mulier, quod per perfidiam perdidisti.

Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus; sed et nunc scio quia quaecumque petieris a Deo, dabit tibi Deus. Haec mulier non credit, sed credere conatur, cujus credulitatem incredulitas confundit. Quaecumque petieris a Deo, dabit tibi Deus. Deus ex se dat, non a se petit. Quid affers moras, mulier, supplicandi, cum jam praestaturus assistat: Mulier, judex ipse est, quem tu desideras advocatum; in hoc dantis potestas est, non necessitas est rogantis, Scio, inquit, quia quaecumque petieris a Deo, dabit tibi Deus. Mulier, hoc credere, non est credere; hoc scire, nescire est. Probavit hoc Apostolus, quia homo quando se putat aliquid scire, tunc nescit.

Sed jam quid Dominus responderit, audiamus. Resurget frater tuus. Et mulier: Scio quia resurget in resurrectione in novissimo die. Martha, iterum scis quod nescis: scis quia in novissimo die possit resurgere frater tuus, sed quod et hic possit, nescis; aut forte Deus qui tunc potest suscitare omnes, unum modo mortuum non potest suscitare? Potest, potest Deus suscitare ad temporale signum mortuum unum, qui tunc omnes mortuos ad vitam perpetem suscitabit. Scio quaecumque petieris a Deo, dabit tibi Deus, et scio quia resurget in resurrectione in novissimo die. Martha, ante te est resurrectio quam tam longe mittis.

Ego sum, inquit, resurrectio. Et quid est, ego sum resurrectio? et non ego resuscito? quid est? Quia suscepit hominem, suscepit mortem: ut qui resuscitat jubendo unum, resurgendo in se resuscitet omnes; et quibus Adam puteus mortis exstitit, his vitae fons Christus existat; et impleatur illud Apostoli, Sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur.

Marta, dice, cuando oyó que Jesús venía, salió a su encuentro, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto (Jn 11,20-21). Mujer, ¿confiesas a Dios y dices: Si hubieras estado aquí? A Dios ni los lugares lo ausentan, ni los tiempos lo hacen presente. No moriría Lázaro si el Señor hubiera estado allí, él que estaba allí: es decir, si tú, mujer, no hubieras estado en el paraíso; mujer, tú buscaste las lágrimas, tú hallaste los gemidos, tú compraste la muerte al precio de la gula, ¿y acusas la ausencia de Dios, cuando no niegas que tu presencia fue la causa de la muerte? Cuando la muerte fue procurada por ti, entonces fue motivo de lamento; pero ahora se ha hecho ocasión de poder, porque entonces fue dada para castigo del que pecaba, ahora es permitida para gloria del que resucita; entonces el Tártaro encontró al hombre, ahora lo pierde. Pero busca ya por la fe, mujer, lo que perdiste por la incredulidad.

Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto; pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá (Jn 11,22). Esta mujer no cree, sino que intenta creer; su creencia la confunde la increencia. Todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Dios da de sí mismo; no pide a sí mismo. ¿Por qué demoras, mujer, la súplica, cuando ya está presente el que va a conceder? Mujer, el que tú deseas como abogado es él mismo el juez; en esto hay potestad del que da, no necesidad del que ruega: Sé, dice, que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Mujer, creer esto no es creer; saber esto es no saber. Lo probó el Apóstol: que el hombre, cuando cree saber algo, entonces no sabe (1 Cor 8,2).

Pero oigamos ya lo que respondió el Señor. Tu hermano resucitará (Jn 11,23). Y la mujer: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día (Jn 11,24). Marta, otra vez sabes lo que no sabes: sabes que tu hermano puede resucitar en el último día, pero que también puede aquí, no lo sabes; ¿o acaso Dios, que entonces puede resucitar a todos, no puede ahora resucitar a un solo muerto? Puede, puede Dios resucitar a un solo muerto para una señal temporal, él que entonces resucitará a todos los muertos para la vida perpetua. Sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá, y sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Marta, delante de ti está la resurrección que tú remites tan lejos.

Yo soy, dice, la resurrección (Jn 11,25). ¿Y qué es Yo soy la resurrección? ¿Y no «yo resucito»? ¿Qué es? Porque asumió al hombre, asumió la muerte: para que el que resucita a uno mandando, resucitando en sí resucite a todos; y para que a aquellos para quienes Adán fue pozo de muerte, Cristo les sea fuente de vida; y se cumpla aquello del Apóstol: Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Cor 15,22).

Ego sum, inquit, resurrectio et vita: qui credit in me, etiamsi mortuus fuerit, vivet, et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in aeternum. Credis hoc? Et mulier, Utique, Domine, ego credidi, et credo, quia tu es Christus filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti. Qui ad Lazarum venerat, quid sic occupatur in Martha? quid? Ut ante ista in fide surgeret, quam ille resuscitaretur in carne. Sic facit qui et vivis et mortuis consulturus advenit: nec pertimescit faciendi moras, penes quem facti et effectus permanet et potestas. Fratres, patimini hodie differri verbum, si desideratis audire latius quae sequuntur.

Yo soy, dice, la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre (Jn 11,25-26). ¿Crees esto? Y la mujer: Sí, Señor, yo he creído y creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo (Jn 11,27). El que había venido a Lázaro, ¿por qué se ocupa así de Marta? ¿Por qué? Para que ella resurgiera en la fe antes de que él fuera resucitado en la carne. Así obra el que ha venido a mirar por los vivos y por los muertos: y no teme las demoras en el hacer, aquel en cuyas manos permanece la potestad tanto del hecho como de su cumplimiento. Hermanos, consentid que hoy se difiera la palabra, si deseáis oír más ampliamente lo que sigue.

Sermo LXIV.

De eodem

Singula Scripturae verba si libris singulis mandarentur, nec sic mysteria quae in ipsis sunt audientibus perlucerent; et quid faciet subitus et brevis sermo, qui in modum fulguris, priusquam illustret oculos, jam refugit, nec dat lucem videntibus, sed pavorem? Orate ergo, uti quia in saeculi obscuritate versamur, et in carne positi noctis tempus agimus, non diei, lucernam nobis verbi sui Christus accendat, qua praevia mysterii coelestis ingrediamur obscura, et gradu lento perveniamus ad scientiae divinae quantam possumus claritatem: sicut illi magi, qui mentis suae oculos metientes, non audent splendori solis, aut divinae se committere claritati, sed nocte tenerum stellae lumen tenerioribus oculis assumentes, ad cubile Christi tenerrimum pervenerunt. Sed jam, sicut promisimus, evangelicae lectionis quod superest, exsequamur.

Martha, inquit, ut audivit quia Jesus venit, occurrit illi. Sic servus non fuit, non proximus, non amicus, certe qui aderat consolator, ut mulier sola medias per turbas, per castrum totum, extra civitatem et luctus tempore, venienti occurreret salvatori? Fratres, in his personis non causae currunt, sed sacramenta signantur. Mulier currit pro morte, quae cucurrit ad mortem; festinat ad veniam, quae festinavit ad culpam; ad redemptorem pium pervenit, seductor pessimus quam praevenit; resurrectionem quaerit, quae quaesivit ruinam; et ipsa quae mortem viro attulit, ut vitam viro referat, haec anhelat.

Hinc est quod in loco Christus restitit, exspectavit Christus, quod non intravit turbas, quod non contendit ad domum, quod non ad sepulcrum divertit, quod non ad Lazarum propter quem venerat, festinavit; sed mulierem sustinet, mulierem remoratur, mulierem primam suscepit, quam primam suasor infecit; a muliere perfidiam fugat, ad mulierem revocat fidem, ut quae fuit perditionis obsequium, salutis eadem sit ministra; et sit tandem per Deum viventium mater, quae per diabolum diu mater exstitit mortuorum.

Sermón LXIV.

Sobre lo mismo

Si cada una de las palabras de la Escritura se confiara a un libro entero, ni aun así brillarían para los oyentes los misterios que hay en ellas; ¿y qué hará un sermón repentino y breve, que a modo de relámpago, antes de iluminar los ojos, ya ha huido, y no da a los que miran luz, sino pavor? Orad, pues, para que, ya que vivimos en la oscuridad del mundo y, puestos en la carne, pasamos el tiempo de la noche, no del día, Cristo nos encienda la lámpara de su palabra, para que, yendo ella delante, entremos en lo oscuro del misterio celestial y con paso lento lleguemos a cuanta claridad de la ciencia divina podamos: como aquellos Magos que, midiendo los ojos de su mente, no se atreven a confiarse al esplendor del sol o a la claridad divina, sino que, tomando de noche la tierna luz de una estrella con ojos más tiernos aún, llegaron a la tiernísima cuna de Cristo. Pero ahora, como prometimos, recorramos lo que queda de la lectura del Evangelio.

Marta, dice, cuando oyó que Jesús venía, salió a su encuentro. ¿Tan poco hubo un siervo, un vecino, un amigo, ciertamente algún consolador que estuviera presente, que la mujer sola, por en medio de las multitudes, por toda la aldea, fuera de la ciudad y en tiempo de duelo, saliera al encuentro del Salvador que venía? Hermanos, en estas personas no corren sucesos, sino que se significan misterios. La mujer corre por la muerte, ella que corrió a la muerte; se apresura al perdón, la que se apresuró a la culpa; llega al Redentor piadoso, ella a quien el pésimo seductor alcanzó primero; busca la resurrección, la que buscó la ruina; y la misma que trajo la muerte al varón, anhela devolver la vida al varón.

Por eso Cristo se detuvo en el lugar, por eso Cristo esperó, por eso no entró entre las multitudes, no se dirigió a la casa, no se desvió hacia el sepulcro, no se apresuró hacia Lázaro, por quien había venido; sino que aguarda a la mujer, se demora por la mujer, recibió primero a la mujer, a la que el persuasor contagió primero; de la mujer ahuyenta la incredulidad, a la mujer vuelve a llamar a la fe, para que la que estuvo al servicio de la perdición sea ella misma la ministra de la salvación; y sea por fin por Dios madre de los vivientes la que por el diablo fue largo tiempo madre de los muertos.

Et quia mulier fuerat mali caput, causam mortis agit, ut ante crimen diluat quam veniam largiatur, ante causam tollat quam sententiam solvat; et cavet ne vir mulierem, per quam semel deceptus est, participem refugeret ad vitam; ac ne multis periisset mulier, si ante ad virum Christus Dominus pervenisset. Hinc est, fratres, quod per mulierem nascitur Christus; hinc est quod virum mulier semper ventris sui suscitat de sepulcro, ut doloribus revocet, quem depulit blandimentis, ut flendo reparet quem perdidit manducando.

Denique ubi Martha confessa est Christo, et quidquid fuit culpae in persona mulieris pia confessione delevit, mittitur ad Mariam, quia sine Maria nec fugari mors poterat, nec vita poterat reparari. Veniat Maria, veniat materni nominis bajula, ut videat homo Christum virginalis uteri habitasse secretum, quatenus prodeant ab inferis mortui, mortui exeant de sepulcris. Jesus, inquit, videns Mariam plorantem et Judaeos qui cum ea venerant plorantes, fremuit spiritu et turbavit seipsum, et dixit: Ubi posuistis illum? Responderunt, Domine, veni et vide; et lacrymatus est Jesus. Plorat Maria, plorant Judaei, plorat et Christus; putasne simili compassione? Esto quod Maria soror fleret, quia nec fratrem retinere potuit, nec morti potuit obviare: quae licet esset de resurrectione secura, destitutione tamen solatii praesentis, mora absentiae tam longae, tristitia diutinae separationis non potuit non deflere; simul quia tam trux, tam funesta, tam crudelis imago mortis, quamvis fidelem mentem non potuit non tangere, non movere. Flebant Judaei et conditionis suae memores, et futurae vitae desperatione possessi. Mors cum satis viventibus sit amara, satis turbat ipso exitu, plus conturbat exemplo: mortuum quotiens quis viderit, totiens se morti ejulat destinatum. Sic de morte non potest non dolere mortalis.

Quid horum Christus? et si nihil horum, quare flebat? certe ipse qui dixerat, Lazarus mortuus est, et gaudeo, de quo gaudet mortuo, ipsum cum resuscitat tunc lamentatur; qui cum amittit non flet, cum recipit tunc deplorat; tunc fundit mortales lacrymas, vitae spiritum cum refundit. Fratres, habet hoc natura corporis humani, ut producat lacrymas vis gaudii, vis moeroris. Quotiens enim viscera, aut laetitiae, aut tristitiae nimio arctantur impulsu, oculi in lacrymas mox erumpunt.

Y porque la mujer había sido la cabeza del mal, lleva la causa de la muerte, para lavar el crimen antes de otorgar el perdón, para quitar la causa antes de anular la sentencia; y cuida de que el varón no rehúya tener como partícipe de la vida a la mujer por la que una vez fue engañado; y, por no decir más, la mujer habría perecido si Cristo el Señor hubiera llegado primero al varón. Por eso, hermanos, Cristo nace por medio de una mujer; por eso la mujer siempre resucita al hombre del sepulcro de su vientre, para llamar de nuevo con sus dolores al que expulsó con sus halagos, para recobrar llorando al que perdió comiendo.

En efecto, cuando Marta se confesó a Cristo y con su piadosa confesión borró cuanto hubo de culpa en la persona de la mujer, es enviada a María, porque sin María ni podía ahuyentarse la muerte ni podía recobrarse la vida. Venga María, venga la portadora del nombre materno, para que vea el hombre que Cristo habitó el recinto secreto de un seno virginal, para que salgan de los infiernos los muertos, salgan los muertos de los sepulcros. Jesús, dice, viendo a María que lloraba, y a los judíos que habían venido con ella llorando, se estremeció en el espíritu y se turbó a sí mismo, y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? (Jn 11,33-34) Respondieron: Señor, ven y mira; y lloró Jesús (Jn 11,34-35). Llora María, lloran los judíos, llora también Cristo: ¿piensas que con igual compasión? Concedamos que María, la hermana, llorara, porque ni pudo retener a su hermano ni pudo salir al paso de la muerte: ella, aunque estaba segura de la resurrección, no pudo sin embargo dejar de llorar por la privación del consuelo presente, por la demora de una ausencia tan larga, por la tristeza de una separación duradera; y a la vez porque una imagen de la muerte tan atroz, tan funesta, tan cruel no pudo dejar de tocar, de conmover a una mente por fiel que fuera. Lloraban los judíos, acordándose de su condición y poseídos por la desesperación de la vida futura. Como la muerte es harto amarga para los vivos, harto turba con su misma partida, más conturba con su ejemplo: cuantas veces uno ve a un muerto, tantas veces se lamenta de estar destinado a la muerte. Así, el mortal no puede dejar de dolerse de la muerte.

¿Cuál de estas cosas es Cristo? Y si ninguna de ellas, ¿por qué lloraba? Ciertamente el mismo que había dicho: Lázaro ha muerto, y me alegro, se lamenta por aquel de cuya muerte se alegra, entonces, cuando lo resucita; el que no llora cuando lo pierde, entonces lo llora cuando lo recobra; entonces derrama lágrimas mortales, cuando vuelve a infundir el aliento de la vida. Hermanos, la naturaleza del cuerpo humano tiene esto: que la fuerza del gozo, la fuerza de la aflicción producen lágrimas. Pues cuantas veces las entrañas se oprimen por un impulso excesivo de alegría o de tristeza, los ojos prorrumpen al punto en lágrimas.

Hinc est quod Christus non dolores mortis, sed illius laetitiae recordatione lacrymavit, qui voce sua, voce una, omnes est mortuos perpetuam suscitaturus ad vitam. Fremit spiritu, et tota se viscerum commotione conturbat, quia adhuc solum Lazarum, et non jam omnes mortuos suscitabat. Quis ergo ex humana infirmitate existimet hic flevisse Christum, cum coelestis pater luxuriosum filium non quandiu abiit, sed quando recipit tunc deplorat?

Christus recipiens flevit Lazarum, non amittens, denique non quando plorantes videt, tunc plorat Christus; sed quando interrogat, et in respondentibus videt fidei nil manere, dixerat: Ubi posuistis eum? At illi responderunt, Domine, veni et vide. Putaverunt eum nescire ubi positus esset in terra, qui sciebat ubi illum tartara dira retinerent. Ille sic interrogans exigebat fidem, scientiam porrigebat, ut astantes scirent quod mors, quod sepulcrum, quod corruptio, quod putredo, quod fetor non ex conditione Dei, sed ex delicto hominis hominibus accessisset. Nam cum dicit, Ubi posuistis eum, mulieres increpat, mulieres arguit, hoc est: Quem ego posui in paradiso, in regione vitae, ecce vos ubi posuistis eum.

Sed et Judaei ad ignorantiam requirentis respondebant. Domine, veni et vide. Quid? illum jubere morti? quid? jubere illum inferis crederent, qui credebant eum quod erat in oculis non videre, qui de lacrymis ejus taliter disputabant? Qui potuit aperire caeci oculos quomodo facere non potuit, ut hic non moreretur? Potuit facere ut non moreretur, sed mori permisit is qui mortuum ad suam gloriam voluit suscitare: permisit ad inferna descendere, ut appareret Deus ab inferis hominem cum reducit. Sed, Judaei, apparent corda vestra obstructiora inferis, viscera vestra duriora mortuis, oculi vestri tetriores sepulcris, cum vox quae patefecit tartara vestra non patefecit arcana, cum jussio quae exsuscitat mortuum mentes vestras non suscitat, cum lex quae illustrat sepulcrum vestram non illuminet caecitatem. Sed ista sufficiant, ut cum Christo resurgentis Lazari gloriam patentius videre possimus.

Por eso Cristo lloró no por los dolores de la muerte, sino al recuerdo de aquel gozo, él que con su voz, con una sola voz, ha de resucitar a todos los muertos para la vida perpetua. Se estremece en el espíritu y se conturba con toda la conmoción de sus entrañas, porque todavía resucitaba solo a Lázaro, y no aún a todos los muertos. ¿Quién, pues, pensará que Cristo lloró aquí por debilidad humana, cuando el padre celestial llora al hijo disoluto no mientras se fue, sino cuando lo recobra (Lc 15)?

Cristo lloró a Lázaro al recobrarlo, no al perderlo; en efecto, no llora Cristo cuando ve a los que lloran; sino cuando pregunta y ve que en los que responden no queda nada de fe; había dicho: ¿Dónde lo habéis puesto? Pero ellos respondieron: Señor, ven y mira. Pensaron que no sabía dónde había sido puesto en la tierra el que sabía dónde lo retenía el Tártaro terrible. Él, al preguntar así, exigía la fe, ofrecía la ciencia, para que los presentes supieran que la muerte, que el sepulcro, que la corrupción, que la putrefacción, que el hedor habían sobrevenido a los hombres no por la creación de Dios, sino por el delito del hombre. Pues cuando dice: ¿Dónde lo habéis puesto?, increpa a las mujeres, reprende a las mujeres; es decir: Al que yo puse en el paraíso, en la región de la vida, mirad dónde lo habéis puesto vosotras.

Pero también los judíos respondían como a la ignorancia del que preguntaba. Señor, ven y mira. ¿Qué? ¿Iban a creer que él da órdenes a la muerte? ¿Qué? ¿Que da órdenes a los infiernos, ellos que creían que no veía lo que tenía ante los ojos, que de sus lágrimas discutían de tal modo? El que pudo abrir los ojos del ciego, ¿cómo no pudo hacer que este no muriera? (Jn 11,37) Pudo hacer que no muriera, pero permitió que muriera el que quiso resucitar al muerto para su gloria: permitió que descendiera a los infiernos, para que apareciera Dios cuando saca de vuelta al hombre de los infiernos. Pero, judíos, vuestros corazones aparecen más obstruidos que los infiernos, vuestras entrañas más duras que los muertos, vuestros ojos más tenebrosos que los sepulcros, cuando la voz que abrió el Tártaro no abrió vuestros secretos, cuando la orden que despierta al muerto no despierta vuestras mentes, cuando la ley que ilumina el sepulcro no ilumina vuestra ceguera. Pero baste esto, para que con Cristo podamos ver más claramente la gloria de Lázaro que resucita.

Sermo LXV.

De eodem

Quoniam mortem Lazari, Mariae fletus, lacrymas Marthae, Judaeorum planctus jam perstrinximus sermone geminato, nunc exoneremus animos, abjiciamus curas, exoccupemus sensus, ut resurrectionis tantae gaudio totis mentibus et capere et audire possimus. Evangelista venisse ad monumentum sic praedicat Salvatorem. Jesus, inquit, rursus fremens in semetipso, venit ad monumentum: erat autem spelunca et lapis superpositus erat ei. Jesus fremens venit ad monumentum. Fremit Christus, ut caro reviviscat; fremit vita, ut mors fugetur; fremit Deus, ut resurgat homo; fremit indulgentia, ne sententia contradicat: fremit Christus debellans mortem, quia non potest non fremere, qui singularem rapit de hoste victoriam. Quod autem dixit, Rursus fremens, fremit rursum, ut geminata resurrectionis demonstret insignia: quia voce Christi sicut mortui corpore de sepulcris suscitantur ad vitam, perfidia mortui ad vitam fidei sic resurgunt.

Erat, inquit, spelunca. Dixisse suffecerat venisse ad monumentum; quid est quod tantopere speluncam Evangelista commemorat? Spelunca plane, ubi hominem diaboli latrocinium collocavit; spelunca, ubi virum fraus condidit mulieris; spelunca, ubi Dei plasma mortis rapacitas includebat. Et lapis superpositus erat ei. Durae mortis janua durior durissimo lapide claudebatur: sed plorans quid proficit ad sepulcrum, quando sic duros et congestos obices non penetrat vox plorantis? Christiani, ploremus Deo pro peccatis nostris, et, mortuis non audientibus, cum gentibus non ploremus.

Ait Jesus, tollite lapidem. Inter divinas virtutes humanum Christus requirit auxilium? non sufficit amovere lapidem, qui mortem sufficit effugare? sepulcri claustra reserare non valet, qui portas tartari praevalet aperire? Dixerat per prophetam: Auferam cor lapideum de carne eorum, et dabo eis cor carneum; praecipit ergo ut Judaei ex se cor lapideum tollant, evolvant perfidiae saxum, silicem durae incredulitatis excludant, quatenus animae per infidelitatem mortuae de sepulcro pectoris prosilirent: et non tantum surrexisse Lazarum, quantum se Lazaro consurrexisse gauderent. Tollite lapidem.

Sermón LXV.

Sobre lo mismo

Puesto que en un doble sermón hemos tocado ya la muerte de Lázaro, el llanto de María, las lágrimas de Marta, el lamento de los judíos, descarguemos ahora el ánimo, desechemos los cuidados, desocupemos los sentidos, para que con el gozo de tan gran resurrección podamos, con la mente entera, captar y oír. El evangelista proclama así que el Salvador vino al monumento. Jesús, dice, estremeciéndose de nuevo en sí mismo, vino al monumento: era una cueva, y tenía una piedra puesta encima (Jn 11,38). Jesús, estremeciéndose, vino al monumento. Se estremece Cristo, para que la carne reviva; se estremece la vida, para que la muerte sea ahuyentada; se estremece Dios, para que el hombre resucite; se estremece la indulgencia, para que la sentencia no la contradiga: se estremece Cristo al debelar la muerte, porque no puede no estremecerse el que arrebata al enemigo una victoria singular. Y en cuanto a que dijo: estremeciéndose de nuevo, se estremece de nuevo para mostrar las insignias duplicadas de la resurrección: porque, así como por la voz de Cristo los muertos en el cuerpo son resucitados de los sepulcros a la vida, así los muertos por la incredulidad resurgen a la vida de la fe.

Era, dice, una cueva. Habría bastado decir que vino al monumento; ¿por qué el evangelista recuerda con tanto empeño la cueva? Una cueva, sí, donde el bandidaje del diablo colocó al hombre; una cueva, donde el fraude de la mujer sepultó al varón; una cueva, donde la rapacidad de la muerte encerraba la hechura de Dios. Y tenía una piedra puesta encima. La puerta de la dura muerte, más dura aún, se cerraba con una durísima piedra: pero ¿de qué le sirve al que llora junto al sepulcro, cuando la voz del que llora no penetra barreras tan duras y amontonadas? Cristianos, lloremos ante Dios por nuestros pecados y, puesto que los muertos no oyen, no lloremos con los gentiles.

Dice Jesús: Quitad la piedra (Jn 11,39). ¿Entre los prodigios divinos requiere Cristo ayuda humana? ¿No basta para remover una piedra el que basta para ahuyentar la muerte? ¿No es capaz de descorrer los cerrojos del sepulcro el que prevalece para abrir las puertas del Tártaro? Había dicho por el profeta: Quitaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne (Ez 11,19); manda, pues, que los judíos quiten de sí mismos el corazón de piedra, que hagan rodar la roca de la incredulidad, que echen fuera el pedernal de la dura increencia, para que las almas muertas por la infidelidad saltaran fuera del sepulcro del pecho, y se alegraran no tanto de que Lázaro hubiera resucitado cuanto de haber resucitado ellas con Lázaro. Quitad la piedra.

Tollite miserae humanitatis obsequium, ut divinitatis beatae opera nunc clarescant. Tollite lapidem. Quem posuistis vos, ut hominem quem ego posui, nunc reponam.

Respondit Martha: Jam fetet. Mulier, et quod fetet cujus est? Jam fetet. Modo ad te pertinet, quod a te venit: ad sepulcrum non sentires fetorem, si in paradiso suasorem noluisses audire. Jam fetet. Quod perditori fetet non fetet Creatori. Jam fetet. Quod horret alieni operis eversor, amator sui operis non abhorret. Sed dicendo sic, testaris mortem, quam tu, mulier, intulisti; fetorem clamas, ut plena mors audientibus innotescat, quatenus quod resurget Lazarus, redeuntis sit spiritus, non latentis. Divinae virtutis sit, non sit artis humanae; neque Judaei, qui nos dicunt in principe daemoniorum ejicere daemones iterum dicant nos non imperio Dei, sed humano praesidio mortuos suscitare. Jam fetet, quatriduanus est. Dicit et tempus, ut sciant quia auctor est temporum, cui tempora nulla praescribunt. Jam fetet, quatriduanus est. Dicendo sic, exaggerat desperationem, ut qui adsunt videant quia Deus est, qui sic vitam mortuis desperatis salutem, fetentibus dat vigorem.

Elevatis, inquit, oculis sursum. Elevat oculos sursum, ut nobis formam supplicandi tribuat, non sibi viam praeparet impetrandi: namque sursum respicit, qui semper est sursum cum Patre, semper Pater in ipso est, et ipse est semper in Patre: Ego, inquit, in Patre, et Pater in me est; Pater, inquit, gratias tibi ago, quia audisti me. De praestito agit gratias; et quod Pater audierit, hoc dicitur; quod Filius petierit, hoc tacetur. Fratres, inter Patrem et Filium audiendi est affectio, non est necessitas supplicandi; charitas assensus est, non est austeritas jussionis; ibi amore geruntur omnia, ubi non indigetur obsequio, sicut ex sequentibus elucescit.

Pater, gratias ago tibi, quia audisti me: ego autem sciebam quia semper me audis. Vocat invocandi cura, ubi fiducia certa est audiendi. Aut quid ibi facit petendi labor, ubi praestandi est causa communis? Nemo ergo sic Filium minoret precibus, ne Patrem circa salutem hominum sic minoret. Quare autem sic loquatur Filius, ipse aperit, sic dicendo: Pater, gratias ago tibi, quia audisti me: ego autem sciebam quia semper me audis; sed propter populum dixi, qui circumstat. Videtis quia loquendo talia suum Patrisque affectum tollit, prodit, pandit gratiam, loquitur unitatem. Dixerat: Omnia quae habet Pater, mea sunt; et si sua sunt omnia, quomodo petit? Qui de suo petit, quod petit, non necessitatis est, sed amoris.

Quitad el homenaje de la mísera humanidad, para que las obras de la bienaventurada divinidad resplandezcan ahora. Quitad la piedra. La que pusisteis vosotros, para que yo reponga ahora al hombre que yo puse.

Respondió Marta: Ya hiede (Jn 11,39). Mujer, y lo que hiede, ¿de quién es? Ya hiede. Ahora te toca a ti lo que de ti vino: no sentirías el hedor junto al sepulcro, si en el paraíso no hubieras querido escuchar al persuasor. Ya hiede. Lo que hiede al destructor no hiede al Creador. Ya hiede. Lo que horroriza al que derriba la obra ajena, no lo aborrece el que ama su propia obra. Pero al hablar así, atestiguas la muerte que tú, mujer, introdujiste; proclamas el hedor, para que la muerte plena se dé a conocer a los oyentes, a fin de que, al resucitar Lázaro, sea el espíritu de uno que regresa, no de uno que estaba oculto. Sea del poder divino, no del arte humano; y que los judíos, que dicen que nosotros expulsamos los demonios por el príncipe de los demonios (Mt 9,34), no digan otra vez que resucitamos a los muertos no por mandato de Dios, sino con auxilio humano. Ya hiede, es muerto de cuatro días (Jn 11,39). Dice también el tiempo, para que sepan que él es el autor de los tiempos, a quien ningún tiempo pone límite. Ya hiede, es muerto de cuatro días. Al hablar así, agranda la desesperación, para que los presentes vean que es Dios quien así da la vida a los muertos, la salud a los desahuciados, el vigor a los que hieden.

Alzando, dice, los ojos a lo alto (Jn 11,41). Alza los ojos a lo alto para darnos la forma de suplicar, no para prepararse a sí mismo un camino de alcanzar: pues mira hacia arriba el que siempre está arriba con el Padre; el Padre siempre está en él, y él está siempre en el Padre: Yo, dice, estoy en el Padre, y el Padre está en mí (Jn 14,10); Padre, dice, te doy gracias, porque me has escuchado (Jn 11,41). Da gracias por lo concedido; y que el Padre haya escuchado, eso se dice; que el Hijo haya pedido, eso se calla. Hermanos, entre el Padre y el Hijo hay afecto de escuchar, no hay necesidad de suplicar; hay caridad de asentimiento, no hay severidad de mandato; allí todo se hace por amor, donde no se precisa homenaje, como se esclarece por lo que sigue.

Padre, te doy gracias, porque me has escuchado: pero yo sabía que siempre me escuchas (Jn 11,41-42). Sobra el cuidado de invocar donde hay segura confianza de ser escuchado. ¿O qué hace allí el trabajo de pedir, donde la causa de conceder es común? Nadie, pues, disminuya así al Hijo por sus súplicas, no sea que así disminuya al Padre en lo que toca a la salvación de los hombres. Por qué habla así el Hijo, él mismo lo descubre, diciendo así: Padre, te doy gracias, porque me has escuchado: pero yo sabía que siempre me escuchas; mas lo dije por el pueblo que está alrededor (Jn 11,42). Veis que al decir tales cosas eleva, revela su afecto y el del Padre, despliega la gracia, habla la unidad. Había dicho: Todo lo que tiene el Padre es mío (Jn 16,15); y si todo es suyo, ¿cómo pide? El que pide de lo suyo, lo que pide no es de necesidad, sino de amor.

Pater, gratias ago tibi, quia audisti me: ego autem sciebam quia semper me audis; sed propter populum dixi, qui circumstat, ut credant quia tu me misisti. Missum se dixit, ut populi sciant de coelo venisse Christum, non recessisse de coelo. Sic ergo mittitur, sic et quod habet accipit, quomodo unde venerat non recessit; sic ergo et Filius quod habet accipit, et Pater quod dederit non amittit. Fratres, et quod auditur, et quod mittitur, et quod venit, et quod accipit, et quod nascitur, et quod patitur, et quod moritur, et quod resurgit, non est hoc divinitatis suae, infirmitatis hoc nostrae est, nostrae est hoc naturae: quod totum causa nostri tulit in nostro corpore, non propter se in sua pertulit majestate.

Sed ad proposita redeamus. Quid est quod dicit, Pater, gratias ago tibi, quia audisti me? Quid est? Ubi Christus coepit inferi pulsare fores, portas tartari submovere, januas aperire mortis, gehennae solvere legem vetustam, deturbare antiquissimum jus poenarum, reposcere Lazari animam, ab inferis viam reditus innovare, occurrit ei tartari tota furens potestas, praeferens edictum superni principis, excelsi regis portans decretum, gestans latam tot saeculis Deo loquente sententiam; et videns hominem sciscitabatur quis iste esset, quid auderet, quid sibi vellet, cur solus, aut sine tremore tremendos mortis lacessat et incessat accessus. Cui dicenti quis esset, responderunt prophetica voce, ministri resurrectionis, angeli. Ipse est rex gloriae, ipse est fortis et potens in praelio. Sed refert tartarus: Ego regem gloriae in coelestibus scio omnibus potestatibus coelicis praesidere, cujus nutum tota sufferre non potest creatura; hunc autem video de terrenis unum, concretum limo, corpore mortali septum, et in ipso habitu hominis, hominibus viliorem, et ad summam cito dandum sepulcro, subdendum meae protinus esse ditioni. Sed persistentibus angelis et repetentibus: Ipse est Dominus virtutum, ipse est rex gloriae; ipse coeli praesul, ipse creator mundi, ipse salvator saeculi, ipse redemptor omnium, et de qua furis tu, lator ipse sententiae, ipse tuum calcaturus caput, ipse tuum contriturus imperium, ipse te suo judicio perditurus; qui reos jussus capere, attrahis innocentes, sanctos diripis, ipsi Dei Filio comminaris. Redde ergo unum, priusquam multos cogaris exsolvere.

Sed tartarus adhuc ista non credens, per consuetos nuntios recurrit ad coelum, haec invidiosa interpellatione deploratus: Ego, Domine, et si extremus creaturae tuae, et si tristi servitio mancipatus praecepta tua inviolabili lege servo, pervigilo, ne quis sententiae tuae vetustum jus, novus temerator immutet, sed apparuit homo, qui dicitur Christus, tuum se Filium jactans, sacerdotes tuos notat, scribas tuos arguit, sabbata tua

Padre, te doy gracias, porque me has escuchado: pero yo sabía que siempre me escuchas; mas lo dije por el pueblo que está alrededor, para que crean que tú me enviaste. Dijo que había sido enviado, para que los pueblos supieran que Cristo vino del cielo, no que se retiró del cielo. Así, pues, es enviado, así también recibe lo que tiene, como no se retiró de donde había venido; así, pues, el Hijo recibe lo que tiene, y el Padre no pierde lo que ha dado. Hermanos, que sea escuchado, y que sea enviado, y que venga, y que reciba, y que nazca, y que padezca, y que muera, y que resucite, esto no es de su divinidad, esto es de nuestra debilidad, esto es de nuestra naturaleza: todo lo cual lo llevó por causa nuestra en nuestro cuerpo; no lo soportó por sí mismo en su majestad.

Pero volvamos a lo propuesto. ¿Qué es lo que dice: Padre, te doy gracias, porque me has escuchado? ¿Qué es? Cuando Cristo empezó a golpear las puertas de los infiernos, a remover los portones del Tártaro, a abrir las entradas de la muerte, a desatar la vieja ley de la gehena, a derribar el antiquísimo derecho de las penas, a reclamar el alma de Lázaro, a renovar el camino de regreso desde los infiernos, le salió al encuentro toda la potestad furiosa del Tártaro, mostrando el edicto del príncipe de lo alto, llevando el decreto del rey excelso, portando la sentencia dada hace tantos siglos al hablar Dios; y viendo a un hombre, inquiría quién era este, qué osaba, qué pretendía, por qué solo, o sin temblor, provoca y acomete los temibles accesos de la muerte. A él, que preguntaba quién era, respondieron con voz profética los ángeles, ministros de la resurrección: Él es el rey de la gloria, él es fuerte y poderoso en la batalla (Sal 24,8). Pero replica el Tártaro: «Yo sé que el rey de la gloria preside en los cielos sobre todas las potestades celestiales, cuyo gesto no puede soportar la creación entera; pero a este lo veo como uno de los terrenos, compuesto de limo, cercado por un cuerpo mortal, y en su misma condición de hombre más vil que los hombres, y, en suma, pronto a ser dado al sepulcro, a ser sometido al instante a mi dominio». Pero insistiendo los ángeles y repitiendo: «Él es el Señor de los poderes, él es el rey de la gloria (Sal 24,10); él es el que preside el cielo, él el Creador del mundo, él el salvador del siglo, él el redentor de todos, y él mismo el autor de la sentencia por la que tú te enfureces, él el que ha de pisar tu cabeza, él el que ha de quebrantar tu imperio, él el que te ha de perder con su juicio; tú, que, mandado prender a los culpables, arrastras a los inocentes, despojas a los santos, amenazas al mismo Hijo de Dios. Devuelve, pues, a uno, antes de que te veas obligado a soltar a muchos».

Pero el Tártaro, sin creer aún estas cosas, recurre al cielo por sus mensajeros acostumbrados, lamentándose con esta queja odiosa: «Yo, Señor, aunque el último de tu creación, aunque sujeto a una triste servidumbre, guardo tus preceptos con ley inviolable, vigilo para que ningún nuevo profanador altere el antiguo derecho de tu sentencia; pero ha aparecido un hombre que se llama Cristo, jactándose de ser tu Hijo; tacha a tus sacerdotes, reprende a tus escribas, viola tus sábados, quebranta tu ley, y

violat, legem tuam solvit, et animas exemptas carne, et poenae jam meaeque custodiae deputatas, ad corpora, in quibus scelerate vixerant, redire compellit; et tantis quotidie procedit ausibus, ut Lazarum jam carcere nostro clausum, jam lege nostra vinctum, jam jure nostro manentem, effractis claustris inferi conetur eruere: aut cito subveni, aut si patefecerit semel januas, omnes, quos tot saeculis servavimus, nunc amittis. Ad haec Filius de sinu Patris respondit: Pater, justum est ut carcer non innocentes teneat, sed nocentes; poena non justos cruciet, sed injustos. Quamdiu sub unius hominis culpa, propter Adae solius noxam, patriarchas, prophetas, martyres, confessores, virgines, viduas, in castitate conjugii permanentes, omnes aetates, utrumque sexum, certe parvulos nescientes bonum vel malum, hic carnifex ad se trahere crudeli infestatione non cessat? Pater, ego moriar, ut non moriantur omnes; Pater, ego Adae debitum solvam, ut per me tibi vivant qui per Adam moriuntur inferno; Pater, propter sententiam tuam ego meum sanguinem fundam, tantum est ut ad te tua redeat creatura, pretium chari tibi sanguinis mei redemptio sit omnium mortuorum. Ad haec totius Trinitatis consensus, et Lazarum praecepit exire et tartarus ad reddendos omnes mortuos Christo jussus est obedire: hinc est quod Filius clamat: Pater, gratias tibi ago, quia audisti me.

Testatur Apostolus quod Christus advocatus noster sit apud Patrem; denique quando sedet, conjudicat Patri; quando stat, officio fungitur advocati. Tunc Christus, peracta advocatione, clamat voce magna: Lazare, veni foras. Tunc tartarus, ligatis manibus et pedibus, Lazarum retulit ad superna: timens et tremens, ne dum solvit, ne dum moras facit, ne dum tardius refert unum, omnes cogeretur afferre. Sic factus est vivorum relator, qui raptor esse consueverat mortuorum. Nam quare Christus vincula inferni dirupit, mortis ligamenta dissolvit, nisi ut nobis monstraret inferni tremendam servitutem? Nam si de Moysi corpore diabolus angelo contradixit, quomodo non tartarus Christo de vita et de resurrectione Lazari contradicet? Orate, fratres, ut qui gustum resurrectionis Lazaro propinante suscepimus, redeunte Christo universalis resurrectionis voces mereamur audire.

obliga a las almas liberadas de la carne, y ya asignadas a la pena y a mi custodia, a volver a los cuerpos en que habían vivido criminalmente; y cada día avanza con tanta osadía que intenta sacar a Lázaro, ya encerrado en nuestra cárcel, ya atado por nuestra ley, ya sujeto a nuestro derecho, rompiendo los cerrojos de los infiernos: o socórreme pronto, o, si una vez abre las puertas, pierdes ahora a todos los que hemos guardado durante tantos siglos». A esto el Hijo respondió desde el seno del Padre: «Padre, justo es que la cárcel retenga no a los inocentes, sino a los culpables; que la pena atormente no a los justos, sino a los injustos. ¿Hasta cuándo, bajo la culpa de un solo hombre, por la falta de Adán solo, no cesará este verdugo de arrastrar hacia sí con cruel hostilidad a patriarcas, profetas, mártires, confesores, vírgenes, viudas, a los que permanecen en la castidad del matrimonio, a todas las edades, a ambos sexos, ciertamente a los pequeños que no conocen ni el bien ni el mal? Padre, yo moriré, para que no mueran todos; Padre, yo pagaré la deuda de Adán, para que por mí vivan para ti los que por Adán mueren para el infierno; Padre, por causa de tu sentencia yo derramaré mi sangre, con tal que tu creación vuelva a ti; sea el precio de mi sangre, querida para ti, la redención de todos los muertos». A esto el consentimiento de toda la Trinidad mandó que Lázaro saliera, y al Tártaro se le ordenó obedecer a Cristo devolviendo a todos los muertos: por eso clama el Hijo: Padre, te doy gracias, porque me has escuchado.

Atestigua el Apóstol que Cristo es nuestro abogado ante el Padre; en efecto, cuando está sentado, juzga junto con el Padre; cuando está de pie, desempeña el oficio de abogado. Entonces Cristo, concluida la abogacía, clama con gran voz: Lázaro, sal fuera (Jn 11,43). Entonces el Tártaro devolvió a Lázaro a lo de arriba, atado de pies y manos: temiendo y temblando no fuera que, mientras lo soltaba, mientras se demoraba, mientras devolvía con lentitud a uno, se viera obligado a traerlos a todos. Así se hizo restituidor de los vivos el que solía ser raptor de los muertos. Pues ¿por qué rompió Cristo las cadenas del infierno, desató las ataduras de la muerte, sino para mostrarnos la temible servidumbre del infierno? Pues si el diablo disputó con el ángel sobre el cuerpo de Moisés (Jds 9), ¿cómo no iba a disputar el Tártaro con Cristo sobre la vida y la resurrección de Lázaro? Orad, hermanos, para que los que hemos recibido el gusto de la resurrección, brindándonos Lázaro la copa, merezcamos oír, cuando Cristo vuelva, las voces de la resurrección universal.

Sermo LXVI.

De divite et Lazaro

Duas hodie a duobus evangelistis editas, ita recitari fecimus lectiones, ut sermoni nostro vester intellectus occurreret, paterent abdita. Lazari resurgentis occasio, cur alterius nos Lazari compulerit facere mentionem, ex sequentibus audietis: modo inhumani divitis et Lazari pauperis stupendas vices, pavendas successiones, conditiones admodum lamentandas in medium producere et afferre gestimus, quia dives qui participem pauperem in nobis praesentibus audire contempsit, in futuris malis compatientem pauperem non meruit invenire; nec ardens aquae refrigerium percepit, aestuanti pauperi fame panis refrigerium qui negavit.

Cum esset, inquit, in tormentis, elevavit oculos suos, et vidit Abraham de longe, et Lazarum in sinu ejus. Gratis respicit modo Lazarum sursum, qui ante deorsum Lazarum videre despexit. De talibus dixit propheta: Oculos suos statuerunt declinare in terram. Cum esset in tormentis. Pungit poena, quae non poenitudo compunxit, et vexant tormenta, quem Lazari vulnera non moverunt: nec gratis aculeos percipit poenarum, qui in purpura volutabatur ingratus. Vidit Abraham de longe. Longe illi erat Abraham, cui non fuerat proximus pauper. Vidit Abraham divitiarum consortem, sed inhumanitatis exsortem, et Abraham dives, sed plus humanitate quam censu, tu dives inhumanitate tua major tuis divitiis extitisti; Abraham sibi peregrinus, civis hospitum fuit; tu palatia possidens, tectum pauperi non dedisti; Abraham dum servos suscipit, dominum sic recepit, et cunctis hominibus ponens panes, ipsum Dominum suam suscepit ad mensam; tu dum singulari pauperi negas micas, stillam refrigerii perdidisti.

Et ipse clamans, dixit. Sic clamat ibi, qui hic clamantes contempsit audire, ibi cassa vox est, istic inanis est clamor. Audi prophetam dicentem: In inferno autem quis confitebitur tibi? In inferno quis misericordiae locus? in tormentis quae spes veniae, et in hora sententiae tempus indulgentiae quis requirit? Pater Abraham, miserere mei. Crudelis fili, quam misericordiam petis quam tibi negando pauperi tu negasti? Et mitte Lazarum. Miser fili, si Lazarus ad tuam mensam venisset, tu ad istum discubitum non venisses. Ut intingat extremum digiti sui in aquam.

Sermón LXVI.

Sobre el rico y Lázaro

Hoy hemos hecho leer dos lecturas, publicadas por dos evangelistas, de tal modo que vuestro entendimiento saliera al encuentro de nuestro sermón y quedaran patentes las cosas ocultas. Por qué la ocasión de Lázaro que resucita nos ha obligado a hacer mención de otro Lázaro, lo oiréis por lo que sigue: ahora deseamos sacar a la luz y presentaros los asombrosos vuelcos, las temibles sucesiones, las condiciones muy de lamentar del rico inhumano y de Lázaro el pobre; porque el rico que en nuestra vida presente despreció escuchar al pobre como partícipe, no mereció encontrar al pobre compasivo en los males futuros; ni recibió, ardiendo, el refrigerio del agua el que negó el refrigerio del pan al pobre que ardía de hambre.

Estando, dice, en los tormentos, alzó sus ojos, y vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno (Lc 16,23). En vano mira ahora hacia arriba a Lázaro el que antes desdeñó ver a Lázaro abajo. De tales dijo el Profeta: Fijaron sus ojos para inclinarlos a la tierra (Sal 17,11). Estando en los tormentos. Lo punza la pena al que el arrepentimiento no compungió, y lo atormentan los tormentos al que no conmovieron las llagas de Lázaro: y no sin causa siente los aguijones de las penas el que se revolcaba ingrato en la púrpura. Vio a Abraham de lejos. Lejos estaba Abraham de aquel para quien el pobre no había sido prójimo. Vio a Abraham, consorte en las riquezas, pero sin parte en la inhumanidad; y Abraham fue rico, pero más en humanidad que en caudal; tú, rico, con tu inhumanidad resultaste mayor que tus riquezas; Abraham, peregrino para sí, fue ciudadano para los huéspedes; tú, que poseías palacios, no diste techo al pobre; Abraham, al acoger a siervos, recibió así al Señor, y poniendo panes ante todos los hombres, acogió al Señor mismo a su mesa; tú, al negar migajas a un solo pobre, has perdido una gota de refrigerio.

Y él, clamando, dijo (Lc 16,24). Así clama allí el que aquí desdeñó oír a los que clamaban; allí la voz es vana, ahí el clamor es inútil. Escucha al Profeta que dice: Pero en el infierno, ¿quién te confesará? (Sal 6,6) ¿En el infierno qué lugar hay para la misericordia? ¿En los tormentos qué esperanza de perdón? ¿Y en la hora de la sentencia quién busca el tiempo de la indulgencia? Padre Abraham, ten misericordia de mí. Hijo cruel, ¿qué misericordia pides, que negándola al pobre te negaste a ti mismo? Y envía a Lázaro. Hijo miserable, si Lázaro hubiera venido a tu mesa, tú no habrías venido a este lecho de banquete. Para que moje en agua la punta de su dedo.

Qui claudit manum pauperi, extremi stipem digiti sic deposcit, et sitit aquae guttam, qui vini lacus, ne guttam daret, inclusit. Ut intingat extremum digiti sui. Qui divitias suas non miserando pauperi dedit, sibi misericordiam sic minorat. Et refrigeret linguam meam, quia crucior in hac flamma. Quasi reliquum corporis ab incendio haberet immune: sed lingua plus ardet, quae misericordia ut fieret, jubere neglexit; in lingua majus sentit incendium, quae maledixit pauperi, misericordiam contradixit; lingua in tormentis prima est, quae, derogando pauperi, pauperis blasphemavit auctorem.

Sed audiamus jam quid responderit Abraham. Fili, inquit, recordare, quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala. Nemo putet, audiendo ista, quia dives pro bonis receperit bona, quando hinc magis reus est, quod cum a Deo pro malis receperit bona, bona pro bonis Deo reddere contempsit. Nam de divitiis tantis nec victum dedit pauperi, nec sacrificium Deo minima oblatione dependit. At pauper dives vulnere, censu nudus, exutus corpore, vestitus poenis, animam quam solam non tenebant vulnera, Deo in hostiam jugiter offerebat. Hinc est, quod recipit pro doloribus requiem, pro opprobrio gloriam, pro contumeliis honorem, pro despectu gratiam, pro poenis immortalitatem, pro vulneribus praemia, pro siti refrigerii fontem, pro fame coelestis mensae delicias sempiternas, et quem divitis angulus non cepit, sinus divinae consolationis includit. Tu, dives, fulgens quondam purpura, nunc tegere fimo, pro coccino vestire flammis, pro molli discubitu sustine tormentorum dura, pro lautis ferculis epulare poenas, copias inopia compensa, ebrietates siti digere, pro odoribus aspergere fetore: et cui astiterunt voluptatis obsequia, astent tibi ministeria nunc poenarum, quia ista tibi despiciendo pauperem taliter tu mutasti.

Adjecit autem Abraham, dicens: In his omnibus inter nos et vos chaos magnum firmatum est, ut qui volunt hinc transire ad vos non possint, neque inde huc transmeare. Dicendo sic, tam justos quam injustos ante adventum Domini apud inferos fuisse declarat, et discretos locis tantum, non regionibus aperit fuisse divisos. Postquam vero Dominus resurgens a mortuis, aperuit infernum, patefecit coelos, paradisi claustra reseravit, dedit sanctis paradisi intrare requiem, ad coeli gloriam pervenire. Ista qui sic credit, intelligit quid mortalibus veniens donaverit Christus.

El que cierra la mano al pobre suplica así la limosna de la punta de un dedo, y tiene sed de una gota de agua el que encerró lagares de vino para no dar una gota. Para que moje la punta de su dedo. El que no dio sus riquezas compadeciéndose del pobre disminuye así para sí la misericordia. Y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Como si tuviera el resto del cuerpo libre del incendio: pero la lengua arde más, la que descuidó mandar que se hiciera misericordia; en la lengua siente el incendio mayor, la que maldijo al pobre, la que contradijo a la misericordia; la lengua es la primera en los tormentos, la que, denigrando al pobre, blasfemó contra el autor del pobre.

Pero oigamos ya lo que respondió Abraham. Hijo, dice, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males (Lc 16,25). Nadie piense, al oír esto, que el rico recibió bienes por bienes, cuando por esto es más culpable: porque, habiendo recibido de Dios bienes por males, desdeñó devolver a Dios bienes por bienes. Pues de tan grandes riquezas ni dio sustento al pobre, ni pagó a Dios el sacrificio de la más mínima ofrenda. Pero el pobre, rico en llagas, desnudo de caudal, despojado del cuerpo, vestido de penas, ofrecía continuamente a Dios como víctima su alma, la única que las llagas no poseían. Por eso recibe descanso por los dolores, gloria por el oprobio, honor por las afrentas, gracia por el desprecio, inmortalidad por las penas, premios por las llagas, una fuente de refrigerio por la sed, las delicias sempiternas de la mesa celestial por el hambre; y al que no acogió el rincón del rico, lo encierra el seno de la consolación divina. Tú, rico, que en otro tiempo brillabas de púrpura, cúbrete ahora de estiércol; en lugar de escarlata, vístete de llamas; en lugar de mullido lecho, soporta la dureza de los tormentos; en lugar de exquisitos manjares, banquetéate de penas; compensa la abundancia con la penuria; digiere tus borracheras con la sed; en lugar de perfumes, rocíate de hedor: y a ti, a quien asistieron los homenajes del placer, asístante ahora los ministerios de las penas, porque tú mismo, despreciando al pobre, te cambiaste así estas cosas.

Pero añadió Abraham, diciendo: Además de todo esto, entre nosotros y vosotros se ha establecido un gran abismo, de modo que los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni atravesar de allí hasta aquí (Lc 16,26). Al hablar así, declara que tanto los justos como los injustos estaban en los infiernos antes de la venida del Señor, y deja ver que estaban separados solo por lugares, no divididos por regiones. Pero después que el Señor, resucitando de entre los muertos, abrió el infierno, franqueó los cielos, descorrió los cerrojos del paraíso, concedió a los santos entrar en el descanso del paraíso, llegar a la gloria del cielo. El que cree así estas cosas entiende qué dio Cristo a los mortales al venir.

Insipienter ergo dives putat apud inferos mutari loca, quando hic agendo homo bene vel male ibi sibi terminum aut poenae aut quietis indicit. Stultus in vita dives, stultior invenitur in poena; et qui bonorum suorum nescivit tempus, nec malorum suorum tempus miserandus agnoscit.

Rogo te, pater. Modo rogas, modo tibi tempus patiendi est, non rogandi. Rogo te, pater? Quid? Ut mittas Lazarum in domum patris mei. Ante quam bene jacuit Lazarus ad illam januam, in qua fame sua inhumanitatis tuae titulos fixit, ubi postes tuos suis ulceribus laureavit, ubi sanie sua pinxit micas tuas. Patere ergo stare vices, jam depone dolos; lucet quia tu Lazarum non potes sic videre: scitur, scitur, quia plus te felicitas Lazari quam gehennae torquet incendium.

Respondit Abraham: Habent Moysen et prophetas, audiant illos. Hoc est, si Moysen, qui regna Aegypti elementis secum militantibus trivit, qui siccavit mare, qui duravit fluctus, qui lapides in fluenta convertit, qui solem texit nube, qui noctem luce radiavit, qui coelum fecit pluere carnes, rorare panes, non solum non audierunt, sed et occidere sunt moliti, isti Lazarum dignabuntur audire, quem tot vulnera sepiunt, quot Moysen cinxere virtutes? patere et me sentire quod genui, et tu patere quae fecisti.

Non, pater Abraham. Vere, non pater, quia non erat Abrahae filius, sed gehennae. Non, pater Abraham, sed si quis ierit a mortuis ad eos, poenitentiam agent. Hoc dives de corde omnium dicit, hoc de desideriis cunctorum petit, hoc de votis omnium loquitur mundanorum, omnes enim susurrare consuevimus: O si quis veniret a mortuis, et quod ibi agitur hic referret, omnes crederent ei. Certe, ut dubitantes dicerent, Quis inde venit, unde nemo venit? Post mortem quod sit aliquis, quis probabit? Omnes audita loquimur, dictis insinuata sentimus: nam quid veri fides habeat, mersum est in profundum.

Sed perfidiae, non ignorantiae esse quod sic loquimur, cum ita credimus, hodie beati Joannis evangelistae lectio secuta monstravit. Nam sicut dives petit, Deus pro Lazaro Lazarum misit. Sed quid missus, quid desideratus, quid resurgens profecerit, patienter audite. Cogitaverunt, inquit, principes sacerdotum, ut Lazarum interficerent, quia multi propter illum abibant ex Judaeis, et credebant in Jesum. Quasi ad hoc desideratus advenerit, ut iteratae mortis pericula sustineret. Nolunt, nolunt referre visa, qui volunt audita non credi.

Neciamente, pues, piensa el rico que en los infiernos se cambian los lugares, cuando el hombre, obrando aquí bien o mal, se fija allí el término o de la pena o del descanso. Necio en la vida, el rico se muestra más necio en la pena; y el que no conoció el tiempo de sus bienes, no reconoce, digno de lástima, el tiempo de sus males.

Te ruego, Padre (Lc 16,27). Ahora ruegas; ahora es para ti tiempo de padecer, no de rogar. ¿Te ruego, Padre? ¿Qué? Que envíes a Lázaro a la casa de mi padre. ¡Qué bien yacía antes Lázaro a aquella puerta, en la que con su hambre fijó los títulos de tu inhumanidad, donde coronó de laurel tus jambas con sus úlceras, donde pintó tus migajas con su pus! Sufre, pues, que los vuelcos permanezcan; deja ya los engaños; está claro que tú no puedes ver así a Lázaro: se sabe, se sabe, que te atormenta más la felicidad de Lázaro que el incendio de la gehena.

Respondió Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen (Lc 16,29). Es decir: si a Moisés, que quebrantó los reinos de Egipto con los elementos combatiendo a su lado (Ex 7), que secó el mar (Ex 14,21), que endureció las olas, que convirtió las piedras en corrientes (Ex 17,6), que cubrió el sol con una nube, que iluminó la noche con luz (Ex 13,21), que hizo que el cielo lloviera carnes y destilara como rocío panes (Ex 16,13-14), no solo no lo escucharon, sino que hasta intentaron matarlo, ¿se dignarán estos escuchar a Lázaro, a quien cercan tantas llagas cuantos prodigios ciñeron a Moisés? Sufre que también yo sienta lo que engendré, y tú sufre lo que hiciste.

No, padre Abraham (Lc 16,30). En verdad no padre, porque no era hijo de Abraham, sino de la gehena. No, padre Abraham, pero si alguno de entre los muertos va a ellos, harán penitencia. Esto lo dice el rico desde el corazón de todos, esto lo pide desde los deseos de todos, esto lo habla desde los anhelos de todos los mundanos; pues todos solemos susurrar: «Oh, si alguno viniera de entre los muertos y contara aquí lo que allí sucede, todos le creerían». Sin duda, como dirían los que dudan: «¿Quién ha venido de allí, de donde nadie viene? Que alguien sea algo después de la muerte, ¿quién lo probará? Todos hablamos lo oído, sentimos lo que se nos insinuó con palabras: pues lo que la fe tenga de verdad está hundido en lo profundo».

Pero que es de incredulidad, no de ignorancia, que hablemos así cuando así creemos, lo ha mostrado hoy la lectura del bienaventurado Juan evangelista que siguió. Pues, tal como pide el rico, Dios envió a Lázaro por Lázaro. Pero qué logró al ser enviado, al ser deseado, al resucitar, escuchadlo con paciencia. Los príncipes de los sacerdotes, dice, pensaron matar a Lázaro, porque muchos de los judíos se iban por causa de él, y creían en Jesús (Jn 12,10-11). Como si, deseado, hubiera venido para esto: para soportar los peligros de una muerte repetida. No quieren, no quieren contar lo visto los que quieren que no se crea lo oído.

Scimus, scimus, et vitam parari bonis, et malis tormenta praeparari: sed dum vitiis capti virtutum tempus nolumus advenire, fingimus nescire quod scimus, et post mortem quid sit nolumus ab inferis venire qui dicat, cum de coelo Christus veniens, et ab inferis ipse rediens, et quid bonos in coelo maneat, et quid malos exspectet in inferno, et verbo docuerit, et firmaverit exemplo. Sed forte ideo nec ista credimus, nec Christum volumus advenire, quia mundum transire nolumus, immo non quia mundum transire nolumus, sed quia dolemus vitia praeterire. Christus venit non vitam fugare, sed mortem; mortem fugare, non vitam; mundum revocare, non tollere; vitia perdere, non suam disperdere creaturam. Sed orate, fratres, ut veniens nos inveniat tales, quales regni sui cupit et praecipit esse consortes.

Sabemos, sabemos que la vida se prepara para los buenos y que para los malos se preparan tormentos: pero porque, cautivos de los vicios, no queremos que llegue el tiempo de las virtudes, fingimos no saber lo que sabemos, y no queremos que venga de los infiernos quien diga qué hay después de la muerte, cuando Cristo, viniendo del cielo y volviendo él mismo de los infiernos, ha enseñado con la palabra y confirmado con el ejemplo qué aguarda a los buenos en el cielo y qué espera a los malos en el infierno. Pero quizá por eso ni creemos estas cosas ni queremos que Cristo venga, porque no queremos pasar del mundo; o más bien, no porque no queramos pasar del mundo, sino porque nos duele dejar atrás los vicios. Cristo viene no a ahuyentar la vida, sino la muerte; a ahuyentar la muerte, no la vida; a llamar de nuevo al mundo, no a suprimirlo; a perder los vicios, no a destruir del todo su propia creación. Pero orad, hermanos, para que al venir nos encuentre tales como desea y manda que sean los consortes de su reino.

Sermo LXVII.

In orationem Dominicam

Accepistis auditum fidei, fratres charissimi, formam Dominicae orationis audite. Christus breviter orare docuit, qui cito vult postulata praestare. Aut quid petentibus se non dabit, qui seipsum non petentibus dedit? Aut in respondendo quam facit moram, qui in dictandis precibus vota supplicum sic praevenit? Hodie quod audituri estis stupent angeli, miratur coelum, pavet terra, caro non fert, auditus non capit, non attingit mens, tota sustinere non potest creatura: ego dicere non audeo, tacere non possum. Deus det ut et vos audire possitis, et ego dicere. Quid est magis tremendum, quod se dedit terris Deus, aut quod vos dat coelo; quod societatem carnis intrat ipse, aut quod vos facit consortium divinitatis intrare; quod mortem sumit ipse, aut quod vos resumit ex morte; quod ipse in vestram nascitur servitutem, aut quod vos sibi gignit in liberos; quod suscipit paupertatem vestram, aut quod vos sibi facit haeredes, sui unici cohaeredes? Est utique terribilius quod terra transfertur in coelum, homo deitate mutatur, servitutis sors dominationis jura sortitur. Sed hoc quamvis metuendum sit, tamen quia causa non docentem respicit, sed jubentem, accedamus, filioli, quo vocat charitas, trahit amor, invitat affectio: Deum patrem viscera sentiant, vox personet, loquatur lingua, spiritus clamet, et totum quod est in nobis, respondeat gratiae, non timori; quia qui judicem mutavit in patrem, amari voluit, non timeri.

Pater noster qui es in coelis. Hoc cum dicis, non sic habeas, quasi non sit in terris; non sic accipias, quasi sit loco clausus, qui claudit omnia, sed intellige esse tibi genus e coelo, cujus Pater habetur in coelo; et age ut, vivendo sancte, sancto respondeas Patri. Dei filium ille se probat, qui vitiis non obscuratur humanis, qui divinis virtutibus elucescit.

Sanctificetur nomen tuum. Cujus genus sumus, ejus censemur et nomine: rogamus ergo ut nomen ejus quod in se et per se sanctum est sanctificetur in nobis; nomen enim Dei aut honoratur ex nostro actu, aut ex nostris actibus blasphematur. Audi Apostolum dicentem: Nomen Dei per vos blasphematur in gentibus.

Sermón LXVII.

Sobre la oración del Señor

Habéis recibido la escucha de la fe, hermanos carísimos; escuchad la forma de la oración del Señor. Cristo enseñó a orar con brevedad, él que quiere conceder pronto lo que se pide. ¿O qué no dará a los que le piden el que se dio a sí mismo a los que no le pedían? ¿O qué demora pone en responder el que, al dictar las súplicas, se anticipa así a los deseos de los suplicantes? Lo que hoy vais a oír asombra a los ángeles, maravilla al cielo, hace temblar a la tierra; la carne no lo soporta, el oído no lo capta, la mente no lo alcanza, la creación entera no lo puede sostener: yo no me atrevo a decirlo, no puedo callarlo. Conceda Dios que vosotros podáis oírlo, y yo decirlo. ¿Qué es más de temblar: que Dios se haya dado a la tierra, o que os dé a vosotros al cielo; que él mismo entre en sociedad con la carne, o que os haga a vosotros entrar en el consorcio de la divinidad; que él mismo tome la muerte, o que os recobre a vosotros de la muerte; que él mismo nazca en vuestra servidumbre, o que os engendre para sí como hijos libres; que asuma vuestra pobreza, o que os haga sus herederos, coherederos de su Único? Es ciertamente más terrible que la tierra sea trasladada al cielo, que el hombre sea cambiado por la deidad, que la suerte de la servidumbre obtenga los derechos del señorío. Pero aunque esto sea de temer, sin embargo, porque la causa no mira al que enseña, sino al que manda, acerquémonos, hijitos, adonde llama la caridad, arrastra el amor, invita el afecto: sientan las entrañas a Dios como padre, resuene la voz, hable la lengua, clame el espíritu, y todo lo que hay en nosotros responda a la gracia, no al temor; porque el que cambió al juez en padre quiso ser amado, no temido.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Cuando dices esto, no lo tengas como si no estuviera en la tierra; no lo entiendas como si estuviera encerrado en un lugar el que encierra todas las cosas; sino entiende que tienes un linaje del cielo, pues a tu Padre se le tiene en el cielo; y obra de modo que, viviendo santamente, respondas a un Padre santo. Se prueba hijo de Dios el que no se oscurece con los vicios humanos, el que resplandece con las virtudes divinas.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). De quien somos linaje, por su nombre también somos censados: pedimos, pues, que su nombre, que en sí y por sí es santo, sea santificado en nosotros; pues el nombre de Dios o es honrado por nuestra conducta, o es blasfemado por nuestras acciones. Escucha al Apóstol que dice: Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom 2,24).

Veniat regnum tuum. Et quando non regnavit Deus? Petimus ergo ut qui sibi regnavit semper, modo regnet in nobis, ut et nos in illo regnare possimus. Regnavit diabolus, regnavit peccatum, regnavit mors, et fuit diu captiva mortalitas: petimus ergo ut, regnante Deo, pereat diabolus, deficiat peccatum, moriatur mors, captivitas captivetur, ut nos liberi perpetuam regnemus in vitam.

Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. Hoc est regnum Dei, quando et in coelo, et in terra Dei voluntas est sola, quando in omnibus hominibus Deus mens est, Deus vivit, Deus agit, Deus regnat, Deus est totum, ut juxta illud Apostoli: Sit Deus omnia in omnibus vobis.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Qui patrem se nobis dedit, qui sibi nos adoptavit in filios, qui rerum nos fecit haeredes, qui nos nomine sublimavit, qui nos suo et honore donavit et regno, ipse nos ut panem quotidianum postulemus addixit. In regno Dei, inter munera divina, quid quaerit paupertas humana? tam bonus, tam pius, tam largus Pater panem filiis non nisi postulatus indulget? Et ubi est illud: Nolite solliciti esse quid manducetis, aut quid bibatis, aut quid vestiamini? Hoc petere jubet quod prohibet cogitare, quatenus coelestis pater coelestem panem, coelestes filii ut postulemus, hortatur. Ipse dixit: Ego sum panis, qui de coelo descendi. Ipse est panis, qui satus in Virgine, fermentatus in carne, in passione confectus, in fornace coctus sepulcri, in Ecclesiis conditus, illatus altaribus, coelestem cibum quotidie fidelibus subministrat.

Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Homo, si sine peccato esse non potes, et vis semper dimitti tibi totum, dimitte semper; quantum vis dimitti tibi, dimitte tantum; quoties vis dimitti tibi, toties tu dimitte; immo quia vis totum dimitti tibi, totum dimitte: homo, intellige quia remittendo aliis tu tibi veniam dedisti.

Et ne nos inducas in tentationem. Quia in saeculo est ipsa vita tentatio. Tentatio, inquit ille, est vita hominis. Rogemus ergo ut nos arbitrio nostro non relinquat, sed in omni actu paterna nos pietate constringat, et in vitae tramite coelesti moderatione confirmet.

Sed libera nos a malo. A quo malo? a diabolo quippe, ex quo est omne malum. Rogamus liberari nos a malo, quia malo qui non caruerit, frui non potest bono.

Venga tu reino (Mt 6,10). ¿Y cuándo no reinó Dios? Pedimos, pues, que el que reinó siempre para sí reine ahora en nosotros, para que también nosotros podamos reinar en él. Reinó el diablo, reinó el pecado, reinó la muerte, y la mortalidad estuvo largo tiempo cautiva: pedimos, pues, que, reinando Dios, perezca el diablo, desfallezca el pecado, muera la muerte, la cautividad sea cautivada, para que nosotros, libres, reinemos para la vida perpetua.

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Este es el reino de Dios: cuando tanto en el cielo como en la tierra la voluntad de Dios es la única, cuando en todos los hombres Dios es la mente, Dios vive, Dios obra, Dios reina, Dios es todo, de modo que, según aquello del Apóstol: Sea Dios todo en todos vosotros (1 Cor 15,28).

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). El que se nos dio como padre, el que nos adoptó para sí como hijos, el que nos hizo herederos de todas las cosas, el que nos ensalzó con su nombre, el que nos ha dotado de su honor y de su reino, ese mismo nos ha obligado a pedir el pan cotidiano. En el reino de Dios, entre los dones divinos, ¿qué busca la pobreza humana? ¿Un Padre tan bueno, tan piadoso, tan generoso no concede el pan a sus hijos sino cuando se le pide? ¿Y dónde está aquello: No andéis preocupados por qué comeréis, o qué beberéis, o con qué os vestiréis (Mt 6,25)? Manda pedir lo que prohíbe pensar, en cuanto el Padre celestial nos exhorta a que, hijos celestiales, pidamos el pan celestial. Él mismo dijo: Yo soy el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Él es el pan que, sembrado en la Virgen, fermentado en la carne, elaborado en la Pasión, cocido en el horno del sepulcro, guardado en las iglesias, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles el alimento celestial.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Hombre, si no puedes estar sin pecado y quieres que siempre se te perdone todo, perdona siempre; cuanto quieres que se te perdone, perdona otro tanto; cuantas veces quieres que se te perdone, otras tantas perdona tú; o más bien, puesto que quieres que se te perdone todo, perdónalo todo: hombre, entiende que, remitiendo a los demás, te has dado a ti mismo el perdón.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Porque en el siglo la vida misma es tentación. Tentación, dice aquel, es la vida del hombre (Job 7,1). Roguemos, pues, que no nos deje a nuestro albedrío, sino que en toda acción nos sujete con su piedad paterna, y en la senda de la vida nos afiance con gobierno celestial.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). ¿De qué mal? Del diablo, sin duda, del cual procede todo mal. Rogamos ser librados del mal, porque el que no haya carecido del mal no puede gozar del bien.

Si adhuc non nati, si adhuc in utero constituti, panem petunt, expetunt regnum, quare fit quaestio, quod semper Dei Filius, in Dei patris mansit arcano? Si Ecclesia generat, ratio non est, est coeleste mysterium; quod in Patre Deo, Dei Filius fuerit, quomodo humana ratiocinatione tractetur non est, non est humano modo divinitas aestimanda. Audisti Deum, nil terrenum cogites, nil humanum; audisti Patrem Christi, hoc per substantiam crede; audisti patrem tuum, hoc crede per gratiam: ille ut esset Filius habuit semper, te esse filium dedit modo. Sic ergo te filium scito, ut servum te esse non nescias; sic audi ad Christi similitudinem te reductum, ut semper te Christo cognoscas esse subjectum.

Si los que aún no han nacido, si los que aún están en el seno piden el pan, solicitan el reino, ¿por qué se hace cuestión de que el Hijo de Dios permaneció siempre en lo secreto de Dios Padre? Si la Iglesia engendra, no es razón, es misterio celestial; que el Hijo de Dios haya estado en Dios Padre, no hay modo de tratarlo con raciocinio humano; no a modo humano se ha de estimar la divinidad. Has oído «Dios»: no pienses nada terreno, nada humano; has oído «Padre de Cristo»: cree esto por sustancia; has oído «padre tuyo»: cree esto por gracia: él tuvo siempre el ser Hijo; a ti te ha dado ahora ser hijo. Así, pues, sábete hijo de tal modo que no ignores que eres siervo; oye de tal modo que has sido reconducido a la semejanza de Cristo, que reconozcas siempre que estás sujeto a Cristo.

Sermo LXVIII.

In eamdem

Conditio mortalis, terrena compago, limosa substantia, vitae ac mortis incerta, labore attrita, consumpta poenis, putredini ac pulveri subjecta natura capere non valet, aestimare non sufficit, fugare non audet, credere pertimescit, quod hodie cogitur confiteri. Tantam donorum Dei gratiam, promissorum magnitudinem, munerum largitatem, fragilitas humana unde promereri valeat, non potest invenire. Hoc reor non ambiguum Habacuc prophetam mentis intuitu praevidisse, dum se tanto pavore concussum, hujus auditus taliter exagitatum tremore, dicit: Domine, audivi auditum tuum, et timui; consideravi opera tua, et expavi. Auditum timuit, non quia tunc propheta tantus audierit Dominum, sed quia tunc servus Dominum suum sibi conversum reperit, et audivit in patrem; non quia mundi hujus fabricam elementis ita sibi dissonis consonantem contemplatus expavit, sed quia pietatis erga se tantae considerans tunc opera, admirationis tremore concussus est et pavore. Consideravi, inquit, opera tua et expavi. Adoptatum se tunc stupuit in filium, quando perdiderat ipsius fiduciam servitutis.

Denique ut sciatis hujus orationis, quam vobis hodie Divinitas insinuat et infundit, affectum, propheta tunc audet coelitus percepti hujus muneris quodammodo pavore solutus. Quid iterum dixerit pervidete. Custodivi, inquit, et expavit venter meus a voce orationis labiorum meorum. Posteaquam divini muneris senserat largitatem; custodivit se, ne se hostem, ne inimicum, ne latronem se iterum sicut in paradiso sustineret. Fit vigilantior, fit sollicitior sui custos, qui se post tantae rei jacturam coelestem thesaurum in vasis fictilibus custodivit. Et expavit venter meus.

Sermón LXVIII.

Sobre lo mismo

La condición mortal, la trabazón terrena, la sustancia de limo, incierta de la vida y de la muerte, gastada por el trabajo, consumida por las penas, la naturaleza sujeta a la podredumbre y al polvo, no es capaz de captar, no alcanza a estimar, no se atreve a ahuyentar, teme creer lo que hoy se ve obligada a confesar. Tan gran gracia de los dones de Dios, tal grandeza de sus promesas, tal largueza de sus mercedes: de dónde podría merecerlas la fragilidad humana, no lo puede hallar. Esto, creo, lo previó sin duda alguna el profeta Habacuc con la mirada de su mente, cuando, sacudido por tan gran pavor, agitado de tal modo por el temblor ante este anuncio, dice: Señor, he oído tu anuncio, y temí; consideré tus obras, y me espanté (Hab 3,2). Temió el anuncio, no porque el profeta, siendo tan grande, hubiera oído entonces al Señor, sino porque el siervo encontró entonces a su Señor vuelto hacia él, y lo oyó como padre; no porque se espantara al contemplar la fábrica de este mundo, armoniosa con elementos tan discordes entre sí, sino porque, considerando entonces las obras de tan gran piedad para con él, fue sacudido por el temblor y el pavor de la admiración. Consideré, dice, tus obras y me espanté. Se pasmó entonces de verse adoptado como hijo, cuando había perdido la confianza misma de la servidumbre.

En efecto, para que conozcáis el afecto de esta oración, que hoy la Divinidad os insinúa e infunde, el profeta se atreve entonces, libre en cierto modo del pavor ante este don recibido del cielo. Ved lo que dijo a continuación. Guardé vigilancia, dice, y se espantó mi vientre ante la voz de la oración de mis labios (Hab 3,16). Después de haber sentido la largueza del don divino, se guardó a sí mismo, para no soportarse de nuevo como adversario, como enemigo, como ladrón, igual que en el paraíso. Se hace más vigilante, guardián más solícito de sí mismo, el que tras la pérdida de tan gran bien se guardó a sí mismo, tesoro celestial, en vasos de barro (2 Cor 4,7). Y se espantó mi vientre.

Ventrem cordis interna nominat hic propheta; qui sicut venter cibis, cor sic sensibus pascitur et repletur. Et expavit venter meus a voce orationis labiorum meorum. Si intellectus cordis infuderat ori vocem, labiis dederat verba, cur vota sua, cur desideria sua, cur ex hoc quod est exoraturus, expavit? Quia non suggestione sui cordis, sed divini Spiritus loquebatur affatu. Audi Paulum dicentem: Misit Deus Spiritum Filii sui in corda nostra clamantem: Abba, Pater. Quod auditum cum ad interna transmitteret, tantum se meruisse mirabatur, et interna tota hominis pavebant. Merito adjecit: Et intravit tremor in ossa mea, quia ipsa prophetae viscera vexabantur.

Et subtus me, inquit, commota est virtus mea. Quid est subtus me? quatenus ipse idemque homo sursum per gratiam jam levatus jacebat subtus pristinam per naturam, nec virtutem coelestem virtus poterat sustinere terrena. Jam fumavit mons Sina, cum daturus legem Deus descendit in montem. Quid caro faceret, cum descendit Deus in carnem, carni gratiam collaturus? Venit pater quia homo Deum, servus dominum non ferebat. Et quia fidelis est in verbis suis quae dixit: Aperi os tuum, et implebo illud; aperite nunc ora vestra, ut ipse ea tali prece, tali repleat et clamore.

Pater noster qui es in coelis. Ubi sunt qui de Dei promissione diffidunt? Ecce quam cito fidei est remunerata confessio: mox ut Deum unici Filii confessus es Patrem, tu ipse es Dei Patris adoptatus in filium, ut esses coeli haeres, qui paradisi exsul habebaris et terrae; et ideo nunc vocas, Pater noster qui es in coelis. Quia fuit tibi quondam pater qui te resolvit in limum, qui te ad claustra duxit et pertraxit inferni: terram nesciat, amorem carnis ignoret, patrem pulveris non requirat, nihil in se vitii licere permittat, qui Deum patrem coelestem repetit ad naturam. Et qui se Dei filium credit, actu, vita, moribus, honestate, tanto generi respondeat, ne iterum ad terrena descendens ad ipsam tanti genitoris tendat injuriam.

Sanctificetur nomen tuum. Si nomen Christi caecis visum, cursum claudis, defessis vario languore sanitatem, mortuis dat vitam, teque, homo, ipsum, totamque sanctificat creaturam, quemadmodum tu ipsius nominis oras et expostulas sanctitatem? Quia a Christo vocatus es Christianus; et ideo supplicas ut praerogativa tanti nominis meritis in te subsequentibus roboretur.

El profeta llama aquí vientre a lo interior del corazón; pues como el vientre con los alimentos, así el corazón se apacienta y se llena con las percepciones. Y se espantó mi vientre ante la voz de la oración de mis labios. Si el entendimiento del corazón había infundido la voz en la boca, había dado las palabras a los labios, ¿por qué se espantó de sus votos, de sus deseos, de aquello mismo que iba a alcanzar orando? Porque hablaba no por sugerencia de su corazón, sino por el soplo del Espíritu divino. Escucha a Pablo que dice: Envió Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que clama: Abbá, Padre (Gál 4,6). Y al transmitir lo oído a su interior, se maravillaba de haber merecido tanto, y todo lo interior del hombre temblaba. Con razón añadió: Y entró el temblor en mis huesos (Hab 3,16), porque las entrañas mismas del profeta eran sacudidas.

Y debajo de mí, dice, se conmovió mi fuerza. ¿Qué es debajo de mí? En cuanto que uno y el mismo hombre, ya levantado a lo alto por la gracia, yacía debajo por su naturaleza primera, y la fuerza terrena no podía sostener la fuerza celestial. Ya humeó el monte Sinaí cuando Dios, que iba a dar la Ley, descendió sobre el monte (Ex 19,18). ¿Qué iba a hacer la carne, cuando Dios descendió a la carne para conferir la gracia a la carne? Vino como padre, porque el hombre no soportaba a Dios, el siervo no soportaba al señor. Y porque es fiel en las palabras que dijo: Abre tu boca, y yo la llenaré (Sal 81,11), abrid ahora vuestras bocas, para que él las llene de tal súplica, de tal clamor.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). ¿Dónde están los que desconfían de la promesa de Dios? Mira cuán pronto ha sido remunerada la confesión de la fe: en cuanto confesaste a Dios Padre del Hijo único, tú mismo has sido adoptado como hijo de Dios Padre, para que fueras heredero del cielo tú que eras tenido por desterrado del paraíso y de la tierra; y por eso ahora invocas: Padre nuestro, que estás en los cielos. Porque tuviste en otro tiempo un padre que te deshizo en limo, que te condujo y arrastró a los cerrojos del infierno: no conozca la tierra, ignore el amor de la carne, no busque al padre del polvo, no permita que en sí haya licencia para vicio alguno el que reclama a Dios, Padre celestial, por naturaleza. Y el que se cree hijo de Dios responda con la acción, la vida, las costumbres, la honestidad, a tan gran linaje, no sea que, descendiendo de nuevo a lo terreno, tienda a la injuria misma de tan gran Progenitor.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). Si el nombre de Cristo da la vista a los ciegos, el andar a los cojos, la salud a los agotados por diversas dolencias, la vida a los muertos, y te santifica a ti mismo, hombre, y a toda la creación, ¿cómo es que tú pides y reclamas la santidad para ese mismo nombre? Porque has sido llamado cristiano por Cristo; y por eso suplicas que la prerrogativa de tan gran nombre se robustezca por los méritos que siguen en ti.

Adveniat regnum tuum. Devotionem mandat, exigit desideria, vota perquirit ipse, qui adventum suum in sua continet potestate. Fidelis est ille miles, qui regis sui praesentiam sitit, exoptat regnum, expetit et concupiscit triumphos: sed hic petis ut tibi et in te adveniat regnaturus, in quo diabolus arcem, mors imperium, diu infernus gessit et tenuit potestatem. Oremus ergo, charissimi, ut Christus semper suo regnet in milite, et miles semper suo triumphet in rege.

Fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terra. Beatus dies ille, qui terrenorum jungit, sociat, exaequat coelestibus voluntates, ut inter dispares substantias una atque eadem sit voluntas. Haec est fida pax, inconcussa concordia, gratia perseverans, quando per unius domini ordinem, familia natura diversa, voluntate fit una, eadem reperitur et sensu.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Post coeleste regnum panem quis postulet temporalem? Sed quotidianum et in diem vult nos in sacramento sui corporis panis viaticum postulare, ut per hoc ad perpetuum diem et ipsam Christi perveniamus ad mensam, ut unde hic gustum sumpsimus, inde ibi plenitudinem totasque satietates capiamus.

Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Qui sic petit, et debita non relaxat, iste se etiam per quod orat, accusat; qui sibi tantum donari postulat, remitti tantum, quantum ipse remittit et donat, ad placitum Deum, Deum taliter invitat ad pactum. Quisque quantum ipse praestiterit alteri, tantum sibi exigat et ipse praestari. Dimittenda sunt autem, fratres, debita non pecuniae solum, sed omnium causarum, culparum, criminum; quidquid, homo, incurrere poteris, in his tibi cum incurrerit alter, ignosces. Fidens peccatis suis petit veniam, qui peccanti libenter ignoscit.

Et ne nos inducas in tentationem. Hoc petere millies multis modis cogimur, fratres, ne fragilitas plus ausa, et de se temere praesumens, nec virium suarum modum colligens, in conflictu male cauta succumbat, deinde offensus Deus tradat tentationibus quos delinquit.

Sed libera nos a malo. Satis de se humiliter sentit, nec salvari per se praesumit, qui ut a malo per Deum liberetur, implorat.

Signate vos. Intelligite, filioli, quanta perfectorum, quanta fortium gloria sit et potestas, quando tanta virtus in ipso conceptu, tanta majestas aperitur in partu. Nondum natus patrem vocat, sanctitatem postulat, regnum petit, dat jura terris, terrenas coelestibus exaequat voluntates, et laboribus profuturis exigit jam devotus annonam. Panem nostrum, inquit, quotidianum da nobis hodie.

Venga tu reino (Mt 6,10). Manda la devoción, exige los deseos, busca él mismo los votos, el que tiene su venida en su propia potestad. Fiel es aquel soldado que tiene sed de la presencia de su rey, anhela el reino, pide y codicia los triunfos: pero aquí pides que venga a ti y en ti para reinar, en quien el diablo tuvo y mantuvo largo tiempo la ciudadela, la muerte el imperio, el infierno la potestad. Oremos, pues, carísimos, para que Cristo reine siempre en su soldado, y el soldado triunfe siempre en su rey.

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Bienaventurado aquel día que junta, asocia, iguala las voluntades de los terrenos con las de los celestiales, de modo que entre sustancias desiguales haya una y la misma voluntad. Esta es la paz fiel, la concordia inconmovible, la gracia perseverante: cuando por el orden de un solo señor la familia, diversa por naturaleza, se hace una en la voluntad, y se halla la misma también en el sentir.

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Después del reino celestial, ¿quién pediría pan temporal? Pero quiere que pidamos, en el sacramento de su cuerpo, el viático del pan, cotidiano y para cada día, para que por él lleguemos al día perpetuo y a la mesa misma de Cristo, para que de aquello de que aquí tomamos el gusto, tomemos allí la plenitud y la entera saciedad.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). El que así pide y no condona las deudas, se acusa a sí mismo aun por lo que ora; el que pide que se le conceda tanto, que se le remita tanto, cuanto él mismo remite y concede, invita a Dios a un acuerdo, invita así a Dios a un pacto. Exija cada uno que se le conceda a sí tanto cuanto él mismo haya concedido a otro. Pero, hermanos, hay que perdonar las deudas no solo de dinero, sino de todas las causas, culpas, crímenes; todo aquello en que tú, hombre, puedas incurrir, cuando otro incurra en ello contra ti, lo perdonarás. Pide confiado perdón por sus pecados el que perdona de buena gana al que peca.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Nos vemos obligados, hermanos, a pedir esto mil veces de muchos modos, no sea que la fragilidad, atreviéndose a más y presumiendo temerariamente de sí, sin medir sus fuerzas, sucumba en el combate por su mala cautela, y luego Dios, ofendido, entregue a las tentaciones a los que abandona.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Harto humildemente siente de sí, y no presume salvarse por sí mismo, el que implora ser librado del mal por Dios.

Signaos. Entended, hijitos, cuán grande es la gloria y la potestad de los perfectos, cuán grande la de los fuertes, cuando tanto poder se manifiesta en la concepción misma, tanta majestad en el parto. Aún no nacido, llama padre, pide la santidad, solicita el reino, da leyes a la tierra, iguala las voluntades terrenas con las celestiales, y, ya consagrado, exige su ración para los trabajos que le han de aprovechar. Danos hoy nuestro pan cotidiano, dice.

Beati estis, qui coepistis ante pugnam vincere, ante triumphare quam vivere, ante ad patris promptuaria quam matris ad gremium pervenire, ante pastum gregis, quam succum lactis invadere, toto ante victoriarum sonare jubilo, quam vagitu respondere cunarum. Vere, ut dixit Apostolus, infirmum Dei fortius est hominibus. Aut quis poterit tanti conceptus referre sacramentum? ubi Virgo mater parit orbe quotidie, nec relinquit posteros ad laborem, sed aeternam germina praemittit ad gloriam.

Bienaventurados vosotros, que habéis empezado a vencer antes de la lucha, a triunfar antes que a vivir, a llegar a los graneros del padre antes que al regazo de la madre, a lanzaros al pasto del rebaño antes que al jugo de la leche, a resonar con todo el júbilo de las victorias antes que a responder con el vagido de la cuna. En verdad, como dijo el Apóstol, lo débil de Dios es más fuerte que los hombres (1 Cor 1,25). ¿O quién podrá referir el misterio de tan gran concepción? Allí la virgen madre da a luz cada día en el mundo, y no deja a su descendencia para el trabajo, sino que envía delante sus retoños a la gloria eterna.

Sermo LXIX.

In eamdem

Putasne mortale pectus Dominicae charitatis erga nos magnitudinem capiat? Putasne terreni corporis pondere mens depressa erga nos divinum intelligat ac sentiat affectum? Nam quidquid coeli micat, radiat et splendet ornatus, quidquid in terra fragrat in floribus, sapit in fructibus, in animantibus gaudet, nostro amore factum, nostrae addictum est servituti. Sed quamvis magna, parva tamen sunt ad supernae in nos dilectionis indicium. Nobis principatus coelorum, nobis aetheriae potestates, nobis supernae dominationes, nobis angelorum officia excubiis militant indefessis. Sed ista adhuc asserendae in nos divinae necessitudinis parva sunt, et minora, tantumque infima, quantum creatore suo minor est creatura.

Deus vultu incontemplabilis, visu imperspicabilis, nullo sensu aestimabilis, inaccessus mente, ne ipso quidem ad plenum notus auditu, quoties, qualiter, quam varie, quam diverse se humanis aptavit obtutibus? Quam se communioni, quam se familiaritati praestitit et concessit humanae, cum Noe consilii sui facit esse participem, et expiando mundo diluvium praemonet imminere, et totum saeculum ipso custode parvo arcae designat in semine; cum ad Abraham velut hospes adventat, invitatus tota dignatione succedit, oblata non respuit, apposita velut esuriens et lassus assumit, et divina collatione velut egens suscipit et acceptat humana? Hinc est, quod emortua mox senis membra reviviscunt, sterilis vetulae jam viscera suscitantur exstincta, et natura in vivo cadavere persepulta proditura suum resurgit auctorem, et generat plurimos transacto jam tempore, per unum quem crediderat conditorem. Ad Moysen igneus Deus glomeratur in rubo, deinde confert facienda cum servo, exercetur variis in Aegypto virtutibus, et patefit ad nutum famuli; irrogat flagella, vel tollit; et in mari quantus sit,

Sermón LXIX.

Sobre lo mismo

¿Piensas que un pecho mortal puede captar la grandeza de la caridad del Señor para con nosotros? ¿Piensas que una mente abrumada por el peso de un cuerpo terreno puede entender y sentir el afecto divino para con nosotros? Pues todo lo que como ornato del cielo centellea, irradia y resplandece, todo lo que en la tierra es fragante en las flores, sabroso en los frutos, gozoso en los animales, ha sido hecho por amor nuestro, ha sido destinado a nuestro servicio. Pero, aunque grandes, son sin embargo pequeñas como indicio del amor de lo alto para con nosotros. Para nosotros los principados de los cielos, para nosotros las potestades etéreas, para nosotros las dominaciones supernas, para nosotros los oficios de los ángeles prestan su milicia en vigilias infatigables. Pero estas cosas son aún pequeñas para afirmar el vínculo divino con nosotros, y menores, y tan ínfimas cuanto la criatura es menor que su Creador.

Dios, incontemplable en su rostro, impenetrable a la vista, inestimable por sentido alguno, inaccesible a la mente, ni siquiera conocido plenamente por el oído mismo, ¿cuántas veces, de qué manera, cuán variada, cuán diversamente se adaptó a las miradas humanas? ¡Cómo se prestó y se concedió a la comunión humana, a la familiaridad humana, cuando hace a Noé partícipe de su consejo, y le advierte que el diluvio amenaza para expiar el mundo, y señala el siglo entero en la pequeña semilla del arca, con él mismo como guardián (Gn 6); cuando llega a Abraham como huésped, e invitado entra con toda dignación, no rechaza lo ofrecido, toma lo servido como hambriento y cansado, y en un intercambio divino, como necesitado, recibe y acepta lo humano (Gn 18)! Por eso los miembros ya muertos del anciano reviven al punto, las entrañas extinguidas de la anciana estéril son resucitadas, y la naturaleza, sepultada del todo en un cadáver vivo, resurge para dar a conocer a su autor, y, pasado ya su tiempo, engendra a muchísimos por el único Hacedor a quien había creído (Gn 21). A Moisés se le presenta Dios como fuego condensado en la zarza (Ex 3,2); luego trata con su siervo lo que hay que hacer, se ejercita con diversos prodigios en Egipto, y se abre al gesto de su criado; inflige las plagas, o las quita (Ex 8,8); y cuán grande es en el mar, y cuánto ha

quantumve homini dederit, ultricis undae demonstrant obsequia, cum siccato gurgite cedit unda piis, et liquore durato murum praestat, munimen exhibet liberandis, ac tota naturae suae virtute de hoste saevissimo triumphatura decurrit. Miro contubernio Israeliticis Deus conversatus in castris, numerosas gentes nunc ferit fulmine, nunc tangit grandine; nunc solo tubarum clangore prosternit; ut sine conflictu, sine vulnere Deus ducat victrices acies quas praecedit. Affuit desideriis, votis annuit singulorum, mox ad interrogata respondit, occulta prodidit, praedixit futura, quaesita patefecit, regnum contulit, donavit opes, temperavit pluvias, fecundas praestitit terras, conjugia ipsa filiorum copia et honore decoravit.

Sed adhuc parum esse credidit, si affectum suum erga nos praestando prospera tantum, et non etiam adversa sustinendo monstraret. Post omnia, mundum suum pauper ingreditur: jacet in cunabilis ut homo, vagitu suo implorat, inquirit, exigit quam tibi praestitit ipse pietatem. Parens omnium usus est te parente, subjectus tibi exstitit cui omnis subjacet altitudo, timuit quem timenda metuunt, fugit ad quem cuncta confugiunt; coelorum arbiter est hospes in domibus peccatorum; pane pascitur qui pascet omnes. Et quid plura? Παντοκράτωρ tenetur saeculorum, sistitur terrae fundator, judicatur humanae largitor veniae, discutitur cordis scrutator, punitur vitae dator et redditor, cunctorum resurrectio sepelitur, ut tarda mens hominis, et intelligentia satis pigra, vel morte in se Dei probaret affectum, quae praedictis et innumeris Dei beneficiis, Dei erga se non intellexerat, non senserat charitatem. Qui ergo esse fecit, dedit vivere, docuit et orare, quia totum voluit praestare, qui sua sibi prece voluit supplicari.

Pater noster qui es in coelis. Ecce, homo, tua te voce Christus hodie, ut sibi faceret cohaeredem Dei Patris, adoptat in filium, dum ait, Pater noster. Quod suae dignationis est, tuae esse voluit potestatis, juxta illud: Quotquot receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri; et tamen jubet dicere, ut dignatio donantis sit, non temeritas praesumentis, Qui es in coelis. Non quod non sit in terris, sed te qui coelestem Patrem jam vocas, ad coelestem vult tendere et repetere jam naturam, ut generi tanto vita nostra respondeat, ne terreni mores degenerent, quos coelestis donavit et contulit jam natura.

dado al hombre, lo muestran los homenajes de la ola vengadora, cuando, secado el abismo, la ola cede ante los piadosos, y, endurecida el agua, presta un muro, ofrece un baluarte a los que han de ser liberados, y con todo el poder de su naturaleza se precipita para triunfar sobre el enemigo más cruel (Ex 14). Morando Dios en admirable camaradería en los campamentos israelitas (Dt 23,14), ora hiere a naciones numerosas con el rayo, ora las toca con el granizo (Jos 10,11); ora las derriba con el solo clamor de las trompetas (Jos 6,20); de modo que sin combate, sin herida, Dios conduce los ejércitos vencedores a los que precede. Asistió a los deseos, asintió a los votos de cada uno, respondió al punto a lo preguntado, reveló lo oculto, predijo lo futuro, descubrió lo buscado, confirió un reino, donó riquezas, templó las lluvias, hizo fecundas las tierras, adornó los mismos matrimonios con la abundancia y el honor de los hijos.

Pero creyó que aún era poco, si mostraba su afecto para con nosotros solo concediendo prosperidad, y no también soportando la adversidad. Después de todo, entra pobre en su mundo: yace en la cuna como hombre; con su vagido implora, busca, exige la piedad que él mismo te mostró. El padre de todos te tuvo a ti por padre; se hizo sujeto a ti aquel a quien está sujeta toda altura; temió aquel ante quien sienten miedo las cosas temibles; huyó aquel en quien todo se refugia; el árbitro de los cielos es huésped en las casas de los pecadores; se alimenta de pan el que alimentará a todos. ¿Y qué más? Es apresado el Pantokrator de los siglos, es presentado ante el tribunal el fundador de la tierra, es juzgado el dispensador del perdón humano, es interrogado el escrutador del corazón, es castigado el dador y restituidor de la vida, es sepultada la resurrección de todos, para que la mente lenta del hombre, y su inteligencia harto perezosa, comprobara en sí al menos con la muerte el afecto de Dios, ella que por los beneficios de Dios ya dichos, e innumerables, no había entendido, no había sentido la caridad de Dios para con ella. Así, pues, el que hizo que existiéramos, nos dio el vivir, nos enseñó también a orar, porque quiso concederlo todo, él que quiso ser suplicado con su propia oración.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). He aquí, hombre, que hoy Cristo con tu propia voz te adopta como hijo, para hacerte coheredero suyo de Dios Padre, al decir: Padre nuestro. Lo que es de su dignación, quiso que fuera de tu potestad, según aquello: A cuantos lo recibieron, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12); y sin embargo manda decir, para que sea dignación del que da, no temeridad del que presume: Que estás en los cielos. No porque no esté en la tierra, sino que quiere que tú, que ya invocas al Padre celestial, tiendas a la naturaleza celestial y la vuelvas a buscar, para que nuestra vida responda a tan gran linaje, no sea que unas costumbres terrenas hagan degenerar a los que una naturaleza celestial ha dotado ya y enriquecido.

Sanctificetur nomen tuum. Non quod tua sit prece sanctificandum, quod te sanctificat nomen; sed quia Christi nomine vocatus es Christianus, petendum tibi est ut actu tuo nomen hoc sanctificetur et honoretur in te. Quia sicut virtutum fama, nominis tantum respondet ad gloriam, ita male conversantis infamia ad ejusdem nominis redundat injuriam, dicente Apostolo: Nomen Dei per vos blasphematur in gentibus. Et revera, filii, tunc gentilis nomini derogat Christiano, quando aliter quam profitetur, et dicitur vivere, viderit Christianum.

Veniat regnum tuum. Non ut Deo veniat regnum habenti semper, sed postulas ut tibi veniat non habenti, et percipias illud quod tibi affectu suo Dominus pollicetur, cum dicit: Venite, benedicti Patris mei, percipite regnum, quod vobis paratum est a constitutione mundi. Venite, benedicti, non dixit, veniamus; percipite, non dixit, percipiamus. Nemo miretur quia patrem vocat qui nondum natus est; nam si Joannes exsultat, et Jacob colluctatur in utero, prudens aestimet quid possit natura divina, si tantum potest per Deum humana conceptio.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). No porque el nombre que te santifica haya de ser santificado por tu súplica; sino porque por el nombre de Cristo has sido llamado cristiano, has de pedir que por tu conducta este nombre sea santificado y honrado en ti. Porque, así como la fama de las virtudes corresponde tanto a la gloria del nombre, así la infamia del que vive mal redunda en injuria del mismo nombre, como dice el Apóstol: Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom 2,24). Y en verdad, hijos, el gentil denigra el nombre cristiano cuando ve a un cristiano vivir de otro modo que como profesa y se dice.

Venga tu reino (Mt 6,10). No para que el reino venga a Dios, que siempre lo tiene; sino que pides que venga a ti, que no lo tienes, y que recibas lo que el Señor por su afecto te promete cuando dice: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde la fundación del mundo (Mt 25,34). Venid, benditos: no dijo «vengamos»; recibid: no dijo «recibamos». Nadie se maraville de que llame padre el que aún no ha nacido; pues si Juan salta de gozo (Lc 1,41) y Jacob lucha en el seno (Gn 25,22), estime el prudente qué puede la naturaleza divina, si tanto puede por Dios la concepción humana.

Sermo LXX.

In eamdem

Omnia quae divinitus dicta factaque referuntur, sunt miraculo, sunt stupori, sunt pavenda mortalibus, ipsis etiam coelestibus sunt tremenda: sed nihil tam stupet coelum, pavet terra, expavescit universa creatura, quam quod vos estis hodie, nobis dicentibus, audituri. Servus Dominum patrem vocare audet, judicem suum reus nuncupat genitorem, conditio terrena sua se voce Dei adoptat in filium: qui terrena perdidit, aestimat se divinitatis haeredem. Sed audemus, quia praesumptio dicentis non est, ubi auctoritas est jubentis; ipse enim nos hodie dicere sic voluit, qui nos docuit sic orare. Et quid mirum si homines Dei consecravit in filios, quando se hominis dedit et aptavit in filium? Carnis tunc naturam transtulit in divinam, deitatem quando humanam detulit ad naturam: tunc hominem sibi in coelestibus praestitit cohaeredem, quando se participem reddidit terrenorum. Aut homini negare quid amoris potuit, quid muneris, qui totum quod erat hominis, etiam peccatum, suscepit et mortem? Aut quomodo hominem in suis prosperis socium non habebit, qui in adversis hominis se fecit esse consortem? Homo, redi ad Deum, sic amatus a Deo; et ad illius gloriam da totum te, qui se totum propter te ad suam deduxit injuriam; et voca patrem fidens, quem tanto amore tuum probas, sentis, intelligis esse genitorem.

Pater noster. Quod nondum natus patrem vocat, nemo miretur: Deo nata sunt nascitura, futura facta sunt Deo. Quae futura sunt, inquit, jam fuerunt. Hinc est quod in utero suum Joannes sentit auctorem; et exstat nuntius matri, qui erat suae nescius vitae. Hinc est quod Jacob ante legitur bellare quam nasci, ante triumphare quam vivere. Hinc est quod jam sunt Deo qui sibi adhuc non sunt, qui electi sunt ante constitutionem mundi. Qui es in coelis. Non quod ille non sit in terra, sed ut tu per hoc germen esse noveris te coeleste: et si te Dei Filium esse fateris, vive quasi Dei Filius, ut actu, vita, virtutibus, tanto possis respondere genitori.

Sanctificetur nomen tuum. Quia a Christo vocatus es Christianus, petis ut praerogativa tanti nominis sanctificetur in te; quia nomen Dei quod per se et sibi sanctum est, aut sanctificatur in nobis nostro actu, aut nostro actu blasphematur in gentibus.

Sermón LXX.

Sobre lo mismo

Todo lo que se refiere como dicho y hecho por Dios es motivo de maravilla, de asombro, es de temer para los mortales, es de temblar aun para los mismos celestiales: pero nada asombra tanto al cielo, aterra tanto a la tierra, espanta tanto a la creación entera, como lo que vosotros vais a oír hoy, diciéndolo nosotros. El siervo se atreve a llamar padre al Señor, el reo llama progenitor a su juez, la condición terrena con su propia voz se adopta como hijo de Dios: el que perdió lo terreno se estima heredero de la divinidad. Pero nos atrevemos, porque no hay presunción del que dice donde hay autoridad del que manda; pues él mismo, que nos enseñó a orar así, quiso que hoy dijéramos así. ¿Y qué tiene de extraño que consagrara a los hombres como hijos de Dios, cuando se dio y se adaptó a sí mismo como hijo del hombre? Entonces trasladó la naturaleza de la carne a la divina, cuando bajó la deidad a la naturaleza humana: entonces hizo al hombre su coheredero en los cielos, cuando se hizo partícipe de lo terreno. ¿O qué de amor, qué de don pudo negar al hombre el que asumió todo lo que era del hombre, aun el pecado, y la muerte? ¿O cómo no tendrá al hombre por compañero en su prosperidad el que en la adversidad del hombre se hizo su consorte? Hombre, vuelve a Dios, tan amado por Dios; y entrégate todo a su gloria, a él que por ti se rebajó todo entero hasta su propia injuria; y llama padre con confianza al que por tan gran amor compruebas, sientes, entiendes que es tu progenitor.

Padre nuestro (Mt 6,9). Nadie se maraville de que llame padre el que aún no ha nacido: para Dios han nacido las cosas que han de nacer, las futuras están hechas para Dios. Lo que ha de ser, dice, ya fue (Ecl 3,15). Por eso Juan en el seno siente a su autor (Lc 1,41); y se presenta como mensajero ante su madre el que no conocía su propia vida. Por eso se lee que Jacob luchó antes de nacer, triunfó antes de vivir (Gn 25,22). Por eso ya son para Dios los que aún no son para sí mismos, los que fueron elegidos antes de la fundación del mundo (Ef 1,4). Que estás en los cielos. No porque él no esté en la tierra, sino para que por esto sepas que eres un retoño celestial: y si reconoces que eres hijo de Dios, vive como hijo de Dios, para que con la acción, con la vida, con las virtudes puedas responder a tan gran progenitor.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). Porque has sido llamado cristiano por Cristo, pides que la prerrogativa de tan gran nombre sea santificada en ti; porque el nombre de Dios, que por sí y para sí es santo, o es santificado en nosotros por nuestra conducta, o por nuestra conducta es blasfemado entre los gentiles.

Veniat regnum tuum. Ipse dicit: Regnum Dei intra vos est: si intra nos est, veniat ut quid oramus? Est in fide, est in spe, est in exspectatione, sed ut in re veniat, jam precamur. Veniat autem nobis, non illi qui semper conregnat Patri suo, semper regnat in Patre; sed veniat nobis. Venite, benedicti Patris mei, percipite regnum quod vobis paratum est ab origine mundi. Dicimus, Veniat regnum tuum. Ut sic Deus regnet in nobis, quatenus in nobis desinat mors regnare, desinat regnare peccatum. Regnavit, inquit, mors ab Adam usque ad Moysen. Et alibi: Non regnet peccatum in vestro mortali corpore.

Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. Nunc in terra multa fiunt pro diaboli voluntate, pro saeculi nequitia, pro desiderio carnis; in coelo vero fit nihil praeter Domini voluntatem. Petimus ergo, ut interempto diabolo, ut novo saeculo, ut mutato corpore, ut destructo mortis imperio, ut abolita dominatione peccati, in coelo et in terra, in Deo et hominibus, una Dei sit, eademque voluntas.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Post regnum coeleste, terrenum panem petere non jubemur, prohibente ipso cum dicit: Nolite solliciti esse animae vestrae quid manducetis aut quid bibatis. Sed quia ipse est panis qui de coelo descendit, petimus et precamur ut ipsum panem quo quotidie, id est, jugiter, sumus in aeternitate victuri: hodie, id est, in praesenti vita, de convivio altaris sancti ad virtutem corporis mentisque capiamus.

Et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Sic dicendo, homo, indulgentiae modum, mensuramque veniae tu tibi dedisti, qui a Domino tantum tibi petis dimitti, quantum dimiseris ipse conservo. Dimitte ergo delinquenti in te totum, si vis ipse de tuis nihil Domino debere delictis: in altero dimitte tibi, si vis ipse vindicem vitare sententiam.

Et ne nos inducas in tentationem. Deus, sicut scriptum est, neminem tentat: sed tentare dicitur, cum contumaciter euntes ad tentationum laqueos derelinquit. Sic Adam tentatoris incurrit insidias, dum sui praecepta deserit conditoris.

Unde autem et a quo tentaretur homo, prodit sic dicendo: Sed libera nos a malo. Hoc est, a diabolo, qui totius mali et auctor est, et origo: diabolus natura coelestis fuit; nunc est nequitia spiritualis, aetate major saeculo, nocendi usu tritus, laedendi arte peritissimus; unde non jam malus, sed malum dicitur, a quo est omne quod malum est. Hinc est quod propriis viribus liberari homo non potest, carnalibus vinculis illigatus. Petendum nobis est ergo ut Deus nos a diabolo liberet, qui Christum terris ut diabolum vinceret, commodavit.

Venga tu reino (Mt 6,10). Él mismo dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Lc 17,21): si está dentro de nosotros, ¿para qué oramos que venga? Está en la fe, está en la esperanza, está en la espera; pero rogamos ya que venga en la cosa misma. Pero venga a nosotros, no a aquel que siempre correina con su Padre, siempre reina en el Padre; sino venga a nosotros. Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (Mt 25,34). Decimos: Venga tu reino. Para que Dios reine en nosotros de tal modo que en nosotros deje de reinar la muerte, deje de reinar el pecado. Reinó, dice, la muerte desde Adán hasta Moisés (Rom 5,14). Y en otro lugar: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom 6,12).

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Ahora en la tierra se hacen muchas cosas según la voluntad del diablo, según la maldad del siglo, según el deseo de la carne; pero en el cielo no se hace nada fuera de la voluntad del Señor. Pedimos, pues, que, muerto el diablo, renovado el siglo, cambiado el cuerpo, destruido el imperio de la muerte, abolido el dominio del pecado, en el cielo y en la tierra, en Dios y en los hombres, haya una y la misma voluntad de Dios.

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Después del reino celestial, no se nos manda pedir el pan terreno, pues él mismo lo prohíbe cuando dice: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis (Mt 6,25). Pero porque él mismo es el pan que bajó del cielo (Jn 6,41), pedimos y rogamos que ese mismo pan, por el cual cotidianamente, es decir, perpetuamente, hemos de vivir en la eternidad, lo tomemos hoy, es decir, en la vida presente, del banquete del santo altar, para vigor del cuerpo y de la mente.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Al decir esto, hombre, te has dado a ti mismo el límite de la indulgencia y la medida del perdón, tú que pides al Señor que se te perdone tanto cuanto tú mismo hayas perdonado a tu consiervo. Perdona, pues, del todo al que delinque contra ti, si tú mismo quieres no deber nada al Señor por tus delitos: en el otro perdónate a ti mismo, si tú mismo quieres evitar la sentencia vengadora.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Dios, como está escrito, a nadie tienta (Sant 1,13); pero se dice que tienta cuando abandona a los que van obstinadamente a los lazos de las tentaciones. Así Adán cayó en las asechanzas del tentador, al abandonar los preceptos de su Hacedor.

Pero de dónde y por quién sería tentado el hombre lo revela al decir: Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Es decir, del diablo, que es autor y origen de todo mal: el diablo fue celestial por naturaleza; ahora es maldad espiritual, mayor en edad que el siglo, curtido en la práctica de dañar, peritísimo en el arte de herir; por lo cual ya no se le llama malo, sino el Mal, del cual procede todo lo que es malo. Por eso el hombre no puede ser liberado por sus propias fuerzas, atado con cadenas carnales. Hemos de pedir, pues, que Dios nos libre del diablo, él que prestó a Cristo a la tierra para vencer al diablo.

Clamet homo, clamet ad Deum, clamet, Libera nos a malo, ut a tanto malo, solo Christo vincente, liberemur.

Pater noster qui es in coelis. Orandi thema, materiam petendi, supplicandi normam paucissimis in verbis ipse tibi qui tibi est exorandus indulsit, ut ex hoc tu petendi sumas sensum, intellectum postulandi capias, mensuram colligas impetrandi, et brevissimo magisterio orandi, latissimam capias disciplinam; simul quia ad amoris indicium rex ipse officio functus est advocati, ut preces quibus responsurus erat ipse dictaret. Cunctatio ablata est impetrandi omnis, immo fiducia collata est tota promerendi, quando ipsum se legit in precibus qui rogatur. Metus locum non habet, ubi a Patre filius pietate interprete desiderat quae sancta sunt impetrare.

Clame el hombre, clame a Dios, clame: Líbranos del mal, para que de tan gran mal seamos librados, venciendo solo Cristo.

Padre nuestro, que estás en los cielos. El tema del orar, la materia del pedir, la norma del suplicar, en poquísimas palabras te los ha concedido el mismo que ha de ser rogado por ti, para que de aquí tomes el sentido del pedir, captes la inteligencia del solicitar, recojas la medida del alcanzar, y de un brevísimo magisterio de oración tomes una amplísima disciplina; y a la vez porque, como indicio de amor, el rey mismo desempeñó el oficio de abogado, para dictar él mismo las súplicas a las que él iba a responder. Se ha quitado toda vacilación en el alcanzar, o más bien, se ha conferido toda confianza en el merecer, cuando el que es rogado se lee a sí mismo en las súplicas. El miedo no tiene lugar donde el hijo, con la piedad por intérprete, desea alcanzar del Padre las cosas que son santas.

Sermo LXXI.

In eamdem

Fratres charissimi, qui vos donavit credere, ipse vos docuit et orare, et totam petendi formam paucis aptavit in verbis: quia cum patrem postulat, multa prece filius non laborat; sicut enim petere cogit necessitas genitum, ita urget charitas dare genitorem. Pater ergo qui sponte praestat, non tam ut petatur, quam quid petatur ostendit, ut filius petendo justa placeat, qui potest stulta postulans displicere. Audite Patrem, et vos filios esse jam credite, ut quae petieritis incunctanter impetrare possitis.

Quid valeat fides, credulitas quid possit, quanti sit confessio, hodie monstratur in vobis. Ecce Trinitatis trina confessio in coelestem sobolem de terrena vos sustulit servitute; ecce fides quae Deum locuta est patrem, patrem vobis Deum hodie conquisivit; ecce vox quae confessa est Deum Filium, vos Dei adoptavit in filios; ecce credulitas quae Deum Spiritum proclamavit, de carnis substantia mortali in vitalem Spiritus substantiam vos mutavit. Quis pietatis tantae dignus invenietur assertor? Deus Pater homines dignatur haeredes, Deus Filius non dedignatur servulos cohaeredes, Deus Spiritus carnem consortem divinitatis assumit, fit coelum possessio terrenorum, et inferis addicti jurisdictione suscipiuntur in supernis, Apostolo probante, cum dicit: An nescitis quia angelos judicabimus? Vocate ergo Deum patrem, vosque si nondum natos, jam tamen designatos filios esse jam credite, et date operam quatenus sit vobis coelestis vita, sint vobis divini mores, et forma deitatis tota vestra praeferatur in forma; quia coelestis Pater respondentes generi filios muneribus ditat divinis, degenerantes ad poenalem revocat servitutem.

Pater noster qui es in coelis. Succumberet conscientia servilis, terrena conditio solveretur, nisi nos ad hunc clamorem ipsius Patris auctoritas, ipsius Filii Spiritus excitaret. Misit, ait, Deus Spiritum Filii sui in corda nostra clamantem Abba Pater. Lassescit mens, caro nostra deficit ad divina, nisi Deus quae fieri jubet impleat ipse qui jubet. Quando ausa mortalitas Deum vocare patrem nisi modo, quando superna virtute hominis animantur interna? Pater noster qui es in coelis. Homo, quid commune cum terris tibi, qui confiteris tibi genus esse de coelis?

Sermón LXXI.

Sobre lo mismo

Hermanos carísimos, el que os concedió creer, él mismo os enseñó también a orar, y ajustó toda la forma de pedir en pocas palabras: porque cuando el hijo pide al padre, no se fatiga con mucha súplica; pues así como la necesidad obliga al engendrado a pedir, así la caridad urge al progenitor a dar. El Padre, pues, que concede espontáneamente, no muestra tanto que se le pida cuanto qué se le ha de pedir, para que el hijo agrade pidiendo cosas justas, él que puede desagradar solicitando necedades. Escuchad al Padre, y creed ya que sois hijos, para que podáis alcanzar sin vacilar lo que pidáis.

Cuánto vale la fe, qué puede la creencia, cuán grande es la confesión, hoy se muestra en vosotros. He aquí que la trina confesión de la Trinidad os ha levantado de la servidumbre terrena a una descendencia celestial; he aquí que la fe que ha llamado Padre a Dios os ha ganado hoy a Dios por Padre; he aquí que la voz que confesó a Dios Hijo os ha adoptado como hijos de Dios; he aquí que la creencia que proclamó a Dios Espíritu os ha cambiado de la sustancia mortal de la carne a la sustancia vivificante del Espíritu. ¿Quién será hallado digno de proclamar tan gran piedad? Dios Padre se digna hacer herederos a los hombres, Dios Hijo no desdeña a los pequeños siervos como coherederos, Dios Espíritu toma la carne como consorte de la divinidad, el cielo se hace posesión de los terrenos, y los adjudicados a la jurisdicción de los infiernos son recibidos en las alturas, como lo prueba el Apóstol cuando dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (1 Cor 6,3) Llamad, pues, padre a Dios, y creed ya que vosotros, aunque aún no nacidos, sois ya sin embargo hijos designados, y procurad que sea vuestra la vida celestial, vuestras las costumbres divinas, y que toda la forma de la deidad se muestre en vuestra forma; porque el Padre celestial enriquece con dones divinos a los hijos que responden a su linaje, y a los que degeneran los devuelve a la servidumbre penal.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Sucumbiría la conciencia servil, se disolvería la condición terrena, si a este clamor no nos despertara la autoridad del Padre mismo, el Espíritu del Hijo mismo. Envió, dice, Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que clama: Abbá, Padre (Gál 4,6). Se fatiga la mente, nuestra carne desfallece ante lo divino, si Dios, el que manda, no cumple él mismo lo que manda hacer. ¿Cuándo se atrevió la mortalidad a llamar padre a Dios, sino ahora, cuando lo interior del hombre es animado por un poder de lo alto? Padre nuestro, que estás en los cielos. Hombre, ¿qué tienes tú en común con la tierra, tú que confiesas que tu linaje es de los cielos?

Ergo coelestem vitam monstra in habitatione terrena: quia si quid in te gesserit terrena cogitatio, coelo maculam, coelesti generi injuriam intulisti.

Sanctificetur nomen tuum. Nos petimus ut sanctificet nomen suum Deus, quod sanctitate sua totam salvat et sanctificat creaturam. Fratres, hoc nomen est quod supernae potestates pavent, quod tremenda suscipiunt servitute: hoc nomen est quod mundo perdito dat salutem: sed petimus ut nomen Dei actu nostro sanctificetur in nobis; nobis enim bene agentibus benedicitur nomen Dei, nobis male agentibus blasphematur. Audi Apostolum dicentem: Nomen Dei per vos blasphematur in gentibus. Petimus ergo, petimus ut quantum nomen Dei sanctum est, tantum nos ejus mereamur in nostris mentibus sanctitatem.

Veniat regnum tuum. Quasi non semper fuerit, ac sit, sic regnum Christi ut veniat nunc rogamus. Et ubi est illud? Regnum Dei intra vos est. Inter nos est fide, sed ut re veniat supplicamus. Fratres, quamdiu diabolus vario nequitiarum genere, multimoda arte fallendi rerum aciem turbat, sensus hominum, moresque confundit, saevit idolis, sacrilegiis furit, fallit auguriis, divinatione mentitur, signis decipit, illudit astris, spectaculis occupat, obsidet vitiis, peccatis vulnerat, criminibus sauciat, desperatione prosternit, Christi regnum prolongat et absentiat a nobis. Petimus ergo ut veniat tempus quo, mali tanti auctore pereunte, mundus totus, creatura tota, totam solius Christi regnet et triumphet ad gloriam; et fiat quod sequitur, ut sicut in coelo, ita et in terra una Domini sit voluntas. Sit terra coelum, vita Deus, tempus aeternitas, patria requies, census innocentia, honor immortalitas, gloria castitas, Deus totum.

Addidit, Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Post paternitatem Dei, post divini nominis sanctitatem, post coeli regnum, quotidianum panem jubemur exposcere. Christus oblivioni non subjacet, Christus mandatis suis contraria non demandat; ipse dixit: Nolite solliciti esse animae vestrae quid manducetis aut quid bibatis. Sed quia ipse est panis qui de coelo descendit, qui legis et gratiae mola aptatus est in farinam, qui crucis confectus est passione, qui magnae pietatis fermentatus est sacramento, qui conspersionis levis levamentum sustulit de sepulcro, qui ut divinitatis suae calore

Muestra, pues, una vida celestial en la morada terrena: porque si un pensamiento terreno ha obrado algo en ti, has infligido una mancha al cielo, una injuria al linaje celestial.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). Pedimos que Dios santifique su nombre, el nombre que con su santidad salva y santifica a toda la creación. Hermanos, este es el nombre ante el que tiemblan las potestades supernas, el que reciben con servidumbre temblorosa: este es el nombre que da la salvación al mundo perdido: pero pedimos que el nombre de Dios sea santificado en nosotros por nuestra conducta; pues cuando obramos bien, el nombre de Dios es bendecido; cuando obramos mal, es blasfemado. Escucha al Apóstol que dice: Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom 2,24). Pedimos, pues, pedimos que, cuanto santo es el nombre de Dios, tanta santidad suya merezcamos en nuestras mentes.

Venga tu reino (Mt 6,10). Como si el reino de Cristo no hubiera sido siempre y no fuera, así pedimos que venga ahora. ¿Y dónde está aquello? El reino de Dios está dentro de vosotros (Lc 17,21). Está entre nosotros por la fe, pero suplicamos que venga en la cosa misma. Hermanos, mientras el diablo, con variado género de maldades, con multiforme arte de engañar, turba la mirada sobre las cosas, confunde los sentidos y las costumbres de los hombres, se ensaña con los ídolos, se enfurece con los sacrilegios, engaña con los augurios, miente con la adivinación, embauca con los prodigios, se burla con los astros, ocupa con los espectáculos, asedia con los vicios, hiere con los pecados, lastima con los crímenes, derriba con la desesperación, aplaza el reino de Cristo y lo mantiene ausente de nosotros. Pedimos, pues, que venga el tiempo en que, pereciendo el autor de tan gran mal, el mundo entero, la creación entera, reine y triunfe para la gloria entera de Cristo solo; y que se haga lo que sigue: que así como en el cielo, así también en la tierra haya una sola voluntad del Señor. Sea la tierra cielo, la vida Dios, el tiempo eternidad, la patria descanso, el caudal inocencia, el honor inmortalidad, la gloria castidad, Dios todo.

Añadió: Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Después de la paternidad de Dios, después de la santidad del nombre divino, después del reino del cielo, se nos manda pedir el pan cotidiano. Cristo no está sujeto al olvido, Cristo no manda cosas contrarias a sus mandatos; él mismo dijo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis (Mt 6,25). Pero porque él mismo es el pan que bajó del cielo (Jn 6,41), que fue ajustado en harina por la muela de la Ley y de la gracia, que fue elaborado por la Pasión de la cruz, que fue fermentado por el misterio de la gran piedad, que levantó del sepulcro el leudado de un amasijo liviano, que, para cocerse al calor de

coqueretur, ipse clibanum decoxit inferni, qui ad coelestem cibum quotidianus Ecclesiae defertur ad mensam, qui in remissionem frangitur peccatorum, qui edentes se perpetuam pascit et enutrit ad vitam, hunc panem quotidie nobis dari petimus, donec illo in die perpetuo perfruamur.

Et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Homo, penes te est potestas veniae, in te est indulgentiae, tu tibi remissionis auctor es constitutus. Gratis petis veniam, qui tibi in alio indulgere contemnis. Homo, tu tibi misericordiae factus es ipse mensura; quantum quaeris misericordiae, fac tantum.

Et ne nos inducas in tentationem. Tentatio est, fratres, species fallens, quae prospera in adversis, adversa occultat in prosperis, humanamque ignorantiam dolosos educit in lapsus; petimus ergo ne peccatis impellentibus in tentationum foveas incidamus. Inducere autem Deus dicitur, currentes ad crimina cum relinquit.

Sed libera nos a malo. Hic mali malum designat auctorem, hoc est, diabolum. Petimus ergo ut munere hoc uno malis omnibus cum mali careamus auctore.

Pater noster, qui es in coelis. Nemo cum se filium clamat, manere se miretur in habitu servitutis: ad divinum germen hodie designatus es, non promotus; spem, non rem, te noveris consecutum. Audi Apostolum: Spe salvi facti sumus: spes autem quae videtur non est spes, quod enim videt quis, quid sperat? si autem quod non videmus speramus, per patientiam exspectamus. Hodie adoptionis est dies, hodie promissionis tempus est: audi, crede, exspecta, crede creditori tuo, qui tibi credidit debitori; exspecta parumper ut veniat, qui te diu sustinuit ut venires; da illi inducias de promisso, qui tibi quidquid erat debiti jam donavit. Aut quare tu fatigaris spe Dei, cum genus omne hominum subsistat spe, fide vivat? Agricola numquam sereret anhelus, si fructum laboris sui de tempore non speraret; viator laborem prolixi itineris non subiret, nisi se ad destinata crederet pervenire; nauta mare non intraret incertus, si se lucris sequentibus compensaturum viarum discrimina non speraret; miles tota juventutis tempora non ageret in periculis, si senectutis honores copiosissimos non speraret; filius paternae dominationis tempora non duraret, si se substantiae paternae non speraret haeredem.

su divinidad, coció él mismo el horno del infierno, que cotidianamente es llevado a la mesa de la Iglesia como alimento celestial, que es partido para la remisión de los pecados, que apacienta y nutre para la vida perpetua a los que lo comen, este pan pedimos que se nos dé cotidianamente, hasta que gocemos de él plenamente en aquel día perpetuo.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Hombre, en tu mano está la potestad del perdón, en ti la de la indulgencia; tú has sido constituido autor de tu propia remisión. En vano pides perdón, tú que desdeñas ser indulgente contigo mismo en el otro. Hombre, tú mismo te has hecho la medida de tu misericordia; cuanta misericordia buscas, tanta haz.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). La tentación, hermanos, es una apariencia engañosa, que oculta la prosperidad en la adversidad, la adversidad en la prosperidad, y conduce la ignorancia humana a caídas engañosas; pedimos, pues, no caer, empujados por los pecados, en las fosas de las tentaciones. Y se dice que Dios induce cuando abandona a los que corren a los crímenes.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Aquí «mal» designa al autor del mal, es decir, al diablo. Pedimos, pues, que por este solo don carezcamos de todos los males, al carecer del autor del mal.

Padre nuestro, que estás en los cielos. Nadie, al proclamarse hijo, se maraville de seguir en la condición de servidumbre: hoy has sido designado para una descendencia divina, no promovido; sábete que has obtenido la esperanza, no la cosa misma. Escucha al Apóstol: En esperanza hemos sido salvados: pero la esperanza que se ve no es esperanza, pues lo que uno ve, ¿por qué lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom 8,24-25). Hoy es el día de la adopción, hoy es el tiempo de la promesa: escucha, cree, espera; cree a tu acreedor, que te dio crédito a ti, deudor; espera un poco a que venga el que te soportó largo tiempo para que vinieras; dale plazo para su promesa a él, que te ha condonado ya cuanto había de deuda. ¿O por qué te fatigas con la esperanza de Dios, cuando todo el género humano subsiste por la esperanza, vive por la fe? El labrador nunca sembraría jadeante, si no esperara a su tiempo el fruto de su trabajo; el caminante no emprendería la fatiga de un largo viaje, si no creyera que llegaría a su destino; el navegante no entraría incierto en el mar, si no esperara compensar con las ganancias que siguen los peligros de las rutas; el soldado no pasaría todo el tiempo de su juventud entre peligros, si no esperara los copiosísimos honores de la vejez; el hijo no soportaría los tiempos del dominio paterno, si no esperara ser heredero de la hacienda paterna.

Et tu si te jam filium Dei credis, juxta prophetam: Exspecta Dominum, viriliter age, et confortetur cor tuum; et exspecta, ut haereditatem Dei de exspectationis fide, et de virtute patientiae consequaris. Audi Apostolum: Filii Dei sumus, et nondum apparuit quid erimus; scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus. Et iterum: Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo: cum autem apparuerit Christus vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria. Fratres, beati sunt filii Dei, quia et haereditatem rerum omnium possidebunt, et de excessu patris luctus temporum non videbunt.

Y tú, si te crees ya hijo de Dios, según el Profeta: Espera al Señor, pórtate varonilmente, y que se conforte tu corazón; y espera (Sal 27,14), para que alcances la herencia de Dios por la fe de la espera y por la virtud de la paciencia. Escucha al Apóstol: Somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él (1 Jn 3,2). Y de nuevo: Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: pero cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él en la gloria (Col 3,3-4). Hermanos, bienaventurados los hijos de Dios, porque poseerán la herencia de todas las cosas, y no verán el luto de los tiempos por la muerte del padre.

Sermo LXXII.

In eamdem

Quod ego modo cum magno tremore dicturus sum, quod vos estis nunc terribiliter audituri, immo terribiliter vocaturi, stupent angeli, pavescunt virtutes, supernum coelum non capit, sol non videt, terra non sustinet, tota non assequitur creatura. Quid ad haec mortale pectus? Quid ad haec mens hominis imbecilla? Quid ad haec humani sensus angustia? Quid ad haec humanae vocis aura? Quid ad istud humana lingua cito tacitura? Hoc Paulus invisibiliter cum vidisset, prodidit non prodendo, dicens: Nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus diligentibus se. Hoc Isaias cum suo mox coepisset auditu, ad hoc hominum pervenire posse dubitat vel fidem, dicens: Domine, quis credidit auditui nostro? Hoc Jeremias cum divino concepisset auditu, partus supernorum sensuum non sustinebat, clamans: Ventrem meum, ventrem meum doleo, et sensus cordis mei perturbati sunt. Hoc Habacuc divini spiritus perorabat afflatu, cum dicit: Custodivi, et expavit venter meus a voce orationis labiorum meorum; et intravit tremor in ossa mea; et subtus me commota est virtus mea. Elevatus virtute Dei sensit suam sub se succubuisse virtutem. Longum est super hoc sacramentum pavoris prosequi, et dinumerare sanctorum exempla: tempus non sinit diu me in hoc timore demorari, coelestis partus impetus non potest tardare nascentium.

Dico ergo, et vos in utero adhuc penetrali voce compello, provida exhortatione praemoneo; ut antequam videatis matrem, vocetis et patrem, ante blandimenta matris, patris tendatis et festinetis ad regnum, ante patris praeveniatis ad panem quam matris ad ubera pendeatis. Nec in vos quidquam sibi, aut matris necessitas, aut aetatis tempora vindicent: sed in vobis totum divino patri, totum coelesti respondeat et occurrat auctori.

Pater noster qui es in coelis. Hoc est quod pavebam dicere, hoc est quod trepidabam proferre, hoc est quod neque coelestium, neque terrestrium quemquam sinebat servitutis propriae conditio suspicari: coeli et terrae, carnis et Dei repente tantum posse provenire commercium, ut Deus in hominem, homo in Deum; Dominus in servum, servus verteretur in filium, fieretque divinitatis et humanitatis ineffabili modo una et sempiterna cognatio.

Sermón LXXII.

Sobre lo mismo

Lo que yo voy ahora a decir con gran temblor, lo que vosotros vais ahora a oír con estremecimiento, o más bien, a invocar con estremecimiento, asombra a los ángeles, llena de pavor a los poderes, el cielo supremo no lo abarca, el sol no lo ve, la tierra no lo sostiene, la creación entera no lo alcanza. ¿Qué es ante esto un pecho mortal? ¿Qué es ante esto la débil mente del hombre? ¿Qué es ante esto la estrechez del sentido humano? ¿Qué es ante esto el soplo de la voz humana? ¿Qué es ante esto la lengua humana, que pronto ha de callar? Habiendo visto esto Pablo invisiblemente, lo reveló no revelándolo, diciendo: Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre lo que Dios preparó para los que lo aman (1 Cor 2,9). En cuanto Isaías hubo recibido esto por su oído, duda de que pueda llegar a ello aun la fe de los hombres, diciendo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? (Is 53,1) Habiendo concebido esto Jeremías por un oír divino, no soportaba el parto de los sentidos de lo alto, clamando: Mi vientre, mi vientre me duele, y los sentidos de mi corazón están turbados (Jer 4,19). Esto lo proclamaba Habacuc por el soplo del Espíritu divino, cuando dice: Guardé vigilancia, y se espantó mi vientre ante la voz de la oración de mis labios; y entró el temblor en mis huesos; y debajo de mí se conmovió mi fuerza (Hab 3,16). Elevado por el poder de Dios, sintió que su propia fuerza sucumbía debajo de él. Largo sería proseguir sobre este misterio del pavor y enumerar los ejemplos de los santos: el tiempo no me permite detenerme mucho en este temor; el ímpetu de un parto celestial no puede retardar a los que nacen.

Digo, pues, y os interpelo, todavía en el seno, con voz penetrante, os prevengo con exhortación previsora: que antes de ver a la madre invoquéis también al padre; antes de los halagos de la madre, tendáis y os apresuréis al reino del padre; os adelantéis al pan del padre antes de colgaros de los pechos de la madre. Y que ni la necesidad de la madre ni los tiempos de la edad reclamen para sí nada en vosotros: sino que todo en vosotros responda y salga al encuentro del Padre divino, todo del autor celestial.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Esto es lo que temía decir, esto es lo que temblaba al proferir, esto es lo que la condición de su propia servidumbre no permitía suponer a ninguno ni de los celestiales ni de los terrestres: que pudiera producirse de repente tal comercio del cielo y de la tierra, de la carne y de Dios, que Dios se convirtiera en hombre, el hombre en Dios; el Señor en siervo, el siervo en hijo, y que se hiciera de modo inefable un solo y sempiterno parentesco de la divinidad y la humanidad.

Et quidem deitatis erga nos dignatio tanta est, ut scire nequeat quid potissimum mirari debeat creatura: utrum quod se Deus ad nostram deposuit servitutem, an quod nos ad suae divinitatis rapuit dignitatem. Hinc est, homo, quod te divinitus adhortatur, qui tanto nunc tuo amore flammatur; quod adhuc in utero voce tua te Deus adoptat in filium; quod te non fieri solum liberum vult ille, sed nasci; quod ipsam propter te manumittit naturam, ne quem naevum, ne quam maculam imponat ortus pristinae servitutis. O vos beatos, quibus dominari datum est ante quam nasci, ante regnare quam vivere, ante ad Dei Patris gloriam pervenire quam prosapiam propriae vilitatis agnoscere. Ecclesia felix mater, quae vos tales respicit, quae cum virgo permaneat, genuisse tales, et tantos vos taliter se miratur.

Olim partus iste praecedentibus designabatur exemplis. Hinc est quod Jacob in utero matris cum fratre luctatur, praeripit et triumphos. Hinc est quod in utero Thamar gemini de primatus honore praeliantur, retardant partus, nec ante lucem cupiunt videre quam vincere. Hinc est quod Joannes exsultat ante, et ante suo occurrit auctori genitricis ex utero quam procedat. Et si humana pignora sic ante Deo militant, quam nascantur parentibus, quam vivant saeculo; quid mirum si Ecclesiae divina germina, si Deo sua soboles in utero adhuc, quod sit superni germinis jam fatetur?

Pater noster qui es in coelis. Stupor insurgit, Christus de Dei patris pectore matrem vocat, et fatetur in terra; et homo de matris utero patrem vocat, et confitetur in coelis, Pater noster qui es in coelis. Quo te homo repente provexit gratia? quo te rapuit coelestis natura? ut in carne et in terra positus adhuc, et carnem jam nescias et terram, dicendo: Pater noster qui es in coelis. Qui ergo se tanti Patris filium confitetur et credit, respondeat vita generi, moribus patri, et mente atque actu asserat quod coelestem consecutus est per naturam.

Sanctificetur nomen tuum. Cujus utique genus esse coepimus, ejus utique censemur et nomine: et ideo petimus ut in nobis illius nominis sanctificatio perseveret, honor et praerogativa nominis, quod sublimavit sic tanti Genitoris celsitudo.

Adveniat regnum tuum. Non illi petimus cui numquam defuit regnum, immo qui est ipse regnum, totamque in se regni continet potestatem; sed qui nos vult ad promissam regni gloriam pervenire, monet nos expetere omnibus hoc votis, in hoc vult nos totis mentibus inhiare. Quantum namque est temerarius qui discutit de genere, ignavus est tantum qui non gaudet, aestuat, anhelat, cum promissum intendit et pertendit ad regnum.

Y en verdad la dignación de la deidad para con nosotros es tan grande que la criatura no puede saber de qué debe maravillarse más: si de que Dios se haya rebajado a nuestra servidumbre, o de que nos haya arrebatado a la dignidad de su divinidad. Por eso, hombre, te exhorta divinamente el que ahora se inflama de tanto amor por ti; por eso, aún en el seno, Dios te adopta como hijo por tu propia voz; por eso él quiere no solo que llegues a ser libre, sino que nazcas libre; por eso manumite por ti a la naturaleza misma, para que el nacimiento de la antigua servidumbre no te imponga lunar alguno, mancha alguna. ¡Oh dichosos vosotros, a quienes se ha concedido dominar antes que nacer, reinar antes que vivir, llegar a la gloria de Dios Padre antes que reconocer la estirpe de vuestra propia vileza! Feliz madre la Iglesia, que os contempla tales, que, aunque permanece virgen, se maravilla de haberos engendrado tales, tan grandes y de tal modo.

Antiguamente este parto se significaba con ejemplos precedentes. Por eso Jacob lucha con su hermano en el seno de su madre, y arrebata de antemano aun los triunfos (Gn 25,22). Por eso en el seno de Tamar los gemelos combaten por el honor de la primacía, retardan el parto, y no desean ver la luz antes que vencer (Gn 38,27-30). Por eso Juan salta de gozo de antemano, y sale al encuentro de su autor antes de salir del seno de su progenitora (Lc 1,41). Y si las prendas humanas militan así para Dios antes de nacer para sus padres, antes de vivir para el siglo, ¿qué tiene de extraño que los retoños divinos de la Iglesia, que la propia descendencia de Dios, aún en el seno, reconozca ya que es de germen de lo alto?

Padre nuestro, que estás en los cielos. Se levanta el asombro: Cristo, desde el pecho de Dios Padre, llama madre y la reconoce en la tierra; y el hombre, desde el seno de su madre, llama padre y lo confiesa en los cielos: Padre nuestro, que estás en los cielos. ¿Adónde te ha llevado de repente la gracia, hombre? ¿Adónde te ha arrebatado la naturaleza celestial? De modo que, puesto aún en la carne y en la tierra, ya no conoces la carne ni la tierra, al decir: Padre nuestro, que estás en los cielos. El que, pues, se confiesa y se cree hijo de tan gran Padre, responda con la vida a su linaje, con las costumbres a su padre, y con la mente y la acción afirme que ha alcanzado al celestial por naturaleza.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). De quien ciertamente hemos empezado a ser linaje, por su nombre también somos ciertamente censados: y por eso pedimos que en nosotros persevere la santificación de aquel nombre, el honor y la prerrogativa del nombre que la excelsitud de tan gran Progenitor ha ensalzado así.

Venga tu reino (Mt 6,10). No lo pedimos para aquel a quien nunca le faltó el reino, o más bien, que es él mismo el reino y contiene en sí toda la potestad del reino; sino que el que quiere que lleguemos a la gloria prometida del reino nos amonesta a pedir esto con todos nuestros votos, quiere que anhelemos esto con toda la mente. Pues cuanto es temerario el que discute sobre la generación, tanto es perezoso el que no se alegra, no arde, no anhela, cuando tiende y se esfuerza hacia el reino prometido.

Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. Sicut in coelo, sic et in terra: tunc jam totum coelum est, tunc agit Dei mens una omnes, tunc in Christo omnes et in omnibus Christus, quando omnes solius Dei sapiunt, et faciunt voluntates; tunc omnes unum, immo unus omnes quando Dei spiritus in omnibus vivit unus.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Sicut in psalmo: Benedictus Dominus de die quotidie; ita hic: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Quotidianum jugem dicimus; jugis panis ille est, qui de coelo descendit: Ego sum panis qui de coelo descendit. Perfectae ergo beatitudinis est iste panis; hodie, hoc est in praesenti, illius panis cibo jam vivere incipimus, cujus perpetuitate, quod est quotidie, saginabimur in futurum.

Et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. De supplicantis pectore veniae fons emanat, et ad veniam refluet: quidquid pietatis exuberat, et effundit in alterum, quando indulget sibi tantum quantum alteri condonaverit. Et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Satis potest homo misericors, qui cum Deo de pietate confligit, cum tantum sibi dari quantum dederit, quantum donaverit tantum desiderat et donari. Homo, sit semper in pectore tuo venia, si vis crimina non timere.

Et ne nos inducas in tentationem. Haec interpretatione indigent, quia tentatio diaboli praevia et amara est ministra ejus: quamdiu vero hoc fragili continemur in corpore, necessario precamur ut in nos nec tentationi pateat aditus, nec diabolo tribuatur accessus.

Sed libera nos a malo. Ipse autem Dominus Deus noster liberet nos a malo, et perducat ad omne bonum, qui vivit et regnat Deus modo et semper, et per infinita saecula saeculorum. Amen.

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Así en el cielo, así también en la tierra: entonces todo es ya cielo, entonces la única mente de Dios mueve a todos, entonces todos están en Cristo y Cristo en todos, cuando todos saborean y hacen la voluntad de Dios solo; entonces todos son una sola cosa, o más bien, todos un solo hombre, cuando el único Espíritu de Dios vive en todos.

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Como en el salmo: Bendito el Señor de día en día, cotidianamente (Sal 68,20); así aquí: Danos hoy nuestro pan cotidiano. Llamamos cotidiano a lo perpetuo; perpetuo es aquel pan que bajó del cielo: Yo soy el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Este pan, pues, es de la bienaventuranza perfecta; hoy, es decir, en el presente, empezamos ya a vivir del alimento de aquel pan con cuya perpetuidad, que es lo cotidiano, seremos saciados en el futuro.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Del pecho del que suplica mana la fuente del perdón, y refluirá hacia el perdón: todo lo que de piedad rebosa y se derrama sobre el otro, cuando se concede a sí mismo tanto cuanto haya condonado al otro. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Mucho puede el hombre misericordioso, que contiende con Dios en piedad, cuando desea que se le dé tanto cuanto haya dado, que se le condone tanto cuanto haya condonado. Hombre, esté siempre en tu pecho el perdón, si quieres no temer los crímenes.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Estas palabras necesitan interpretación, porque la tentación es la precursora del diablo y su amarga ministra: pero mientras estamos contenidos en este cuerpo frágil, rogamos necesariamente que ni se abra a la tentación entrada contra nosotros, ni se dé acceso al diablo.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Que el mismo Señor Dios nuestro nos libre del mal y nos conduzca a todo bien, él que vive y reina, Dios, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Sermo LXXIII.

De paschali solemnitate

Hodierna festivitas, fratres charissimi, nobis vetera non connectit, nec carnes agni servat in crastinum: sed dum praeterita praesentibus solemni devotione participat, et Pascha nostrum, Pascha redeunte conjungit, novae regenerationis ablactat infantiam, quia juxta Apostolum, Vetera transierunt, et ecce facta sunt omnia nova. Annus Domini perficitur temporibus, non senescit, qui tamdiu suo recurrit in circulo, quamdiu nos ad diem retributionis adducat. Paschalis hodierna solemnitas a lacte, quos ante genuit, nunc repellit, ut solidioris cibi pastu, perfectum Christi roborentur in virum.

Fecisse Abraham epulum magnum, totiusque domus suae laetitiam suscitasse ablactato Isaac, historia divina referente cognovimus. Et si senectutis soboles, si sterilis unicus, choris tripudiantibus, cithara et tympano, et toto psalterii resonante concentu, universae familiae corda traxit et commovit in gaudium, quanto magis nos hodie in hymnis spiritualibus convenit exsultare, vel canticis, quando Virginis in germine ablactatur universa fecunditas? Si Anna Sarae consterilis, quae lacrymis orationum suarum tamdiu madefecit ariditatem sui corporis et naturae, quamdiu fuerat longo vitae tempore negata posteritas, Samuelem divino munere susceptum, ablactatum mox divinum refundit in munus, et laetitiam suam sacrificiorum victimis ad plenitudinem liberationis accumulat; multo magis nos oportet laudis immolare sacrificium, vota solvere, suavitatis incensum adolere, et tota holocaustorum pinguedine Deo Patri victimas immolare, quando Virgo mater enutrita et ablactata tot numero pignora quot stellas coeli, Patri toto orbe repraesentat, ut impleatur illud propheticum: Benedices coronam anni benignitatis, et campi tui replebuntur ubertate.

Nemo ergo otiosum esse credat istud festivitatis nostrae salutare mysterium, nec existimet pannum novum veteri nos assuere vestimento, ubi nihil Judaicae vetustatis, novitati conjungimus Christianae: scientes, Apostolo dicente, novam totam in Christo nobis emersisse creaturam; sed agnitionem divinam supernae virtutis evehimus ad profectum, ut dum simul nuper nati

Sermón LXXIII.

Sobre la solemnidad pascual

La festividad de hoy, hermanos carísimos, no nos enlaza con lo viejo, ni guarda las carnes del cordero para el día siguiente: sino que, al hacer participar con solemne devoción lo pasado de lo presente, y al unir nuestra Pascua con la Pascua que vuelve, desteta la infancia de la nueva regeneración, porque, según el Apóstol, Lo viejo ha pasado, y he aquí que todo ha sido hecho nuevo (2 Cor 5,17). El año del Señor se cumple en sus tiempos, no envejece; vuelve en su círculo hasta que nos conduzca al día de la retribución. La solemnidad pascual de hoy aparta ahora de la leche a los que engendró antes, para que con el alimento de un manjar más sólido se robustezcan hasta el varón perfecto de Cristo.

Que Abraham hizo un gran banquete y suscitó la alegría de toda su casa cuando Isaac fue destetado, lo sabemos por el relato de la historia divina (Gn 21,8). Y si el vástago de la vejez, si el hijo único de una estéril, con coros que danzaban, con cítara y tambor y con todo el concierto del salterio resonando, arrastró y movió a la alegría los corazones de toda la familia, ¿cuánto más nos conviene hoy exultar con himnos espirituales, o con cánticos, cuando en el vástago de la Virgen es destetada toda la fecundidad? Si Ana, compañera de Sara en la esterilidad, que con las lágrimas de sus oraciones humedeció la aridez de su cuerpo y de su naturaleza todo el tiempo que, durante un largo espacio de vida, le había sido negada la posteridad, devolvió como don divino a Samuel, recibido como don divino, apenas fue destetado, y colmó su alegría con víctimas de sacrificios hasta la plenitud de la liberación (1 Sam 1); mucho más debemos nosotros inmolar el sacrificio de alabanza, cumplir los votos, quemar el incienso de suavidad, y con toda la grasa de los holocaustos inmolar víctimas a Dios Padre, cuando la virgen madre presenta al Padre, desde todo el orbe, prendas nutridas y destetadas, tantas en número como las estrellas del cielo, para que se cumpla aquella palabra profética: Bendecirás la corona del año de la benignidad, y tus campos se llenarán de abundancia (Sal 65,12).

Nadie, pues, crea ocioso este saludable misterio de nuestra festividad, ni piense que cosemos un paño nuevo a un vestido viejo, allí donde nada de la vetustez judía unimos a la novedad cristiana: sabiendo, como dice el Apóstol, que toda una nueva creación ha surgido para nosotros en Cristo (2 Cor 5,17); sino que elevamos el conocimiento divino hacia el progreso de la virtud celestial, para que, mientras los recién nacidos son instruidos a

quid facere debeant imbuuntur, et ante geniti quantam Deo gratiam de perfectione sua debeant instruuntur, appendantur collo ii qui modo nati sunt, et pietate tota sub Ecclesiae matris uberibus occupentur, trahant teneris faucibus innocentiae pastum, in opere sancto brachia meditentur extendere, nitantur in cursu fidei tremula firmare vestigia. Numquid sic relinquendi sunt jam nutriti, ut non patris cura, patris manu, patris regantur arbitrio? et ita matris consilio, matris fide muniantur, ut non humana solum, sed etiam divina prudentia percipiant et praeripiant salutaria? Sic Jacob suo nimis timidus, matris consilio satis audax, patris ut praeriperet benedictionem, plus mysticus quam dolosus incessit; nam primogenitum se mentitus non est, quia ille primus est quem coelestis gratia generat, non natura mortalis; ille nos sub hircorum pellibus figurabat, qui ut moriamur peccato, hortatu matris Ecclesiae mortificati corporis induimur vestimento, et odore agri continuis confessionum fructibus et ubertate redolemus, donec caecitati Israeliticae salutariter illudentes, paternam benedictionem toto fidei praeripiamus arcano, dicente Apostolo: Caecitas Israel facta est, donec plenitudo gentium introiret ex parte.

la vez en lo que deben hacer, y los engendrados antes aprenden cuánta gratitud deben a Dios por su perfección, se cuelguen del cuello los que acaban de nacer, y con toda piedad se ocupen en los pechos de la madre Iglesia, saquen con tiernas gargantas el alimento de la inocencia, ensayen a extender los brazos en la obra santa, se esfuercen por afirmar en la carrera de la fe sus pasos temblorosos. ¿Acaso han de ser abandonados los ya nutridos de modo que no los gobiernen el cuidado del padre, la mano del padre, el albedrío del padre? ¿y no han de ser fortalecidos por el consejo de la madre, por la fe de la madre, de manera que, con una prudencia no solo humana sino también divina, perciban y se adelanten a tomar lo saludable? Así Jacob, muy tímido por su propio consejo, muy audaz por el consejo de su madre, entró para adelantarse a tomar la bendición del padre, más místico que engañoso (Gn 27); pues no mintió al llamarse primogénito, porque primero es aquel a quien engendra la gracia celestial, no la naturaleza mortal; bajo las pieles de los cabritos nos figuraba a nosotros, que, para morir al pecado, por exhortación de la madre Iglesia nos revestimos de la vestidura del cuerpo mortificado, y exhalamos el olor del campo por los frutos continuos y la abundancia de nuestras confesiones, hasta que, burlando para salvación la ceguera de Israel, nos adelantemos a tomar la bendición paterna con todo el arcano de la fe, como dice el Apóstol: La ceguera ha venido sobre Israel, hasta que entrase la plenitud de los gentiles, en parte (Rom 11,25).

Sermo LXXIV.

De Resurrectione Christi

Aliquantulum nos tacere, fratres charissimi, et vigiliarum labor fecit, et coegit jejunii lassitudo; et ideo hodie reddimus de Dominica Resurrectione sermonem, in qua si divinum est quod ex Virgine nascitur Christus, quantum divinius est Christus a mortuis quod resurgit? Quod ergo divinum est, humano non accipiatur auditu.

Vespere, inquit, sabbati quae lucescit in prima sabbati. Vespera sabbati, hoc nescit dies saeculi, hoc non habet mundi usus. Vesper finit, non inchoat diem; tenebrescit vesper, non lucescit; non in auroram vertitur, quia lucis ortum ignorat. Vespera mater noctis parturit diem; mutat ordinem, dum agnoscit auctorem; radiat de novitate mysterium, anhelat Creatori servire, non tempori.

Vespere, inquit, sabbati quae lucescit in prima sabbati, venit Maria Magdalene et altera Maria videre sepulcrum. Sero mulier currit ad veniam, quae mature cucurrit ad culpam. Vespere quaerit Christum, quae in matutinis Adam se noverat perdidisse. Venit Maria et altera Maria videre sepulcrum. Quae de paradiso perfidiam sumpserat, festinat fidem sumere de sepulcro; contendit rapere de morte vitam, quae de vita rapuerat mortem. Venit Maria. Hoc nomen matris est Christi, venit ergo mater in nomine, venit mulier, ut fieret mater viventium, quae facta fuerat morientium mater, ut quod scriptum est impleretur: Hoc est mater omnium viventium. Venit Maria et altera Maria. Non dixit venerunt, sed venit; sub uno nomine venerunt duae mysterio, non casu. Venit Maria et altera Maria. Venit ipsa sed altera, altera sed ipsa, ut mulier mutaretur vita, non nomine; virtute, non sexu; et fieret resurrectionis nuntia, quae internuntia et lapsus exstiterat et ruinae. Venit Maria videre sepulcrum. Ut quam deceperat arboris visus, visus repararet sepulcri; et quam prostraverat illecebrosus aspectus, aspectus salutaris attolleret.

Sermón LXXIV.

Sobre la Resurrección de Cristo

Que calláramos un poco, hermanos carísimos, lo hizo el trabajo de las vigilias y lo impuso el cansancio del ayuno; y por eso hoy pagamos el sermón sobre la Resurrección del Señor, en la cual, si es divino que Cristo nazca de la Virgen, ¿cuánto más divino es que Cristo resucite de entre los muertos? Lo que es divino, pues, no se reciba con oído humano.

En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana (Mt 28,1). La tarde del sábado: esto no lo conoce el día del siglo, esto no lo tiene el uso del mundo. La tarde termina el día, no lo comienza; la tarde se oscurece, no amanece; no se vuelve aurora, porque ignora el orto de la luz. La tarde, madre de la noche, da a luz el día; cambia su orden al reconocer a su autor; hace resplandecer un misterio desde la novedad; anhela servir al Creador, no al tiempo.

En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Tarde corre la mujer al perdón, ella que temprano corrió a la culpa. Por la tarde busca a Cristo la que sabía que en las horas de la mañana había perdido a Adán. Vino María y la otra María a ver el sepulcro. La que del paraíso había tomado la incredulidad se apresura a tomar la fe del sepulcro; se esfuerza por arrebatar a la muerte la vida, la que a la vida había arrebatado la muerte. Vino María. Este nombre es el de la madre de Cristo; vino, pues, la madre en el nombre, vino la mujer, para hacerse madre de los vivientes la que se había hecho madre de los que mueren, a fin de que se cumpliera lo que está escrito: Esta es la madre de todos los vivientes (Gn 3,20). Vino María y la otra María. No dijo «vinieron», sino «vino»; bajo un solo nombre vinieron dos, por misterio, no por azar. Vino María y la otra María. Vino la misma pero otra, otra pero la misma, para que la mujer cambiara en la vida, no en el nombre; en la virtud, no en el sexo; y se hiciera mensajera de la resurrección la que había sido intermediaria de la caída y de la ruina. Vino María a ver el sepulcro. Para que a la que había engañado la vista del árbol la reparase la vista del sepulcro; y a la que había derribado una mirada seductora la levantase una mirada saludable.

Ecce, inquit, terraemotus factus est magnus, angelus enim Domini descendit de coelo. Tremuit terra, non quia angelus descendit de coelo, sed quia ab inferis Dominator ascendit. Ecce terraemotus factus est magnus. Movetur chaos, dissiliunt ima terrarum, timet terra, montium tremunt pondera, orbis fundamenta quatiuntur, corripitur tartarus, sistuntur inferna: addicitur mors quae in reos tendens incurrit in judicem, dominata servis exarsit in Dominum, saeviens in homines prosilivit in Deum. Merito ergo perit lex tartari, remota sunt inferni jura, potestas mortis ablata est, et in poenam temeritatis suscitavit mortuos cognitoris injuria: denique redduntur corpora, redintegratur homo, vita reparatur, et constat de venia jam totum, quia in auctorem vitae mox est transgressa sententia. Ecce terraemotus factus est magnus. Modo terraemotus magnus: O si tunc vel levis turbo arborem mortiferam dejecisset! O si nebulae fumus illius mulieris tenebrasset aspectum! O si tetra nubes lethalis pomi speciem caligasset! O si manus tangens inconcessa tremuisset! O si peccati diem tenebrasset nox injusta, et lamenta mundi, et incrementa mortis, et Creatoris injuriam tunc tulisset! Sed vitiis semper serviunt blandimenta, lenocinantur dulcia delictis, virtutibus vero austera et fortia sunt amica.

Angelus enim Domini descendit de coelo. Resurgente Christo, morte pereunte, terrenis redditur coeleste commercium; et mulieri cui fuerat cum diabolo lethale consilium, cum angelo colloquium fit vitale. Angelus enim Domini descendit de coelo, et revolvit lapidem. Non dixit volvit, sed revolvit lapidem, qui advolutus probavit mortem, et revolutus exstitit resurrectionis assertor. Beatus lapis qui Christum et revelare meruit et velare; beatus qui non minus corda aperit quam sepulcrum; beatus qui dat resurrectionis fidem, fideique resurrectionem, qui divinam carnem resurrexisse testatur. Mutatur hic ordo rerum; mortem, non mortuum, devorat hic sepulcrum, domus mortis mansio fit vitalis; uteri nova forma mortuum concipit, parit vivum.

He aquí, dice, que se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo (Mt 28,2). Tembló la tierra, no porque un ángel bajara del cielo, sino porque el Dominador subía de los infiernos. He aquí que se produjo un gran terremoto. Se conmueve el abismo, saltan en pedazos las profundidades de la tierra, teme la tierra, tiemblan las moles de los montes, se sacuden los cimientos del orbe, es apresado el Tártaro, son citados a juicio los infiernos: es condenada la muerte, que, dirigiéndose contra los reos, fue a dar contra el juez; tras dominar a los siervos, se encendió contra el Señor; ensañándose contra los hombres, saltó contra Dios. Con razón, pues, perece la ley del Tártaro, se suprimen los derechos del infierno, se quita la potestad de la muerte, y en castigo de su temeridad la injuria hecha al juez instructor resucitó a los muertos: en efecto, se devuelven los cuerpos, el hombre es reintegrado, la vida es reparada, y todo queda ya saldado por el perdón, porque la sentencia pasó en seguida sobre el autor de la vida. He aquí que se produjo un gran terremoto. Ahora un gran terremoto: ¡oh, si entonces siquiera un leve torbellino hubiera derribado el árbol mortífero! ¡Oh, si el humo de una nube hubiera oscurecido la vista de aquella mujer! ¡Oh, si una negra nube hubiera ensombrecido el aspecto de la fruta letal! ¡Oh, si hubiera temblado la mano que tocaba lo prohibido! ¡Oh, si una noche injusta hubiera oscurecido el día del pecado, y se hubiera llevado entonces los lamentos del mundo, y los acrecentamientos de la muerte, y la injuria hecha al Creador! Pero los halagos sirven siempre a los vicios, lo dulce alcahuetea a los delitos, mientras que lo austero y lo fuerte es amigo de las virtudes.

Pues un ángel del Señor bajó del cielo. Al resucitar Cristo, al perecer la muerte, se devuelve a los terrenos el comercio celestial; y la mujer que había tenido con el diablo un consejo letal tiene con el ángel un coloquio vital. Pues un ángel del Señor bajó del cielo, e hizo rodar hacia atrás la piedra. No dijo «hizo rodar», sino «hizo rodar hacia atrás» la piedra, que, rodada contra el sepulcro, probó la muerte, y, rodada hacia atrás, se mostró defensora de la resurrección. Dichosa la piedra que mereció revelar y velar a Cristo; dichosa la que no abre menos los corazones que el sepulcro; dichosa la que da la fe de la resurrección, y a la fe la resurrección, la que atestigua que la carne divina resucitó. Aquí se cambia el orden de las cosas; este sepulcro devora la muerte, no al muerto; la casa de la muerte se hace morada de vida; una nueva forma de seno concibe a un muerto, da a luz a un vivo.

Angelus enim Domini descendit de coelo, et accedens revolvit lapidem, et sedebat super eum. Et angelo quae causa sedendi erat, cui nulla inerat lassitudo? Sed sedebat ut fidei doctor, ut resurrectionis magister: sedebat super petram, ut soliditas sedis daret credentibus firmitatem. Ponebat angelus super petram fundamenta fidei, super quam Christus erat Ecclesiam fundaturus, qui dixit: Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam. Erat, inquit, aspectus ejus sicut fulgur, et vestimenta ejus sicut nix. Ad angeli gloriam non sufficit fulgor, ad coelestem naturam quid fecit vestimentum? Sed splendore tali referebat speciem nostrae resurrectionis et formam, quia resurgentes per Christum, Christi mutantur in gloriam.

Prae timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt veluti mortui. Miseri quos tunc percutit pavor mortis, quando securitas redditur vitae: sed crudelitatis ministri, perfidiae exsecutores alienae, fiduciam sumere quomodo poterant de supernis? Obsidebant sepulcrum, resurrectioni januas obstruebant, et ne qua posset intrare vita, mors perire, servabant: merito eos angeli perculit et prostravit adventus. Misera, et sibi semper inimica mortalitas dolet se mori, ne resurgere possit, oppugnat: sepulcrum aperire convenerat, et ad resurgendum quidquid erat facilitatis afferre ut esset miraculum de facto, de exemplo spes, de reverso res, credulitas de vivendo. Grandis dementia est hoc, hominem nolle credere, quod sibi desiderat evenire.

Hoc de his custodibus hodie dixisse sufficiat: quid autem nostra fides habeat, ne hodie longum sit, post dicemus, praestante Domino nostro Jesu Christo, qui vivit et regnat cum Patre Deus in saecula saeculorum. Amen.

Pues un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. ¿Y qué causa tenía para sentarse el ángel, en quien no había cansancio alguno? Pero se sentaba como doctor de la fe, como maestro de la resurrección: se sentaba sobre la roca, para que la solidez de la sede diera firmeza a los creyentes. El ángel ponía sobre la roca los cimientos de la fe, sobre la cual Cristo había de fundar la Iglesia, él que dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mt 16,18). Su aspecto, dice, era como el relámpago, y sus vestiduras como la nieve (Mt 28,3). ¿No basta el fulgor para la gloria del ángel? ¿qué hizo el vestido por una naturaleza celestial? Pero con tal esplendor reflejaba la apariencia y la forma de nuestra resurrección, porque los que resucitan por Cristo son transformados en la gloria de Cristo.

Pero por temor de él se aterraron los guardias, y quedaron como muertos (Mt 28,4). Desdichados aquellos a quienes hiere el pavor de la muerte en el momento en que se devuelve la seguridad de la vida: pero los ministros de la crueldad, los ejecutores de la incredulidad ajena, ¿cómo podían tomar confianza de las cosas de lo alto? Asediaban el sepulcro, cerraban las puertas a la resurrección, y vigilaban para que la vida no pudiera entrar por ningún lado, ni la muerte perecer: con razón los hirió y los derribó la venida del ángel. La mortalidad, desdichada y siempre enemiga de sí misma, se duele de morir, y combate para no poder resucitar: convenía abrir el sepulcro, y aportar para la resurrección toda la facilidad que hubiera, a fin de que hubiera milagro por el hecho, esperanza por el ejemplo, la cosa misma por el que volvió, creencia por su vivir. Gran demencia es esta: que el hombre no quiera creer lo que desea que le suceda.

Baste haber dicho hoy esto acerca de estos guardias: lo que contiene nuestra fe, para que hoy no sea largo, lo diremos después, por don de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Sermo LXXV.

De eadem

Quantum a vobis ego, a me tantum peregrinatus est sermo: sed orate, fratres, ut sicut me vobis Deus reddidit, ita mihi dignetur reddere et redonare sermonem. Audistis evangelistam dicentem: Vespera, inquit, sabbati quae lucescit in prima sabbati. Quid hic intelligit humanus sensus? Quid hic humana sapit sapientia? Vespera quae lucescit. Vesper finit, non inchoat diem, nec lucem parturit, sed tenebras; sed hic elementorum auctor elementorum vices mutat, ut in resurrectione Domini totum divinum sentias, nil humanum. Denique resurgente Christo fidelibus lucescit vesper, dies infidelibus tenebrescit; discipulis nox mutatur in diem, Judaeis dies vertitur et mutatur in noctem. Ab hora, inquit, sexta, tenebrae factae sunt super universam terram usque ad horam nonam. Ut ipsa quae tota est meridiana claritas obscuraretur, et illud quod scriptum est impleretur: Occidet illi sol meridie; occidet illis, id est, Judaeis; nostris autem: Nox sicut dies illuminabitur. Quia vesper, qui in profundam semper caliginem vergit, totam tunc Christi tetendit et erexit in lucem, ac splendore toto tota mortalium pectora ab inferis Christo resurgente complevit. Vespera sabbati. Quia illuminatur per Christum sabbatum, non deletur. Non enim venit solvere legem, sed adimplere. Illuminatur, ut in die dominico luceat, clarescat in Ecclesia, quod in synagoga Judaeis obscurantibus fuscabatur.

Venit Maria Magdalena et altera Maria videre sepulcrum. Praecedunt apostolos ad ministerium feminae, quae sexu viros, quae ordine discipulos sequuntur: sed non hinc faciunt apostolos segniores, quae non foeminarum formas, sed Ecclesiarum typum deferunt Dominicum ad sepulcrum: Maria, et Maria, sic altera, ut ipsa: ipsa ut altera: altera ipsa Maria, Maria mater Christi: unum nomen duas geminatur in feminas, quia hic Ecclesia ex duobus populis veniens, una figuratur ex duobus populis, id est, ex gentibus et Judaeis, quia primi novissimi et novissimi primi.

Sermón LXXV.

Sobre lo mismo

Cuanto yo he andado lejos de vosotros, tanto ha andado lejos de mí la palabra: pero orad, hermanos, para que, así como Dios me ha devuelto a vosotros, se digne devolverme y restituirme la palabra. Habéis oído al evangelista que dice: En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana (Mt 28,1). ¿Qué entiende aquí el sentido humano? ¿Qué saborea aquí la sabiduría humana? La tarde que amanece. La tarde termina el día, no lo comienza, ni alumbra luz, sino tinieblas; pero aquí el autor de los elementos cambia el curso de los elementos, para que en la resurrección del Señor percibas todo divino, nada humano. En efecto, al resucitar Cristo, para los fieles amanece la tarde, para los infieles se oscurece el día; para los discípulos la noche se cambia en día, para los judíos el día se vuelve y se cambia en noche. Desde la hora sexta, dice, se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona (Mt 27,45). Para que se oscureciera la claridad misma del mediodía, que es entera, y se cumpliera lo que está escrito: Se le pondrá el sol a mediodía (Am 8,9); se les pondrá a ellos, es decir, a los judíos; pero para los nuestros: La noche será iluminada como el día (Sal 139,12). Porque la tarde, que siempre declina hacia una oscuridad profunda, se extendió entonces y se alzó hacia toda la luz de Cristo, y con todo su esplendor llenó todos los pechos de los mortales al resucitar Cristo de los infiernos. La tarde del sábado. Porque el sábado es iluminado por Cristo, no destruido. Pues no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla (Mt 5,17). Es iluminado para que brille en el domingo, para que resplandezca en la Iglesia lo que en la Sinagoga se ensombrecía porque los judíos lo oscurecían.

Vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Las mujeres preceden a los apóstoles en el servicio, ellas que por el sexo siguen a los varones, por el orden a los discípulos: pero no por eso hacen más tardos a los apóstoles, pues no llevan al sepulcro del Señor figuras de mujeres, sino el tipo de las iglesias: María, y María, la otra de modo que es la misma; la misma como la otra; la otra la misma María, María madre de Cristo: un solo nombre se duplica en dos mujeres, porque aquí la Iglesia que viene de dos pueblos es figurada una a partir de dos pueblos, es decir, de los gentiles y de los judíos, porque los primeros son últimos y los últimos primeros (Mt 20,16).

Venit Maria ad sepulcrum, venit ad resurrectionis uterum, venit ad vitae partum, ut iterum Christus ex sepulcro nasceretur fidei, qui carnis fuerat generatus ex ventre; et eum quem clausa virginitas vitam protulerat ad praesentem, clausum sepulcrum ad vitam redderet sempiternam. Divinitatis insigne est clausam virginem reliquisse post partum, de sepulcro clauso exisse cum corpore est divinitatis insigne. Maria et Maria venerunt, ut viderent sepulcrum; vides quia venerunt, non ut Dominum cernerent, sed sepulcrum; nec quaerebant cum mortuis jam viventem, quae Dominum jam resurrexisse credebant.

Angelus enim Domini descendit de coelo, et accedens revolvit lapidem. Revolvit lapidem, non ut egredienti Domino praeberet aditum, sed ut Dominum mundo jam resurrexisse monstraret; conservis ad credendum daret fidem, non ad resurgendum Domino praestaret auxilium. Revolvit lapidem. Revolvitur ad fidem, qui ad perfidiam fuerat advolutus. Revolvit lapidem, ut idem esset vitae titulus, qui acceperat mortis tenere custodem.

Orate, fratres, ut nunc descendat angelus, et totam duritiem nostri cordis evolvat, aperiat sensuum clausa nostrorum, resurrexisse Christum nostris etiam testetur ex mentibus, quia sicut illud cor coelum est, in quo vivit et regnat Christus, ita illud pectus sepulcrum, in quo Christus adhuc habetur mortuus et sepultus. Christi mors sicut fuisse, ita pertransisse credatur: Christus homo passus, mortuus et sepultus fuit; est, vivit, regnat, manet, permanet Deus. Audi Apostolum dicentem: Etsi novimus Christum secundum carnem, sed jam nunc non novimus. Et: Quod mortuus est peccato, semel mortuus est, quod autem vivit, vivit Deo; hoc est, vivit Deus.

Et accedens revolvit lapidem, et sedebat super eum. Sedebat ad docendam resurrectionem, non ad lassitudinem sublevandam. Coelestis natura ignorat lassitudinem, nescit laborem: sed factus est lapis vas angelicae sessionis, doctrinae coelestis cathedra, schola vitae, quia Judaeis ad mortis januam, ad cineris servitium, ad triste silentium fuerat constitutus. Erat, inquit, aspectus ejus sicut fulgur, vestimenta autem ejus sicut nix. Vultus claritas a vestium candore separatur, et facies fulguri, nivi vestis angeli comparatur, quia fulgur de coelo, nix de terra. Audi prophetam dicentem: Laudate Dominum de terra, ignis, grando, nix. In facie ergo angeli claritas coelestis servatur naturae; in veste vero figuratur gratia communionis humanae, et temperatur species angeli colloquentis, ut carnales oculi, et vestium ferant placidam claritatem, et ex fulgore vultus nuntium sui tremerent, et revererentur auctoris.

Viene María al sepulcro, viene al seno de la resurrección, viene al parto de la vida, para que Cristo naciera de nuevo para la fe desde el sepulcro, el que había sido engendrado del seno de la carne; y para que a aquel a quien la virginidad cerrada había dado a luz para la vida presente, el sepulcro cerrado lo devolviera a la vida sempiterna. Es señal de la divinidad haber dejado cerrada a la Virgen después del parto; haber salido del sepulcro cerrado con el cuerpo es señal de la divinidad. María y María vinieron a ver el sepulcro; ves que vinieron, no para contemplar al Señor, sino el sepulcro; y no buscaban entre los muertos al que ya vivía, ellas que creían que el Señor ya había resucitado.

Pues un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra (Mt 28,2). Hizo rodar hacia atrás la piedra, no para ofrecer salida al Señor que salía, sino para mostrar al mundo que el Señor ya había resucitado; para dar fe a sus consiervos a fin de que creyeran, no para prestar auxilio al Señor a fin de que resucitara. Hizo rodar hacia atrás la piedra. Se hace rodar hacia atrás para la fe la que había sido rodada para la incredulidad. Hizo rodar hacia atrás la piedra, para que fuese título de la vida la misma que había recibido el oficio de hacer guardia a la muerte.

Orad, hermanos, para que ahora baje el ángel, y haga rodar fuera toda la dureza de nuestro corazón, abra lo cerrado de nuestros sentidos, atestigüe también desde nuestras mentes que Cristo ha resucitado, porque, así como es cielo aquel corazón en el que vive y reina Cristo, así es sepulcro aquel pecho en el que Cristo es tenido todavía por muerto y sepultado. Créase que la muerte de Cristo pasó, así como se cree que fue: Cristo hombre padeció, murió y fue sepultado; es, vive, reina, permanece, perdura Dios. Escucha al Apóstol que dice: Aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (2 Cor 5,16). Y: En cuanto murió al pecado, murió una vez; pero en cuanto vive, vive para Dios (Rom 6,10); es decir, vive Dios.

Y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. Se sentaba para enseñar la resurrección, no para aliviar el cansancio. Una naturaleza celestial ignora el cansancio, no conoce la fatiga: pero la piedra se hizo vaso del asiento angélico, cátedra de la doctrina celestial, escuela de vida, porque los judíos la habían puesto como puerta de la muerte, para el servicio de la ceniza, para un triste silencio. Su aspecto, dice, era como el relámpago, pero sus vestiduras como la nieve (Mt 28,3). La claridad del rostro se distingue de la blancura de las vestiduras, y el rostro se compara al relámpago, el vestido del ángel a la nieve, porque el relámpago es del cielo, la nieve de la tierra. Escucha al Profeta que dice: Alabad al Señor desde la tierra, fuego, granizo, nieve (Sal 148,7-8). En el rostro del ángel se conserva, pues, la claridad de la naturaleza celestial; en el vestido, en cambio, se figura la gracia de la comunión humana, y se templa el aspecto del ángel que les habla, para que los ojos carnales soportaran la plácida claridad de las vestiduras, y por el fulgor del rostro temblaran ante el mensajero de su autor, y lo reverenciaran.

Prae timore autem ejus exterriti sunt custodes. Quare territi? Quia custodiebant crudelitatis studio, non pietatis obsequio. Ruit, destruitur, stare non potest, quem conscientia destituit, impellit reatus. Hinc est quod angelus percellit impios, pios alloquitur et solatur. Nolite timere vos. Hoc est, illi timeant: quaerentes non timeant, timeant persequentes. Nolite timere vos, scio enim quod Jesum qui crucifixus est, quaeritis, non est hic. Hoc est: Ego veni ut instruerem vos, non ut illum eximerem, qui et rerum factor est, et est sui suscitator.

Non est hic, surrexit enim sicut dixit. Vides quia venit angelus, ut factis assereret servus, quae Dominus praedixerat verbis; et doceret moriendi et vivendi penes illum potestatem fuisse, qui ante suam mortem praedixerat resurrectionem: nam utique qui scire potuit, potuit et cavere, sed quia vincere potuit, declinare contempsit, quia resurgentis gloria sepelivit morientis injuriam. De sequentibus, fratres, sequenti sermone tractabimus, quia protrahere nos et dilatare sermonem adhuc recens itineris prohibuit lassitudo.

Pero por temor de él se aterraron los guardias (Mt 28,4). ¿Por qué aterrados? Porque custodiaban con afán de crueldad, no con homenaje de piedad. Se derrumba, se destruye, no puede sostenerse aquel a quien la conciencia abandona y la culpabilidad empuja. De ahí que el ángel abata a los impíos, y hable a los piadosos y los consuele. No temáis vosotras. Es decir, teman aquellos: no teman las que buscan, teman los que persiguen. No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí (Mt 28,5-6). Es decir: «Yo he venido para instruiros, no para sacarlo a él, que es a la vez Hacedor de las cosas y resucitador de sí mismo».

No está aquí, pues ha resucitado como dijo. Ves que vino el ángel para que el siervo afirmara con hechos lo que el Señor había predicho con palabras; y para enseñar que la potestad de morir y de vivir estaba en manos de aquel que antes de su muerte había predicho su resurrección: pues ciertamente el que pudo saberlo pudo también evitarlo, pero, porque pudo vencer, desdeñó apartarse, porque la gloria del que resucitaba sepultó la injuria del que moría. De lo que sigue, hermanos, trataremos en el sermón siguiente, porque el cansancio del viaje, todavía reciente, nos ha impedido prolongar y extender el sermón.

Sermo LXXVI.

De eadem, deque secunda Christi manifestatione facta mulieribus a monumento regredientibus

Superiori sermone Mariam et alteram Mariam Ecclesiae ex duobus populis venientis figuram diximus habuisse: hoc ex sequentibus hodie cupimus approbare, si modo nobis vester benignus praebeatur auditus. Respondens, inquit, angelus dixit: Nolite timere vos, scio enim quia Jesum qui crucifixus est, quaeritis: non est hic, surrexit enim sicut dixit. Venite, videte locum ubi positus erat Dominus. Angelus praedicat nomen, crucem dicit, loquitur passionem, fatetur mortem, sed resurrectionem mox, mox Dominum confitetur. Et si angelus post tanta supplicia, post sepulcrum agnoscit Dominum, suam loquitur servitutem, et injuriam passionis totam transisse sentit resurrectionis in gloriam; cur homo aut minoratum Deum in carne judicat, aut in passione existimat ejus defecisse virtutem, aut consumptam dominationem credit servitute? Digne itaque dicit crucifixum, ostendit locum ubi positus erat Dominus, ne alter et non ipse idem resurrexisse crederetur ex mortuis. Et si Dominus eadem redit in carne, vulnera reportat, ipsa clavorum foramina resumit, et ipsa facit testimonia sui corporis, suae resurrectionis indicia, quae suae fuerant contumelia passionis; quare homo se in alia putat, aut in sua non putat carne rediturum, aut carnem servus forte dedignatur suam, cum nostram Dominus non mutarit? Acquiesce homo ipsum te futurum esse in carne tua, ne tu ipse non sis, si in carne surrexeris aliena.

Adjecit angelus, dicens: Et cito euntes dicite discipulis, quia surrexit, et praecedet vos in Galilaeam, ibi eum videbitis. Angelus hic non feminas, sed Ecclesiam duabus in feminis mittit, unam mittit, ut eam mittendo sic longe lateque diffundat. Angelus hic sponsam mittit ad sponsum; denique euntibus illis occurrit Dominus, et salutat eas, dicens: Avete. Occurrit, et non potestate terret, sed praevenit charitatis ardore; non auctoritate turbat, sed salutat lege sponsi; non dominantis jure onerat, sed honorat dilectione consortis: salutat: Avete.

Sermón LXXVI.

Sobre lo mismo, y sobre la segunda manifestación de Cristo, hecha a las mujeres que volvían del monumento

En el sermón anterior dijimos que María y la otra María tenían la figura de la Iglesia que viene de dos pueblos: hoy deseamos probarlo con lo que sigue, si tan solo se nos concede vuestro benigno oído. Respondiendo, dice, el ángel dijo: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado: no está aquí, pues ha resucitado como dijo (Mt 28,5-6). Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. El ángel predica el nombre, dice la cruz, habla de la Pasión, reconoce la muerte, pero en seguida la resurrección, en seguida confiesa al Señor. Y si el ángel, después de tan grandes suplicios, después del sepulcro, reconoce al Señor, habla de su propia servidumbre, y siente que toda la injuria de la Pasión ha pasado a la gloria de la resurrección, ¿por qué el hombre o juzga a Dios disminuido en la carne, o piensa que en la Pasión desfalleció su poder, o cree que su señorío fue consumido por la servidumbre? Con razón, pues, dice «crucificado», y muestra el lugar donde había sido puesto el Señor, no fuera a creerse que había resucitado de entre los muertos otro, y no él mismo. Y si el Señor vuelve en la misma carne, trae de nuevo las heridas, vuelve a tomar los mismos agujeros de los clavos, y hace testimonios de su cuerpo, indicios de su resurrección, de lo mismo que había sido ultraje de su Pasión, ¿por qué el hombre piensa que volverá en otra carne, o no piensa que volverá en la suya, o acaso el siervo desdeña su propia carne, cuando el Señor no cambió la nuestra? Confórmate, hombre, con que tú mismo serás en tu propia carne, no sea que tú mismo no seas, si resucitas en carne ajena.

El ángel añadió, diciendo: E id pronto, decid a los discípulos que ha resucitado, y os precederá a Galilea; allí lo veréis (Mt 28,7). Aquí el ángel no envía a unas mujeres, sino a la Iglesia en dos mujeres; la envía una, para difundirla así a lo largo y a lo ancho al enviarla. Aquí el ángel envía a la esposa al esposo; en efecto, mientras ellas iban, les salió al encuentro el Señor, y las saludó, diciendo: Salve (Mt 28,9). Les sale al encuentro, y no las aterra con su potestad, sino que se les adelanta con el ardor de la caridad; no las turba con autoridad, sino que las saluda con la ley del esposo; no las agobia con el derecho del que domina, sino que las honra con el amor del consorte: las saluda: Salve.

Dixerat discipulis suis ipse: Neminem salutaveritis in via, et quid est quod hic in via tam festivus salutator occurrit? Non exspectat cognosci, intelligi non requirit, non ut interrogetur admittit, sed in salutationem vadit totus, vadit fervens, et suum solvit ipse salutatione mandatum? Fecit, fecit, quia totum vincit, et exsuperat vis amoris: simul, quia Christus in Ecclesia se salutat, quam suam fecit esse, et sic viscera sua, suum sic recepit in corpus, dicente Apostolo: Et ipse est caput corporis Ecclesiae.

In istis vero feminis Ecclesiae figuram manere plenam res ipsa ostendit evidenter, quia discipulos suos Christus de resurrectione nutantes arguit, trepidantes firmat, ostensione lateris, clavorum cavernis, sumptione cibi, vix revocat ad fidem. Unde et merito in fide parvulos sic pueros appellat, dicendo: Pueri, numquid habetis pulmentarium? ipsamque alibi Mariam flentem quasi de mortuo, mulierem vocat, atque tangendi se licentiam negat: istas autem sic perfectas invenit, sic credentes, sic non de sexu trepidantes, sic mysterio currentes, sic Dominum toto fidei ardore requirentes, ut habendum se tradat eis salutatione tali, dicens, Avete. Angelus dixerat: Scio enim quia Jesum crucifixum quaeritis; et requirentibus Christus, avete respondit; alibi autem Mariae nec tangendi datur facultas, hic non solum tangendi, sed et tenendi copia tota conceditur. Illae autem, inquit, accesserunt, et tenuerunt pedes ejus. Istae tenent pedes Christi, quae in Ecclesia typum evangelicae praedicationis tenent, et merentur ex cursu: ac sic fide tangunt sui vestigia salvatoris, ut ad totius deitatis pertingant gloriam, perveniant ad honorem.

Illa autem merito audit: Noli me tangere, quae in terris deflet Dominum, et sic in sepulcro quaerit mortuum, ut eum in coelis nesciat regnare cum Patre. Noli me tangere, id est, obsequi tactu carnis, quem fidei tactu deberes attingere; nec quasi hominem tantum tangere te praesumas in terra, quem Deum nondum sapis in coelestibus adorare; feminea cura desinat, muliebris sollicitudo desistat, virilis credulitas tuam conscendat in mentem, ascensum meum cordis tui capiat latitudo, ut in coelestibus aeterna tactus mei beatitudine perfruaris. Juxta illud prophetae: Beatus vir cujus est auxilium abs te, Domine; ascensus in corde ejus disposuit. In terra non tangit Christum, qui fide in coelo non conscendit ad Christum. Quod ergo eadem Maria nunc in fidei vertice constituta, nunc in Ecclesiae sublimata fastigio, et tangit Christum, et tenet toto sanctitatis affectu, nunc imbecillitate carnis et feminea infirmitate dejecta dubitat, et tactum sui non meretur auctoris, non facit quaestionem: si quidem illud de figura est, hoc de sexu; illud est de divina gratia, hoc de humana natura.

Él mismo había dicho a sus discípulos: No saludéis a nadie por el camino (Lc 10,4); ¿y qué significa que aquí, en el camino, salga al encuentro tan festivo saludador? ¿No espera a ser reconocido, no pide ser comprendido, no admite ser interrogado, sino que va todo él al saludo, va ferviente, y él mismo deshace con el saludo su propio mandato? Lo hizo, lo hizo, porque la fuerza del amor todo lo vence y lo supera: y a la vez, porque Cristo se saluda a sí mismo en la Iglesia, a la que hizo suya, y así la ha recibido como sus propias entrañas, así en su propio cuerpo, como dice el Apóstol: Y él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia (Col 1,18).

Pero que en estas mujeres permanece plena la figura de la Iglesia lo muestra con evidencia la cosa misma, porque Cristo reprende a sus discípulos que vacilan acerca de la resurrección, afianza a los que tiemblan, y mostrando el costado, con los huecos de los clavos, tomando alimento, a duras penas los hace volver a la fe. Por eso con razón llama muchachos a los que son pequeñuelos en la fe, diciendo: Muchachos, ¿tenéis algo de comer? (Jn 21,5); y en otro lugar a la misma María, que lloraba como por un muerto, la llama «mujer», y le niega el permiso de tocarlo (Jn 20,15-17): pero a estas las encuentra tan perfectas, tan creyentes, tan libres de temor por su sexo, tan presurosas en el misterio, tan entregadas a buscar al Señor con todo el ardor de la fe, que se les entrega para ser tenido con tal saludo, diciendo: Salve. El ángel había dicho: Pues sé que buscáis a Jesús crucificado; y a las que lo buscaban Cristo respondió: Salve; en otro lugar, en cambio, a María no se le da ni siquiera la facultad de tocar, aquí se concede plena licencia no solo de tocar, sino también de tener asido. Ellas, dice, se acercaron y tuvieron asidos sus pies (Mt 28,9). Estas tienen asidos los pies de Cristo, porque tienen en la Iglesia el tipo de la predicación evangélica, y lo merecen por su carrera: y así tocan por la fe las huellas de su Salvador, para alcanzar la gloria de toda la deidad, para llegar al honor.

Aquella otra, en cambio, oye con razón: No me toques (Jn 20,17), ella que en la tierra llora al Señor, y de tal modo lo busca muerto en el sepulcro, que no sabe que reina en los cielos con el Padre. No me toques, es decir, no rindas homenaje con el tacto de la carne a aquel a quien deberías alcanzar con el tacto de la fe; y no pretendas tocar en la tierra como a un hombre solamente a aquel a quien todavía no sabes adorar como Dios en los cielos; cese el cuidado femenino, desista la solicitud mujeril, suba a tu mente una creencia varonil, abarque la anchura de tu corazón mi ascensión, para que en los cielos goces de la eterna bienaventuranza de mi contacto. Según aquello del Profeta: Dichoso el varón cuyo auxilio viene de ti, Señor; dispuso subidas en su corazón (Sal 84,6). No toca a Cristo en la tierra quien no sube por la fe hasta Cristo en el cielo. Que, pues, la misma María, ora colocada en la cumbre de la fe, ora elevada a la cima de la Iglesia, toque a Cristo y lo tenga asido con todo el afecto de la santidad, ora, abatida por la flaqueza de la carne y por la debilidad femenina, dude y no merezca el contacto de su autor, no plantea cuestión: puesto que aquello es de la figura, esto del sexo; aquello es de la gracia divina, esto de la naturaleza humana.

Quia nos idem ipsi cum divina scimus, Dei munus est; cum humana sapimus, caecamur ex nobis. Sic beatus Petrus Christum, dum Dei Filium confitetur, Patre revelante, cognoscit; cum negat Christum, carnis sentit et patitur caecitatem.

Inter haec Judaei crimina, aut male emunt sua, aut distrahunt pejus aliena, dum peccata taxant pretio, dum pecunia pensant et compensant delicta, dum in sceleribus suis fundunt, quod toto scelere congregaverunt. Sic Judam comparant traditorem Domini sui, et pretio Redemptoris mundi sanguinem pensant; sic aperti sepulcri fidem claudunt sacculo, ut negandae resurrectionis crimen nummis criminum mercarentur. Pecuniam, inquit, copiosam dederunt militibus, dicentes: Dicite quia discipuli ejus venerunt nocte, et furati sunt eum, nobis dormientibus, et si hoc praeses audierit, nos suadebimus ei, et securos vos faciemus. At illi accepta pecunia fecerunt sicut erant edocti; et diffamatum est verbum istud apud Judaeos usque in hodiernum diem. Apud Judaeos, numquid apud Christianos? Judaee, quod tu in Judaea obscurabas auro, fide toto claruit et eluxit in mundo: discipuli receperunt, non furati sunt Christum; tu perfidiam comparasti, sed non furatus es veritatem; Judaee, resurrexit Christus, tu pecuniam perdidisti. Sanguis ejus super nos et super filios nostros. Judaee, Christus vivit, tu et te et tuos posteros occidisti.

Porque cuando nosotros, los mismos, sabemos lo divino, es don de Dios; cuando saboreamos lo humano, nos cegamos por nosotros mismos. Así el bienaventurado Pedro, al confesar al Hijo de Dios, conoce a Cristo por revelación del Padre; cuando niega a Cristo, siente y padece la ceguera de la carne.

Entretanto los judíos, en cuanto a crímenes, o compran mal los suyos, o venden peor los ajenos, al tasar los pecados con precio, al pesar y compensar los delitos con dinero, al derrochar en sus maldades lo que reunieron con toda maldad. Así compran a Judas, traidor de su Señor, y pesan con un precio la sangre del Redentor del mundo; así encierran en una bolsa la fe del sepulcro abierto, para comprar con monedas de crímenes el crimen de negar la resurrección. Dinero, dice, abundante dieron a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos; y si el gobernador llega a oír esto, nosotros lo persuadiremos, y os pondremos a salvo (Mt 28,12-14). Y ellos, recibido el dinero, hicieron como se les había enseñado; y se ha divulgado esta palabra entre los judíos hasta el día de hoy (Mt 28,15). Entre los judíos: ¿acaso entre los cristianos? Judío, lo que tú en Judea oscurecías con oro, por la fe ha brillado y resplandecido en todo el mundo: los discípulos recibieron a Cristo, no lo robaron; tú compraste la incredulidad, pero no robaste la verdad; judío, Cristo ha resucitado, tú has perdido tu dinero. Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27,25). Judío, Cristo vive; tú te has dado muerte a ti y a tu posteridad.

Sermo LXXVII.

De Resurrectione Christi

Plenum satis et perfectae devotionis indicium, quod tempore passionis tota creatori suo compatitur creatura. Quae caro terra tremente non tremuit, quae mens non torpuit, quod ingenium non defecit cum sol ante tempus occidit, lux refugit? Denique, fratres, et nostra occubuere tunc viscera, sensus est commortuus, sermo noster suo est consepultus auctori, ut ejus totam nunc suscitaretur ad gloriam. Ista exstitit silentii mei causa, ista debiti mei devota dilatio fuit. Nec mirum, fratres, si provide sermo meus toto affectionis obsequio ad inferos etiam suum secutus est largitorem, quia sine ipso vobis talibus ac tantis creditoribus quod redderem non habebam. Quod si cupidus aliquis et avidus exactor de solutionis tarditate conqueritur, calumniam temporis nobis desistat inferre, quia dives Dominus meus multiplicem fenoris ipsius auget et repensat usuram. Absolvat ergo nos jam evangelicae larga lectionis humanitas, quos officii necessitas hoc tantum deduxit et addixit ad debitum.

Vespera, inquit, sabbati quae lucescit in prima sabbati. In Domino resurgente non humanae solum conversum est jus naturae, sed etiam ipse creaturae ordo insigniter est mutatus. Vespera sabbati quae lucescit. Ecce Domino resurgente, non tenebrescit vespera, sed lucescit; et fit lucis exordium, quod principium noctis esse consueverat. Vespera sabbati quae lucescit in prima sabbati. Sicut mortalitas in immortalitatem, corruptio in incorruptionem, caro in Deum, ita tenebrae transferuntur in lucem; ut se nox ipsa taliter non periisse gaudeat, sed esse mutatam, quae obscuritate magis quam tempore sic defecit, quae intervalla, quae vicem suae felicius perdidit servitutis, ut in perpetuae lucis proflueret et erumperet libertatem, dicente propheta: Et nox illuminatio mea in deliciis meis. Vespera quae lucescit in prima sabbati. Sabbatum secundarium se laetatur effectum, quod jussione legis torpebat in otio; et per diei Dominici primatum in divinae virtutis opera mirabiliter excitatur, quod Judaicae observationis inertia a virtute salutari reddebat extraneum, dicente Domino: Non licet sabbatis aegris curam, afflictis opem, caecis visum, vitam mortuis condonare? et interpretando taliter a Deo diem sabbati sanctae legis studiis deputatum, misere tantum ventris addixerat servituti.

Sermón LXXVII.

Sobre la Resurrección de Cristo

Es indicio muy pleno de una devoción perfecta que, en el tiempo de la Pasión, toda la creación padezca con su Creador. ¿Qué carne no tembló cuando temblaba la tierra, qué mente no se entorpeció, qué ingenio no desfalleció, cuando el sol se puso antes de tiempo, cuando la luz huyó? En efecto, hermanos, también nuestras entrañas sucumbieron entonces, el sentido murió con él, nuestra palabra fue sepultada con su autor, para ser ahora resucitada a toda su gloria. Esta fue la causa de mi silencio, esta fue la devota dilación de mi deuda. Y no es de extrañar, hermanos, si mi palabra, con previsión y con todo el homenaje del afecto, siguió a su dador hasta los infiernos, porque sin él no tenía con qué pagaros a vosotros, acreedores tales y tan grandes. Y si algún exactor codicioso y ávido se queja de la tardanza del pago, deje de levantarnos calumnia por el tiempo, porque mi Señor, que es rico, aumenta y compensa multiplicado el interés del préstamo mismo. Que nos libre ya, pues, la generosa humanidad de la lectura evangélica, a quienes la necesidad del oficio trajo y sujetó a una deuda tan grande como esta.

En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana (Mt 28,1). En el Señor que resucita no solo se trastocó el derecho de la naturaleza humana, sino que también el orden mismo de la creación fue cambiado de manera señalada. La tarde del sábado, que amanece. He aquí que, al resucitar el Señor, la tarde no se oscurece, sino que amanece; y se hace comienzo de la luz lo que solía ser principio de la noche. La tarde del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana. Como la mortalidad a la inmortalidad, la corrupción a la incorrupción, la carne a Dios, así las tinieblas son transferidas a la luz; para que la noche misma se alegre de no haber perecido así, sino de haber sido cambiada, ella que así desfalleció más por la oscuridad que por el tiempo, que más felizmente perdió sus intervalos, perdió el turno de su servidumbre, para fluir e irrumpir en la libertad de la luz perpetua, como dice el Profeta: Y la noche es mi iluminación en mis delicias (Sal 139,11). La tarde que amanece hacia el primer día de la semana. El sábado se alegra de haber sido hecho segundo, él que por mandato de la Ley yacía entorpecido en el ocio; y por la primacía del domingo es admirablemente despertado a las obras del poder divino, él a quien la inercia de la observancia judía hacía extraño al poder saludable, como dice el Señor: ¿No es lícito en sábado conceder curación a los enfermos, auxilio a los afligidos, vista a los ciegos, vida a los muertos? (Lc 6,9); y, interpretándolo así, aquella observancia había sujetado míseramente a la sola servidumbre del vientre el día del sábado, que Dios había destinado a los estudios de la santa Ley.

Vespera sabbati quae lucescit in prima sabbati, venit Maria Magdalena, et altera Maria. Una venit nomine, quae nunc alia legitur in diversa persona. Venit Maria et alia Maria. Quo et unam in duabus nominis unitas figuraret, et mutatam feminam diversitas panderet personarum. Venit enim, non venerunt, et cum dicit alia, in utraque eamdem mystico designat affatu, ut aliam venisse ante fidem, aliam post fidem redituram esse monstraret. Venit mulier, sed redit Maria; venit quae intulit mortem, redit quae genuit vitam; venit Adam quae deduxit ad inferos, redit quae ab inferis Christum recepit. Venit Maria et alia Maria. Quare? Videre sepulcrum, et non Christum quaerere: tantum videre sepulcrum, reatus sui titulum, facinoris sui triste documentum, suae cum diabolo praesumptionis, sui quaestus ferale commercium, ut inde recuperaret fidem, unde perpetuum suae praevaricationis sustinebat opprobrium.

Et ecce terraemotus factus est magnus. Si sic terra tremuit cum suorum Dominus resurgit ad veniam; quemadmodum contremiscet, cum noxiorum consurget ad poenam, dicente propheta: Terra tremuit, et quievit, cum resurgeret in judicium Deus? Et quae conservi, hoc est angeli, praesentiam sustinere non valuit, quemadmodum Deum judicem sustinebit? Ecce iisdem lineis, quibus perierat salus humana, reparatur. Prima ad perfidiam mulier, prima procuratur ad fidem; prima currit ad interemptorem mortis, quae prima cucurrerat ad mortis auctorem; prima audit ab angelo, quae prima cum diabolo fuerat collocuta.

Angelus Domini descendit de coelo, et accedens revolvit lapidem, et sedebat super eum. Non ut conferret resurrectionem tali operatione, sed ut proderet, dicente Domino: Potestatem habeo ponendi animam meam, et potestatem habeo iterum sumendi eam. Nobis clausa aperit, nobis occulta reserat, nec auctorem suum, qui jam non erat in sepulcro, educit ad lucem; sed conservos suos, qui positi erant in dubitationis obscuro, ad fidem resurrectionis adducit; ipso attestante, cum dicit: Non est hic, surrexit: Revolvit lapidem, et sedebat super eum. Quare non volvit, sed revolvit? Ut quem perfidia Pharisaeorum ad offensam voluerat et scandalum, angelus ad fidem revolveret et salutem, dicente propheta: Ecce pono in Sion lapidem offensionis et petram scandali. Revolvitur ergo lapis, ut evolveret mortem, qui vitam clauserat advolutus, dicente Scriptura: Videbitis vitam vestram pendentem coram oculis vestris, et non credetis. Et sedebat super eum.

En la tarde del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María. Una vino por el nombre, la que ahora se lee otra en persona diversa. Vino María y otra María. Para que la unidad del nombre figurase una sola en dos, y la diversidad de personas mostrase a la mujer cambiada. Pues dice «vino», no «vinieron», y cuando dice «otra», designa en ambas a la misma con un lenguaje místico, para mostrar que una vino antes de la fe, otra había de volver después de la fe. Viene la mujer, pero vuelve María; viene la que introdujo la muerte, vuelve la que engendró la vida; viene Adán, la que condujo a los infiernos, vuelve la que recibió de vuelta a Cristo de los infiernos. Vino María y otra María. ¿Por qué? Para ver el sepulcro, y no para buscar a Cristo: solo para ver el sepulcro, el título de su culpabilidad, el triste documento de su fechoría, el comercio funesto de su presunción con el diablo, de su ganancia, para recobrar la fe allí de donde soportaba el oprobio perpetuo de su prevaricación.

Y he aquí que se produjo un gran terremoto (Mt 28,2). Si así tembló la tierra cuando el Señor de los suyos resucita para el perdón, ¿cómo se estremecerá cuando el de los culpables se levante para el castigo, como dice el Profeta: La tierra tembló, y quedó en calma, cuando Dios se levantaba para el juicio (Sal 76,9-10)? Y la que no pudo soportar la presencia de un consiervo, esto es, de un ángel, ¿cómo soportará a Dios juez? He aquí que la salvación humana es reparada por las mismas líneas por las que había perecido. La mujer, primera en la incredulidad, es la primera conducida a la fe; corre la primera hacia el que dio muerte a la muerte, la que había corrido la primera hacia el autor de la muerte; oye la primera al ángel, la que primero había hablado con el diablo.

Un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. No para conferir la resurrección con tal operación, sino para darla a conocer, como dice el Señor: Tengo potestad para dar mi vida, y tengo potestad para volver a tomarla (Jn 10,18). Nos abre lo cerrado, nos descubre lo oculto, y no saca a la luz a su autor, que ya no estaba en el sepulcro; sino que conduce a sus consiervos, que estaban puestos en la oscuridad de la duda, a la fe de la resurrección; él mismo lo atestigua cuando dice: No está aquí, ha resucitado (Mt 28,6): Hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. ¿Por qué no la hizo rodar, sino rodar hacia atrás? Para que la piedra que la incredulidad de los fariseos había hecho rodar para el tropiezo y el escándalo, el ángel la hiciera rodar hacia atrás para la fe y la salvación, como dice el profeta: He aquí que pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo (Is 8,14; 28,16; Rom 9,33). Se hace rodar hacia atrás, pues, la piedra, para hacer rodar fuera la muerte, ella que, rodada contra él, había encerrado la vida, como dice la Escritura: Veréis vuestra vida colgada ante vuestros ojos, y no creeréis (Dt 28,66). Y se sentó sobre ella.

Non lassitudinem recreans, sed sacri et vitalis sepulcri se esse praesidem sic demonstrans; et destructam esse mortem coelestis minister officii, tali sessionis suae declarabat indicio; et esse Deum qui passus est, Deum qui intra nostri corporis est receptus angustias, Deum quem habitu superno sic residens testabatur assertor. Et quid plura, fratres? sedet, quia ab illo tam venerabili sepulcro numquam angelus recedit.

Prae timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt sicut mortui. Quos prosternit terror noxios, ad conscios mox recurrit. Sic, sic innocui cum resurgent, terror et mors injustos et impios possidebit. Erat autem aspectus ejus, sicut fulgur et vestimenta ejus sicut nix. Quid facit vestis, ubi nulla est nuditas? quid indumentum, ubi tegendi necessitas non habetur? Sed angelus, fratres, nostrum habitum, nostram formam, nostram similitudinem, in resurrectione taliter praefigurat, ubi homo ipsa corporis sui claritate restituitur, dicente Domino: Tunc justi fulgebunt sicut sol in regno patris eorum.

Respondens autem angelus, dixit mulieribus: Nolite timere vos, scio enim quod Jesum, qui crucifixus est, quaeritis. Adhuc crucifixum et mortuum requirebant, quarum fidem saeva passionis procella turbaverat, et tentationis eas ita pondus incurvaverat, ut coeli Dominum adhuc quaererent in sepulcro.

Non est hic. Secundum id quod in loco exstitit; hic est autem, per hoc quod ubique est, et loci capacitate non clauditur. Venite, videte locum ubi positus erat Dominus. Mulieres vocat angelus ad videndum, ut sacri corporis locus mundaret oculos, quos diabolo claudente vetitae arboris macularat aspectus. Ingrediuntur sepulcrum, ut consepultae Domino totam fidei resurgerent in salutem. Si complantati sumus similitudini mortis ejus, simul et resurrectionis erimus.

Euntes dicite discipulis ejus. Revertere ad virum, mulier jam sanata, et suade fidem, quae perfidiam suasisti; refer homini Dominicae resurrectionis indicium, cui ante tentationis et ruinae consilium detulisti.

No reparando el cansancio, sino mostrando así que era el custodio de un sepulcro sagrado y vital; y con tal indicio de su asiento, como ministro de un oficio celestial, declaraba que la muerte había sido destruida; y que es Dios el que padeció, Dios el que fue recibido dentro de las estrecheces de nuestro cuerpo, Dios aquel de quien, sentado así con vestidura celestial, daba testimonio como defensor. ¿Y qué más, hermanos? Está sentado, porque el ángel nunca se aparta de aquel sepulcro tan venerable.

Pero por temor de él se aterraron los guardias, y quedaron como muertos (Mt 28,4). El terror que derriba a los culpables al punto vuelve sobre los cómplices. Así, así, cuando resuciten los inocentes, el terror y la muerte poseerán a los injustos y a los impíos. Y su aspecto era como el relámpago, y sus vestiduras como la nieve (Mt 28,3). ¿Qué hace el vestido donde no hay desnudez alguna? ¿para qué la vestidura donde no se tiene necesidad de cubrirse? Pero el ángel, hermanos, prefigura así nuestro porte, nuestra forma, nuestra semejanza en la resurrección, donde el hombre es restituido en la claridad misma de su cuerpo, como dice el Señor: Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mt 13,43).

Y respondiendo el ángel dijo a las mujeres: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado (Mt 28,5). Todavía lo buscaban crucificado y muerto, ellas cuya fe había turbado la cruel tormenta de la Pasión, y a quienes el peso de la tentación había encorvado de tal modo que todavía buscaban en un sepulcro al Señor del cielo.

No está aquí (Mt 28,6). Según lo que estuvo en un lugar; pero está aquí, por cuanto está en todas partes, y no lo encierra la capacidad de un lugar. Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. El ángel llama a las mujeres a ver, para que el lugar del sagrado cuerpo limpiara los ojos que la vista del árbol prohibido había manchado, al cerrarlos el diablo. Entran en el sepulcro, para que, sepultadas con el Señor, resucitaran a la plena salvación de la fe. Si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, juntamente lo seremos también en la de su resurrección (Rom 6,5).

Id, decid a sus discípulos (Mt 28,7). Vuelve al varón, mujer ya sanada, y persuádele la fe, tú que le persuadiste la incredulidad; lleva al hombre el indicio de la resurrección del Señor, tú que antes le llevaste el consejo de la tentación y de la ruina.

Sermo LXXVIII.

De septima Christi manifestatione facta discipulis ad mare Tiberiadis

Post illam terris inexpertem, tremendam coelis, inauditam saeculis, inferis non ferendam tempestatem Dominicae passionis, venit ad mare Dominus, et discipulos suos nocturnis in tenebris reperit fluctuantes. Fugiente enim sole quid de splendore lunari? quid de stellis ad noctis potuit solatium remanere? Erat enim una terra et confusa caligo, quod non solum visum corporis, sed ipsum mentis caecabat obtutum: nec sinebat littus fidei, portum salutis petere, vel repetere navigantes.

Mane, inquit evangelista, jam facto, stetit Jesus in littore, non tamen cognoverunt discipuli quia Jesus est. Creatoris injuriam tota fugerat creatura: necem Domini sui mundus evitare contendit, sciens ad totam domum vindictam pertendere, in qua fuerit servorum scelere Dominator occisus. Hinc est quod suis se deserentibus fundamentis terra tremuit, sol ne videret aufugit, dies ne interesset abscessit, petrae, quia non valebant discedere per naturam, novum scinduntur per vulnus, facinus tantum sono, quia voce non poterant accusantes; infernus ubi ad se penetrare ipsum Judicem vidit victus, et ejulans, quos tenebat amisit: hinc est quod redditae corporibus suis animae resurrecturos mortuos, quos mundus putaverat deperiisse, viventibus nuntiarunt. Ergo taliter cum mundi compago tota confuso ordine fluctuaret, et ad primordiales tenebras atque antiquum chaos crederet se auctoris sui morte devolutam, subito resurrectionis suae lumine Dominus diem reducit, et orbem totum pristinum reformat in corpus, ut quem sibi taliter viderat esse compassum, suam secum suscitaret ad gloriam, dicente evangelista: Mane jam facto; id est, transacta noctae Dominicae Passionis, Stetit Jesus in littore. Ut in antiquum terminum revocaret universa, firmaret dubia, jactata compesceret, turbata componeret, et statione sua ipsa fundamenta orbis, quae sic commota fuerant, stabiliret, quo mox mundus ad sui recurreret auctoris obsequium, qui ad sui diffugerat auctoris injuriam.

Sermón LXXVIII.

Sobre la séptima manifestación de Cristo, hecha a los discípulos junto al mar de Tiberíades

Después de aquella tempestad de la Pasión del Señor, desconocida para la tierra, temible para los cielos, inaudita para los siglos, insoportable para los infiernos, vino el Señor al mar, y halló a sus discípulos fluctuando en las tinieblas de la noche. Pues, huido el sol, ¿qué pudo quedar del esplendor de la luna? ¿qué de las estrellas para consuelo de la noche? Pues la tierra era una sola y confusa oscuridad, que cegaba no solo la vista del cuerpo, sino la mirada misma de la mente: y no dejaba a los navegantes buscar ni recobrar la orilla de la fe, el puerto de la salvación.

Llegada ya la mañana, dice el evangelista, Jesús se puso en la orilla; pero los discípulos no conocieron que era Jesús (Jn 21,4). Toda la creación había huido de la injuria hecha al Creador: el mundo se esforzó por evitar la muerte de su Señor, sabiendo que la venganza alcanza a toda la casa en la que el Dominador haya sido muerto por la maldad de los siervos. De ahí que la tierra temblara al abandonarla sus cimientos, el sol huyera para no ver, el día se retirara para no estar presente, las rocas, porque no podían apartarse por naturaleza, se partieran con una herida nueva, acusando tan gran fechoría con un sonido, ya que no podían con la voz; el infierno, cuando vio que el Juez mismo penetraba hasta él, vencido y aullando, perdió a los que retenía: de ahí que las almas devueltas a sus cuerpos anunciaran a los vivos que resucitarían los muertos que el mundo había creído perecidos. Así, pues, como todo el armazón del mundo fluctuaba de tal modo en un orden confuso, y creía haber sido devuelto por la muerte de su autor a las tinieblas primordiales y al antiguo caos, de repente el Señor trae de nuevo el día con la luz de su resurrección, y reforma todo el orbe en su cuerpo primitivo, para resucitar consigo para su gloria al que había visto padecer así con él, como dice el evangelista: Llegada ya la mañana; esto es, pasada la noche de la Pasión del Señor, Jesús se puso en la orilla. Para devolver todas las cosas a su antiguo límite, afirmar lo dudoso, calmar lo agitado, ordenar lo turbado, y con su fondeadero estabilizar los cimientos mismos del orbe, que así habían sido conmovidos, de modo que el mundo volviera al punto al homenaje de su autor, él que había huido de la injuria hecha a su autor.

Mane autem facto, stetit Jesus in littore. Ut Ecclesiam praecipue, in qua discipuli amaris tunc fluctibus jactabantur, ad fidam fidei suae reduceret stationem: denique quia eos fidei virtute repererat destitutos, et a virili robore invenerat perdejectos, arguit tales pueros nuncupando, cum dicit: Pueri, numquid pulmentarium habetis? Ibi enim erat Petrus, qui negaverat. Thomas, qui dubitaverat; Joannes, qui fugerat; non ergo ut fortissimos milites, sed pueros compellat ut timidos; et quos idoneos necdum deprehendit ad praelium, ut teneros invitat ad mensam, dicendo: Pueri, numquid habetis pulmentarium? Ut humanitas ad gratiam, panis ad fiduciam, pulmentum revocaret ad fidem; corpus enim resurrexisse non crederent, nisi eum toto hominis ordine cernerent manducantem. Hinc est quod petit escas saturitas tota rerum: panis ipse manducat, quia non ille cibum, sed suorum semper esurit charitatem.

Pueri, numquid habetis pulmentarium? Responderunt ei, Non. Et quid habebant, qui Christum jam secum positum non habebant, qui coram stantem Dominum suis adhuc oculis non videbant? Non enim cognoverunt discipuli quod Jesus est. Dicit eis, Mittite in dexteram partem navis rete, et invenietis. Revocat ad dexteram, quos turbo passionis egerat et redegerat ad sinistram. Miserunt, inquit, et non poterant illud trahere a multitudine piscium. Miserant in dexteram, miserant in virilem partem, sed ut pueri adhuc trahere non valebant: senserunt tamen ex ipso pondere, senserunt pisces venisse ad jubentis imperium, non humanae artis incurrisse capturam.

Discipulus autem ille qui diligebatur a Jesu, ait: Dominus est. Primus qui diligitur videt, quia semper amoris oculus acutius intuetur, et semper vivacius qui diligit sentit. Petrus ut audivit. Quae res illam Petri sic tardaverat mentem, ut ab alio audiret Dominum, qui caeteris consueverat nuntiare? Ubi est illud ipsius singulare? Tu es Christus Filius Dei vivi, ubi est? In domo aufugerat Caiphae principis Judaeorum, tardius suum Dominum videbat, qui vocem facile ancillae susurrantis audivit.

Llegada la mañana, Jesús se puso en la orilla. Para devolver sobre todo a la Iglesia, en la que los discípulos eran entonces zarandeados por amargas olas, al fondeadero seguro de su fe: en efecto, porque los había hallado privados de la virtud de la fe, y los había encontrado del todo abatidos en su vigor varonil, los reprende llamándolos tales muchachos, cuando dice: Muchachos, ¿tenéis algo de comer? (Jn 21,5) Pues allí estaba Pedro, que había negado. Tomás, que había dudado; Juan, que había huido; no los interpela, pues, como a soldados valerosísimos, sino como a muchachos, como a temerosos; y a los que todavía no halla aptos para el combate, los invita a la mesa como a tiernos, diciendo: Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Para que la humanidad los hiciera volver a la gracia, el pan a la confianza, el guiso a la fe; pues no habrían creído que el cuerpo había resucitado si no lo veían comer con todo el modo de un hombre. De ahí que pida alimento la saciedad entera de las cosas: el pan mismo come, porque no tiene hambre de comida, sino siempre de la caridad de los suyos.

Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No (Jn 21,5). ¿Y qué tenían los que no tenían a Cristo, puesto ya junto a ellos, los que todavía no veían con sus ojos al Señor que estaba delante? Pues los discípulos no conocieron que era Jesús. Les dice: Echad la red a la parte derecha de la nave, y hallaréis (Jn 21,6). Llama de nuevo a la derecha a los que el torbellino de la Pasión había empujado y arrinconado a la izquierda. La echaron, dice, y no podían sacarla por la multitud de peces. La habían echado a la derecha, la habían echado a la parte varonil, pero, como muchachos, todavía no podían sacarla: sintieron, sin embargo, por el peso mismo, sintieron que los peces habían venido a la orden del que mandaba, no que habían caído en la captura de un arte humano.

Pero aquel discípulo a quien amaba Jesús dijo: Es el Señor (Jn 21,7). El que es amado ve primero, porque el ojo del amor mira siempre con más agudeza, y siempre siente con más viveza el que ama. Pedro, cuando oyó. ¿Qué había retardado así aquella mente de Pedro, para oír de otro al Señor, él que solía anunciarlo a los demás? ¿Dónde está aquella palabra singular suya? Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16,16): ¿dónde está? Había huido en la casa de Caifás, príncipe de los judíos; tardaba más en ver a su Señor el que con tanta facilidad había oído la voz de una criada que susurraba (Mt 26,69-70).

Ut audivit, inquit, quia Dominus est, tunica se praecinxit, erat enim nudus. Mirum! fratres, cum comprehenderetur Dominus, Joannes abjecit sindonem, et Petrus inventus est nudus: quia Joannem texit fuga, Petrum negatio sic nudavit. Mirum, fratres, et vere mirum, quia qui in navi nudatus est, in mare se demergit indutus: quia innocentia numquam nuda est, et reatus semper refugit ad velamen. Denique sicut Adam, ita et nunc Petrus post culpam suam gestit tegere nuditatem, qui fuerant ambo utique ante culpam sancta nuditate vestiti. Tunica se praecinxit, et misit se in mare. Ut mare dilueret quod negatio taliter sordidaverat. Misit se in mare. Ut esset primus in reditu, qui acceperat in ordine principatum. Et tunica se praecinxit. Qui praecingendus erat martyrii passione, dicente Domino: Alius te praecinget, et ducet quo tu non vis.

Alii autem discipuli navigio venerunt, non enim longe erant a terra, sed quasi cubitis ducentis, trahentes rete piscium. Alii navigio perveniunt, et capturam piscium trahunt, ut Ecclesiam saeculi jactatam procellis, et eos quos evangelico reti ad supernam lucem rapiunt, et elevant de profundo, ad Dominum secum fideli labore perducant. Non, inquit, longe erant a terra. Non erant longe a terra viventium, quos praesentium finis proximos esse fecerat jam futuris. Sed quasi cubitis ducentis. Ex Judaeis et gentibus centenarium numerum duplicat, qui duorum vitam salutemque jungit populorum. Reliquam partem lectionis sequenti sermone, Domino juvante, tractabimus.

Cuando oyó, dice, que era el Señor, se ciñó la túnica, pues estaba desnudo (Jn 21,7). ¡Cosa admirable, hermanos! Cuando el Señor era apresado, Juan arrojó el lienzo, y Pedro fue hallado desnudo: porque a Juan lo cubrió la huida, a Pedro así lo desnudó la negación (Mc 14,51-52). Cosa admirable, hermanos, y verdaderamente admirable, que el que en la nave fue desnudado se sumerja vestido en el mar: porque la inocencia nunca está desnuda, y la culpabilidad siempre se refugia en un velo. En efecto, como Adán, así también ahora Pedro, después de su culpa, ansía cubrir su desnudez, ellos dos que antes de la culpa habían estado ciertamente vestidos de una santa desnudez. Se ciñó la túnica, y se echó al mar. Para que el mar lavara lo que la negación había manchado así. Se echó al mar. Para ser el primero en volver el que había recibido en el orden el principado. Y se ciñó la túnica. Él, que había de ser ceñido por la pasión del martirio, como dice el Señor: Otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieres (Jn 21,18).

Pero los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos, arrastrando la red de peces (Jn 21,8). Los otros llegan en la barca, y arrastran la captura de peces, para conducir consigo al Señor, con trabajo fiel, a la Iglesia zarandeada por las tormentas del siglo, y a los que con la red evangélica arrebatan hacia la luz de lo alto y levantan de lo profundo. No estaban, dice, lejos de tierra. No estaban lejos de la tierra de los vivientes aquellos a quienes el fin de lo presente había hecho ya próximos a lo futuro. Sino como a doscientos codos. De los judíos y de los gentiles duplica el número de cien el que une la vida y la salvación de dos pueblos. La parte restante de la lectura la trataremos en el sermón siguiente, con la ayuda del Señor.

Sermo LXXIX.

De Resurrectione Christi

Quoniam Matthaei et Marci super Dominicam Resurrectionem jam cucurrimus lectiones, modo qui hinc intonuerit Lucas beatissimus exquiramus. Una, inquit, sabbati valde diluculo venerunt ad monumentum mulieres, portantes quae paraverant aromata. Saepe diximus quae circa resurrectionem Christi gesta sunt, gesta esse resurrectionis nostrae in formam: hinc est quod evangelistae sermone plus mystico quam novo factorum Christi seriem proloquuntur. Una, inquit, sabbati. Bene una, quia resurrectionis dies alteram nescit; lucis aeternae mater, noctis tempus ignorat; perpetuus dies perpetuo illucescit; resurgentium lux mori non potest; lux quae noctem delet, nescit exstingui.

Venerunt, inquit, ad monumentum portantes quae paraverant aromata: et invenerunt lapidem revolutum a monumento, et intrantes non invenerunt corpus Domini Jesu. Quid est, quod quae ante de monumento fugerant, nunc audaces redeunt ad sepulcrum: intrepidae pavidum redeunt ad funus, sepulcri tristitiam confidenter invadunt; et non invenientes Dominum, constanter quaerunt, constantius immorantur; nec illud pavescunt, quod monumento nox addita, dum tenebras generat, addit timorem? Fratres, mulier mali causa, peccati auctor, via mortis, sepulcri titulus, inferni janua, lamenti necessitas tota: ob hoc nascuntur lacrymis, mancipantur moeroribus, gemitibus addicuntur, et in lamentis tantum fortes sunt, quantum viribus inveniuntur infirmae: et quantum imparatae sunt ad labores, tantum ad lacrymas sunt paratae: hinc est quod lacrymis arma vincunt, regna fletibus inclinant, lamentis totam fortitudinem virorum frangunt. Non est ergo mirum, si ad lacrymas, ad funus, ad sepulcrum, ad obsequium Dominici corporis feminae ardentiores apostolis hic videntur; ubi mulier prima currit ad lacrymas, quae prima cucurrit ad lapsum; praecedit ad sepulcrum, quae praecessit ad mortem; fit resurrectionis nuntia, quae fuit mortis interpres; et quae viro porrexerat interitus tanti nuntium, viris ipsa porrigit magnae salutis auditum, ut compenset fidei nuntio quod perfidiae ademit auditu.

Sermón LXXIX.

Sobre la Resurrección de Cristo

Puesto que ya hemos recorrido las lecturas de Mateo y de Marcos sobre la Resurrección del Señor, indaguemos ahora cómo ha tronado sobre ella el beatísimo Lucas. El primer día de la semana, dice, muy de madrugada, vinieron las mujeres al monumento, trayendo los aromas que habían preparado (Lc 24,1). Muchas veces hemos dicho que lo que se hizo en torno a la resurrección de Cristo se hizo a la forma de nuestra resurrección: de ahí que los evangelistas expongan la serie de los hechos de Cristo con un lenguaje más místico que nuevo. El primer, dice, día de la semana. Bien dice «uno», porque el día de la resurrección no conoce otro; madre de la luz eterna, ignora el tiempo de la noche; el día perpetuo amanece perpetuamente; la luz de los que resucitan no puede morir; la luz que borra la noche no sabe extinguirse.

Vinieron, dice, al monumento, trayendo los aromas que habían preparado: y hallaron la piedra removida del monumento, y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús (Lc 24,1-3). ¿Qué significa que las que antes habían huido del monumento vuelvan ahora audaces al sepulcro: intrépidas vuelven al cadáver pavoroso, invaden confiadamente la tristeza del sepulcro; y no hallando al Señor, buscan con constancia, permanecen con más constancia; y no se llenan de pavor de que la noche añadida al monumento, al engendrar tinieblas, añada temor? Hermanos, la mujer es causa del mal, autora del pecado, camino de la muerte, título del sepulcro, puerta del infierno, toda la necesidad del lamento: por eso nacen para las lágrimas, son entregadas a las tristezas, son sujetas a los gemidos, y son tan fuertes en los lamentos cuanto débiles se las halla en las fuerzas: y cuanto menos preparadas están para los trabajos, tanto más preparadas están para las lágrimas: de ahí que con lágrimas venzan las armas, con llantos doblen los reinos, con lamentos quiebren toda la fortaleza de los varones. No es de extrañar, pues, si para las lágrimas, para el cadáver, para el sepulcro, para el homenaje al cuerpo del Señor, las mujeres parecen aquí más ardientes que los apóstoles; donde la mujer corre la primera a las lágrimas, la que corrió la primera a la caída; se adelanta al sepulcro, la que se adelantó a la muerte; se hace mensajera de la resurrección, la que fue intérprete de la muerte; y la que había tendido al varón la noticia de tan gran ruina tiende ella misma a los varones el anuncio de una gran salvación, para compensar con la noticia de la fe lo que quitó con el oído de la incredulidad.

Non est hic praeposterus ordo, sed mysticus; non postponuntur apostoli feminis, sed ad majora servantur; feminae obsequium Christi suscipiunt, apostoli Christi suscipiunt passiones; illae portant aromata, isti flagella; illae intrant sepulcrum, isti carcerem; illae ad obsequium festinant, isti pervolant ad catenas; infundunt illae oleum, isti sanguinem fundunt: mortem stupent illae, suscipiunt hi mortes. Et quid multa? Resident illae domi, ad acies isti tendunt, ut devoti milites probent adversis fidem, virtutem laboribus, injuriis patientiam, periculis mortem, vulneribus tolerantiam, devotionem poenis, viscerum laceratione constantiam. Mulieres ergo ferunt pro Christo lacrymas; apostoli, diabolo superato et victis hostibus, Christo et victoriam referunt, et triumphum.

Verum quod apostoli resurrexisse Dominum mulieribus nuntiantibus, aut non credidisse, aut deliramentum judicasse referuntur, graviter nemo arguat: alte dubitat, qui altius credit; decipi non potest, qui non est facilis auditui; ignavus nimis est, qui post exemplum invenitur incautus; rudis miles ad aciem concurrit, qui causam belli nescit, vim bellatoris ignorat; peritia est, non est segnities, cum sensim miles veteranus incedit. Sic Adam novus cito cecidit, dum cito credidit; et dum facile dat aures ad mulieris auditum, se suosque posteros pessimo addixit inimico: at veteranus Petrus feminam non facile audit, feminis nuntiantibus credit tarde, et ut veteranus deliberat, ne ut puer incurrat. Denique ubi duo ex discipulis, qui post resurrectionem Christum meruerunt itineris habere collegam, reversi, nuntiabant Dominum se vidisse, apostoli quod audiunt non delirium judicant, sed virile: dant aures, ora figunt, aperiunt oculos, corda pandunt, et quae dicuntur sic commendant sensibus, ut post cunctationis aestus sitienter bibant auditum fidei de flumine, quod collegarum lingua fundebat. Sicut ardorem sitis frigida pocula restinguunt et refrigerant, ita mentis auditus laetior fit post moerorem.

Fratres, quis causas capere Dominicae nativitatis potest? Dominicae resurrectionis negotium existimare quis meretur? Ista cogitare, capere, existimare nisi qui ab ipso Deo acceperit, non valebit: quod Creator rerum femineo creatur partu, quod mundi Dominus in servitute videtur humana, quod pastor omnium pastu indiget; reis quod addicitur, qui absolvit universos; quod punitur vita saeculi, quod mortuorum moritur suscitator, quod claudens omnia sepulcro clauditur, quod supernorum Dominus apud inferos invenitur.

No es aquí invertido el orden, sino místico; no se pospone a los apóstoles a las mujeres, sino que se los reserva para cosas mayores; las mujeres toman sobre sí el homenaje a Cristo, los apóstoles toman sobre sí las pasiones de Cristo; ellas llevan aromas, estos azotes; ellas entran en un sepulcro, estos en la cárcel; ellas se apresuran al homenaje, estos vuelan a las cadenas; ellas vierten aceite, estos derraman sangre: ellas quedan atónitas ante la muerte, estos toman sobre sí muertes. ¿Y para qué decir más? Ellas se quedan en casa, estos marchan a las líneas de batalla, para que, como soldados devotos, prueben la fe en la adversidad, la virtud en los trabajos, la paciencia en las injurias, la muerte en los peligros, el aguante en las heridas, la devoción en los castigos, la constancia en el desgarro de sus entrañas. Las mujeres, pues, llevan lágrimas por Cristo; los apóstoles, superado el diablo y vencidos los enemigos, traen a Cristo la victoria y el triunfo.

Que de los apóstoles se refiera que, al anunciarles las mujeres que el Señor había resucitado, o no lo creyeron, o lo juzgaron un desvarío, nadie lo reproche con dureza: duda hondamente el que cree más hondamente; no puede ser engañado el que no es fácil de oído; muy desidioso es el que después de un ejemplo es hallado incauto; el soldado bisoño corre a la línea de batalla, porque no conoce la causa de la guerra, ignora la fuerza del guerrero; es pericia, no es pereza, cuando el soldado veterano avanza poco a poco. Así Adán, novato, cayó pronto al creer pronto; y al prestar oídos fácilmente al relato de la mujer, se sujetó a sí y a sus descendientes al peor enemigo: pero el veterano Pedro no oye fácilmente a una mujer, cree tarde a las mujeres que anuncian, y delibera como veterano, para no lanzarse como muchacho. En efecto, cuando dos de los discípulos, que después de la resurrección merecieron tener a Cristo como compañero de camino, volvieron y anunciaban que habían visto al Señor, los apóstoles juzgan lo que oyen no un desvarío, sino algo varonil: prestan oídos, fijan los rostros, abren los ojos, despliegan los corazones, y de tal modo confían a sus sentidos lo que se dice, que tras el ardor de la vacilación beben sedientos el anuncio de la fe del río que derramaba la lengua de sus compañeros. Así como las copas frías apagan y refrescan el ardor de la sed, así el oído de la mente se vuelve más alegre después de la tristeza.

Hermanos, ¿quién puede captar las causas del nacimiento del Señor? ¿Quién merece estimar la obra de la resurrección del Señor? Pensar estas cosas, captarlas, estimarlas, no podrá nadie sino el que lo haya recibido de Dios mismo: que el Creador de las cosas es creado por un parto de mujer, que el Señor del mundo es visto en la servidumbre humana, que el pastor de todos necesita pasto; que es entregado a los reos el que absuelve a todos; que es castigada la vida del mundo, que muere el resucitador de los muertos, que el que encierra todas las cosas es encerrado en un sepulcro, que el Señor de los de arriba es hallado en los infiernos.

Qui ergo ista capere potest, apostolorum cunctationes, trepidationes, timores, fugas, latebras profunde judicans non miratur. Ergo, fratres, quod apostoli dubitant, quod ista tam tarde tanta credulitate suscipiunt, non miremur nos, qui hucusque non credimus, sed oremus ut de his tantum sentire mereamus quantum dederit ille qui divina hominem sentire largitur. Quod remansit de serie lectionis, Deo juvante, proximo sermone perscrutabimur.

Quien, pues, puede captar estas cosas, juzgando con hondura, no se admira de las vacilaciones, los temblores, los temores, las huidas, los escondites de los apóstoles. Así pues, hermanos, de que los apóstoles duden, de que reciban estas cosas tan tarde con tan gran creencia, no nos admiremos nosotros, que hasta ahora no creemos, sino oremos para merecer sentir acerca de ellas tanto cuanto conceda aquel que otorga al hombre sentir lo divino. Lo que queda de la serie de la lectura lo escrutaremos en el próximo sermón, con la ayuda de Dios.

Sermo LXXX.

De Christi Resurrectione et secunda manifestatione facta mulieribus a monumento regredientibus

Sermone proximo, quia primam partem perstrinximus lectionis, hodie quae sunt in sequentibus audiamus. Respondens, inquit, angelus dixit mulieribus: Nolite timere vos, scio enim quia Jesum, qui crucifixus est, quaeritis, non est hic; surrexit enim sicut dixit; venite, videte locum ubi positus erat Dominus. Putasne Petri, Joannis, discipulorum omnium absentia objurgatur, castigatur ignavia, quod resurgenti Christo mulieres primae solae pervigiles ardenter occurrant; ipsa etiam virilis portio sic notatur, ut ad resurrectionis gloriam muliebris praecurrat infirmitas? Absit, fratres, est istud causa, non casus; mysterium, non eventus; ordo, non culpa: nam mulier hic virum sequitur, non praecedit, ubi vir resurgit in Christo. Sentias ergo Petrum non mulieribus cessisse, sed Christo; non ancillae, sed domino; sacramento, non somno; ordini, non timori: denique jam vir erat in Christo quando ad mulieres angelus venit, ut quantum praecellit Dominus angelum, tantum vir mulierem praecederet in honore.

Nolite timere vos. Quia bonos amor possidet, malos pavor; et impios timor terret, pios solatur affectio. Nolite timere vos. Hoc est dicere: Timeat Judaeus qui tradidit, Pilatus qui addixit, qui illusit miles, quae crucifixit impietas, crudelitas amara pocula quae propinavit, saevitia quae obsedit sepultum, perfidia quae emit mendacium, fidem quae vendidit, inhumanitas quae Dominum suum resurrexisse dolet, non dolet occidisse: vos autem gaudere convenit, non timere, quia resurrexit quem quaerebatis mortuum, vivit quem lugebatis occisum.

Scio enim, quia Jesum, qui crucifixus est, quaeritis. Hoc est, quid quaeritis viventem cum mortuis? vitam quid quaeritis in sepulcro? Ite potius ad occursum viventis: et jam nolite concurrere ad morientis obsequium. Scio quia Jesum, qui crucifixus est, quaeritis: non est hic. Sic dixit angelus, quia aperuit ob hoc sepulcrum, non ut inde exiret Christus, qui ibi jam non erat, sed ut ibi Christum jam non esse monstraret.

Sermón LXXX.

Sobre la Resurrección de Cristo y la segunda manifestación, hecha a las mujeres que volvían del monumento

Puesto que en el último sermón tocamos la primera parte de la lectura, oigamos hoy lo que hay en lo que sigue. Respondiendo, dice, el ángel dijo a las mujeres: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí; pues ha resucitado como dijo; venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor (Mt 28,5-6). ¿Piensas que se reprocha la ausencia de Pedro, de Juan, de todos los discípulos, que se castiga su desidia, porque las mujeres, las primeras, solas, en vela, salen ardientemente al encuentro de Cristo que resucita; y que la porción varonil misma queda así señalada, de modo que la debilidad femenina se adelanta a la gloria de la resurrección? De ningún modo, hermanos; esto es causa, no azar; misterio, no suceso; orden, no culpa: pues aquí la mujer sigue al varón, no lo precede, donde el varón resucita en Cristo. Entiende, pues, que Pedro no cedió ante las mujeres, sino ante Cristo; no ante la criada, sino ante el señor; ante un misterio, no ante el sueño; ante el orden, no ante el temor: en efecto, el varón ya estaba en Cristo cuando el ángel vino a las mujeres, para que, cuanto el Señor aventaja al ángel, tanto precediera el varón a la mujer en honor.

No temáis vosotras. Porque a los buenos los posee el amor, a los malos el pavor; y a los impíos los aterra el temor, a los piadosos los consuela el afecto. No temáis vosotras. Es decir: Tema el judío que lo entregó, Pilato que lo condenó, el soldado que se burló de él, la impiedad que lo crucificó, la crueldad que le dio a beber amargas copas, la saña que asedió al sepultado, la incredulidad que compró la mentira, que vendió la fe, la inhumanidad que se duele de que su Señor haya resucitado, no se duele de haberlo matado: a vosotras, en cambio, os conviene alegraros, no temer, porque ha resucitado el que buscabais muerto, vive el que llorabais asesinado.

Pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. Es decir: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lc 24,5) ¿por qué buscáis la vida en un sepulcro? Id más bien al encuentro del que vive: y no acudáis ya al homenaje del que muere. Sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado: no está aquí. Así habló el ángel, porque abrió el sepulcro con este fin: no para que de allí saliera Cristo, que ya no estaba allí, sino para mostrar que Cristo ya no estaba allí.

Surrexit sicut dixit. Gemina virtus est: et redire a mortuis, et futura praescire. Venite, videte locum ubi positus erat Dominus. Venite, mulieres, venite, videte ubi Adam posuistis vos: ubi sepelistis hominem, ubi virum vestro consilio contrusistis, per quod fecistis pro servis ipsis Dominum sic jacere, et intelligite erga vos tantam magnitudinem veniae, quanta fuit Domino injuriae magnitudo. Venite, videte locum ubi positus erat Dominus. Virtus angelica esse Dominum qui crucifixus est, confitetur: et infirmitas humana discutit, utrum sit Dominus qui resurgit? Christus sic humanas suscepit passiones, ut totum quod divinitatis est, non amittat.

Et euntes cito, dicite discipulis ejus, quia surrexit, et ecce praecedet vos in Galilaeam: ibi eum videbitis. Neque hic mulieribus apostoli postponuntur, sed mulier absolvitur a reatu, dum portat vitae, portat resurrectionis auditum, quae auditum mortis portaverat et ruinae.

Et euntes, inquit, cito de monumento cum timore et gaudio magno. Mulieres intrant sepulcrum, ut fierent sepulturae participes, sociae passionis; exeunt de sepulcro, ut ante fide surgerent quam resurgerent carne. Exeuntes cum timore et gaudio magno. Et ubi est, nolite timere. Quia timor non ablatus est, sed mutatus; timor abscesserat de reatu, sed de servitio manebat; malus timor culpae, bonus reverentiae timor: Adam datum perdiderant, ne perderent ipsum redditum pertimescebant. Cum timore et gaudio magno. Scriptum est: Servite Domino cum timore et exsultate ei cum tremore. Cum timore et gaudio magno. Quia timor Domini sanctus permanet in saeculum saeculi. In sanctitate ergo manet, qui Dei permanet in timore.

Currebant nuntiare discipulis ejus, et ecce occurrit eis Jesus dicens, Avete. Fideliter currentibus occurrit Christus, ut quod fide crediderant, agnoscerent visu: et firmaret praesentia, quas adhuc trepidas habebat auditus. Occurrit eis Jesus, dicens, Avete. Occurrit ut Dominus, salutat ut parens; affectu animat, servat timore; salutat, ut per amorem serviant, non fugiant per timorem. At illae accesserunt, et tenuerunt pedes ejus. Haberi se voluit, qui passus est se teneri. Accesserunt, et tenuerunt pedes ejus. Ut scirent in capite Christi virum esse, se esse in pedibus Christi: et datum sibi virum sequi, non praeire per Christum.

Ha resucitado como dijo. Doble es el poder: volver de entre los muertos, y conocer de antemano lo futuro. Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. Venid, mujeres, venid, ved dónde pusisteis vosotras a Adán: dónde sepultasteis al hombre, dónde con vuestro consejo hundisteis al varón, por lo cual hicisteis que el Señor yaciera así por los siervos mismos; y entended que la magnitud del perdón hacia vosotras es tan grande como fue la magnitud de la injuria hecha al Señor. Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. El poder angélico confiesa que es el Señor el que fue crucificado: ¿y la debilidad humana discute si es el Señor el que resucita? Cristo asumió las pasiones humanas de tal modo que todo lo que es de la divinidad no lo pierde.

E id pronto, decid a sus discípulos que ha resucitado, y he aquí que os precederá a Galilea: allí lo veréis (Mt 28,7). Tampoco aquí se pospone a los apóstoles a las mujeres, sino que la mujer es absuelta de su culpabilidad en cuanto lleva el anuncio de la vida, lleva el anuncio de la resurrección, ella que había llevado el anuncio de la muerte y de la ruina.

Y yéndose, dice, a toda prisa del monumento con temor y gran gozo (Mt 28,8). Las mujeres entran en el sepulcro para hacerse partícipes de la sepultura, compañeras de la Pasión; salen del sepulcro para levantarse por la fe antes de resucitar en la carne. Saliendo con temor y gran gozo. ¿Y dónde queda No temáis? Porque el temor no fue quitado, sino cambiado; el temor se había apartado de la culpabilidad, pero permanecía por el servicio; malo es el temor de la culpa, bueno el temor de la reverencia: habían perdido a Adán cuando les fue dado, temían en gran manera perderlo a él mismo una vez devuelto. Con temor y gran gozo. Está escrito: Servid al Señor con temor, y exultad en él con temblor (Sal 2,11). Con temor y gran gozo. Porque el temor del Señor es santo, permanece por los siglos de los siglos (Sal 19,10). Permanece, pues, en la santidad el que persevera en el temor de Dios.

Corrían a anunciarlo a sus discípulos, y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve (Mt 28,8-9). Cristo sale al encuentro de las que corren con fidelidad, para que lo que habían creído por la fe lo reconocieran por la vista: y para afianzar con su presencia a las que el oído tenía todavía temblorosas. Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve. Les sale al encuentro como Señor, las saluda como padre; anima con el afecto, guarda con el temor; las saluda, para que sirvan por amor, no huyan por temor. Ellas se acercaron y tuvieron asidos sus pies. Quiso ser tenido el que padeció ser apresado. Se acercaron y tuvieron asidos sus pies. Para que supieran que el varón está en la cabeza de Cristo, que ellas están en los pies de Cristo: y que les ha sido dado por Cristo seguir al varón, no precederlo.

Dicit eis, Nolite timere. Quod dixerat angelus, dicit et Dominus, ut quas firmaverat angelus, Christus redderet firmiores. Sed ite, dicite fratribus meis, ut eant in Galilaeam, ibi me videbunt. Resurgens a mortuis, Christus resumpsit hominem, non reliquit: vocat ergo fratres, quos corporis sui fecit esse germanos; vocat fratres, quos Patris sui adoptavit in filios; vocat fratres, quos benignus haeres sibi praestitit cohaeredes.

Sed resurgente Christo impietas qualiter resurgat audite: Ecce venerunt quidam de custodibus in civitatem, et nuntiaverunt principibus sacerdotum omnia quae facta fuerant. At illi congregati cum senioribus consilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus dicentes, dicite, quia venerunt nocte discipuli ejus, et furati sunt eum dormientibus nobis. Qui dant pecuniam, non perdenda comparant, sed servanda; Judaei, vendente Juda, emerunt, ut perderent Christum; nunc pecuniam copiosam, ut se legem, templum, patriam perderent, effuderunt. Viri sanguinum, et dolosi, statuunt pretium falsitatis, perfidiae conficiunt instrumentum, commercio crudeli fraudem fidei, veritatis latrocinium nundinantur: corrumpunt milites, ut furtum vocent quod erat resurrectionis arcanum: Venerunt discipuli ejus nocte, et furati sunt eum. Non contenti interfecisse magistrum, quomodo discipulos possent perdere moliuntur, discipulorum crimen esse faciunt virtutem magistri. Venerunt nocte discipuli ejus, et furati sunt eum. Plane amiserunt milites, perdiderunt Judaei; sed discipuli magistrum suum, non furto, sed fide; virtute, non fraude; sanctitate, non crimine; vivum, non mortuum sustulerunt: hinc est, quod in Galilaeam, ut eum possint videre, mittuntur, quia Deus in loco perfidiae non videtur.

Quod autem dixit: Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Qui ipse in se sibi dederit, hoc declarat, probante Apostolo, cum dicit: Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi. Filius Dei Virginis filio, Deus homini, divinitas carni contulit, quod semper cum Patre possedit, et Spiritu. Et ideo ait: Ite, baptizate omnes gentes in nomine Patris et Filii, et Spiritus sancti. Ut omnes gentes potestas una, eademque recrearet ad salutem, quas crearat ad vitam. Et ecce, inquit, ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi. Est semper nobiscum, qui cum Patre est semper, et veniet nobis per hoc quod assumpsit ex nobis. Et quid plura, fratres? Quod nascitur, quod patitur, quod resurgit, quod accipit, non est, non est necessitatis suae, nostrae est hoc salutis.

Les dice: No temáis (Mt 28,10). Lo que había dicho el ángel lo dice también el Señor, para que a las que el ángel había afianzado Cristo las hiciera más firmes. Pero id, decid a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán. Resucitando de entre los muertos, Cristo volvió a tomar al hombre, no lo dejó: llama, pues, hermanos a los que hizo consanguíneos de su cuerpo; llama hermanos a los que adoptó como hijos de su Padre; llama hermanos a los que, heredero benigno, se dio como coherederos.

Pero oíd cómo, al resucitar Cristo, resucita la impiedad: He aquí que algunos de los guardias vinieron a la ciudad, y anunciaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido (Mt 28,11). Y ellos, reunidos con los ancianos y tomado consejo, dieron abundante dinero a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos (Mt 28,12-13). Los que dan dinero no compran cosas para perderlas, sino para guardarlas; los judíos, al vender Judas, compraron para perder a Cristo; ahora derramaron abundante dinero para perderse a sí mismos, la Ley, el templo, la patria. Hombres sanguinarios y dolosos, fijan el precio de la falsedad, redactan el instrumento de la incredulidad, con un comercio cruel trafican con el fraude de la fe, con el latrocinio de la verdad: corrompen a los soldados, para que llamen hurto a lo que era el arcano de la resurrección: Vinieron de noche sus discípulos, y lo robaron. No contentos con haber dado muerte al maestro, maquinan cómo podrían perder a los discípulos; hacen del poder del maestro el crimen de los discípulos. Vinieron de noche sus discípulos, y lo robaron. Claramente lo dejaron ir los soldados, lo perdieron los judíos; pero los discípulos se llevaron a su maestro, no con hurto, sino con fe; con virtud, no con fraude; con santidad, no con crimen; vivo, no muerto: de ahí que se los envíe a Galilea para que puedan verlo, porque Dios no es visto en el lugar de la incredulidad.

En cuanto a lo que dijo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt 28,18). Declara esto: que él mismo se la dio a sí mismo en sí mismo, como lo prueba el Apóstol cuando dice: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo (2 Cor 5,19). El Hijo de Dios al hijo de la Virgen, Dios al hombre, la divinidad a la carne, confirió lo que siempre poseyó con el Padre, y el Espíritu. Y por eso dice: Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19). Para que una sola y misma potestad recreara para la salvación a todas las gentes que había creado para la vida. Y he aquí, dice, que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mt 28,20). Está siempre con nosotros el que está siempre con el Padre, y vendrá a nosotros por lo que asumió de nosotros. ¿Y qué más, hermanos? Que nace, que padece, que resucita, que recibe, no es, no es por necesidad suya: esto es por nuestra salvación.

Sermo LXXXI.

De quinta Christi manifestatione facta discipulis, cum Thomas abesset

Dum rebellis Judaea Creatorem suum debellare contendit, et in auctoris sui necem levat impias manus, terris abstulit pacem, concordiam rerum solvit, elementorum sic foedus rupit, ut mundum totum ad chaos revocaret antiquum: denique diem fugat, noctem invadit, lucem tenebris, coelum rebus aufert, facit tremere terram, miscet mortuos vivis, inferos, superosque confundit, et dissipato ordine in creatoris injuriam pacificum nil penitus, amicum penitus nil reliquit. Hinc est quod reversus ab inferis Christus, ut rebus pacem reddat, exclamat: Pax vobis.

Dum haec loquuntur, inquit, discipuli, Jesus stetit in medio eorum, et dicit eis: Pax vobis. Bene addit vobis, quia jam terra steterat, dies redierat, sol recurrerat, et ordinem suum compago mundi redditum jam tenebat. Discipulis autem manebat adhuc bellum, et collidebat eos acriter fidei perfidiaeque conflictus. Non sic terram, sicut discipulorum cordi turbo concusserat passionis: et ideo animos eorum credulitatis et incredulitatis acies pertinaci dimicatione vastabat: insistebant mentibus eorum cogitationum catervae, et excursibus desperationis ac spei, robusta licet pectora, rumpebantur. Inter miracula innumerosa signorum Christi, et multimoda passionis ejus genera, inter deitatis insignia, et imbecilla carnis, inter mortis damna, et dona vitae, discipulorum sensus, mentesque ferebantur: nunc spiritus eorum tollebatur ad coelum, nunc eorum animae collidebantur in terram; et in intimis eorum tali procella saeviente, portum quietis nullum, nullam stationem pacis poterant invenire. Hoc videns scrutator pectorum Christus, qui jubet ventis, procellis imperat et solo nutu tempestates tranquillitate commutat, mox eos sua pace confirmat, dicens: Pax vobis, ego sum, nolite timere.

Sermón LXXXI.

Sobre la quinta manifestación de Cristo, hecha a los discípulos cuando Tomás estaba ausente

Mientras la rebelde Judea se empeña en vencer en guerra a su Creador, y levanta manos impías para dar muerte a su autor, quitó la paz a las tierras, disolvió la concordia de las cosas, rompió de tal modo el pacto de los elementos que devolvió el mundo entero al antiguo caos: en efecto, pone en fuga al día, invade la noche, quita con las tinieblas la luz, a las cosas el cielo, hace temblar la tierra, mezcla a los muertos con los vivos, confunde los infiernos y lo de arriba, y, disipado el orden para injuria del Creador, no dejó nada en absoluto pacífico, nada en absoluto amigo. De ahí que Cristo, vuelto de los infiernos, para devolver la paz a las cosas, exclame: La paz con vosotros (Lc 24,36).

Mientras los discípulos, dice, hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dice: La paz con vosotros. Bien añade «con vosotros», porque ya la tierra se había detenido, el día había vuelto, el sol había regresado, y el armazón del mundo tenía ya restituido su orden. Para los discípulos, en cambio, todavía seguía la guerra, y el conflicto de la fe y de la incredulidad los hacía chocar con violencia. No sacudió el torbellino de la Pasión la tierra tanto como el corazón de los discípulos: y por eso los ejércitos de la creencia y de la increencia devastaban sus ánimos con pertinaz combate: acosaban sus mentes tropas de pensamientos, y con las incursiones de la desesperación y de la esperanza se quebraban sus pechos, aunque robustos. Entre los innumerables milagros de los signos de Cristo, y los múltiples géneros de su Pasión, entre las insignias de la deidad y las flaquezas de la carne, entre los daños de la muerte y los dones de la vida, los sentidos y las mentes de los discípulos eran llevados de aquí para allá: ora su espíritu era elevado al cielo, ora sus almas eran estrelladas contra la tierra; y desatándose tal tormenta en su interior, no podían hallar ningún puerto de quietud, ningún fondeadero de paz. Viendo esto Cristo, escrutador de los pechos, que manda a los vientos, impera a las tormentas y con solo un gesto cambia las tempestades en calma, en seguida los afianza con su paz, diciendo: La paz con vosotros, yo soy, no temáis.

Ego sum crucifixus ille, mortuus, sepultus. Ego sum. Per me Deus, per vos homo. Ego sum. Non spiritus in figura carnis, sed ipsa veritas in carne. Ego sum. Ego ex mortuis sum vivus, ex inferis sum supernus. Ego sum, quem mors fugit, inferna tremuerunt: tartarus Deum confessus est, cum pavescit. Nolite timere, Petre, quod negaveris, quod fugeris tu, Joannes, quod deseruistis omnes, quod infidelibus de me totis cogitationibus judicastis, quod adhuc non creditis, me videntes. Nolite timere, ego sum. Qui vos per gratiam vocavi, elegi per veniam, pietate sustinui, charitate portavi, et modo vos sola bonitate suscipio, quia culpas videre nescit Pater cum Filium recipit, suos affectio cum resumit.

Conturbati, inquit, et conterriti existimabant se spiritum videre. Quare? quia clausis ostiis intraverat Dominus. Discipuli ergo consternati moeroris somno, dabant Christo non quod potest divina virtus, sed quod natura recipit humana. Putabant se spiritum videre. Namque spiritus hominis in utero septa transit, penetrat muros, ut clauso corpore intret corpus inclusum: sic anima quando dat vitae finem, a corporis dulci contubernio cum recedit, domorum claustris, mundanis obstaculis non tenetur: substantia coelestis terrenis ergastulis nescit includi, juxta illud: Spiritus nescis unde veniat, aut quo vadat. Discipuli ergo post resurrectionem clausis ostiis Domino ingresso reportasse eum soliditatem corporis non credebant, in imaginem carnis solam rediisse animam suspicantes, ut dormientibus solent corporeae imagines apparere. Existimabant se, inquit, spiritum videre. Ergo, sicut diximus, in discipulis non sedabantur cogitationum bella, sed magis magisque cogitationum bella crescebant, et tumultus mentium ipsis etiam visionibus augebatur; et unde resurrectionis asserebatur fides, inde totius cunctationis scrupulus nascebatur. Quod venerat, erat res; quod clausis ostiis intraverat, fides non erat: non erat fides, sed virtus erat; humanum non erat, sed homo erat, ut esset verum corpus in deitatis potentia, non inanis carnis species in resurrectionis injuriam.

Ergo ad comprimendos ex hoc nascentes conflictus cogitationum, respondit Christus: Quid turbati estis? et cogitationes ascendunt in corda vestra? Bene ascendunt, non descendunt: quia depressae carnis pondere cogitationes humanae ad altum Dei mysterium conantur ascendere, et conatibus in ipsis franguntur, ruunt, deponuntur ad terram, nisi ille juverit, qui donat homini cogitare divina. Quid turbati estis? et cogitationes ascendunt in corda vestra?

«Yo soy aquel crucificado, muerto, sepultado. Yo soy. Por mí Dios, por vosotros hombre. Yo soy. No un espíritu en figura de carne, sino la verdad misma en la carne. Yo soy. Yo, de entre los muertos, soy el vivo; de los infiernos, soy el de arriba. Yo soy, aquel de quien huyó la muerte, ante quien temblaron los infiernos: el Tártaro confesó a Dios cuando se llenó de pavor. No temáis: tú, Pedro, por haber negado; tú, Juan, por haber huido; todos, por haber desertado; por haber juzgado de mí con pensamientos del todo infieles; por no creer todavía, aun viéndome. No temáis, yo soy. Yo, que os llamé por la gracia, os elegí por el perdón, os sostuve por la piedad, os llevé por la caridad, y ahora os acojo por sola bondad, porque un padre no sabe ver las culpas cuando recibe a su hijo, cuando el afecto vuelve a tomar a los suyos».

Turbados, dice, y aterrados, creían ver un espíritu (Lc 24,37). ¿Por qué? porque el Señor había entrado estando cerradas las puertas. Los discípulos, pues, aturdidos por el sueño de la tristeza, atribuían a Cristo no lo que puede el poder divino, sino lo que admite la naturaleza humana. Creían ver un espíritu. Pues el espíritu del hombre atraviesa en el seno los cercos, penetra los muros, para entrar, cerrado el cuerpo, en el cuerpo encerrado: así el alma, cuando da fin a la vida, cuando se aparta de la dulce convivencia del cuerpo, no es retenida por los cerrojos de las casas, por los obstáculos mundanos: una sustancia celestial no sabe ser encerrada en cárceles terrenas, según aquello: El espíritu, no sabes de dónde viene, ni adónde va (Jn 3,8). Los discípulos, pues, no creían que el Señor, habiendo entrado después de la resurrección a puertas cerradas, hubiera traído de nuevo la solidez del cuerpo, suponiendo que solo el alma había vuelto en imagen de carne, como suelen aparecerse imágenes corpóreas a los que duermen. Creían, dice, ver un espíritu. Así pues, como hemos dicho, en los discípulos no se apaciguaban las guerras de los pensamientos, sino que las guerras de los pensamientos crecían más y más, y el tumulto de las mentes se acrecentaba con las mismas visiones; y de donde se afirmaba la fe de la resurrección, de allí nacía el escrúpulo de toda vacilación. Que hubiera venido era un hecho; que hubiera entrado a puertas cerradas no era fe: no era fe, sino poder; no era humano, pero era hombre; para que fuese un cuerpo verdadero en la potencia de la deidad, no una vana apariencia de carne para injuria de la resurrección.

Así pues, para reprimir los conflictos de pensamientos que de esto nacían, respondió Cristo: ¿Por qué estáis turbados? ¿y suben pensamientos a vuestros corazones? (Lc 24,38) Bien suben, no bajan: porque los pensamientos humanos, oprimidos por el peso de la carne, intentan subir al alto misterio de Dios, y en sus mismos esfuerzos se quiebran, se derrumban, son depuestos a tierra, a no ser que ayude aquel que concede al hombre pensar lo divino. ¿Por qué estáis turbados? ¿y suben pensamientos a vuestros corazones?

Videte manus meas et pedes. Videte, hoc est dicere, Vigilate. Quare? Quia non est somnium quod videtis. Videte manus meas et pedes. Quia gravatis oculis caput adhuc respicere non potestis; videte carnis vulnera, quia Dei opera non videtis, considerate inimicorum titulos, quia Dei adhuc non considerastis insignia, palpate, ut vel manus fidem faciat, quia videns oculus, sic caecatur: oculus non videt, videat tactus; digiti vestri intrent vestigia clavorum, manus vestrae alta vulneris exquirant, aperite manuum foramina, sulcate latus, renovate vulnera, quia negare non possum discipulis ad fidem, quod inimicis in poenam saevientibus non negavi; palpate, palpate, et usque ad ossa inquisitores ardui pervenite, ut vel ossa carnis astruant veritatem, et me esse ipsum vel vulnera servata testentur. Rogo quare me resurrexisse non creditis, qui innumeros mortuos sub vestris oculis suscitavi? Nisi forte virtus quae aliis adfuit, mihi defuit, juxta illam vocem quae mihi pendenti insultavit in cruce, dicens: Alios salvos fecit, seipsum salvum facere non potest: si rex Israel est, descendat de cruce, et credemus ei. Et quid est majus, excussis clavis descendere de cruce, aut ab inferis calcata morte conscendere? Ecce et meipsum salvum feci, et ruptis inferni vinculis ad superna conscendi, et tamen neque apud vos fidem meae deitatis inveni. Aut forte triduana mors abnegat fidem credendi? Nonne quatriduanum Lazarum jam fetentem vobis coram vocavit ab inferis vox mea, mea jussio revocavit ad vitam? Et si servus quatriduanus surgit, cur triduanus Dominus non resurget?

Adhuc autem illis non credentibus prae gaudio et mirantibus. Votiva gaudia et cum data fuerint, vix creduntur; optata cum perveniant, dant stuporem: hinc est quod apostoli resurrectionem Christi celeriorem quam speraverant admirantur; et quod credunt tardius, non est perfidiae, sed amoris, scrutantes enim taliter fidem non abnegant, sed requirunt; et dum intendunt altius, verum esse quod intuentur exoptant.

Fratres, discipulos ad ista tardos, stupidos ad tanta, non perfidiae timor, sed causae praestitit magnitudo; visa non videre, nescire scita, credita non credere, non incredulitas facit, sed miraculum singulare. Fratres, ad virtutes natura est nimis infans, quae nisi per Deum creverit, capere matura non potest, non valet perfecta sentire. Deus ergo quod per nos non possumus, ipse nos capere per se, et sentire concedat.

Ved mis manos y mis pies (Lc 24,39). Ved: es decir, «Velad». ¿Por qué? Porque no es un sueño lo que veis. Ved mis manos y mis pies. «Porque con los ojos cargados todavía no podéis mirar a la cabeza, ved las heridas de la carne, ya que no veis las obras de Dios; considerad los títulos de los enemigos, ya que todavía no habéis considerado las insignias de Dios; palpad, para que al menos la mano dé fe, ya que el ojo que ve está así cegado: el ojo no ve, vea el tacto; entren vuestros dedos en las huellas de los clavos, escudriñen vuestras manos lo hondo de la herida, abrid los agujeros de las manos, surcad el costado, renovad las heridas, porque no puedo negar a los discípulos para la fe lo que no negué a los enemigos que se ensañaban para el castigo; palpad, palpad, y llegad hasta los huesos, ardorosos indagadores, para que al menos los huesos sostengan la verdad de la carne, y las heridas conservadas atestigüen que soy yo mismo. Pregunto: ¿por qué no creéis que he resucitado yo, que resucité ante vuestros ojos a innumerables muertos? A no ser que acaso el poder que estuvo presente para otros me faltara a mí, según aquella voz que me insultó cuando pendía en la cruz, diciendo: Salvó a otros, a sí mismo no puede salvarse: si es el rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en él (Mt 27,42). ¿Y qué es mayor, sacudirse los clavos y bajar de la cruz, o subir de los infiernos pisoteando la muerte? He aquí que me he salvado a mí mismo, y, rotas las cadenas del infierno, he subido a lo alto, y sin embargo ni siquiera entre vosotros he hallado fe en mi deidad. ¿O acaso una muerte de tres días niega la fe del creer? ¿No llamó mi voz de los infiernos, ante vosotros, a Lázaro, de cuatro días y ya hediondo, no lo volvió a llamar a la vida mi mandato? Y si un siervo de cuatro días se levanta, ¿por qué no ha de resucitar el Señor de tres días?»

Pero como ellos todavía no creían por el gozo, y estaban maravillados (Lc 24,41). Los gozos deseados, aun cuando han sido dados, apenas se creen; lo anhelado, cuando llega, causa estupor: de ahí que los apóstoles se admiren de una resurrección de Cristo más rápida de lo que habían esperado; y que crean más tarde no es de incredulidad, sino de amor, pues, escrutando así la fe, no la niegan, sino que la buscan; y mientras miran más hondo, ansían que sea verdadero lo que contemplan.

Hermanos, no fue el temor de la incredulidad, sino la magnitud de la causa, lo que hizo a los discípulos tardos para estas cosas, atónitos ante cosas tan grandes; no ver lo visto, no saber lo sabido, no creer lo creído, no lo hace la increencia, sino un milagro singular. Hermanos, para los prodigios la naturaleza es harto infante: si no crece por Dios, no puede captar lo maduro, no es capaz de sentir lo perfecto. Dios, pues, conceda él mismo que lo que no podemos por nosotros lo captemos por él, y lo sintamos.

Sermo LXXXII.

De Christi resurrectione, et quarta manifestatione facta duobus euntibus in castellum

Quoniam Matthaeus sanctus jam nobis quae de resurrectione Domini cognoverat salutariter indicavit, hodie quid etiam beatus referat Marcus audiamus. Et cum transisset, inquit, sabbatum, Maria Magdalena, et Maria Jacobi et Salome, emerunt aromata, ut venientes ungerent Jesum. Mulieres hoc loco feminea devotione discurrunt, quae non ut viventi fidem, sed ut mortuo unguenta deferunt ad sepulcrum, et ut sepulto parant moeroris obsequia, non ut resurgenti divinorum gaudia triumphorum. Mortem Christus, ut mors moreretur, accepit; Christus dum occiditur, illud quod omnes occidebat occidit, sepulcrum Christus infernum patefacturus intravit. Soluta ergo lege tartari, et inferni carcere destructo, et ipso mortis imperio perempto, jam Christus non est ungendus ut mortuus, sed adorandus ut victor. Mulieres pernoctant, vigilant, insomnes agunt, obscura penetrant erumpentis aurorae: unde etiam lucem dubiam non minus cordis videntur sustinere quam corporis.

Et valde mane, inquit, una sabbatorum, veniunt ad monumentum orto jam sole. Si valde mane, quomodo orto jam sole? Sic nescit evangelista quid dicat? Evangelista quid dicat scit, sed quid audiat, qui non didicerit nescit, non est erroris ista relatio, veritatis est: nec lapsum patitur sermonis humani, sed rei gestae coelitus aperit veritatem. Dixerat: Ab hora sexta, usque ad horam nonam tenebrae factae sunt; ergo sol qui praeter horam ut Domino compateretur abscesserat, claritate cum resurgeret Dominus ante tempus occurrit: et qui ut suo commoreretur auctori, ipsam meridianam suam mortificaverat claritatem, ut consurgeret auctori suo, evictis tenebris, antelucanus erupit. Valde mane. Quia tunc sol ut mane faceret manicavit; et qui ante noctem fugerat, nunc ipse noctem praevenit fugaturus, ut reddat luci nox horas quas terror Dominicae passionis invaserat.

Sermón LXXXII.

Sobre la resurrección de Cristo, y la cuarta manifestación, hecha a los dos que iban a la aldea

Puesto que san Mateo ya nos ha indicado para nuestra salvación lo que había conocido de la resurrección del Señor, oigamos hoy qué refiere también el bienaventurado Marcos. Y cuando pasó el sábado, dice, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas, para venir a ungir a Jesús (Mc 16,1). Las mujeres en este lugar se afanan con devoción femenina, ellas que llevan al sepulcro no la fe, como a un vivo, sino ungüentos, como a un muerto, y le preparan, como a un sepultado, los homenajes de la tristeza, no, como a quien resucita, los gozos de los triunfos divinos. Cristo aceptó la muerte para que la muerte muriese; Cristo, al ser muerto, mató aquello que a todos mataba; Cristo entró en el sepulcro para abrir el infierno. Disuelta, pues, la ley del Tártaro, destruida la cárcel del infierno, y aniquilado el imperio mismo de la muerte, Cristo ya no ha de ser ungido como muerto, sino adorado como vencedor. Las mujeres pasan la noche, velan, permanecen insomnes, penetran la oscuridad de la aurora que irrumpe: por eso parecen sufrir una luz dudosa no menos del corazón que del cuerpo.

Y muy de mañana, dice, el primer día de la semana, vienen al monumento, salido ya el sol (Mc 16,2). Si muy de mañana, ¿cómo salido ya el sol? ¿Así que no sabe el evangelista lo que dice? El evangelista sabe lo que dice, pero lo que oye no lo sabe el que no ha aprendido; este relato no es de error, es de verdad: no admite el desliz de la palabra humana, sino que descubre la verdad de un hecho obrado desde el cielo. Había dicho: Desde la hora sexta hasta la hora nona se hicieron tinieblas (Mc 15,33); así, el sol, que fuera de su hora se había retirado para padecer con el Señor, cuando el Señor resucitaba le salió al encuentro con su claridad antes de tiempo: y el que, para morir con su autor, había mortificado su misma claridad de mediodía, irrumpió antes del alba, vencidas las tinieblas, para levantarse con su autor. Muy de mañana. Porque entonces el sol madrugó para hacer la mañana; y el que antes había huido anticipándose a la noche, ahora se adelanta él mismo a la noche para ahuyentarla, para que la noche devuelva a la luz las horas que el terror de la Pasión del Señor había invadido.

Dicebant, inquit, ad invicem: Quis revolvet nobis lapidem ab ostio monumenti? Ab ostio monumenti, an cordis? a sepulcro, an ab oculis? Mulieres, obseratum est pectus, oculi sunt clausi: et ideo patefacti sepulcri gloriam non videtis, oleum non corpori Dominico, sed lucernae cordis vestri, si videre desideratis, infundite, ut luce fidei pateat quod clauditur incredulitatis obscuro. Et respicientes, inquit, viderunt lapidem revolutum, erat quippe magnus valde. Plane magnus, et magnus valde, et plus jam magnus merito quam forma, qui creatoris mundi corpus et claudere et operire suffecit.

Et introeuntes monumentum, viderunt juvenem sedentem a dextris, coopertum stola candida. Introierunt sepulcrum, ut consepultae Christo, Christo consurgerent de sepulcro, et impleretur illud Apostoli: Consepulti estis ei in baptismo, in quo et resurrexistis. Vident juvenem, ut cernerent nostrae resurrectionis aetatem; vident juvenem, quia nescit resurrectio senectutem, neque aetates recipit aeterna perfectio. Homo ubi nescit nasci, mori nescit; et ubi nasci morique nescit, ibi aetatum nec admittit detrimentum, nec indiget incrementis. Vident juvenem sedentem a dextris, quia resurrectio recipit nil sinistrum. Vias, inquit, quae a dextris sunt, novit Dominus. Et, Tunc statuet justos ad dexteram suam. Orate, fratres, ut et nos moriamur vitiis, sepeliamur temporalibus pompis, ut aeternitati resurgamus in Christo, et a dextris positi mereamur audire: Venite, benedicti Patris mei, percipite regnum quod vobis paratum est ab origine mundi.

Coopertum stola candida. Stola ista non ex mortali vellere, sed ex virtute vitali; splendens coelesti lumine, non colore terreno; et clara Creatoris munere, non arte fullonis, dicente Propheta: Amictus lumen sicut vestimentum, et de justis: Tunc justi fulgebunt sicut sol. Terreni terrenis velati sunt vestimentis; et ideo sicut novitate splendent, ita vetustate sordescunt: coelestes vero amictu coelestis luminis ambiuntur, et a terreno squalore suspensi, nec foedantur vetustate umquam, nec ullis sordibus obscurantur; sed vestes quas semel dederit resurrectio, perpetuo lumine vestiuntur.

Decían, dice, entre sí: ¿Quién nos hará rodar hacia atrás la piedra de la puerta del monumento? (Mc 16,3) ¿De la puerta del monumento, o del corazón? ¿del sepulcro, o de los ojos? Mujeres, el pecho está cerrado con cerrojo, los ojos están cerrados: y por eso no veis la gloria del sepulcro abierto; derramad el aceite no sobre el cuerpo del Señor, sino sobre la lámpara de vuestro corazón, si deseáis ver, para que con la luz de la fe quede patente lo que se encierra en la oscuridad de la increencia. Y mirando, dice, vieron la piedra removida, pues era muy grande (Mc 16,4). Grande, en verdad, y muy grande, y ya grande más por el mérito que por la forma, la que bastó para encerrar y cubrir el cuerpo del Creador del mundo.

Y entrando en el monumento, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una túnica blanca (Mc 16,5). Entraron en el sepulcro para que, sepultadas con Cristo, resucitaran con Cristo del sepulcro, y se cumpliera aquello del Apóstol: Fuisteis sepultados con él en el bautismo, en el cual también habéis resucitado (Col 2,12). Ven a un joven, para que distinguieran la edad de nuestra resurrección; ven a un joven, porque la resurrección no conoce la vejez, ni la perfección eterna admite edades. El hombre, donde no sabe nacer, no sabe morir; y donde no sabe nacer ni morir, allí ni admite el menoscabo de las edades ni necesita de sus incrementos. Ven a un joven sentado a la derecha, porque la resurrección no admite nada siniestro. Los caminos, dice, que están a la derecha los conoce el Señor (Prov 4,27). Y: Entonces pondrá a los justos a su derecha (Mt 25,33). Orad, hermanos, para que también nosotros muramos a los vicios, seamos sepultados a las pompas temporales, para resucitar a la eternidad en Cristo, y, puestos a la derecha, merezcamos oír: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (Mt 25,34).

Cubierto con una túnica blanca. Esa túnica no es de vellón mortal, sino de poder vital; resplandeciente de luz celestial, no de color terreno; y clara por don del Creador, no por arte del batanero, como dice el Profeta: Envuelto en la luz como en un vestido (Sal 104,2), y de los justos: Entonces los justos brillarán como el sol (Mt 13,43). Los terrenos se cubren con vestiduras terrenas; y por eso, así como brillan por la novedad, así se ensucian por la vetustez: los celestiales, en cambio, se envuelven en un manto de luz celestial, y, elevados por encima de la mugre terrena, ni se afean jamás por la vetustez ni se oscurecen con mancha alguna; sino que las vestiduras que una vez haya dado la resurrección se visten de luz perpetua.

At illae exeuntes de monumento, fugerunt; invaserat enim illas tremor et pavor. Angelus sedet in monumento, de monumento fugiunt mulieres; quia ille de coelesti substantia confidit, turbantur istae de conditione terrena. Sepulcrum qui mori non potest timere nescit; mulieres autem et de facto tremunt, et sepulcrum sicut mortales adhuc mortaliter expavescunt: hinc est quod nemini quidquam dicunt. Et nemini quidquam dixerunt. Quia mulieribus audire, non loqui datum est; discere datum est, non docere, dicente Apostolo: Mulieres in Ecclesia taceant. Denique eadem Maria postea et vadit, et nuntiat, sed jam non feminam, sed Ecclesiam gestans, ut ibi sicut femina taceat, hic ut Ecclesia enuntiet et loquatur.

Post haec, inquit, duobus ex his ambulantibus ostensus est. Quare non tribus, quare non quatuor, sed duobus? Quia duobus populis, id est, gentibus et Judaeis, resurrectionis fides hic praedicanda monstratur: unde, sicut diximus, probatur in duabus feminis, ut in discipulis duobus Ecclesiam unam figurari. Ostensus est in alia effigie. Nemo putet Christum sua resurrectione sui vultus effigiem commutasse, ut qui in vulnere erat ipse, alter esset in vultu; sed mutatur effigies, dum efficitur ex mortali immortalis, et ex corruptibili incorruptibilis, ut hoc sit mutasse substantiam, non mutasse personam, et acquisivisse vultus gloriam, non vultus notitiam perdidisse. Et ne festinus sermo aut fugiat, aut transvolet quaestiones, quod sequitur proximo sermone, Domino revelante, innotescamus.

Pero ellas, saliendo del monumento, huyeron; pues las había invadido el temblor y el pavor (Mc 16,8). El ángel se sienta en el monumento, las mujeres huyen del monumento; porque él confía en su sustancia celestial, ellas se turban por su condición terrena. No sabe temer el sepulcro quien no puede morir; las mujeres, en cambio, tiemblan por lo sucedido, y, como mortales todavía, temen mortalmente el sepulcro: de ahí que no digan nada a nadie. Y no dijeron nada a nadie (Mc 16,8). Porque a las mujeres se les ha dado oír, no hablar; se les ha dado aprender, no enseñar, como dice el Apóstol: Las mujeres callen en la iglesia (1 Cor 14,34). En efecto, la misma María después va y anuncia, pero llevando ya no a la mujer, sino a la Iglesia, para que allí, como mujer, calle, y aquí, como Iglesia, proclame y hable.

Después de esto, dice, se mostró a dos de ellos que iban de camino (Mc 16,12). ¿Por qué no a tres, por qué no a cuatro, sino a dos? Porque aquí se muestra que la fe de la resurrección ha de predicarse a dos pueblos, es decir, a los gentiles y a los judíos: por eso, como hemos dicho, se prueba en las dos mujeres, como en los dos discípulos, que se figura una sola Iglesia. Se mostró bajo otro aspecto. Nadie piense que Cristo con su resurrección cambió el aspecto de su rostro, de modo que el que era él mismo en la herida fuera otro en el rostro; sino que se cambia el aspecto en cuanto de mortal se hace inmortal, y de corruptible incorruptible, de modo que esto es haber cambiado de sustancia, no haber cambiado de persona, y haber adquirido la gloria del rostro, no haber perdido el reconocimiento del rostro. Y para que un sermón apresurado no huya de las cuestiones ni pase volando sobre ellas, demos a conocer en el próximo sermón lo que sigue, según lo revele el Señor.

Sermo LXXXIII.

De nona Christi manifestatione facta recumbentibus undecim discipulis

Hodie beatus evangelista sic retulit apostolos in ipso crucis tempore mensis deditos inhiantes epulis, conviviis occupatos, Dominicae passionis oblitos. Recumbentibus, inquit, illis undecim, apparuit Dominus. Recumbentibus, ubi? ad sepulcrum Domini, mox ad mensam servi? Haec est servorum fides? haec discipulorum charitas? hic Petri ardor? haec est Joannis de ipso Christi pectore assumpti dilectio? haec est tanto tempore, tantis donis, virtutibus tantis, affectio conquisita, ut in ipso articulo passionis, calente adhuc morte, recenti adhuc funere, exsultantibus inimicis, insultante Judaea tota, discipuli toto tori cultu, totaque discumbentium voluptate pranderent? Moysi mortuo assistunt angeli, agit sepulcri curam Deus ipse: Judaica castra sistuntur, dissimulatur iter, horrida eremi statio duratur, indicitur triginta dierum planctus, et longo lamentationis obsequio servile funus honoratur; et Christus verus unus Dominus, creator rerum, redemptor omnium, post illam tragicam passionem, post mortem, et mortem crucis, triduanus a discipulis lacrymas non meretur? Terra tremit, turbatur tartarus, scinduntur saxa, monumenta dissiliunt, sol fugit, dies sepelitur, fit nox totum, et soli discipuli alto sigmate, choro uno, toto otio, deliciis securi epulantur; et hoc, fratres, reversus ab infernis ipse sic magister invenit: Recumbentibus ergo illis undecim, apparuit Dominus et exprobravit incredulitatem eorum, et duritiam cordis, quia his qui viderant eum resurrexisse non crediderant? Ad haec, Petre fidelis, Petre devotissime, quid dicemus? Recumbentibus illis. Numquid prandentibus? Fratres, hoc non erat discumbere, sed jacere; nec convivii erat chorus ille, doloris erat ille conventus; ibi panis non erat gaudii, sed moeroris; ibi crucis felle, non vini dulcedine pocula miscebantur.

Erant, inquit, clausi propter metum Judaeorum. Si metuentes, si clausi, certe non prandentes; et si non prandentes, non erat domus illa, sed carcer; illud sigma non erat, sed sepulcrum: tunc tota ad discipulos poena Dominicae transierat passionis; et non solum lateribus eorum, sed et cordibus doloris lancea tota figebatur; tunc tristitiae clavis affixae manus eorum, pedesque tenebantur;

Sermón LXXXIII.

Sobre la novena manifestación de Cristo, hecha a los once discípulos sentados a la mesa

Hoy el bienaventurado evangelista ha presentado a los apóstoles, en el tiempo mismo de la cruz, como entregados a las mesas, ávidos de festines, ocupados en convites, olvidados de la Pasión del Señor. Estando a la mesa, dice, aquellos once, se apareció el Señor (Mc 16,14). Estando a la mesa: ¿dónde? ¿Junto al sepulcro del Señor, y en seguida a la mesa del siervo? ¿Esta es la fe de los siervos? ¿esta la caridad de los discípulos? ¿este el ardor de Pedro? ¿es este el amor de Juan, tomado del pecho mismo de Cristo? ¿es este el afecto ganado en tanto tiempo, con tantos dones, con tantos prodigios, que en el momento mismo de la Pasión, caliente todavía la muerte, reciente todavía el entierro, exultando los enemigos, insultando la Judea entera, los discípulos comieran con todo el adorno del lecho y con todo el deleite de los comensales? Muerto Moisés, lo asisten los ángeles, Dios mismo cuida de su sepulcro: se detiene el campamento de los judíos, se deja de lado el camino, se soporta la horrible estación del desierto, se proclama un duelo de treinta días, y con un largo homenaje de lamentación se honra el funeral de un siervo (Dt 34,5-8); ¿y Cristo, verdadero y único Señor, Creador de las cosas, redentor de todos, después de aquella trágica Pasión, después de la muerte, y muerte de cruz, de tres días muerto, no merece lágrimas de sus discípulos? Tiembla la tierra, se turba el Tártaro, se parten las rocas, saltan los monumentos, huye el sol, se sepulta el día, todo se hace noche, y solo los discípulos, en alto lecho, en un solo coro, en pleno ocio, banquetean seguros en sus delicias; ¿y así, hermanos, los encontró el maestro mismo, vuelto de los infiernos: Estando, pues, a la mesa aquellos once, se apareció el Señor y les reprochó su increencia y la dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado? A esto, Pedro fiel, Pedro devotísimo, ¿qué diremos? Estando ellos a la mesa. ¿Acaso comiendo? Hermanos, esto no era recostarse a la mesa, sino yacer; ni era aquel un coro de convite, era aquella una reunión de dolor; allí el pan no era de gozo, sino de tristeza; allí las copas se mezclaban con la hiel de la cruz, no con la dulzura del vino.

Estaban encerrados, dice, por miedo a los judíos (Jn 20,19). Si temían, si estaban encerrados, ciertamente no comían; y si no comían, aquella no era una casa, sino una cárcel; aquel no era un lecho, sino un sepulcro: entonces toda la pena de la Pasión del Señor había pasado a los discípulos; y no solo en sus costados, sino también en sus corazones se clavaba entera la lanza del dolor; entonces sus manos, clavadas con los clavos de la tristeza, y sus pies quedaban sujetos; entonces

tunc illis acetum, tunc fel amaritudo Judaica propinabat; tunc illis sol occidit, dies fugit; tunc illorum mentes animasque nox profundissima possidebat; tunc illos in perfidiae scopulos, in naufragium fidei cogitationum tentatio saevissima collidebat; tunc desperatio, quae est inter omnia mala pejor, et in adversis venit semper extrema, funereis illos sternebat sepulcris. Unde, sicut diximus, non discumbentes, non epulantes eos Dominus, sed jacentes invenit, sed sepultos: et ideo exprobrat incredulitatem eorum, quia tantum crediderant desperationi, ut resurrectioni praedictae a Domino nil crederent, a servis non crederent nuntiatae; atque in se nihil fidei relinquerent et salutis, sed saeculo mortui, sepulti mundo, unam domum illam, unum sibi esse omnes crederent jam sepulcrum.

Hinc est quod eos Dominus videns exemisse se mundo, ad mundum revocat, remittit in mundum, dicens: Ite in mundum universum, praedicate Evangelium universae creaturae. Venite in mundum, ut qui putatis vos in uno omnes domicilio jam jacere, subjacere vobis omnem mundum repente videatis. Venite in mundum universum, praedicate Evangelium universae creaturae. Hoc est dicere, estote vos spes omnibus, qui vobis ipsis desperationis causa fuistis; et incredulitas vestra quanta sit tunc probate, cum videritis auditui vestro mundum credere, qui credere vestro visui non potuistis; et cordis vestri quanta sit duritia tunc scitote, cum senseritis, non viso me, orbe toto gentes ferocissimas me fateri, quem positum vestris in oculis vos negastis. Videbitis in terra divisos, clausos insulis, pendentes rupibus, solitudine remotos, magorum sciolos, Graecorum querulos, Romanorum peritos fidem fide sola quaerere, quam manu, digito, sulcatis meis vulneribus vos quaesistis. Sed quia meae Passionis, meae mortis, meae resurrectionis vos mitto testes, altius vos ista perscrutatos esse concedo, dummodo cunctatio vestra fiat eis qui vobis crediturі sunt firmamentum.

Qui crediderit, inquit, et baptizatus fuerit, salvus erit. Fratres, quod est anima corpori, hoc est baptismati fides: hinc est, quod qui generatur ex fonte, ex fide vivit: Justus, inquit, ex fide vivit. Moritur ergo omnis quicumque fuerit sine fide. Qui crediderit. Quia Trinitas Deus unus est, quia in Patre et Filio et Spiritu sancto una est tota aequalitate majestas, quia Deitas Trinitate distincta est, non est unitate confusa, sed Deitate una est, est trina personis; quia Deus Trinitatis nomen est; quia Pater et Filius non censendi sunt ordine, sed aestimandi sunt charitate; quod Spiritus sanctus non est habendus inferior, plus, minusve, non ut exterior habendus est plus, minusve, quia nescit exteriora Divinitas; quia

la amargura judía les daba a beber vinagre, entonces hiel; entonces para ellos se puso el sol, huyó el día; entonces una noche profundísima poseía sus mentes y sus almas; entonces la más cruel tentación de los pensamientos los estrellaba contra los escollos de la incredulidad, en el naufragio de la fe; entonces la desesperación, que es la peor entre todos los males, y en la adversidad llega siempre la última, los tendía en sepulcros funerarios. Por eso, como hemos dicho, el Señor no los halló recostados a la mesa, no banqueteando, sino yaciendo, sino sepultados: y por eso reprocha su increencia, porque de tal modo habían creído a la desesperación, que nada creían de la resurrección predicha por el Señor, no la creían anunciada por los siervos; y no dejaban en sí nada de fe y de salvación, sino que, muertos al siglo, sepultados al mundo, todos creían que aquella sola casa era ya para ellos un solo sepulcro.

De ahí que el Señor, viendo que se habían sustraído al mundo, los llame de nuevo al mundo, los vuelva a enviar al mundo, diciendo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda la creación (Mc 16,15). Venid al mundo, para que vosotros, que pensáis que todos yacéis ya en un solo domicilio, veáis de repente que el mundo entero yace a vuestros pies. Venid a todo el mundo, predicad el Evangelio a toda la creación. Es decir: sed vosotros esperanza para todos, vosotros que fuisteis para vosotros mismos causa de desesperación; y comprobad entonces cuán grande es vuestra increencia, cuando veáis que el mundo cree lo que de vosotros oye, vosotros que no pudisteis creer lo que visteis; y sabed entonces cuán grande es la dureza de vuestro corazón, cuando sintáis que, sin haberme visto, en todo el orbe las gentes más feroces me reconocen a mí, a quien vosotros negasteis puesto ante vuestros ojos. Veréis a los divididos en la tierra, a los encerrados en islas, a los colgados de las rocas, a los apartados en la soledad, a los sabihondos de los magos, a los quejumbrosos de los griegos, a los peritos de los romanos, buscar con la sola fe la fe que vosotros buscasteis con la mano, con el dedo, surcando mis heridas. Pero, puesto que os envío como testigos de mi Pasión, de mi muerte, de mi resurrección, concedo que hayáis escrutado estas cosas más a fondo, con tal que vuestra vacilación se convierta en firmeza para los que os han de creer.

El que crea, dice, y sea bautizado, se salvará (Mc 16,16). Hermanos, lo que es el alma para el cuerpo, eso es la fe para el bautismo: de ahí que quien es engendrado de la fuente vive de la fe: El justo, dice, vive de la fe (Rom 1,17). Muere, pues, todo aquel que haya estado sin fe. El que crea. Que la Trinidad es un solo Dios; que en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo hay una sola majestad en toda igualdad; que la deidad es distinta en la Trinidad, no está confundida en la unidad, sino que es una en la deidad, es trina en las personas; que Dios es el nombre de la Trinidad; que el Padre y el Hijo no han de ser computados por orden, sino estimados por la caridad; que el Espíritu Santo no ha de ser tenido por inferior, más o menos; no como exterior ha de ser tenido, más o menos, porque la divinidad no conoce nada exterior; que

Christus sic homo factus est ut quod Deus est permanet, sic est mortuus ut mortuos totis saeculis sua resuscitaret ex morte; quod non sibi resurrexit ille, sed nobis; quod nos coelo intulit, dum se sustulit coelo; quod sedet ad auctoritatem Judicis, non ad requiem fatigati; quod veniet non loco, qui ubique est ad movendum, neque ut mundum suum teneat, qui totum possidet mundum, sed ut mundus jam semper visionem sui mereatur auctoris. Credat homo etiam peccatorum remissionem, quia coelestis regio cum sit latissima, non capit peccatorem; neque de suorum desperet homo magnitudine peccatorum, quia si est, quod Deus donare non potest, omnipotens non est. Credat et carnis resurrectionem, ut sit homo ipse qui resurgit, ut accipiat ipse qui peccat poenam, ipse praemium qui laborat. Credat aeternam vitam, ne locum habeat mors secunda.

Quod autem de humanis corporibus daemones, id est, hostes effugantur antiqui; quod ex uno ore varius effunditur sermo linguarum; quod tacti per Christum nesciunt sua venena serpentes; quod venenata pocula bibentes non valent nocere per Christum; quod morbi corporum fugantur Christum praedicantis ad tactum, est, fratres, summum credulitatis indicium. Signa, inquit, credentes haec sequentur: In nomine meo daemonia ejicient, linguis loquentur novis, serpentes tollent, et si quod mortiferum biberint, non nocebit eis; super aegros manus imponent, et bene habebunt. Homo ergo, esto tibi per fidem medicus, ne cogaris extraneis medicis tuo dispendio subjacere, et chare quod gratis possides comparare. Orate, fratres, ut et in praesenti medicinam semper fidei sentiamus, et in exspectatione Christi positi in adventu ejus securi de nostra conscientia gloriemur.

Cristo se hizo hombre de tal modo que permanece lo que es Dios, murió de tal modo que resucitó desde su propia muerte a los muertos de todos los siglos; que no resucitó para sí, sino para nosotros; que nos introdujo en el cielo cuando se elevó a sí mismo al cielo; que está sentado para la autoridad de Juez, no para el descanso de un fatigado; que vendrá, no en un lugar, como para moverse, él que está en todas partes, ni para apoderarse de su mundo, él que posee el mundo entero, sino para que el mundo merezca ya para siempre la visión de su autor. Crea el hombre también la remisión de los pecados, porque la región celestial, aunque es amplísima, no da cabida al pecador; y no desespere el hombre por la magnitud de sus pecados, porque, si hay algo que Dios no pueda perdonar, no es omnipotente. Crea también la resurrección de la carne, para que sea el hombre mismo el que resucita, para que reciba el castigo el mismo que peca, el premio el mismo que trabaja. Crea la vida eterna, para que no tenga lugar la muerte segunda.

Pero que los demonios, es decir, los antiguos enemigos, sean expulsados de los cuerpos humanos; que de una sola boca se derrame el habla variada de las lenguas; que las serpientes tocadas por Cristo no conozcan sus venenos; que las copas envenenadas no puedan dañar, por Cristo, a los que las beben; que las enfermedades de los cuerpos huyan al contacto del que predica a Cristo, es, hermanos, el sumo indicio de la creencia. Estas señales, dice, seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes, y si beben algo mortífero, no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán sanos (Mc 16,17-18). Hombre, sé, pues, médico para ti mismo por la fe, para no verte obligado a someterte, con daño tuyo, a médicos extraños, y a comprar caro lo que posees gratuitamente. Orad, hermanos, para que también en el presente sintamos siempre la medicina de la fe, y, puestos en la espera de Cristo, nos gloriemos en su venida seguros de nuestra conciencia.

Sermo LXXXIV.

De quinta Christi manifestatione facta discipulis, cum abesset Thomas, deque sexta, cum adesset

Diebus quadraginta, quibus post resurrectionem suam Dominus diverso modo refertur, et creditur suis apparuisse discipulis, haud immerito sermone ipsis lectionibus, ipsis deservit, et nititur sacramentis, ut Dominicae Passionis moerorem multiplici resurrectionis indicio perfectum vestrae charitatis convertat in gaudium; et qui ante per virtutem suam nostro resurrexit in corpore, nunc etiam per fidem nostris resurgat in cordibus. Et cum esset sero die illa una sabbatorum, et fores essent clausae, ubi erant discipuli congregati propter metum Judaeorum, venit Jesus, et stetit in medio eorum. Cum esset sero: erat plus moerore quam tempore, sero est moeroris et tristitiae nubilo mentibus obscuratis. Sero erat. Quia etsi crepusculum dederat aliquod resurrectionis indicium, necdum tamen eis Dominus refulserat plena sui luminis claritate.

Et cum fores essent clausae, ubi erant discipuli congregati propter metum Judaeorum. Magnitudo terroris et facinoris tanto turbine discipulorum domum simul et corda concluserat, et ita totum luminis abdicarat ingressum, ut magis magisque moerore sensibus occupatis caeca noctis augeretur offusio. Nullae noctis tenebrae caligini moeroris et formidinis comparantur, quia nullo possunt aut consolationis aut consilii lumine temperari. Audi prophetam: Timor et tremor venerunt super me, et operuerunt me tenebrae. Et cum fores essent clausae, ubi erant discipuli congregati propter metum Judaeorum, venit Jesus, et stetit in medio eorum. Rogo, cur dubitatur clausi corporis arcanum, et obseratum tota integritate domicilium virginale absoluta Divinitas potuisse penetrare, quae post resurrectionem corporis nostri crassata mysterio, foribus ingreditur et egreditur clausis, talique indicio se totius creaturae demonstrat auctorem, cui non obsistit, cui deservit ad omnia creatura?

Sermón LXXXIV.

Sobre la quinta manifestación de Cristo, hecha a los discípulos cuando Tomás estaba ausente, y sobre la sexta, cuando estaba presente

En los cuarenta días en que, después de su resurrección, se refiere y se cree que el Señor se apareció de diversos modos a sus discípulos, no sin razón el sermón se pone al servicio de estas mismas lecturas, de estos mismos misterios, y en ellos se apoya, para convertir, con el múltiple indicio de la resurrección, la aflicción de la Pasión del Señor en gozo perfecto de vuestra caridad; y para que el que antes resucitó por su poder en nuestro cuerpo, resucite ahora también por la fe en nuestros corazones. Y siendo tarde aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas donde estaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos (Jn 20,19). Siendo tarde: lo era más por la aflicción que por el tiempo; es tarde cuando las mentes están oscurecidas por la nube de la aflicción y de la tristeza. Era tarde. Porque, aunque el crepúsculo había dado algún indicio de la resurrección, todavía no había brillado para ellos el Señor con la plena claridad de su luz.

Y estando cerradas las puertas, donde estaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos. La magnitud del terror y de la fechoría había encerrado con tan gran torbellino la casa y a la vez los corazones de los discípulos, y había así renunciado a toda entrada de luz, que, ocupados más y más sus sentidos por la aflicción, crecía la ciega efusión de la noche. Ningunas tinieblas de la noche se comparan con la oscuridad de la aflicción y del espanto, porque no pueden ser templadas por luz alguna ni de consuelo ni de consejo. Escucha al Profeta: Temor y temblor vinieron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas (Sal 55,6). Y estando cerradas las puertas, donde estaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos. Pregunto: ¿por qué se duda de que la divinidad absoluta pudiera penetrar el arcano de un cuerpo cerrado, y el domicilio virginal cerrado con cerrojo en toda su integridad, ella que después de la resurrección, hecha densa por el misterio de nuestro cuerpo, entra y sale a puertas cerradas, y con tal indicio se muestra autora de toda la creación, a la que la creación no resiste, a la que la creación sirve en todo?

Sed si conceptum partumque virginitas excusare suo nescit creatori, si ingressum egressumque clausa janua creatori suo non potest denegare, quemadmodum lapis monumenti, quamvis magnus, quamvis Judaica malitia obsignatus, resurgenti poterat obsistere Salvatori? Sed sicut virginitas et janua claustris suis fidem faciunt deitatis, ita revolutus lapis fidem resurrectionis affirmat, qui nullum revolutus Domino suo praeparavit egressum, sed nocte fidei praestat et admittit ingressum.

Venit Jesus, et stetit in medio eorum: et dicit eis, Pax vobis. Discipulorum corda fidei et dubitationis, desperationis et spei, defectus et magnanimitatis, continui conflictus praelia sustinebant; talium ergo cogitationum bella inspector praevidens, secretorum pacem primitus se videntibus reddit, ut qui taliter ablatus materiam reliquerat confligendi, redditus oculis eorum causam totam certaminis amputaret. Gavisi sunt, inquit, discipuli viso Domino. Gavisi sunt: quantum post tenebras gratior lux est, serenitas post tempestatis obscura, tantum est acceptius gaudium post moerorem.

Dicit eis iterum, Pax vobis. Quid repetitae pacis largitas ista manifestat, nisi quia quietem, quam sensibus indixerat singulorum, vult etiam inter eos repetitae pacis donatione servari: quos utique non modica habituros esse noverat in posterum de sua cunctatione certamina, dum unus se in fide perstitisse jactaret, dubitasse alter moereret. Ut ergo et arrogantis jactantiam tumoremque resecaret, et ejus qui infirmatus fuerat sanaret et excluderet passiones, causae, non discipulis, quidquid acciderat pius moderator ascribens, imperio pacis suae bella nascitura compressit: ne alter alteri improperaret, quod ipse cui totum debebatur, donaverat in futuro. Petrus negat, Joannes fugit, Thomas dubitat, cuncti relinquunt: quibus nisi pacem suam Christus dedisset, et Petrus qui primus erat omnium putaretur inferior, et sequens indebite forsitan tolleretur adversus primum.

Sicut misit me Pater, sic et ego mitto vos. Missi sermo non minorat Filium, sed declarat, quia non mittentis potestatem hic, sed missi voluit intelligi charitatem, cum dicit: Sicut misit me Pater. Non Dominus, sed Pater. Sic et ego mitto vos. Non auctoritate adhuc jubentis, sed toto diligentis affectu: mitto vos ad tolerantiam famis, ad onera vinculorum, ad squalorem carceris, ad perferenda omnia genera poenarum, ad sublevandum cunctis exsecrabile mortis jugum, quae omnia charitas utique humanis mentibus imperat, non potestas.

Pero si la virginidad no sabe negar a su Creador la concepción y el parto, si la puerta cerrada no puede negar a su Creador la entrada y la salida, ¿cómo podía la piedra del monumento, por grande que fuera, por sellada que estuviera por la malicia judía, resistir al Salvador que resucitaba? Pero así como la virginidad y la puerta con sus cerrojos dan fe de la deidad, así la piedra removida afirma la fe de la resurrección, ella que, removida, no preparó a su Señor ninguna salida, sino que de noche ofrece y admite la entrada a la fe.

Vino Jesús, y se puso en medio de ellos: y les dice: La paz con vosotros. Los corazones de los discípulos sufrían los combates de un continuo conflicto de fe y de duda, de desesperación y de esperanza, de desfallecimiento y de magnanimidad; previendo, pues, las guerras de tales pensamientos, el inspector de los secretos devuelve primero la paz a los que lo ven, para que el que, quitado así, había dejado materia de conflicto, devuelto a sus ojos, cortara toda causa de contienda. Se alegraron, dice, los discípulos al ver al Señor (Jn 20,20). Se alegraron: cuanto más grata es la luz después de las tinieblas, la serenidad después de la oscuridad de la tempestad, tanto más aceptable es el gozo después de la aflicción.

Les dice de nuevo: La paz con vosotros (Jn 20,21). ¿Qué manifiesta esta largueza de la paz repetida, sino que la quietud que había impuesto a los sentidos de cada uno quiere que se conserve también entre ellos con el don de la paz repetida: pues sabía que en adelante tendrían no pequeñas contiendas acerca de su vacilación, mientras uno se jactara de haber perseverado en la fe, y otro se doliera de haber dudado. Así pues, para recortar la jactancia y la hinchazón del arrogante, y para sanar y excluir las pasiones del que había flaqueado, el piadoso moderador, atribuyendo a la causa, no a los discípulos, todo lo que había sucedido, reprimió con el imperio de su paz las guerras que iban a nacer: para que ninguno reprochara al otro lo que él mismo, a quien todo se le debía, había perdonado para el futuro. Pedro niega, Juan huye, Tomás duda, todos abandonan: si Cristo no les hubiera dado su paz, Pedro, que era el primero de todos, sería tenido por inferior, y el que lo seguía quizá se alzaría indebidamente contra el primero.

Como me envió el Padre, así también yo os envío. La palabra «enviado» no disminuye al Hijo, sino que lo declara, porque aquí quiso que se entendiera no la potestad del que envía, sino la caridad del enviado, cuando dice: Como me envió el Padre. No «el Señor», sino «el Padre». Así también yo os envío. No todavía con la autoridad del que manda, sino con todo el afecto del que ama: os envío a soportar el hambre, a las cargas de las cadenas, a la miseria de la cárcel, a sufrir toda clase de castigos, a aliviar a todos del execrable yugo de la muerte; todo lo cual, ciertamente, lo impone a las mentes humanas la caridad, no la potestad.

Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt. Dedit potestatem remittendi peccata, qui insufflatione sua infudit ipsum cordibus eorum et largitus est Remissorem. Haec cum dixisset, insufflavit eis, dicens: Accipite Spiritum sanctum: quorum remiseritis peccata, remittuntur eis. Ubi sunt qui per homines hominibus remitti peccata non posse praescribunt; qui semel diabolica impulsione collapsos opprimunt, ne se erigant, qui languoribus curam vulneribus crudeli spiritu subtrahunt negantque medicinam; qui peccatoribus redeundi desperationem impie insultant? Remittit Petrus peccata, et toto cum gaudio suscipit poenitentes, atque omnibus sacerdotibus hanc a Deo concessam amplectitur potestatem, qui post negationem nisi poenitentiam repetisset, apostolatus gloriam et vitam pariter perdidisset. Et si Petrus per poenitentiam rediit, quis sine poenitentia subsistit?

Thomas autem cum audisset a condiscipulis suis, quod vidissent Dominum, respondit: Nisi videro fixuram clavorum, et misero manum meam in latus ejus, non credam. Cur Thomas vestigia fidei sic requirit? cur tam pie patientem, tam dure discutit resurgentem? cur ea vulnera, quae manus infixit impia, devota dextera sic resulcat? cur latus, quod impii militis lancea patefecit, refodere manus nititur obsequentis? cur dolores persecutorum furoribus irrogatos, famulantis curiositas renovat immitis? cur tormentis Dominum, cur poenis Deum, cur coelestem medicum probaturus de vulnere discipulus sic requirit? Cecidit potestas diaboli, patefactus est carcer inferni, disrupta sunt vincula mortuorum, moriente Domino sunt evulsa monumenta, et resurgente Domino tota mortis est mutata conditio. Ab ipso Domini sacratissimo sepulcro lapis revolutus est, linteamina resoluta sunt, et resurgentis ad gloriam mors fugit, vita rediit, caro amplius casum nescitura surrexit: et cur tibi soli, Thoma, sola vulnera praesentari ad indicium fidei, nimis callidus explorator, expostulas? quid si ista cum aliis abolita fuissent, quod periculum fidei tuae curiositas ista peperisset? Nulla pietatis monumenta, nulla Dominicae resurrectionis inveniri aestimas potuisse documenta, nisi manibus tuis sulcares Judaica crudelitate exarata sic viscera? Quaesivit, fratres, pietas ista, exegit ista devotio, ut resurrexisse Dominum nec ipsa in posterum dubitaret impietas. Sed Thomas non solum cordis sui, sed omnium hominum curabat incertum: et praedicaturus haec in gentibus, quemadmodum tantae fidei astrueret sacramentum exsecutor strenuus perquirebat. Certe prophetia magis quam cunctatio fuit. Nam cur talia peteret, nisi a Domino ad indicium resurrectionis suae servata sola vulnera prophetali spiritu cognovisset? Denique sponte praestitit caeteris, quod iste tardius implorat.

A quienes remitáis los pecados, les quedan remitidos; y a quienes se los retengáis, les quedan retenidos (Jn 20,23). Dio la potestad de remitir los pecados el que con su soplo infundió en sus corazones al mismo Remisor y se lo otorgó. Dicho esto, sopló sobre ellos, diciendo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes remitáis los pecados, les quedan remitidos (Jn 20,22-23). ¿Dónde están los que establecen que los pecados no pueden ser remitidos a los hombres por medio de hombres; los que oprimen a los que una vez cayeron por impulso diabólico, para que no se levanten; los que con espíritu cruel sustraen la curación a las dolencias y niegan la medicina a las heridas; los que impíamente insultan a los pecadores con la desesperación de volver? Pedro remite los pecados, y con todo gozo acoge a los penitentes, y abraza esta potestad concedida por Dios a todos los sacerdotes, él que después de la negación, si no hubiera vuelto a buscar la penitencia, habría perdido a la vez la gloria del apostolado y la vida. Y si Pedro volvió por la penitencia, ¿quién se sostiene sin penitencia?

Pero Tomás, habiendo oído de sus condiscípulos que habían visto al Señor, respondió: Si no veo la marca de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré (Jn 20,24-25). ¿Por qué Tomás busca así las huellas de la fe? ¿por qué examina con tanta dureza, al resucitar, al que padeció con tanto amor? ¿por qué una diestra devota vuelve a surcar así las heridas que clavó una mano impía? ¿por qué la mano del que rinde homenaje se esfuerza por volver a cavar el costado que abrió la lanza de un soldado impío? ¿por qué la curiosidad despiadada del que sirve renueva los dolores infligidos por el furor de los perseguidores? ¿por qué un discípulo, que va a probar al Señor con tormentos, a Dios con castigos, al médico celestial con una herida, busca así? Cayó la potestad del diablo, fue abierta la cárcel del infierno, se rompieron las cadenas de los muertos, al morir el Señor fueron arrancados los monumentos, y al resucitar el Señor fue cambiada toda la condición de la muerte. Del mismo sacratísimo sepulcro del Señor fue removida la piedra, fueron desatados los lienzos, y al resucitar él para la gloria huyó la muerte, volvió la vida, resucitó una carne que ya no habría de conocer caída: ¿y por qué, Tomás, explorador harto astuto, reclamas que a ti solo se te presenten solas las heridas como indicio de fe? ¿qué tal si estas hubieran sido abolidas con lo demás, qué peligro habría engendrado para tu fe esa curiosidad? ¿Piensas que no habrían podido hallarse monumentos de la piedad, ni pruebas de la resurrección del Señor, si no surcabas con tus manos unas entrañas así aradas por la crueldad judía? Esta piedad, hermanos, buscó, esta devoción exigió, que ni la misma impiedad dudara en adelante de que el Señor había resucitado. Pero Tomás se ocupaba de la incertidumbre no solo de su corazón, sino de todos los hombres: y, habiendo de predicar estas cosas entre las gentes, indagaba, como ejecutor diligente, cómo sostendría el misterio de tan gran fe. Ciertamente fue profecía más que vacilación. Pues ¿por qué habría de pedir tales cosas, si no hubiera conocido con espíritu profético que solo las heridas habían sido conservadas por el Señor como indicio de su resurrección? En efecto, espontáneamente concedió a los demás lo que este implora más tarde.

Venit, inquit, Jesus et stetit in medio et ostendit eis manus et latus. Nam qui ingressus fuerat clausis ostiis, et merito a discipulis spiritus esse putabatur, non aliter ipsum se, nisi ipsa corporis passione, ipsis vulnerum notis, taliter dubitantibus poterat approbare. Denique venit et dicit Thomae: Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum, et noli esse incredulus, sed fidelis. Ut effundant toto orbe, iterum te aperiente, haec vulnera fidem, quae aquam in lavacrum, sanguinem in omnium pretium jam fuderunt.

Respondit Thomas et dixit: Dominus meus et Deus meus! Veniant et audiant haeretici: et, sicut dixit Dominus, non sint increduli, sed fideles. Ecce non solum corpus humanum, sed per poenalis corporis passiones, Deum et Dominum esse Christum, Thoma vociferante, manifestat. Et vere Deus est, qui vivit ex morte, resurgit ex vulnere: quia talia et tanta cum susceperit, vivit et regnat Deus per omnia saecula saeculorum. Amen.

Vino, dice, Jesús y se puso en medio, y les mostró las manos y el costado (Jn 20,19-20). Pues el que había entrado a puertas cerradas, y con razón era tenido por los discípulos por un espíritu, no podía acreditarse a sí mismo ante los que así dudaban sino por la pasión misma del cuerpo, por las señales mismas de las heridas. En efecto, viene y dice a Tomás: Trae aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Jn 20,26-27). Para que, abriéndolas tú de nuevo, estas heridas derramen la fe por todo el orbe, ellas que ya derramaron el agua para el baño, la sangre como precio de todos.

Respondió Tomás y dijo: ¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20,28) Vengan y oigan los herejes: y, como dijo el Señor, no sean incrédulos, sino fieles. He aquí que muestra no solo un cuerpo humano, sino, por las pasiones de un cuerpo sujeto a la pena, que Cristo es Dios y Señor, mientras Tomás lo proclama a gritos. Y verdaderamente es Dios el que vive desde la muerte, resucita desde la herida: porque, aun habiendo asumido tales y tan grandes cosas, vive y reina, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermo LXXXV.

De ingressu Christi in templum, et Judaeorum admiratione

Etsi aliqua videntur occulta sui profunditate mysterii, nulla tamen est Ecclesiastici cultus infructuosa solemnitas: divina festivitas non pro nostris est voluntatibus consecranda, sed pro suis est percolenda virtutibus. Christianus animus quae sunt traditione Patrum, et ipsis roborata temporibus, nescit in desperationem deducere, sed venerari ea toto desiderat devotionis eloquio.

Jam die festo, ait, mediante, ascendit Dominus in templum. Quod templum? Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis? Ascendit hodie Dominus nostri pectoris in templum, qui tam clementer nostri corporis descendit in formam: quod autem ascensus Dei fit in humani cordis excelso, beatus propheta asserit, cum decantat: Beatus vir cujus est auxilium abs te, Domine, ascensus tui in corde ejus. Jam die festo mediante, ascendit Dominus in templum. Merito die festo mediante ascendit Dominus in templum, quia nobis erat perfectum diem festum praestaturus e coelo: quidquid sublime, quidquid ad coelum tendens in cordibus habebatur humanis, usque ad infernum Dominicae pondus incurvaverat Passionis. Id namque est quod Christus quadraginta diebus residet et remoratur in terris: et, si dici fas est, Patris occursum differt, Patris suspendit amplexum, donec totum se revelet, et reformet suae ascensionis in gloriam. In cujus ergo templo hic non ascenderit Christus, coelum non ascendet ille cum Christo.

Ascendit in templum, et docebat, et mirabantur Judaei, dicentes: Quomodo hic litteras scit, cum non didicerit? Bene mirantur Christum, quod non didicerit scire, quando ipsi probantur quae didicerint et doceant legis praecepta nescire, dicente Domino: Tu es doctor in Israel, et haec ignoras? Mirantur Judaei jam rebelles, nolunt credere: mirari norunt, detrectant sapere, nescire possunt. Mirabantur Judaei, dicentes: Quomodo hic litteras scit, cum non didicerit?

Sermón LXXXV.

Sobre la entrada de Cristo en el templo, y la admiración de los judíos

Aunque algunas cosas parezcan ocultas por la profundidad de su misterio, ninguna solemnidad del culto de la Iglesia es infructuosa: la festividad divina no ha de consagrarse según nuestras voluntades, sino que ha de celebrarse por sus propias virtudes. El ánimo cristiano no sabe entregar a la desesperación lo que procede de la tradición de los Padres y ha sido robustecido por los tiempos mismos, sino que desea venerarlo con toda la elocuencia de la devoción.

Ya a mitad de la fiesta, dice, subió el Señor al templo (Jn 7,14). ¿Qué templo? ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor 3,16) Hoy ha subido el Señor al templo de nuestro pecho, él que tan clementemente bajó a la forma de nuestro cuerpo: y que la subida de Dios se realiza en lo alto del corazón humano lo afirma el bienaventurado Profeta cuando canta: Dichoso el varón cuyo auxilio viene de ti, Señor; tus subidas están en su corazón (Sal 84,6). Ya a mitad de la fiesta, subió el Señor al templo. Con razón, a mitad de la fiesta, subió el Señor al templo, porque había de concedernos desde el cielo el día de fiesta perfecto: todo lo sublime, todo lo que en los corazones humanos tendía al cielo, el peso de la Pasión del Señor lo había encorvado hasta el infierno. Pues por esto Cristo se queda y se detiene cuarenta días en la tierra: y, si es lícito decirlo, difiere el encuentro con el Padre, suspende el abrazo del Padre, hasta revelarse por entero, y reformarse para la gloria de su ascensión. Aquel, pues, en cuyo templo no haya subido aquí Cristo, no subirá al cielo con Cristo.

Subió al templo, y enseñaba, y los judíos se admiraban, diciendo: ¿Cómo sabe este letras, sin haber aprendido? (Jn 7,14-15) Bien se admiran de Cristo, de que sepa sin haber aprendido, cuando ellos mismos resultan no saber los preceptos de la Ley que aprendieron y enseñan, como dice el Señor: ¿Tú eres maestro en Israel, y no sabes estas cosas? (Jn 3,10) Se admiran los judíos, ya rebeldes, no quieren creer: saben admirarse, rehúsan entender, son capaces de no saber. Se admiraban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe este letras, sin haber aprendido?

Quid virgo peperit derogas, non miraris; quod Deus nostro sentit et operatur in corpore abrogas, non fateris; quod caecus videt, surdus audit, claudus currit, surgit mortuus, et tota Christus arcana Dei loquitur, non miraris? hoc solum quod sciat cum non didicerit, hoc miraris? Hic est ipse qui non didicit litteras, sed donavit; hic est qui sensum condidit, per quem litterae finguntur; peritus legis, auctor omnium cur litteras non didicerit, admiratur? Deus utique adest origo cunctorum, qui facit esse quod non fuit; cum non didicerit, docet.

...

Que una virgen dio a luz, lo rebajas, no te admiras; que Dios siente y obra en nuestro cuerpo, lo desacreditas, no lo reconoces; que el ciego ve, el sordo oye, el cojo corre, el muerto resucita, y Cristo habla todos los arcanos de Dios, ¿no te admiras? ¿esto solo, que sepa sin haber aprendido, esto te admira? Este es el mismo que no aprendió las letras, sino que las dio; este es el que fundó el entendimiento, por el cual se forman las letras; ¿el perito de la Ley se admira de que el autor de todas las cosas no haya aprendido letras? Dios está presente, sin duda, origen de todas las cosas, que hace ser lo que no fue; sin haber aprendido, enseña.

...

Sermo LXXXVI.

De annuntiatione et conceptione D. Joannis Baptistae

Mundanus sermo, ut humano profertur ex sensu, humanis servit et obsecundat ingeniis; divinus vero sermo in potestate dantis est, non dicentis. Audistis quemadmodum Zacharias ille summi sacerdotii splendor dum exorat, obmutuit; tacuit pater vocis, Ego, inquit, vox clamantis in deserto; genitor clamoris obmutuit; et egressus silentium retulit, qui responsa relaturus intraverat. Videtis ergo quia silentium meum, quod antea contristavit vos, venit de antiquo pontificali usu, non de novitatis incursu. Ille ubi sensit linguae suae vincula sui januam clausisse sermonis, imperavit nutu ne quis causas taciturnitatis inquireret, quia coeleste mysterium dicere non didicerat, qui didicerat scire: sed hoc ad tempus, quia sacerdotis differtur sermo, non aufertur; reconditur, non negatur; mysterio suspenditur, non fugatur. Denique Zacharias ipse quod tacet, non est poena, sed signum; non est terrena debilitas, sed coeleste secretum; Deus qui loqui dat, tacere facit; et imperat silentium, qui inserit verbum; dominatur divinus sermo, non servit, quia Deus verbum; et ideo non cum jubetur loquitur, sed cum jubet; non cum exigitur, sed cum donat; non cum cogitur, sed cum venit. Unde, fratres, et cum venit audite, et cum non venit sustinete, et cum se donat accipite, et cum se negat orate; quia hoc doctor accipit, quod meretur auditor.

Ergo tam vobis quam mihi praeteritus suspensus est sermo, ut profluvium mulieris, et verecundi vulneris causam, et illius pudorem sic nostra verecundia celaret, ut quod illa tacuit, etiam nostro silentio clauderetur: sed coeptum revertamur ad verbum. Hierosolymitanus fons abundat, cum impellit angelus, non cum sitit auditor; sic sacerdotis sermo exuberat, quando dat Deus, non cum perorat sacerdos. Hinc est quod Zacharias ipse, qui prophetias loquebatur populis, tacet sibi, ut nos ingrati Deo non simus, si nos semel tacere voluit quibus semper inoffensum largitus est verbum.

Sermón LXXXVI.

Sobre el anuncio y la concepción de san Juan Bautista

El habla mundana, como se profiere desde el sentido humano, sirve a los ingenios humanos y se les acomoda; pero el habla divina está en potestad del que la da, no del que la dice. Habéis oído cómo aquel Zacarías, esplendor del sumo sacerdocio, enmudeció mientras oraba; calló el padre de la voz (Yo, dice, soy la voz del que clama en el desierto (Jn 1,23)); enmudeció el engendrador del clamor; y el que había entrado para traer respuestas salió y trajo silencio. Veis, pues, que mi silencio, que antes os entristeció, vino de un antiguo uso pontifical, no de la irrupción de una novedad. Él, cuando sintió que las ataduras de su lengua habían cerrado la puerta de su habla, mandó con una seña que nadie indagara las causas de su silencio, porque quien había aprendido a saber el misterio celestial no había aprendido a decirlo; pero esto por un tiempo, porque el habla del sacerdote se difiere, no se quita; se guarda, no se niega; queda en suspenso por un misterio, no se destierra. En efecto, que el propio Zacarías calle no es pena, sino signo; no es invalidez terrena, sino secreto celestial; Dios, que da el hablar, hace callar; y manda el silencio el que infunde la palabra; el habla divina domina, no sirve, porque la palabra es Dios; y por eso no habla cuando se le manda, sino cuando manda; no cuando se le exige, sino cuando dona; no cuando se la fuerza, sino cuando viene. Por eso, hermanos, cuando viene, escuchad; cuando no viene, tened paciencia; cuando se da, recibidla; y cuando se niega, orad; porque el maestro recibe lo que merece el oyente.

Así pues, tanto para vosotros como para mí quedó en suspenso el sermón anterior, para que nuestro pudor ocultara el flujo de la mujer, y la causa de su vergonzosa herida, y su vergüenza, de tal modo que lo que ella calló quedara encerrado también en nuestro silencio (Mt 9,20); pero volvamos a la palabra comenzada. La fuente de Jerusalén rebosa cuando el ángel la agita, no cuando el oyente tiene sed (Jn 5,4); así el habla del sacerdote abunda cuando Dios la da, no cuando el sacerdote perora. De ahí que el propio Zacarías, que pronunciaba profecías para los pueblos, calla para sí, para que no seamos ingratos con Dios si quiso que calláramos una vez nosotros, a quienes siempre ha concedido una palabra sin tropiezo.

Ille non dedignatur a Filio verbum recipere, cui dederat lucem: et vos, filii, orate nobis vocem, ut possitis audire sermonem. Reparate gaudium meum, ut assuetam possitis laetitiam possidere, et implere illud Apostoli: Quis est qui me laetificet, nisi qui contristatur ex me. Veniat ergo, veniat in medium beatus Zacharias, qui nos tacens pio consolatur exemplo: et silentio suo nos de nostro non sinit tristes esse silentio. Veniat, veniat praecursor verbi, sacerdotii speculum, sanctitatis exemplum, evangelistarum princeps, clausula prophetarum.

Fuit, inquit, in diebus Herodis, regis Judaeae, sacerdos quidam nomine Zacharias. Dum dicitur sub quo rege quis sacerdos sit, temperantur mala: adest semper in moerore solatium, nec consolator deest, cui imminet persecutor. Fuit in diebus Herodis, regis Judaeae, sacerdos quidam nomine Zacharias. Usque ad Herodem Judaicae genti sacerdotalis sanctitas, senum gravitas, patrum pietas praesidebat: jus erat lex divina, ambitio nil ibi, nil temeritas, praesumptio nil valebat, quia gerebatur totum divino ordine, non humano; sed Herodes veniens ex gente aliena invasit regnum, violavit sacerdotium, confudit ordinem, mutavit mores, sprevit senes, interfecit juvenes, tribus miscuit, delevit stemmata, corrupit genus, tulit quidquid erat et divinae et humanae funditus disciplinae. Sed hoc quid ad Zachariam sanctum? Ne quid ergo tale et in ipso Zacharia crederetur admissum, evangelista cogitur sic referre: Fuit in diebus Herodis, regis Judaeae, sacerdos quidam nomine Zacharias, de vice Abia. Quia usque ad ipsum ab atavis, avis, patribus, transfusum genus mansit sacerdotii, tempus legis, sacrificii omnis servata est disciplina, eo quod impietatem regis, iniquitatem temporis, ambitionis rabiem, temeritatis furorem, sacerdotis meritum, et vita compesceret.

Sed quid sequatur, audiamus. Factum est ut incensum poneret, ingressum in templum Domini, et omnis multitudo populi orabat foris in hora incensi. In hora incensi, fratres, jam sol Judaico occumbebat in templo, ut in Ecclesia matutinus exsurgeret, et Judaicae doctrinae instabat vesper, quia Evangelii imminebat aurora; legis obscurabatur dies, ut totus reluceret in gratia. Hinc est quod Zacharias in hora incensi, hoc est, in extremo tempore legalium caeremoniarum prophetali Spiritu incensum infert: offert preces, desideria ingerit, vota commendat, tempus admonet, promissa repetit, exigit Christum. Et omnis multitudo orabat foris. Ut ergo populus, qui stabat foris, intromitteretur exorat; quia quos lex adducit ad januam, gratia intromittit in templum.

Él no desdeña recibir de nuevo la palabra de su hijo, a quien había dado la luz; y vosotros, hijos, pedid en la oración voz para nosotros, para que podáis oír el sermón. Restituid mi gozo, para que podáis poseer la alegría acostumbrada y cumplir aquello del Apóstol: ¿Quién es el que me alegra, sino el que se entristece por mí? (2 Cor 2,2) Venga, pues, venga al medio el bienaventurado Zacarías, que callando nos consuela con un ejemplo piadoso, y con su silencio no nos deja estar tristes por nuestro silencio. Venga, venga el precursor de la palabra, espejo del sacerdocio, ejemplo de santidad, príncipe de los evangelistas, cierre de los profetas.

Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías (Lc 1,5). Cuando se dice bajo qué rey es alguien sacerdote, se templan los males: siempre está presente el consuelo en la aflicción, y no le falta consolador a aquel sobre quien se cierne el perseguidor. Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías. Hasta Herodes, presidían a la nación judía la santidad sacerdotal, la gravedad de los ancianos, la piedad de los padres: el derecho era la Ley divina; nada valía allí la ambición, nada la temeridad, nada la presunción, porque todo se hacía por orden divino, no humano; pero Herodes, viniendo de una nación extranjera, invadió el reino, violó el sacerdocio, confundió el orden, cambió las costumbres, despreció a los ancianos, mató a los jóvenes, mezcló las tribus, borró los linajes, corrompió la estirpe, arrancó de raíz cuanto había de disciplina divina y humana. Pero ¿qué tiene esto que ver con el santo Zacarías? Así pues, para que no se creyera que algo semejante se había admitido también en el mismo Zacarías, el evangelista se ve obligado a referirlo así: Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías. Porque hasta él permaneció la estirpe del sacerdocio, transmitida desde los tatarabuelos, los abuelos y los padres; se conservó el tiempo de la Ley, toda la disciplina del sacrificio, por cuanto el mérito y la vida del sacerdote contenían la impiedad del rey, la iniquidad del tiempo, la rabia de la ambición, el furor de la temeridad.

Pero oigamos lo que sigue. Sucedió que había de poner el incienso, entrando en el templo del Señor, y toda la multitud del pueblo oraba fuera a la hora del incienso (Lc 1,9-10). A la hora del incienso, hermanos, el sol se ponía ya en el templo judío, para levantarse matutino en la Iglesia; y se echaba encima la tarde de la doctrina judía, porque era inminente la aurora del Evangelio; se oscurecía el día de la Ley, para resplandecer entero en la gracia. De ahí que Zacarías, a la hora del incienso, es decir, en el último tiempo de las ceremonias de la Ley, ofrece el incienso con Espíritu profético: ofrece preces, insta sus deseos, encomienda sus votos, recuerda el tiempo, repite las promesas, exige a Cristo. Y toda la multitud oraba fuera. Ora, pues, para que el pueblo que estaba fuera sea introducido; porque a quienes la Ley conduce hasta la puerta, la gracia los introduce en el templo.

Apparuit, inquit, et angelus Domini, stans a dextris altaris incensi; et videns Zacharias, turbatus est et pavor occidit super eum. Ergo non est mirum si turbatur sacerdos, si stupet doctor, si pavescit antistes, si tacet minima cum videt maxima, si deserit verba cum signa conspicit. Et ne solus Zacharias timuisse videatur, audi alium prophetam dicentem: Domine, audivi auditum tuum et timui, consideravi opera tua et expavi, Qui cum Deo loquitur expavescit; unde loquatur angelus ignorat; et quid tenemus?

Unde sacerdos taceat, jam dicamus. Et respondens ei angelus, dixit: Ego sum Gabriel, qui asto ante conspectum Dei, et missus sum ad te haec loqui, et haec tibi evangelizare: et ecce eris tacens, nec poteris loqui. Quae tacentis culpa, si imperat silentium vis jubentis?

Ergo et nos tantilli qui tacuimus, quod tacuimus habetote non oblivionis fuisse, sed temporis; divini negotii, non rationis humanae. Ergo tristes non simus, quia, donante Deo, silentium momenti continuato sermone pensabitur, et modicum quid tristitiae nostrae magnum vertetur in gaudium. Gratias ago Deo meo, qui mihi in amoris lucrum vertit damnum sermonis: nam quanta sit in me charitas vestra, pallor prodidit, testatus est clamor, ostenderunt lacrymae, oratio effusa monstravit.

Se apareció también, dice, un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso; y Zacarías, al verlo, se turbó, y el pavor cayó sobre él (Lc 1,11-12). Así pues, no es de extrañar que se turbe el sacerdote, que se pasme el doctor, que se llene de pavor el prelado, que calle lo mínimo cuando ve lo máximo, que abandone las palabras cuando contempla los signos. Y para que no parezca que solo Zacarías temió, escucha a otro profeta que dice: Señor, he oído tu anuncio y temí; consideré tus obras y me espanté (Hab 3,2). El que habla con Dios se espanta; ignora por qué habla el ángel; ¿y por qué nos detenemos?

Digamos ya por qué calla el sacerdote. Y respondiéndole el ángel, dijo: Yo soy Gabriel, que estoy ante la presencia de Dios, y he sido enviado a ti para decirte estas cosas y anunciarte esta buena nueva; y he aquí que estarás callado y no podrás hablar (Lc 1,19-20). ¿Qué culpa tiene el que calla, si impone el silencio la fuerza del que manda?

Así pues, también nosotros, tan pequeños, que hemos callado: tened por cierto que lo que callamos no fue cosa de olvido, sino del tiempo; de un asunto divino, no de cálculo humano. No estemos, pues, tristes, porque, por don de Dios, el silencio de un momento se compensará con un sermón continuado, y lo poco de nuestra tristeza se convertirá en gran gozo. Doy gracias a mi Dios, que me convirtió la pérdida del habla en ganancia de amor: porque cuán grande es vuestra caridad para conmigo lo delató la palidez, lo atestiguó el clamor, lo mostraron las lágrimas, lo manifestó la oración derramada.

Sermo LXXXVII.

De eisdem

Sicut nimio dolore et infirmitate longa luminibus obscuratis, nisi sensim refusa fuerit, fit inimica lux, certe cum solis sit condita lux oculis, solis sit oculis lux amica, per quos utique reliquo corpori vel traditur, vel negatur; ita diuturno perfidiae morbo contenebratis mentibus, nisi paulatim fuerit fidei claritas restituta, subito ipso fidei splendore magis perfidiae crassescit caligo, longo usu aut producitur, aut obtunditur semper natura. Hinc est quod Dominus tetro infidelitatis nubilo cordibus jam caecatis, ut irradiaret partus virginei sacramentum, desperatae et annosae sterilitatis ante praemisit conceptum: ut qui videbat post senectutem longam arida membra reviviscere, et transacto curriculo jam vitae veteranae in primam reflorescere pubertatem, atque ipsam naturam in occidua aetate ad nascentis servi insignia suscitari, pudicitiae florem, pudoris titulum, castitatis insigne, virginitatis claustra manere post partum crederet posse, auctore ipso ex utero procedente, servari.

Et ut praefationi nostrae ac similitudini, quam de oculis sumpsimus vetusto languore defessis, ipsa de qua loquimur modo adsit et astipuletur auctoritas, ac probet oculos hominum nocti male assuetos, obscuratos, promotos sensim revocatos ad lucem, in Joanne Dominus accendit sui luminis et praemisit lucernam, ut degustato lumine in se jam divini Solis jubar ipsum perferrent, ipsam deitatis caperent claritatem. Juxta illud quod dictum est de Joanne: Ille erat lucerna ardens et lucens: ut ille densas noctis placido lumine aperiret tenebras, ipse noctis nescium diem jam desiderantibus ad lucem perpetem redonaret. Hinc est quod et magos adhuc noctis incolas, et totis obstupescentes oculis, tenuiter micans stella assuefacit ad lucem et gradatim pertrahit ad ipsum fontem luminis et dierum.

Sermón LXXXVII.

Sobre lo mismo

Así como, cuando los ojos se han oscurecido por un dolor excesivo y una larga enfermedad, la luz se vuelve enemiga si no se les devuelve poco a poco (aunque ciertamente la luz fue hecha solo para los ojos y solo para los ojos es amiga, y por ellos se da o se niega al resto del cuerpo), así, cuando las mentes se han entenebrecido por la prolongada enfermedad de la incredulidad, si no se restituye paulatinamente la claridad de la fe, ante el esplendor repentino de la fe misma se espesa más la oscuridad de la incredulidad: con el largo uso la naturaleza siempre o se desarrolla o se embota. De ahí que el Señor, estando ya cegados los corazones por la negra nube de la infidelidad, para hacer resplandecer el misterio del parto virginal, envió antes la concepción de una esterilidad desesperada y añosa: para que quien veía revivir tras larga vejez unos miembros áridos y, acabado ya el curso de una vida veterana, reflorecer en la primera juventud, y a la naturaleza misma, en su edad de ocaso, despertada para las insignias de un siervo que nacía, creyera que la flor de la pudicicia, el título del pudor, la insignia de la castidad, los cerrojos de la virginidad podían permanecer después del parto, podían conservarse, saliendo del seno el autor mismo.

Y para que a nuestro prefacio y a la semejanza que tomamos de los ojos fatigados por una antigua dolencia asista ahora y les dé su asentimiento la misma autoridad de la que hablamos, y muestre los ojos de los hombres, mal acostumbrados a la noche, oscurecidos, llevados adelante poco a poco, devueltos a la luz: en Juan el Señor encendió y envió delante una lámpara de su propia luz, para que, gustada en él la luz, soportaran ya el resplandor mismo del Sol divino, captaran la claridad misma de la deidad. Según lo que se dijo de Juan: Él era una lámpara que ardía y brillaba (Jn 5,35): para que aquel abriera con luz apacible las densas tinieblas de la noche, y él mismo devolviera a los que ya anhelaban la luz el día que no conoce la noche, perpetuo. De ahí que también a los Magos, moradores todavía de la noche y pasmados con todos sus ojos, una estrella que centellea tenuemente los acostumbra a la luz y los atrae gradualmente hasta la misma fuente de la luz y de los días (Mt 2,9).

Et re vera, fratres, congruit, quia totius anni metas temporum quadriga percurrit, ac nobis Domini nostri natalitia festa revocat, et gaudia jam reducit. Nunc de Joannis ortu, de partu sterilis jam loquamur, ut compendio credulitatis isto, ad illud ubi partus est sine partu, ubi creatur auctor ipse procreantis, ubi nascitur ipsa origo generantis, inter hiemales ac nubibus et nebulis dubias luces, lucerna praevia, stella duce pervenire possimus.

Fuit, inquit evangelista, sacerdos quidam nomine Zacharias, et uxor ejus Elisabeth: et non erat illis filius, eo quod esset Elisabeth sterilis, et processissent ambo in diebus suis. Sterilitas senectute exaggeratur extrema, et a spe generandi totum subducitur quidquid est corporis et naturae; et ne vel cogitatio sobolis ulla remaneret, ad id perventum est temporis et aetatis, quo transacto calore vitali mortale frigus sterilis jam viscera possidebat, ut genitor ipse cognosceret inde jam per hominem non posse nasci hominem, unde abscesserant res humanae. Sic, sic, fratres, duris hominum praecordiis credulitas asseritur, et inseritur fides; et tunc totum divinum creditur, cum fuerit nil humanum.

Sorte exiit ut incensum poneret Zacharias ingressus in templum Domini. Bene dixit ingressus in templum: non ingressus templum: quia ipse erat Dei familiarius templum, portans in sui pectoris puritate tota legis arcana et apponens non tam thuris quam purae supplicationis incensum. Gratius namque Deus in suo, quam in hominis opere requiescit et non tam libenter odoratur Arabicae arboris guttam quam sinceri cordis et pectoris sanctitatem.

Apparuit ei angelus Domini, inquit, stans a dextris altaris incensi. Dicere suffecerat, apparuit ei angelus, quid magnopere a dextris altaris? Ut esse in sanctis angelis auditor intelligas nil sinistrum, dicente Scriptura. Vias quae a dextris sunt novit Dominus. Apparuit ei angelus. Cum jam defecerat totus homo, ut ante Joannes nasceretur ex sterili, quam Christus nasceretur ex Virgine, dictum est de Joanne: Ecce ego mitto angelum meum.

Y en verdad, hermanos, es congruente, porque la cuadriga de los tiempos recorre las metas del año entero, y nos trae de nuevo la fiesta del nacimiento de nuestro Señor, y nos devuelve ya sus gozos. Hablemos ahora del nacimiento de Juan, del parto de la estéril, para que por este atajo de la creencia lleguemos, entre las luces invernales que las nubes y las nieblas vuelven dudosas, con la lámpara delante y la estrella por guía, a aquello donde hay parto sin parto, donde es creado el autor mismo del que procrea, donde nace el origen mismo del que engendra.

Hubo, dice el evangelista, un sacerdote llamado Zacarías, y su mujer Isabel; y no tenían hijo, porque Isabel era estéril, y ambos habían avanzado en sus días (Lc 1,5.7). La esterilidad se agrava con la vejez extrema, y se sustrae a la esperanza de engendrar cuanto hay de cuerpo y de naturaleza; y, para que no quedara ni siquiera pensamiento alguno de descendencia, se había llegado a tal punto de tiempo y de edad que, acabado el calor vital, un frío mortal poseía ya las entrañas de la estéril, de modo que el padre mismo reconocía que ya no podía nacer un hombre por medio de un hombre allí de donde se habían retirado las cosas humanas. Así, así, hermanos, se planta la creencia en los duros corazones de los hombres, y se injerta la fe; y entonces se cree que todo es divino, cuando nada ha sido humano.

Le tocó en suerte a Zacarías poner el incienso, entrando en el templo del Señor (Lc 1,9). Bien dijo «entrando en el templo», no «entrando al templo»: porque él mismo era el templo más familiar de Dios, que llevaba en la pureza de su pecho todos los secretos de la Ley y presentaba un incienso no tanto de olíbano como de pura súplica. Porque Dios descansa con más agrado en su propia obra que en la del hombre, y no huele tan a gusto la gota del árbol de Arabia como la santidad de un corazón y un pecho sinceros.

Se le apareció un ángel del Señor, dice, de pie a la derecha del altar del incienso (Lc 1,11). Habría bastado decir: «Se le apareció un ángel»; ¿por qué tanto empeño en «a la derecha del altar»? Para que tú, oyente, entiendas que en los santos ángeles no hay nada siniestro, según dice la Escritura: El Señor conoce los caminos que están a la derecha (Prov 4,27). Se le apareció un ángel. Cuando ya había desfallecido el hombre entero, para que Juan naciera de una estéril antes de que Cristo naciera de la Virgen, se dijo de Juan: He aquí que yo envío a mi ángel (Mt 11,10).

Felix, quae ut in Deum cresceret, in senibus sic defecit natura; felix, quae sterilitatis damna virginea fecunditate mutavit; felix, quae uno concepit in partu quidquid in toto orbe confundere deplorabat; felix, quae facta est vitalium germinans mater, quae erat ante origo miseranda mortalium, ad dolores pariens cum dolore, ad gemitus edens cum gemitu, ad pericula producens hominem cum periculo generantis, et in ipso ortu occasum nuntians per lamenta et lacrymas; semper devorans partus suos, sciens se tantis moeroribus generare morituros. Pascebatur ergo sterilitate magis natura, ne ipsa fecunditate gravius desaeviret, fletus potius editura quam pignora: quae utique lacrymis, moerore, gemitu, tanto tempore suum quaerebat et interpellabat auctorem, intelligens hoc sibi accidisse per culpam, non esse ab auctore piissimo institutum, cum crearetur. Hinc est quod Dominus conditor ipse naturae viam virginei conceptus, virginei partus, invisibili vestigio et ignoto calle pertransit, et iter humani ortus divino gressu ambulat, non humano, ut nascendo ipsam naturam a servitute mortis, cui taliter addicta fuerat, primitus liberaret, et fonte purgato supernam rivulis redderet puritatem. Merito Joannes in utero exsultat, qui originis suae libertatem ante nosse quam esse meruit, ante meruit sentire quam vivere.

In hora incensi per angelum aperitur sterilitas, conceptus jubetur, promittitur partus, et inter sacraria nativitas sacra procuratur: hinc est quod adhuc in utero cum membrorum compage pene concepta in Joanne est prophetia ante nutu Dei loquitur quam perveniat ad vocis officium. Verum ne dum profunda et mira latissimae lectionis breviato cupimus sermone concludere, quae maxime dicenda sunt, transeam, proxime, si Deo placuerit, de sequentibus disseremus.

Feliz la naturaleza que, para crecer hasta Dios, desfalleció así en los ancianos; feliz la que cambió los daños de la esterilidad por una fecundidad virginal; feliz la que concibió en un solo parto todo lo que lamentaba confundir en el orbe entero; feliz la que se hizo madre que hace germinar a los vivientes, ella que antes era origen lastimoso de los mortales, que paría para los dolores con dolor, que daba a luz para los gemidos con gemido, que producía al hombre para los peligros con peligro de quien engendra, y que en el orto mismo anunciaba el ocaso con lamentos y lágrimas; que siempre devoraba sus partos, sabiendo que con tantas aflicciones engendraba a quienes habían de morir. Se alimentaba, pues, la naturaleza más bien de la esterilidad, para no ensañarse más gravemente con la fecundidad misma, pues había de dar a luz llantos antes que hijos: ella, que ciertamente con lágrimas, aflicción y gemidos buscaba e interpelaba tanto tiempo a su autor, entendiendo que esto le había sobrevenido por culpa, y que no había sido establecido por su piadosísimo autor cuando fue creada. De ahí que el Señor, Hacedor él mismo de la naturaleza, recorre el camino de una concepción virginal, de un parto virginal, con huella invisible y por senda desconocida, y anda el camino del nacimiento humano con paso divino, no humano, para liberar primero, naciendo, a la naturaleza misma de la servidumbre de la muerte, a la que de tal modo había sido entregada, y, purificada la fuente, devolver a los arroyos la pureza celestial. Con razón salta Juan en el seno, él que mereció conocer la libertad de su origen antes que existir, mereció sentir antes que vivir.

A la hora del incienso se abre por medio de un ángel la esterilidad, se manda la concepción, se promete el parto, y entre los santuarios se procura un nacimiento sagrado: de ahí que, todavía en el seno, apenas concebida la trabazón de sus miembros, hay profecía en Juan: a una señal de Dios habla antes de llegar al oficio de la voz. Pero, para no omitir lo que más hay que decir mientras deseamos concluir en un sermón abreviado las cosas profundas y admirables de una lectura tan amplia, trataremos de lo que sigue la próxima vez, si a Dios le place.

Sermo LXXXVIII.

De eisdem

Semper debere anxium est, fratres, semper triste fenoris vinculis alligari; sed me, quem vobis mea saepe facit promissio debitorem, satis ipsa de talis debiti natura et obligatione blanditur, quia dat, non accipit, qui promittit; et qui dando debet, sibi magis ipsum facit obnoxium creditorem; atque ubi qui credidit debet, et qui debet credidit, ibi necessitudinis, non necessitatis probatur esse contractus; et in tali fenore animae non oneris, sed honoris praedulcis currit usura. Posteaquam Zachariae sacerdoti apparuisse angelum Domini evangelicus sermo descripsit, adjecit dicens: Et turbatus est Zacharias videns, et timor irruit super eum. Si de judicis potestate sollicitus est, qui semper de apparitoris turbatur et contremiscit adventu, et mandati meritum de persona venientis aestimat et metitur; et quamvis bene conscius pavet, donec causas venientis agnoscat et intelligat qualitatem; quid faciet, quo pavore trepidabit, cum potestatem supernam senserit hominis imbecilla natura, cum respexerit homo angelum, et divinae sedis ministrum viderit? Caro numquam de sua conscientia est secura: sicut Zacharias ipse, de quo loquimur nunc, comprobavit, qui in ipso tempore placationis offendit; qui dum credit, dubitat, dicente angelo, Quia non credidisti verbis meis: dum postulata promeretur, incurrit; condemnatur, munera ipsa cum suscepit; qui vocem, cum vocem percipit, tunc amittit. Hinc est quod angelus antequam mandata pandat, dona tradat, referat impetrata, metum discutit, fugat timorem, confortat animos ancipiti cogitatione turbatos, ut mens quae migraverat a se nimio pavoris excessu, in semetipsam reversa beneficiorum tantam sentiret et caperet largitatem, dicens: Ne timeas Zacharia, quoniam exaudita est deprecatio tua: et uxor tua Elisabeth pariet tibi filium, et vocabis nomen ejus Joannem.

Putasne sacerdos tantus sic est populi, sic universitatis oblitus, ut de conceptu veteranae conjugis, de partu desperatae sterilis rogaret, ut sibi soli legatus omnium tunc adesset, ut advocatus omnium pro se singulariter oraret, ut tantum pontificatus officium intra domesticas arctaret curas, inter familiares clauderet et occuparet angustias, et incensum totius plebis in solum desiderium proprii pignoris addiceret veteranus antistes, ac tali desiderio grandaevus, et ipsum tempus jam respiciens, ad partum succenderetur intempestivum?

Sermón LXXXVIII.

Sobre lo mismo

Estar siempre en deuda es angustioso, hermanos; estar siempre atado con los lazos de un préstamo es triste; pero a mí, a quien mi promesa hace con frecuencia deudor vuestro, la naturaleza misma y la obligación de tal deuda me halagan mucho, porque el que promete da, no recibe; y el que debe dando, hace al acreedor más bien obligado a sí; y donde el que prestó debe, y el que debe prestó, allí se prueba que el contrato es de estrecho vínculo, no de necesidad; y en tal préstamo del alma corre un interés no de carga, sino de dulcísima honra. Después de que la palabra evangélica describió que se apareció al sacerdote Zacarías un ángel del Señor, añadió diciendo: Y Zacarías se turbó al verlo, y el temor se precipitó sobre él (Lc 1,12). Si quien está pendiente de la potestad de un juez siempre se turba y tiembla ante la llegada de un alguacil, y estima y mide la importancia del mandato por la persona del que viene; y, aunque tenga buena conciencia, siente pavor hasta que conoce las causas del que viene y entiende de qué clase son: ¿qué hará, con qué pavor temblará, cuando la débil naturaleza del hombre haya sentido una potestad de lo alto, cuando el hombre haya mirado a un ángel y haya visto a un ministro del trono divino? La carne nunca está segura de su conciencia: como lo comprobó el mismo Zacarías, de quien ahora hablamos, que ofendió en el tiempo mismo de la propiciación; que mientras cree, duda, pues dice el ángel: Porque no creíste a mis palabras (Lc 1,20); mientras merece lo pedido, incurre en castigo; es condenado cuando ha recibido los dones mismos; pierde la voz justo cuando recibe la voz. De ahí que el ángel, antes de exponer sus mandatos, entregar sus dones, referir lo obtenido, disipa el miedo, ahuyenta el temor, conforta los ánimos turbados por un pensamiento vacilante, para que la mente, que había salido de sí por un exceso de pavor, vuelta a sí misma, sintiera y captara tan gran largueza de beneficios, diciendo: No temas, Zacarías, porque tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan (Lc 1,13).

¿Piensas que un sacerdote tan grande se olvidó así del pueblo, así de todos, como para pedir por la concepción de una cónyuge anciana, por el parto de una estéril desesperada; como para que el enviado de todos estuviera entonces presente para sí solo; como para que el abogado de todos orara aparte por sí; como para que estrechara tan gran oficio del pontificado dentro de los cuidados domésticos, lo encerrara y ocupara en las estrecheces familiares, y el prelado anciano destinara el incienso de todo el pueblo al solo deseo de un hijo propio, y, tan entrado en años y mirando ya el tiempo mismo, se encendiera en tal deseo de un parto intempestivo?

Absit, fratres, absit, ut hoc de sancto Zacharia fidelis anima suspicetur. At quidem angelus in hoc fuisse refert totius supplicationis effectum, dicens: Exaudita est deprecatio tua, et uxor tua Elisabeth pariet tibi filium. Si angelus ad petita respondit, sacerdos pro solo pignore supplicavit, si pro omnibus egit supplicatio sacerdotis, cur angelus de solo pignore retulit impetrata? Quid tenemus, quid diu suspendimus animos auditorum? quam non sibi soli, sed omnibus adfuerit iste venerandus antistes; quam responderit angelus universis; quam Deus prospexerit in uno isto germine sacerdotis, quem genitoribus utique et ipsi ob hoc delegerat naturae, ut eum daret universitati, largiretur saeculis, populis condonaret, et fieret sacramenti filius inter sacraria delatus, inter sacramenta concessus, esset antistes de venerando generatus antistite, esset angelus ore angeli sancta conceptus in viscera, esset vox Christi: Ego vox clamantis in deserto; esset vox Christi ad Christum sua reservatus ad tempora, esset praeco Judicis praesentiam clamaturus, esset poenitentia populos Christi vocaturus ad veniam.

Quam sacerdos ergo iste jam sui nescius, jam sibi mortuus, extraneus conjugi, soboli jam negatus egerit omnibus, omnibus impetrarit, mox angelo referente discamus. Et multi, inquit, in nativitate ejus gaudebunt. Non est unigenitus qui est cunctorum creatus ad gaudium. Erit enim magnus coram Domino. Qui coram Deo magnus est, quantus sit penes homines quis probabit? Et vinum et siceram non bibet. Qui natus est sancto de corpore sacerdotis, et summa senectute, ab omnibus vitiis defaecato, atque exempto juventutis incendiis, vinum nescit, ignorat siceram, quae pariunt luxus ebrietatis et vitia, et tota dissipant morum decora, ornamenta virtutum. Et vinum et siceram non bibet, sed Spiritu sancto replebitur adhuc in utero matris suae. Juxta illud Apostoli: Fratres, nolite inebriari vino, in quo est luxuria, sed repleamini Spiritu sancto. Et Spiritu sancto replebitur adhuc in utero matris suae. Beatus Joannes, qui ante Dei Spiritu meruit intonare quam hominis vagiret in fletu; beatus, qui ante divina possidere meruit quam sortiretur humana; beatus, qui ante meruit coelum scire quam terram; beatus, qui, antequam videret praesentia, futura meruit nuntiare; beatus, qui ante Deum capere potuit quam suo ipse caperetur a corpore; beatus et singulariter est beatus, qui, antequam saperet quaerere, meritum conquisivit; beatus, qui non pervenit ad gratiam per laborem, sed ad labores ipsius gratiae dignatione descendit.

De ningún modo, hermanos, de ningún modo sospeche esto un alma fiel del santo Zacarías. Y sin embargo el ángel refiere que en esto estuvo el efecto de toda la súplica, diciendo: Tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo. Si el ángel respondió a lo pedido, el sacerdote suplicó solo por su hijo; si la súplica del sacerdote se hizo por todos, ¿por qué el ángel refirió como obtenido solo el hijo? ¿Por qué nos detenemos, por qué tenemos tanto tiempo en suspenso los ánimos de los oyentes? ¡Cómo asistió este venerable prelado no a sí solo, sino a todos; cómo respondió el ángel a todos; cómo proveyó Dios en este único vástago del sacerdote, al que ciertamente había escogido para sus padres y para la naturaleza misma con este fin: darlo al mundo entero, concederlo a los siglos, donarlo a los pueblos, y que fuera hijo del misterio, traído entre los santuarios, concedido entre los misterios; que fuera prelado engendrado de un venerable prelado; que fuera ángel concebido en santas entrañas por boca de un ángel; que fuera voz de Cristo: Yo soy la voz del que clama en el desierto (Jn 1,23); que fuera voz de Cristo reservada para Cristo, para sus tiempos; que fuera heraldo del Juez, que había de clamar su presencia; que fuera quien, por la penitencia, llamara a los pueblos de Cristo al perdón!

Cuánto hizo, pues, por todos, cuánto obtuvo para todos este sacerdote, ya ignorante de sí, ya muerto para sí, extraño a su cónyuge, ya privado de descendencia, aprendámoslo enseguida por lo que refiere el ángel. Y muchos, dice, se alegrarán en su nacimiento (Lc 1,14). No es hijo único el que ha sido creado para el gozo de todos. Porque será grande delante del Señor (Lc 1,15). El que es grande delante de Dios, ¿quién probará cuán grande es entre los hombres? Y no beberá vino ni bebida fermentada. El que nació del cuerpo santo de un sacerdote, y en extrema vejez, cuerpo purificado de todos los vicios y libre de los ardores de la juventud, no conoce el vino, ignora la bebida fermentada, que engendran los excesos y los vicios de la embriaguez, y disipan todos los adornos de las costumbres, los ornamentos de las virtudes. Y no beberá vino ni bebida fermentada, sino que será lleno del Espíritu Santo ya en el seno de su madre. Según aquello del Apóstol: Hermanos, no os embriaguéis con vino, en el cual está la disolución, sino llenaos del Espíritu Santo (Ef 5,18). Y será lleno del Espíritu Santo ya en el seno de su madre. Bienaventurado Juan, que mereció tronar por el Espíritu de Dios antes que gemir en el llanto del hombre; bienaventurado, que mereció poseer lo divino antes de recibir en suerte lo humano; bienaventurado, que mereció conocer el cielo antes que la tierra; bienaventurado, que, antes de ver lo presente, mereció anunciar lo futuro; bienaventurado, que pudo contener a Dios antes de ser contenido él mismo por su cuerpo; bienaventurado y singularmente bienaventurado, que, antes de saber buscar, conquistó el mérito; bienaventurado, que no llegó a la gracia por el trabajo, sino que bajó a los trabajos por la dignación de la gracia misma.

Et multos, inquit, filiorum convertet. Ad quem? Dicat angelus, ut quia blasphemat, quia negat haereticus, commutescat; dicat angelus, ut audiat fidelis, et gaudeat; credat haereticus, et recurrat. Convertet. Ad quem? Ad Dominum Deum, inquit, ipsorum. Quis est hic Deus? De quo propheta dicit: Hic est Deus noster, et non est alius absque eo qui invenit omnem viam disciplinae, et dedit eam Jacob puero suo, et Israel dilecto suo. Quando dedit? Tunc utique quando legalibus in tabulis totius vitae regulam, totam disciplinae descripsit et normam.

Attentus esto auditor, ut scias quis est hic Deus noster, absque quo alius non est. Quis est? Post haec in terris visus est, et cum hominibus conversatus est. Quis est alius visus in terra nisi Christus, qui nostra est conversatus in carne? Et quis est alius conversatus cum hominibus, nisi ille qui cum hominibus humano est commoratus in corpore? Et si hic est Deus noster, et non alius absque eo, haeretice, cum hunc non habueris, quem habebis? Non est alius, inquit, absque eo; et nunc non dicis, Ergo ubi est Pater? Propheta dicit: Non est alius absque eo; et ubi est? In Filio utique, quia praeter Filium non est Pater. Ego in Patre, dicit, et Pater in me est. Unde et propheta non dixit, Non est alius, sed Non est alius absque eo: hoc est dicere, Est; sed in ipso est. Sed dicis, Et si in ipso est, quomodo est alius? Haeretice, sic est alius persona, ut sit ipse substantia; sic est ipse substantia, ut nulla sit confusio Trinitatis; sic est unitas Trinitatis, ut nulla sit in Deitate distantia; sic in se est, et sine se tota Trinitas non est, ut insit in Patre, et Filio, et Spiritu sancto personalitas definita, non separata divinitas.

Et ipse praecedet ante illum. Ante quem? Ante Christum, qui est Deus ipsorum. Deus noster, Deus omnium, Deus absque quo alius non est: In virtute Eliae. Nemo cum hoc audit, μετεμψύχωσιν imputet: hic spiritum dicit illum, quem per divinam gratiam meruit, non quem carnis est consecutus ad vitam; et virtutem dicit illam quam de supernis habuit, non illam quam propter corporis adeptus est firmitatem. Joannes ergo Eliae venit in spiritu, et in ejus virtute graditur, qui totum victu, vestitu, honore, castitate, abstinentia, et omnibus Eliam virtutibus repraesentat et Christum. Praeparet Domino plebem perfectam. Quam in vobis Deus et Dominus noster praeparare et confirmare dignetur in gloriam nominis sui.

Y a muchos, dice, de los hijos convertirá (Lc 1,16). ¿A quién? Dígalo el ángel, para que el hereje, porque blasfema, porque niega, enmudezca; dígalo el ángel, para que el fiel oiga y se alegre; crea el hereje, y vuelva corriendo. Convertirá. ¿A quién? Al Señor su Dios, dice. ¿Quién es este Dios? Aquel de quien dice el profeta: Este es nuestro Dios, y no hay otro fuera de él, que halló todo camino de la disciplina, y lo dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado (Bar 3,36-37). ¿Cuándo lo dio? Entonces, sin duda, cuando escribió en las tablas de la Ley la regla de toda la vida, toda la norma de la disciplina.

Estate atento, oyente, para que sepas quién es este Dios nuestro, fuera del cual no hay otro. ¿Quién es? Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres (Bar 3,38). ¿Quién otro fue visto en la tierra, sino Cristo, que vivió en nuestra carne? ¿Y quién otro convivió con los hombres, sino el que moró con los hombres en un cuerpo humano? Y si este es nuestro Dios, y no hay otro fuera de él, hereje, si no lo has tenido a él, ¿a quién tendrás? No hay otro, dice, fuera de él; ¿y ahora no dices: «¿Dónde está, pues, el Padre?»? El profeta dice: No hay otro fuera de él; ¿y dónde está? En el Hijo, sin duda, porque fuera del Hijo no hay Padre. Yo estoy en el Padre, dice, y el Padre está en mí (Jn 14,10). Por eso también el profeta no dijo «No hay otro», sino «No hay otro fuera de él»: es decir, lo hay; pero está en él. Pero dices: «Y si está en él, ¿cómo es otro?» Hereje, de tal modo es otro en persona, que es el mismo en sustancia; de tal modo es el mismo en sustancia, que no hay confusión de la Trinidad; de tal modo es la unidad de la Trinidad, que no hay distancia alguna en la deidad; de tal modo está en sí, y sin él no es toda la Trinidad, que hay en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo personalidad definida, no divinidad separada.

Y él irá delante de él (Lc 1,17). ¿Delante de quién? Delante de Cristo, que es el Dios de ellos. Nuestro Dios, el Dios de todos, el Dios fuera del cual no hay otro: En el poder de Elías. Que nadie, al oír esto, alegue la metempsychosis: aquí habla de aquel espíritu que mereció por la gracia divina, no del que recibió de la carne para la vida; y habla de aquel poder que tuvo de lo alto, no del que obtuvo para la firmeza del cuerpo. Juan, pues, vino en el espíritu de Elías y camina en su poder, él que en todo, en el alimento, el vestido, la honra, la castidad, la abstinencia y todas las virtudes, representa a Elías y a Cristo. Prepare para el Señor un pueblo perfecto. Que nuestro Dios y Señor se digne prepararlo y confirmarlo en vosotros para gloria de su nombre.

Sermo LXXXIX.

De eisdem

Omnia quae a Deo creata sunt nobis bona sunt, et bona valde, dicente Scriptura: Et vidit Deus omnia quaecumque fecit, et ecce valde bona. Ergo omnia quae a Deo creata sunt, bona sunt, et valde bona: sed inter vitia virtutesque media sic habentur, ut ex ipsis, et periti doctrinae materiam sumant, et erroris causam inveniant imperiti. Sapientes namque Creatorem creaturae contemplatione cognoscunt; stulti vero dum creaturas ipsas deos existimant, sapere nequeunt Creatorem. Hinc est quod solem, lunam, stellas, aurum, lapides, ligna, deos sibi fecerunt gentiles, quae Christiani addicta suae sapiunt servituti. Nec mirum sic esse mediam creaturam, quando ipse creator omnium Christus est fidelibus in salutem, infidelibus in ruinam, evangelista dicente: Hic positus est in ruinam et resurrectionem multorum. Apostoli etiam aliis habentur in mortem, aliis habentur in vitam, Paulo probante, cum dicit: Quibusdam sumus odor mortis in mortem, quibusdam autem odor vitae in vitam. Ergo et evangelicae lectiones fiunt bonis intelligentiae salutaris, malis vero erroris occasio.

Antehac evangelista beatissimus, cum referret Joannem Baptistam Herodis astrictum vinculis, adulteriis Herodiadis exstinctum, truncatum in praemium saltatricis, sensimus aliquos fuisse permotos, cur Deus sacrilegae sanctum, adulterae virginem, angelum addixerit saltatrici. Fratres, virtutes Joannis, Herodis crimina abundanter alio sermone tractabimus: nunc eloquamur quae vinculorum causa, carceris quae necessitas, quae mortis utilitas fuerit in Joanne. Joannes non potuit mori communi sorte, qui natus est privilegio singulari: cum Christus Deus nasceretur in carne, Joannes angelus est generatus in terris, ut ita officia terrena officiis se coelestibus miscerent, sicut humanis se divina miscebant, et in terra Deo angelus, Domino ordo coelestis obsequii non deesset.

Sermón LXXXIX.

Sobre lo mismo

Todo lo que fue creado por Dios es bueno para nosotros, y muy bueno, según dice la Escritura: Y vio Dios todas las cosas que había hecho, y he aquí, muy buenas (Gn 1,31). Así pues, todo lo que fue creado por Dios es bueno, y muy bueno; pero entre los vicios y las virtudes se tiene por intermedio, de tal modo que de ello los entendidos toman materia de doctrina y los ignorantes hallan causa de error. Porque los sabios conocen al Creador por la contemplación de la criatura; pero los necios, al estimar dioses a las criaturas mismas, no pueden conocer al Creador. De ahí que los gentiles se hicieran dioses del sol, la luna, las estrellas, el oro, las piedras, los maderos, cosas que los cristianos saben sujetas a su servidumbre. Ni es de extrañar que la criatura sea así intermedia, cuando el mismo Cristo, Creador de todas las cosas, es para los fieles salvación y para los infieles ruina, según dice el evangelista: Este está puesto para ruina y resurrección de muchos (Lc 2,34). También los apóstoles son tenidos por unos para muerte, por otros para vida, como prueba Pablo cuando dice: Para unos somos olor de muerte para muerte, para otros olor de vida para vida (2 Cor 2,16). Así pues, también las lecturas del Evangelio se hacen para los buenos materia de inteligencia saludable, y para los malos ocasión de error.

Antes, cuando el beatísimo evangelista refería que Juan Bautista fue atado con las cadenas de Herodes, muerto por los adulterios de Herodías, decapitado en premio de una bailarina, advertimos que algunos se habían turbado: por qué Dios había entregado al santo a una sacrílega, al virgen a una adúltera, al ángel a una bailarina. Hermanos, de las virtudes de Juan y de los crímenes de Herodes trataremos abundantemente en otro sermón; ahora digamos cuál fue en Juan la causa de las cadenas, cuál la necesidad de la cárcel, cuál la utilidad de la muerte. Juan no podía morir con la suerte común, él que nació por un privilegio singular: cuando Cristo, Dios, nacía en la carne, Juan, ángel, fue engendrado en la tierra, para que así los oficios terrenos se mezclaran con los celestiales, como lo divino se mezclaba con lo humano, y en la tierra no le faltara a Dios un ángel, ni al Señor el orden del homenaje celestial.

Sed audiamus ordinem nascentis Joannis, ut causas mortis ejus invenire possimus. Fuit, inquit, in diebus Herodis, regis Judaeae, sacerdos quidam nomine Zacharias, de vice Abia, et uxor ejus de filiabus Aaron, et nomen ejus Elisabeth. Erant autem ambo justi ante Deum, incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Domini sine querela. Oratores magni et excellentes ingenio, quoties illustrium virorum parant narrare virtutes, avos atavosque commemorant, ut ad honorem praesentium accedat dignitas antiquorum, et laus patrum filiorum redundet ad gloriam. Major est innata gloria quam quaesita; praecedit quod venit ab origine quod sequitur ex labore, gloriam beatius est habere quam quaerere: hinc est quod evangelista ut extollat Joannis gloriam, Zachariae patris, Elisabeth matris genus dicit, avos memorat, scribit merita, loquitur titulos, gradus digerit, vitam pandit, dilatat insignia, praedicat sanctitatem.

Fuit, inquit, in diebus Herodis, regis Judaeae. Tempus memorat regis nefandi, qui sacrum sacerdotii violavit moerorem, confudit ordinem, statutum solvit, abstulit institutum. Et hoc accedit ad meritum Zachariae: quia cum in omnes pene Herodes ausus suae temeritatis extenderit, ausus sit nihil in isto, virtutibus sit hujus oppressus, ut sacerdotis immaculata successio ad gloriam germinis servaretur. Et uxor ejus de filiabus Aaron. Aaron primus pontifex in lege fuit sacerdotii origo: propterea, merito praetermissis omnibus, ejus filia dicitur, cujus in se memoria praetulit sanctitatem, quam tanti generis pia custos gloriosissime transfudit in filium.

Sed hujus matris laudes evangelista describit: Erant, inquit, ambo justi ante Deum. Est nova felicitas, est conjugium singulare, quando manet in duobus mens una, una sanctitas in duobus: constabat mente quod distabat in sexu; et in moribus erat unum, quod geminabat aspectus; et virtutibus reddebat pares, impares dederat quos natura. Erant, inquit, justi ambo ante Deum. Placere judiciis humanis, coram hominibus esse justum, est virtutis humanae, maximi est et laboris: ante Deum qui scrutatur corda, cogitationes discutit, videt mentium motus, esse justum humani laboris non est, muneris est divini. Si magnus est qui non peccat in carne, quantus est qui corde non peccat? Joannes ergo supra carnem est natus de istis, qui ante Deum nec corde, nec corpore peccaverunt.

Pero oigamos el orden del nacimiento de Juan, para que podamos hallar las causas de su muerte. Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, y su mujer era de las hijas de Aarón, y su nombre era Isabel (Lc 1,5). Y eran ambos justos delante de Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja (Lc 1,6). Los grandes oradores, sobresalientes en ingenio, cada vez que se disponen a narrar las virtudes de varones ilustres, conmemoran a sus abuelos y tatarabuelos, para que al honor de los presentes se añada la dignidad de los antiguos, y la alabanza de los padres redunde en gloria de los hijos. Mayor es la gloria innata que la buscada; precede lo que viene del origen a lo que sigue del trabajo; es más dichoso tener la gloria que buscarla: de ahí que el evangelista, para ensalzar la gloria de Juan, dice el linaje de Zacarías, su padre, y de Isabel, su madre, recuerda a sus abuelos, escribe sus méritos, pronuncia sus títulos, ordena sus grados, despliega su vida, ensancha sus insignias, pregona su santidad.

Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea. Recuerda el tiempo de un rey nefando, que violó la sagrada costumbre del sacerdocio, confundió el orden, deshizo lo estatuido, suprimió lo instituido. Y esto se añade al mérito de Zacarías: que, aunque Herodes extendió sobre casi todos los atrevimientos de su temeridad, no se atrevió a nada contra este, quedó vencido por sus virtudes, para que la inmaculada sucesión del sacerdote se conservara para gloria de su vástago. Y su mujer era de las hijas de Aarón. Aarón, primer pontífice en la Ley, fue el origen del sacerdocio: por eso, con razón, dejados de lado todos los demás, se la dice hija de aquel cuya santidad ostentó en sí como memoria, santidad que ella, piadosa guardiana de tan gran linaje, transmitió gloriosísimamente a su hijo.

Pero el evangelista describe las alabanzas de esta madre: Eran, dice, ambos justos delante de Dios. Es una dicha nueva, es un matrimonio singular, cuando permanece en dos una sola mente, una sola santidad en dos: concordaba en la mente lo que distaba en el sexo; y en las costumbres era uno lo que la vista duplicaba; y por las virtudes hacía iguales a quienes la naturaleza había hecho desiguales. Eran, dice, justos ambos delante de Dios. Agradar a los juicios humanos, ser justo ante los hombres, es propio de la virtud humana, y también de grandísimo trabajo; pero ser justo delante de Dios, que escruta los corazones, examina los pensamientos, ve los movimientos de las mentes, no es del trabajo humano, es del don divino. Si es grande el que no peca en la carne, ¿cuán grande es el que no peca en el corazón? Juan, pues, nació por encima de la carne, de estos que delante de Dios no pecaron ni de corazón ni de cuerpo.

Adjecit evangelista, dicens: Incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Domini sine querela. Incedentes: incedit qui non stat in triviis peccatorum, qui peregrinum se hoc sentit in saeculo, qui asperas virtutum intrat intrepidus mansiones, qui montes justificationum, mandatorum colles indefessus viator ascendit, ut praesentia parentis Dei, patriae coelestis beatitudine perfruatur. Incedentes in omnibus mandatis et justificationibus. Hi in omnibus, in quibus nemo vel pauci. In omnibus mandatis et justificationibus. Quis fumi nescius cupiditatum transit incendia? quis vitae lubricum numquam lapsus evadit? per vitiorum gurgites quis impollutus incedit? carnis negotia, vitae causas, actus mundi quis peragit, et non erit in querela, cum nasci ipsum plenum sit et lacrymis et querelis? Namque parturiens queritur ex dolore, et natus in lacrymas queritur ex natura. Sed in Zacharia et Elisabeth reatus occidit, periit querela, omnis est amputata causatio, quia in illis parabatur unde tota sanctitas nasceretur: sed hoc ex ipsa jam lectione luceat.

Et non erat eis, inquit, filius, eo quod esset Elisabeth sterilis. Sterilitas ista non erat maledicta, sed mystica, in qua partus non ablatus est, sed dilatus; neque erat pignori clausa, sed tempori: colebatur tempore, virtute serebatur, maturabatur aetate, senectute crescebat, ut in filio singulari tota fecunditas pensaretur, quando in uno nascebatur numerositas congesta virtutum. Beata sterilitas quae unum servabatur ad partum, et exspectabat Joannem, cui quia prima omnia debebantur, primogeniti dignitas non periret. Et ambo processerant in diebus suis. Processerant, non decesserant: vixit in sanctis aetas, non defecit, sed processit. Aut quid illis deficit, quibus accedunt semper incrementa virtutum? Ergo in Zacharia et Elisabeth stupet sexus, frigescit caro, membra sopiuntur, tempus praeterit, aetas transit, abolescit totum quidquid est et humani ordinis et negotii conjugalis, ut divino munere, non partu ex hominibus angelus nasceretur.

Promiseramus de ortu Joannis causas mortis ejus expromere, sed quia nos hodie longius sermo protraxit, et ad probationem rei satis nobis necessaria sunt quae sequuntur, quae modo dicta sunt ortus ejus deputentur ad gloriam; nosque ingrati non simus vobis, qui differimus debitum, non negamus: nam debitoribus dilatio crescit ad gratiam creditoris. Exspectate ergo quod promittit debitor, et exspectate securi, quia promissa negari nequeunt, quando sterili tam largiter negata solvuntur.

El evangelista añadió, diciendo: caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja. Caminando: camina el que no se detiene en las encrucijadas de los pecadores, el que se siente peregrino en este siglo, el que entra intrépido en las ásperas moradas de las virtudes, el que, caminante incansable, sube los montes de las justificaciones, las colinas de los mandamientos, para gozar de la presencia de Dios, su padre, de la bienaventuranza de la patria celestial. Caminando en todos los mandamientos y justificaciones. Estos, en todos: en los que nadie, o pocos. En todos los mandamientos y justificaciones. ¿Quién atraviesa los incendios de las codicias sin conocer su humo? ¿quién escapa de lo resbaladizo de la vida sin caer nunca? ¿quién camina sin mancharse por los remolinos de los vicios? ¿quién lleva adelante los negocios de la carne, los asuntos de la vida, los actos del mundo, y no estará en queja, cuando el nacer mismo está lleno de lágrimas y de quejas? Porque la parturienta se queja por el dolor, y el que nace para las lágrimas se queja por naturaleza. Pero en Zacarías e Isabel cayó la culpabilidad, pereció la queja, quedó amputada toda acusación, porque en ellos se preparaba aquello de donde nacería toda santidad; pero que esto resplandezca ya desde la lectura misma.

Y no tenían, dice, hijo, porque Isabel era estéril (Lc 1,7). Esta esterilidad no era maldita, sino mística, en la cual el parto no fue quitado, sino diferido; ni estaba cerrada a la descendencia, sino al tiempo: se cultivaba con el tiempo, se sembraba con la virtud, maduraba con la edad, crecía con la vejez, para que en un hijo singular se compensara toda la fecundidad, cuando en uno solo nacía una multitud acumulada de virtudes. Bienaventurada esterilidad, que se reservaba para un solo parto y esperaba a Juan, para que, puesto que a él se le debían todas las primicias, no pereciera la dignidad del primogénito. Y ambos habían avanzado en sus días. Habían avanzado, no habían fallecido: la edad vivió en los santos; no desfalleció, sino que avanzó. ¿O qué les falta a aquellos a quienes siempre se suman incrementos de virtudes? Así pues, en Zacarías e Isabel se entumece el sexo, se enfría la carne, se adormecen los miembros, pasa el tiempo, transcurre la edad, se extingue todo cuanto pertenece al orden humano y al negocio conyugal, para que naciera un ángel por don divino, no por parto de los hombres.

Habíamos prometido exponer, a partir del nacimiento de Juan, las causas de su muerte; pero como hoy el sermón nos ha llevado más lejos, y para la prueba del asunto nos es muy necesario lo que sigue, cuéntese lo que acabamos de decir para gloria de su nacimiento; y no seamos ingratos con vosotros, nosotros que diferimos la deuda, no la negamos: porque, con los deudores, la dilación crece en favor del acreedor. Esperad, pues, lo que promete el deudor, y esperad seguros, porque las promesas no pueden negarse cuando a una estéril se le pagan tan generosamente las cosas negadas.

Sermo XC.

De eisdem

Erigi nos sanctorum lapsibus, sanctorum trepidatione fundari, cunctatio nos hodie Zachariae docuit sacerdotis: qui cum non credit Dei promissa, sed discutit; et opera divina, non fide percipit, sed humana ratione disquirit, infidelitatis culpam longa silentii condemnatione persolvit. Audierat ab angelo: Exaudita est deprecatio tua: et uxor tua Elisabeth pariet tibi filium. Qui tunc respondit: Unde hoc sciam? Ego enim sum senex, et uxor mea processit in diebus suis. Nonne quantum senectute longa spem posteritatis amiserat, tantum longo vitae usu fuerat edoctus quod Deus impossibile nil haberet? Legerat tanti temporis sacerdos, sciebat veteranus pontifex lege naturam, non auctorem naturae posse constringi; et tempus homini posse, suo non posse praescribere conditori. Noverat de Abrahae et Sarae emortuis extrema senectute corporibus, et a patris matrisque nomine famosissima sterilitate summotis; Isaac ad totam fecunditatem Israelitici germinis erupisse, cui non obfuit tantum defuisse naturam, quantum nasci profuit auctoris beneficio, non naturae. Didicerat Rebeccae et Annae effetis diu, diu naturae suffragio destitutis, dedisse Deum quod sterilitas abnegaverat.

Edoctus ergo tantis, quid est quod dicit: Unde hoc sciam? Ego enim senex sum, et uxor mea processit in diebus suis? Fratres, satis ad Deum trepida, satis ad divinas virtutes hominis est imbecilla natura, nec talem se in causa invenit qualem se aestimat ante causam; et satis se ignorat antequam se rebus probet, et experiatur exemplis. Petit coelum, petit alta, scrutatur superna, movet coelum, pulsat coelum; sed cum coelum moverit, coeli pondera non poterit sustinere. Ambit fidei subire verticem, ardet coelum sua penetrare virtute; sed aethereas in vias ubi incedere humanis gressibus inchoat, et cum suam deorsum respicit ad naturam, non tantum fidit de praeteritis, quantum trepidat de ruina. Sic B. Petrus cum per aequora divinos imitatur incessus, et novus viator molle iter duris gressibus calcat, ante de lapsu supplicat quam gaudeat de donato.

Sermón XC.

Sobre lo mismo

Que somos levantados por las caídas de los santos, cimentados por el temblor de los santos, nos lo enseñó hoy la vacilación del sacerdote Zacarías: el cual, al no creer las promesas de Dios, sino discutirlas, y al no percibir por la fe las obras divinas, sino escudriñarlas con la razón humana, paga la culpa de la infidelidad con una larga condena de silencio. Había oído del ángel: Tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo. Él entonces respondió: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano, y mi mujer ha avanzado en sus días (Lc 1,18). ¿Acaso, cuanto había perdido la esperanza de descendencia por la larga vejez, otro tanto no había aprendido con la larga experiencia de la vida que nada había imposible para Dios? Lo había leído un sacerdote de tanto tiempo, lo sabía un pontífice veterano: que por ley puede ser constreñida la naturaleza, no el autor de la naturaleza; y que el tiempo puede prescribir al hombre, no puede prescribir a su Hacedor. Conocía que de los cuerpos de Abraham y de Sara, muertos por la extrema vejez y apartados del nombre de padre y de madre por una famosísima esterilidad, había brotado Isaac para toda la fecundidad de la estirpe israelita (Gn 21,2), al cual no le estorbó tanto que le faltara la naturaleza cuanto le aprovechó nacer por beneficio del autor, no de la naturaleza. Había aprendido que a Rebeca (Gn 25,21) y a Ana (1 Sam 1,20), agotadas largo tiempo, largo tiempo privadas del auxilio de la naturaleza, Dios les dio lo que la esterilidad había negado.

Instruido, pues, por cosas tan grandes, ¿por qué dice: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano, y mi mujer ha avanzado en sus días? Hermanos, la naturaleza del hombre es muy temerosa ante Dios, muy débil ante los poderes divinos, y no se encuentra en el trance tal como se estima antes del trance; y bastante se ignora a sí misma antes de probarse con los hechos y de experimentarse con los ejemplos. Pide el cielo, pide las alturas, escudriña lo de arriba, mueve el cielo, llama al cielo; pero cuando haya movido el cielo, no podrá sostener el peso del cielo. Ambiciona subir a la cumbre de la fe, arde por penetrar el cielo con su propia fuerza; pero cuando empieza a caminar con pasos humanos por las vías etéreas, y cuando mira hacia abajo a su naturaleza, no confía tanto en lo pasado cuanto tiembla ante la caída. Así el bienaventurado Pedro, cuando sobre las aguas imita el andar divino, y como nuevo caminante pisa el camino blando con pasos duros, suplica por su caída antes de alegrarse de lo concedido (Mt 14,30).

Sic nunc Zacharias, qui cum diu fleret diabolum posse, regnare mortem culpa hominis unius, nasci homines ad labores, ad gemitus, ad pericula, optare licet aerumnosa; moritura, nec tamen posse pignora promereri; stare inter acies criminum, obsideri vitiorum catervis, infirmitatum quati et quassari semper impulsu; videre eminus vexilla virtutum, spem legis, gratiae libertatem, nec tamen illuc quemquam propriis posse viribus pervenire; velle bona, et non facere; crimina odisse, nec vincere; debere jam misereri Deum, debere jam taliter subvenire captivis; pontifex ergo iste cum Dei aures continua et tali querela, tali lamentatione pulsaret, Deus sic pia, sic justa poscenti, ex germine ipsius responsionis suae sumpsit et instituit mirabile documentum, quo crederet posse Deum dare vitam mortuis, salutem reddere desperatis, si senectuti mortuae sobolem, si sterilitati dedisset filium desperatae, sicut evangelicus aperit sermo, cum dicit: Exaudita est deprecatio tua, et uxor tua Elisabeth pariet tibi filium, redemptionis hujus nuntium, hujus salutis praevium; qui Deum non, sicut tu, voce audiat, non gemitibus flectat. Non ad impetrandum nostra ille, sicut tu, suffragia requirat, sed ipse in nostro ordine constitutus, et angelico honore fultus, Deum satis ab omnibus desideratum, nec ulli umquam cognitum, etiam ipsis angelis invisum, manu teneat, amplectatur gremio, et jam conspicuum mundo ulnis felicibus tradat, palmis beatissimis assignet, humanis oculis pervidendum, Deum cognitum faciat universis, perducat Dominum ad consortia servulorum, misceat reis Judicem, censorem in se testetur noxiorum suscepisse personam, ac si probet condemnationis humanae sententiam cessaturam, quando ipse agitur, ipse currit per veniam, qui reos erat daturus ad poenam.

Ut luceat hoc mysterium pietatis immensae, Zacharia, tuus filius suum Dominum poenitentiae demergit in baptisma, in remissionem diluit peccatorum: quia voluit fons dilui, cognitor suscipere veniam, Judex ipse suam subire sententiam, ne damnaret reos, ne vindictam proferret in noxios; ascendit crucem, degustat mortem, sepulturam patitur, intrat infernum, qui puniri voluit, ne puniret, qui amari magis voluit quam timeri. Quod ubi Zacharias, fratres, audivit, tantum se meruisse suis precibus sacramentum, rei ipsius consideratione territus, sacramenti ipsius aestimatione turbatus, nec se mereri tantum credidit, et Deum dubitavit ad haec talia et tanta descendere. Hinc est quod dicit: Unde hoc sciam? Ego enim senex sum, et uxor mea processit in diebus suis. Hoc est dicere, Quomodo me habere filium ratio non permittit humana, ita nasci et mori Deum majestas non sinit sempiterna.

Así ahora Zacarías, que había llorado largo tiempo que el diablo tuviera poder, que la muerte reinara por la culpa de un solo hombre, que los hombres nacieran para los trabajos, para los gemidos, para los peligros; que fuera lícito desear hijos, aunque llenos de penalidades y destinados a morir, y sin embargo no poder obtenerlos; estar entre las filas de los crímenes, ser asediados por las tropas de los vicios, ser sacudidos y quebrantados siempre por el embate de las debilidades; ver de lejos los estandartes de las virtudes, la esperanza de la Ley, la libertad de la gracia, y sin embargo que nadie pudiera llegar allá por sus propias fuerzas; querer el bien y no hacerlo; odiar los crímenes y no vencerlos; que Dios debía ya tener misericordia, debía ya socorrer así a los cautivos: este pontífice, pues, como llamaba a los oídos de Dios con tan continua queja, con tal lamentación, Dios, a quien pedía cosas tan piadosas, tan justas, tomó del vástago mismo de su respuesta y estableció una prueba admirable, por la que creyera que Dios podía dar la vida a los muertos y devolver la salvación a los desesperados, si a una vejez muerta le había dado descendencia, si a una esterilidad desesperada le había dado un hijo; como lo descubre la palabra evangélica cuando dice: Tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo: mensajero de esta redención, precursor de esta salvación; que no oirá a Dios, como tú, por una voz, ni lo doblegará con gemidos. No buscará él, como tú, nuestros sufragios para obtener; sino que, puesto él mismo en nuestro rango y sostenido por el honor angélico, tendrá en su mano al Dios tan deseado por todos, nunca conocido por nadie, invisible aun para los mismos ángeles; lo abrazará en su regazo, y, visible ya para el mundo, lo entregará con brazos felices, lo señalará con palmas beatísimas, para que lo contemplen los ojos humanos; hará a Dios conocido de todos, conducirá al Señor al consorcio de sus siervecillos, mezclará al Juez con los reos, atestiguará que el censor ha asumido en sí la persona de los culpables, como probando que la sentencia de la condena humana cesará, cuando él mismo es juzgado, él mismo corre por el perdón, el que había de entregar a los reos al castigo.

Para que resplandezca este misterio de inmensa piedad, Zacarías, tu hijo sumerge a su Señor en el bautismo de la penitencia, lo lava para la remisión de los pecados: porque quiso la fuente ser lavada, el juez instructor recibir el perdón, el Juez mismo someterse a su propia sentencia, para no condenar a los reos, para no descargar la venganza sobre los culpables; sube a la cruz, gusta la muerte, padece la sepultura, entra en el infierno, el que quiso ser castigado para no castigar, el que quiso ser amado más que temido. Cuando Zacarías, hermanos, oyó que había merecido con sus preces tan gran misterio, aterrado por la consideración de la cosa misma, turbado por la estimación del misterio mismo, no creyó merecer tanto, y dudó que Dios descendiera a cosas tales y tan grandes. De ahí que diga: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano, y mi mujer ha avanzado en sus días. Es decir: «Así como la razón humana no permite que yo tenga un hijo, así la majestad eterna no consiente que Dios nazca y muera».

Cui angelus veniabiliter non credenti poenam signi tantum dedit, non perfidiae: cautelae est tarde de Deo humilia credere, de Deo tardius contumeliosa sentire.

Adjecit Angelus, dicens: Ego sum Gabriel. Ut ex nomine tanto, et ex merito ministri tanti, pontifex promissionis fidem pensaret, et crederet qualitatem. Ego sum Gabriel, qui asto ante Deum, et missus sum loqui ad te. Dum dicit nomen, designat meritum; cum se refert astare, se missum refert; servitutem fatetur, ne praerogativa nominis debitum celaret obsequium. Ego sum, inquit, Gabriel, qui asto ante Deum, et missus sum loqui ad te, et haec tibi nuntiare.

Vere magnus Dominus, et sapientiae ejus non est numerus. Infirmantem curat de vulnere, nutantem de ultione confirmat, de supplicio fidei perficit argumentum, dicendo: Et ecce eris tacens et non poteris loqui. Ut ex te et in te credendi regulam consequaris, et vernaculo exemplo Deum posse credas facere quod promittit: nam cum vult, tuae vocis organum claudit; et cum vult, tui aperire oris officium profecto potest; et cum vult fecundam ex sterili facere, ex fecunda sterilem cum promittit, potest; cum vult largiri partus officia, obsequia naturae cum vult, praevalet denegare. Egit ergo angelus ut tali documento pontifex eruditus non dicat amplius: Unde hoc sciam? Qui totius creaturae indicio potuit approbare quod Deus omnia possit; et qui coelum, terram, mare, et omnia quae in eis sunt, ex nihilo legerat substitisse, credere debuit quod potuit ex aliquo facere quod vult, et desperato reddere quod promittit; et qui totum fecit ex eo quod non erat, ex eo quod est quidquid vult facere non laborat.

Et erat plebs exspectans Zachariam, et mirabantur quod tardaret in templo. Egressus autem Zacharias non poterat loqui ad illos, et cognoverunt quod visionem vidisset in templo. Ille autem erat innuens illis, et permansit mutus. Egreditur pontifex gestans in ore sterilitatis indicium, portans in pectore conceptionis figuram, ut cum mater pareret filium, daret filius vocem, tunc verbi pater ederet sacramentum, et ante natus daret patri veniam, quam dilueret crimina vetusta populorum. Et quia qui non credidit, tacuit, merito propheta, quia credidit, gloriatur, dicendo: Credidi, propter quod locutus sum.

Fratres, dat verbum fides, negat infidelitas verbum. Si nos ergo, fratres, sicut dixi, sanctorum lapsus erigit, firmat trepidatio beatorum, nihil umquam Deo esse impossibile judicemus, neque inquiramus quemadmodum facturus sit, quod promittit, cujus voluisse fecisse est, cujus dedisse est promisisse.

A él, que no creía de modo perdonable, el ángel le dio solo la pena de un signo, no de la incredulidad: es propio de la cautela creer tarde cosas humildes acerca de Dios, y más tarde aún pensar cosas injuriosas acerca de Dios.

Añadió el ángel, diciendo: Yo soy Gabriel. Para que, por un nombre tan grande y por el mérito de un ministro tan grande, el pontífice sopesara la fidelidad de la promesa y creyera en su calidad. Yo soy Gabriel, que estoy ante Dios, y he sido enviado a hablarte (Lc 1,19). Al decir su nombre, designa su mérito; cuando refiere que está presente, refiere que es enviado; reconoce la servidumbre, para que la prerrogativa del nombre no oculte el homenaje debido. Yo soy, dice, Gabriel, que estoy ante Dios, y he sido enviado a hablarte y a anunciarte estas cosas.

Verdaderamente, grande es el Señor, y su sabiduría no tiene número (Sal 147,5). Cura al enfermo de su herida, afianza al vacilante con el castigo, con el suplicio completa la prueba de la fe, al decir: Y he aquí que estarás callado y no podrás hablar (Lc 1,20). Para que de ti y en ti alcances la regla del creer, y por un ejemplo doméstico creas que Dios puede hacer lo que promete: porque cuando quiere, cierra el órgano de tu voz; y cuando quiere, puede ciertamente abrir el oficio de tu boca; y cuando quiere hacer de una estéril una fecunda, de una fecunda una estéril, cuando lo promete, puede; cuando quiere, concede los oficios del parto; cuando quiere, tiene poder para negar los servicios de la naturaleza. Obró, pues, el ángel de modo que el pontífice, instruido con tal prueba, no diga más: ¿Cómo sabré esto? El que pudo comprobar por el indicio de toda la creación que Dios lo puede todo, y el que había leído que el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos subsistió de la nada, debió creer que él podía hacer lo que quiere de algo, y devolver al desesperado lo que promete; y el que hizo el todo de lo que no era no se fatiga en hacer lo que quiere de lo que es.

Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaban de que se demorara en el templo (Lc 1,21). Pero, al salir, Zacarías no podía hablarles, y conocieron que había visto una visión en el templo (Lc 1,22). Y él les hacía señas, y permaneció mudo. Sale el pontífice llevando en la boca el indicio de la esterilidad, portando en el pecho la figura de la concepción, para que, cuando la madre diera a luz al hijo, el hijo diera la voz, entonces el padre de la palabra pronunciara el misterio, y el nacido diera el perdón a su padre antes de lavar los antiguos crímenes de los pueblos. Y porque el que no creyó calló, con razón el Profeta, porque creyó, se gloría diciendo: Creí, por eso hablé (Sal 116,10).

Hermanos, la fe da la palabra, la infidelidad niega la palabra. Si, pues, hermanos, como dije, la caída de los santos nos levanta, el temblor de los bienaventurados nos afianza, juzguemos que nunca nada es imposible para Dios, y no indaguemos cómo hará lo que promete, aquel para quien haber querido es haber hecho, haber dado es haber prometido.

Sermo XCI.

De eisdem

Aurum de terra legere qui noverunt, ubi divitem senserint venam, ibi quidquid artis est, quidquid laboris impendunt: et nos quia in sancto Zacharia coelestem novimus latere thesaurum, in ipso totum quod sermonis est nostri, quod vestri auditus est, occupemus, quatenus commune lucrum fit, quod fuerit communi labore quaesitum. Fuit, inquit, in diebus Herodis regis Judaeae sacerdos quidam nomine Zacharias, ex vice Abia. Hoc jam diximus. Et uxor ejus de filiabus Aaron. Sic coepit evangelista, ut in conjuge sacerdotis servata sacerdotalis stemmatis generositas monstraretur.

Erant, inquit, ambo justi ante Deum. Ambo justi, quia in ambobus erat una justitia. Ambo justi, quia constabat inter eos non de diligentia, sed de sanctitate conjugium. Ambo justi, quia sexu dispares, pares meritis habebantur. Ambo justi, quia ut erat in duobus una caro, sic erat in duobus unus spiritus. Imitentur conjuges, ut quos conjungit affectio, jungat et virtus. Erant, inquit, justi ambo ante Deum. Ambo justi ante Deum. Et ubi est illud: Non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens? Ante homines forte quis putetur justus, quia homines ut culpas corporum norunt, sic vitia mentis ignorant: ante Deum vero, cui pectoris claustra patent, quem cogitationum secreta non latent, quis innocens habetur et justus? Estne homo qui corde non peccet, non cogitatione delinquat, non offendat dubitatione, non lapsum trepidationis incurrat? Moyses dubitat, Aaron deviat, Petrus negat, et quis justus? Et quomodo ambo justi ante Deum? Ante Deum, sed per Deum. Ambo justi ante Deum. Non labore, sed gratia. Audi Apostolum: Justificati gratis per gratiam ipsius. Et iterum: Non ex vobis, Dei donum est; non ex operibus, ne quis glorietur. Et iterum: Quid habes quod non accepisti? si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis? Evangelista ergo sic refert, non quid non habuerit, sed quid acceperit; non quid quaesitum sit, sed quid donatum.

Sermón XCI.

Sobre lo mismo

Los que saben sacar oro de la tierra, donde han advertido una vena rica, allí emplean cuanto hay de arte, cuanto hay de trabajo; también nosotros, porque sabemos que en el santo Zacarías se esconde un tesoro celestial, ocupemos en él todo lo que es de nuestro sermón, todo lo que es de vuestro oído, de modo que se haga ganancia común lo que se haya buscado con trabajo común. Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías (Lc 1,5). Esto ya lo hemos dicho. Y su mujer era de las hijas de Aarón. Así comenzó el evangelista, para que en la cónyuge del sacerdote se mostrara conservada la nobleza del linaje sacerdotal.

Eran, dice, ambos justos delante de Dios (Lc 1,6). Ambos justos, porque en ambos había una sola justicia. Ambos justos, porque el matrimonio entre ellos se fundaba no en el cariño, sino en la santidad. Ambos justos, porque, dispares en el sexo, eran tenidos por pares en los méritos. Ambos justos, porque, así como había en los dos una sola carne, así había en los dos un solo espíritu. Imítenlos los cónyuges, para que a quienes une el afecto, los una también la virtud. Eran, dice, justos ambos delante de Dios. Ambos justos delante de Dios. ¿Y dónde queda aquello: No será justificado en tu presencia ningún viviente (Sal 143,2)? Ante los hombres quizá alguien sea tenido por justo, porque los hombres, así como conocen las culpas de los cuerpos, así ignoran los vicios de la mente; pero delante de Dios, a quien están abiertos los cerrojos del pecho, a quien no se le ocultan los secretos de los pensamientos, ¿quién es tenido por inocente y justo? ¿Hay algún hombre que no peque de corazón, que no falte con el pensamiento, que no tropiece por la duda, que no incurra en la caída del temblor? Moisés duda (Nm 20,12), Aarón se desvía (Ex 32,4), Pedro niega (Mt 26,70), ¿y quién es justo? ¿Y cómo son ambos justos delante de Dios? Delante de Dios, pero por Dios. Ambos justos delante de Dios. No por el trabajo, sino por la gracia. Escucha al Apóstol: Justificados gratuitamente por su gracia (Rom 3,24). Y otra vez: No de vosotros, es don de Dios; no por las obras, para que nadie se gloríe (Ef 2,8-9). Y otra vez: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7) Así pues, el evangelista refiere no lo que no tuvieron, sino lo que recibieron; no lo que se buscó, sino lo que se donó.

Erant, inquit, ambo justi ante Deum, incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Dei sine querela. Incedentes dixit, ut eos ostenderet cucurrisse virtutibus, non stetisse; et ambulasse in via justitiae, non sedisse; nec remansisse in itinere mandatorum, sed ad mandatorum plenitudinem pervenisse. Incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Dei sine querela. Beati, fratres, quos culpa non percutit, non vulnerat crimen; sed beatiores isti quos tetigit nec querela. Sine querela. Si pueritia, si adolescentia, si juventus sine querela exstitit, ubi tota querela est, qualis horum senectus? Si tale initium, qualis finis? Ascendisse justificationum vertices, colles mandatorum, nec in aliquo titubasse, est gratiae singularis, est unicae felicitatis insigne.

Et non erat, inquit, illis filius, eo quod esset Elisabeth sterilis. Non dixit, Non erant illis filii, sed Non erat illis filius, quia singularis futurus erat, qui erat de talibus nasciturus. Audi Dominum dicentem: Non surrexit major in natis mulierum Joanne Baptista. Eo quod esset Elisabeth sterilis. Sterilis corpore, sed fecunda virtutibus; tarda soboli, sed non tarda Deo; non germini clausa, sed tempori; non negata pignori, sed servata mysterio.

Et ambo, inquit, processerant in diebus suis. Processerant: sic describitur sacramentum senectutis, quae nondum decidit meritis, non aetate deficit, sed procedit; nec sentit detrimenta corporis, quae sumit augmenta virtutis. Fratres, Elisabeth sanctae partus non ablatus est, sed dilatus, donec transiret tempus carnis, passio corporis, conjugii necessitas, voluptatis causa, cupiditatis sensus, et totum quod humanum confundit, gravat, onerat conscientiam. Mundabatur enim longo tempore sacrificii domus, sanctitatis hospitium, metatus metatoris Christi, angeli domicilium, aula Spiritus sancti, Dei templum. Nescitis, inquit Apostolus, quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis? Denique ubi tota corporis sedata querela est, et in totum facti sunt sine querela, mox sterilitas fugit, reviviscit senectus, fides concipit, parit castitas, nascitur major homine, par angelis, tuba coeli, praeco Christi, arcanum Patris, Filii nuntius, signifer superni Regis, peccatorum venia, Judaeorum correctio, vocatio gentium, et ut proprie dicam, legis et gratiae fibula, quae diploidem summi sacerdotis sancto patri jungebat in pectore. Evangelista ergo virtutes patris matrisque describit, ut ex generatorum tantis meritis dignitas germinis nosceretur; et probaretur major homine, qui in ortu suo excedebat legem nativitatis humanae.

Eran, dice, ambos justos delante de Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones de Dios sin queja. Dijo «caminando» para mostrar que corrieron en las virtudes, que no se detuvieron; que anduvieron en el camino de la justicia, que no se sentaron; que no se quedaron en la ruta de los mandamientos, sino que llegaron a la plenitud de los mandamientos. Caminando en todos los mandamientos y justificaciones de Dios sin queja. Bienaventurados, hermanos, aquellos a quienes no hiere la culpa, no lastima el crimen; pero más bienaventurados estos, a quienes ni siquiera tocó la queja. Sin queja. Si la niñez, si la adolescencia, si la juventud estuvo sin queja, donde todo es queja, ¿cómo sería su vejez? Si tal el comienzo, ¿cuál el fin? Haber subido a las cumbres de las justificaciones, a las colinas de los mandamientos, y no haber vacilado en nada, es propio de una gracia singular, es insignia de una dicha única.

Y no tenían, dice, hijo, porque Isabel era estéril (Lc 1,7). No dijo «No tenían hijos», sino «No tenían hijo», porque había de ser singular el que había de nacer de tales padres. Escucha al Señor que dice: No surgió entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista (Mt 11,11). Porque Isabel era estéril. Estéril en el cuerpo, pero fecunda en virtudes; tardía para la descendencia, pero no tardía para Dios; no cerrada al vástago, sino al tiempo; no negada al hijo, sino reservada para un misterio.

Y ambos, dice, habían avanzado en sus días. Habían avanzado: así se describe el misterio de una vejez que todavía no ha decaído en méritos, no desfallece por la edad, sino que avanza; ni siente los detrimentos del cuerpo la que recibe los aumentos de la virtud. Hermanos, el parto de la santa Isabel no fue quitado, sino diferido, hasta que pasara el tiempo de la carne, la pasión del cuerpo, la necesidad del matrimonio, la causa del placer, el sentir de la codicia, y todo lo que confunde, agrava, carga la conciencia humana. Porque durante largo tiempo se purificaba la casa del sacrificio, el hospedaje de la santidad, el aposento del aposentador de Cristo, el domicilio de un ángel, la sala del Espíritu Santo, el templo de Dios. ¿No sabéis, dice el Apóstol, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor 3,16) En efecto, cuando quedó apaciguada toda la queja del cuerpo, y se hicieron del todo sin queja, enseguida huye la esterilidad, revive la vejez, la fe concibe, la castidad da a luz; nace uno mayor que el hombre, igual a los ángeles, trompeta del cielo, heraldo de Cristo, arcano del Padre, mensajero del Hijo, abanderado del Rey de lo alto, perdón de los pecados, corrección de los judíos, llamamiento de los gentiles y, para decirlo con propiedad, el broche de la Ley y de la gracia, que sujetaba sobre el pecho de su santo padre el manto doble del sumo sacerdote. Así pues, el evangelista describe las virtudes del padre y de la madre, para que por los grandes méritos de quienes lo engendraron se conociera la dignidad del vástago, y se probara mayor que el hombre el que en su nacimiento sobrepasaba la ley del nacimiento humano.

Sed si processurus est, jam nascatur Joannes, quia instat nativitas Christi; surgat novus Lucifer, quia jubar jam veri Solis erumpit; det vocem praeco, quia adest judex; clamet tuba, quia venit Rex; et quia processurus est Deus, angelus jam praecedat. Verum, quia quod supra homines est, homo referre non sufficit virtutes nascentis angeli, angelus jam loquatur. Dixit angelus ad Zachariam, Ne timeas Zacharia: exaudita est deprecatio tua, ecce Elisabeth uxor tua pariet tibi filium; et vocabis nomen ejus Joannem; et erit tibi gaudium et exsultatio; et multi in nativitate ejus gaudebunt. Erit enim magnus coram Domino; et vinum et siceram non bibet; et Spiritu sancto replebitur adhuc ex utero matris suae; et multos filiorum Israel convertet ad Dominum Deum ipsorum; et ipse praecedet ante illum in Spiritu et virtute Eliae, ut convertat corda patrum in filios, et incredulos ad prudentiam justorum, parare Domino plebem perfectam. Vacat humanus sermo, silet praedicatio tractatoris, quando angelico praeconio Joannis profertur gloria; virtus insonat, laus collaudatur; nec est quod illi adjiciat homo, cui Deus contulit totum.

Spiritu sancto, inquit, replebitur adhuc ex utero matris suae. Videtis quemadmodum Joannes ante pervenit ad coelum quam tangeret terram, ante accepit divinum Spiritum quam haberet humanum, ante suscepit divina munera quam corporis membra, ante coepit vivere Deo quam sibi, immo ante vixit ille Deo quam Deus viveret illi, juxta illud Apostoli: Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus. Sexto mense suae matris exsultat in utero, et in uterum Virginis venisse nuntiat Christum. Fervens nuntius, qui ante gestivit nuntiare quam vivere; impatiens dux, qui antequam perveniret ad corpus pervenit ad Regem; ante rapuit arma quam membra; ante aciem petiit quam lucem; et ut vinceret mundum, vicit ante naturam, ipse sine visceribus viscera matris exsuscitat; et quia tardabat corpus, solo spiritu implet evangelizantis officium. Quid dicam? Joannes antequam Christum praecederet, se praecessit. Patris, matris, filii corda unus atque idem implet Spiritus sanctus: ut uno sanctitatis organo resonet nativitatis Dominicae cantilena. Nec mirum, fratres, semper ortus regios honorat festivitas, dulcis gratificat symphonia. Et nos, fratres, nativitatem Christi glorificemus canticis, honoremus muneribus: quia mentitur fidei, si quod facit magus, non facit Christianus.

Pero si ha de salir, nazca ya Juan, porque está próximo el nacimiento de Cristo; surja el nuevo lucero, porque ya irrumpe el resplandor del verdadero Sol; dé su voz el heraldo, porque está presente el juez; resuene la trompeta, porque viene el Rey; y porque Dios ha de salir, vaya ya delante el ángel. Pero, puesto que lo que está por encima de los hombres, las virtudes del ángel que nace, no basta el hombre para referirlo, hable ya el ángel. Dijo el ángel a Zacarías: No temas, Zacarías: tu súplica ha sido escuchada; he aquí que Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo; y le pondrás por nombre Juan; y tendrás gozo y alegría; y muchos se alegrarán en su nacimiento (Lc 1,13-14). Porque será grande delante del Señor; y no beberá vino ni bebida fermentada; y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre; y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios; y él irá delante de él en el Espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y a los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar para el Señor un pueblo perfecto (Lc 1,15-17). Queda ociosa el habla humana, calla la predicación del predicador, cuando por el pregón angélico se proclama la gloria de Juan; resuena su virtud, se alaba a una su alabanza; ni hay nada que el hombre pueda añadir a aquel a quien Dios confirió todo.

Será lleno del Espíritu Santo, dice, ya desde el seno de su madre. Veis cómo Juan llegó al cielo antes de tocar la tierra, recibió el Espíritu divino antes de tener el humano, acogió los dones divinos antes que los miembros del cuerpo, comenzó a vivir para Dios antes que para sí; o más bien, vivió él para Dios antes que Dios viviera para él, según aquello del Apóstol: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gál 2,20). Al sexto mes salta en el seno de su madre, y anuncia que Cristo ha venido al seno de la Virgen. Mensajero ardiente, que ansió anunciar antes que vivir; caudillo impaciente, que antes de llegar al cuerpo llegó al Rey; antes empuñó las armas que los miembros; antes buscó la batalla que la luz; y para vencer al mundo, venció antes a la naturaleza; él, sin entrañas, despierta las entrañas de su madre; y porque el cuerpo tardaba, con el solo espíritu cumple el oficio del que anuncia la buena nueva. ¿Qué diré? Juan, antes de preceder a Cristo, se precedió a sí mismo. Los corazones del padre, de la madre y del hijo los llena uno y el mismo Espíritu Santo, para que con un solo órgano de santidad resuene el cántico del nacimiento del Señor. Y no es de extrañar, hermanos: siempre la fiesta honra los nacimientos reales, la dulce armonía los celebra. Y nosotros, hermanos, glorifiquemos el nacimiento de Cristo con cánticos, honrémoslo con dones: porque el cristiano falta a la fe si no hace lo que hace el mago (Mt 2,11).

Sermo XCII.

De eisdem

Sensim nos sermo evangelicus ad altiora promovet, ad superna extollit. Nec mirum, fratres, si Eliam currus aetherius evexit ad coelum, cum quotidie ista Evangeliorum quadriga, hominum genus coeli perferat et transmittat ad regnum. Ecce jam nos ipsa, fratres, de partu sterilis ad Virginis partum et a Joannis ortu ad ortum nostri fecit proximos Salvatoris. Sed quod superest adhuc de Zacharia pontifice patientius audiamus, ut ad cunabula nostri Regis regali itinere pervenire possimus: qui ob hoc coelestis quadrigae fidam conscendimus sessionem, ut sollicitas et arduas compendiorum semitas vitaremus.

Sed enim lectum est: Et factum est ut impleti sunt dies officii ejus, abiit in domum suam. Ita uni templo astabat tribus tota: parebant millia sacerdotum, propter quod ipsa observatio pontificalis officii erat divisa per plurimos, dispensata per tempora, distributa per vices, ne aut ordinem sacerdotii multitudo confusa turbaret, aut alter legendo jugiter alteri debitum negaret officium.

Post haec autem concepit Elisabeth uxor ejus. Erat illis conjugii facultas, erat illis licentia donata generandi, quibus inerat adhuc legis adolescentia, instabat adhuc religionis infantia. Lex, fratres, illicita prohibuit; licita non negavit; intra donum tenuit, supra donum conferre nil potuit; naturam rexit, supra naturam hominem non erexit. Lex fidei janua, gratiae nuntia, Evangelii praevia, paedagogus religionis infantiae, remisit in sacerdotio legali conjugii castitatem, ut in pontificatu gratiae venturam perpetuae virtutis gloriam nuntiaret. Secundum hanc ergo indulgentiam Elisabeth annositate jam mortua, sanctum reviviscit in partum, et arida atque exarata rugis membra medullis vitalibus in viscera fecunda viridantur: ipsum quoque tempus, ipsum, in quo desierat, revocatur ad corpus; et vetustate nimia domus uteri dilapsa, in faciem novam repente reparatur; stupet ordo, deficit consuetudo, miratur ipsa natura, et ex apparatu mansionis, hospitis meritum dignitasque innotescit. Verum Joannes in generali habitaculo satis se miratus est esse peregrinum, qui se exclusum tempore, abdicatum natura, receptum se in eo auctoris beneficio didicit, non parentis.

Sermón XCII.

Sobre lo mismo

Poco a poco la palabra evangélica nos hace avanzar hacia lo más alto, nos eleva hacia lo de arriba. Y no es de extrañar, hermanos, si un carro etéreo arrebató a Elías al cielo (2 Re 2,11), cuando cada día esta cuadriga de los Evangelios lleva al género humano y lo transporta al reino del cielo. He aquí, hermanos, que ya nos ha acercado, del parto de la estéril al parto de la Virgen, y del nacimiento de Juan al nacimiento de nuestro Salvador. Pero escuchemos con más paciencia lo que aún queda acerca del pontífice Zacarías, para que podamos llegar por un camino real a la cuna de nuestro Rey: nosotros, que por esto subimos al asiento seguro de la cuadriga celestial, para evitar las inquietantes y arduas sendas de los atajos.

Pero se ha leído: Y sucedió que, cuando se cumplieron los días de su oficio, se fue a su casa (Lc 1,23). Así asistía al único templo una tribu entera: servían millares de sacerdotes, porque la observancia misma del oficio pontifical estaba dividida entre muchísimos, repartida por tiempos, distribuida por turnos, para que ni una multitud confusa turbara el orden del sacerdocio, ni uno, leyendo continuamente, negara a otro el oficio debido.

Pero después de esto concibió Isabel, su mujer (Lc 1,24). Tenían la facultad del matrimonio, tenían concedida la licencia de engendrar, ellos en quienes había todavía la adolescencia de la Ley, en quienes apremiaba todavía la infancia de la religión. La Ley, hermanos, prohibió lo ilícito; no negó lo lícito; mantuvo dentro del don, nada pudo conferir por encima del don; rigió la naturaleza, no elevó al hombre por encima de la naturaleza. La Ley, puerta de la fe, mensajera de la gracia, precursora del Evangelio, pedagogo de la infancia de la religión, permitió en el sacerdocio de la Ley la castidad conyugal, para anunciar la gloria venidera de la virtud perpetua en el pontificado de la gracia. Según esta indulgencia, pues, Isabel, muerta ya por los años, revive para un parto santo, y los miembros áridos y surcados de arrugas reverdecen con médulas vitales en entrañas fecundas: también el tiempo mismo, ese mismo en que había cesado, es devuelto al cuerpo; y la casa del seno, arruinada por la excesiva vejez, se repara de repente con un rostro nuevo; se pasma el orden, falla la costumbre, se admira la naturaleza misma, y por el aderezo de la morada se dan a conocer el mérito y la dignidad del huésped. Pero Juan se admiró mucho de ser peregrino en la morada común, él que supo que, excluido por el tiempo, rechazado por la naturaleza, había sido recibido en ella por beneficio del autor, no del que engendra.

Et celabat se mensibus quinque, dicens, quia sic mihi fecit Dominus. Bene totum fecisse Dominum confitetur, quae sibi collatum per hominem nil videbat. Et occultabat se mensibus quinque, quia etsi erat divini muneris, sui tamen temporis non erat quod habebat. Celabat se mensibus quinque. Erubescit anus feta, verecundatur vetula primi partus, et puerperam senectus abscondit extrema, ne sterilitatis opprobrium risus fecundae senectutis augeret. Quod autem risui subjacet senilis et veterana conceptio, persimilis hujus sterilitatis et aetatis Sara probat, quae sibi cum reddi partum, donari filium, cui jam vita prope deerat Domino promittente cognosceret, et ipsa de suo partu risit; et quod risui posset esse omnibus praegnans, et onerata canities, ipsius germinis testatur ex nomine, dicente Scriptura: Et vocavit nomen filii sui Isaac. Quod interpretari risum docuit, adjiciens: Risum mihi fecit Dominus. Hinc est quod Elisabeth sacrum vult celare mysterium, dicendo: Quia sic mihi fecit Dominus. Ut modo conceptus fatiget verecundia, quamdiu negati partus aerumna afflixit; pater tacet ex poena, ex verecundia mater celat. O quanta silentio vox nascitur! O quanta taciturnitate tuba saeculis inclamatura generatur! O quod secretum divini Judicis dat praeconem!

Quia sic mihi fecit Dominus in diebus quibus respexit auferre opprobrium meum inter homines. Honor conjugii, matrimonii dignitas, est procreatio dulcium liberorum; satis enim grave est, et satis triste, et virginitatis carere praemio, et filiorum solatia non habere; sustinere onera matrimonii, et ad fructum matrimonii non venire. Hinc est quod gaudet a se ablatum sterilitatis opprobrium, dicendo: Quia sic mihi fecit Dominus in diebus quibus respexit auferre opprobrium meum inter homines. Quia hoc apud homines miserum computatur, apud Deum vero reatus nullus est, ubi parentis culpa nulla est, sed judicium denegantis. Certe si hoc affert aliqua corporalis infirmitas, necessitas in causa est, non voluntas.

Sed jam nunc omnis ignava carnis intelligentia sit remota, tota corporei sensus abjiciatur infirmitas: et quaecumque est ingenii humani omnis excludatur intentio, fidei pateant oculi, cordis reserentur aures, mentis currat et incurrat incessus: ut pervenire ad mysterium virginei conceptus, ad sacramentum partus virginei penetrare possimus, adjuvante Domino Jesu Christo, qui ex ea genitus nunc in coelestia regna cum Deo Patre et Spiritu sancto vivit per infinita saecula saeculorum. Amen.

Y se ocultaba cinco meses, diciendo: Así me ha hecho el Señor (Lc 1,24-25). Con razón confiesa que el Señor lo hizo todo, ella que veía que nada se le había conferido por medio del hombre. Y se escondía cinco meses, porque lo que tenía, si bien era don divino, no era, sin embargo, de su tiempo. Se ocultaba cinco meses. Se ruboriza la anciana encinta, se avergüenza la viejecita de su primer parto, y la vejez extrema esconde a la parturienta, para que la risa ante una vejez fecunda no aumentara el oprobio de la esterilidad. Que una concepción senil y veterana se expone a la risa, lo prueba Sara, muy semejante en esta esterilidad y edad (Gn 18,12): ella, que cuando supo, por promesa del Señor, que se le devolvía el parto, que se le donaba un hijo a ella a quien ya casi le faltaba la vida, también ella se rió de su parto; y que una mujer encinta, y unas canas cargadas, podían ser objeto de risa para todos, lo atestigua por el nombre mismo de su vástago, según dice la Escritura: Y llamó el nombre de su hijo Isaac (Gn 21,3). Nombre que ella enseñó que significa risa, añadiendo: Risa me ha hecho el Señor (Gn 21,6). De ahí que Isabel quiera ocultar el sagrado misterio, diciendo: Así me ha hecho el Señor. Así ahora la fatiga la vergüenza de la concepción, cuanto tiempo la afligió la penalidad del parto negado; el padre calla por castigo, por vergüenza la madre se oculta. ¡Oh, qué gran voz nace del silencio! ¡Oh, qué gran trompeta, que ha de clamar a los siglos, se engendra en la taciturnidad! ¡Oh, qué secreto del Juez divino da al heraldo!

Así me ha hecho el Señor en los días en que me miró para quitar mi oprobio entre los hombres (Lc 1,25). La honra de la unión conyugal, la dignidad del matrimonio, es la procreación de dulces hijos; porque es muy penoso y muy triste carecer del premio de la virginidad y no tener el consuelo de los hijos; soportar las cargas del matrimonio y no llegar al fruto del matrimonio. De ahí que se alegre de que se le haya quitado el oprobio de la esterilidad, diciendo: Así me ha hecho el Señor en los días en que me miró para quitar mi oprobio entre los hombres. Porque esto se tiene entre los hombres por desgraciado, pero ante Dios no hay culpabilidad alguna donde no hay culpa del que engendra, sino juicio del que niega. Ciertamente, si esto lo trae alguna debilidad corporal, la causa es la necesidad, no la voluntad.

Pero ahora apártese toda perezosa inteligencia de la carne, rechácese toda la debilidad del sentido corporal; y exclúyase todo empeño del ingenio humano, cualquiera que sea; ábranse los ojos de la fe, descórranse los cerrojos de los oídos del corazón, corra y acometa el paso de la mente, para que podamos llegar al misterio de la concepción virginal, penetrar hasta el sacramento del parto virginal, con la ayuda del Señor Jesucristo, que, engendrado de ella, vive ahora en los reinos celestiales con Dios Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermo XCIII.

De conversione Magdalenae

Ad prandium, et ad Pharisaei prandium venisse Christum sollicitus forsitan miratur auditor. Pharisaei domum Christus intravit, non accepturus Judaicos cibos, sed divinam misericordiam largiturus; neque accubuit pocula saporata melle floribus odorata sumpturus, sed poenitentis lacrymas ex ipsis oculorum fontibus potaturus: Deus delinquentium gemitus esurit, sitit lacrymas peccatorum.

Rogabat, inquit, Dominum quidam Pharisaeus, ut manducaret cum illo: et ingressus domum Pharisaei, discubuit. Et ecce mulier quae erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod accumberet Dominus in domo Pharisaei, attulit alabastrum unguenti, et stans retro secus pedes ejus, lacrymis coepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et ungebat unguento. Videtis quia ad Pharisaei mensam venit Christus, non ut carnalibus repleretur escis, sed ut in carne negotium coeleste monstraret; neque ut probaret posita humanitus ante se, sed post se gesta divinitus approbaret. Christum namque semper agnoscimus per humanos actus divinas exercuisse virtutes, dum nova et praeter usus mortalium cuncta esse quae ab eo etiam corporaliter gesta sunt comprobantur.

Pharisaeus ad manducandum vocat Christum: quid ibi quaerit mulier non vocata? Claustra domus non prorumpit extraneus, convivii secretum non praesumit non invitatus intrare, cibos paratos relaxandis mentibus post laborem perturbare non audet arbiter luxuriosus; et quid est quod haec mulier ignota, immo male nota, onusta luctibus, plena lacrymis, clamosa planctu, nescio janitore, nullo conscio, ipso ignorante pastore, domus aditus percurrit omnes, transit totas ministeriorum catervas, ipsum convivii pervolat ad secretum, et facit domum laetitiae domum lamentationis et planctus?

Sermón XCIII.

Sobre la conversión de la Magdalena

Quizá el oyente atento se admira de que Cristo haya ido a una comida, y a la comida de un fariseo. Cristo entró en la casa del fariseo no para tomar manjares judíos, sino para prodigar la misericordia divina; ni se recostó para tomar copas sazonadas con miel, perfumadas de flores, sino para beber las lágrimas de la penitente en las fuentes mismas de los ojos: Dios tiene hambre de los gemidos de los que delinquen, tiene sed de las lágrimas de los pecadores.

Un fariseo, dice, rogaba al Señor que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se recostó a la mesa (Lc 7,36). Y he aquí una mujer que era pecadora en la ciudad, cuando supo que el Señor estaba recostado a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con ungüento, y, de pie detrás, junto a sus pies, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies, y los ungía con ungüento (Lc 7,37-38). Veis que Cristo vino a la mesa del fariseo no para llenarse de manjares carnales, sino para mostrar en la carne un negocio celestial; ni para probar lo que se le puso delante humanamente, sino para aprobar lo que se hizo detrás de él divinamente. Porque siempre reconocemos que Cristo, por medio de actos humanos, ejerció poderes divinos, en cuanto se comprueba que todo lo que hizo, aun corporalmente, es nuevo y ajeno al uso de los mortales.

El fariseo invita a Cristo a comer: ¿qué busca allí la mujer no invitada? Un extraño no irrumpe por los cerrojos de una casa, el no invitado no se atreve a entrar en la intimidad de un banquete, un testigo disoluto no osa perturbar los manjares preparados para solaz de las mentes tras el trabajo; ¿y qué es esto, que esta mujer desconocida, o más bien, mal conocida, cargada de lutos, llena de lágrimas, clamorosa en su llanto, sin saberlo el portero, sin que nadie se entere, ignorándolo el anfitrión mismo, recorre todas las entradas de la casa, atraviesa todas las tropas de los sirvientes, vuela hasta la intimidad misma del banquete, y hace de la casa de la alegría una casa de lamentación y de llanto?

Fratres, non rogata venit illa, sed jussa; intravit exhibita, non praesumens: ipse sic fecit eam sisti sibi, qui illam coelesti sententia jussit absolvi. Denique dum Pharisaeus veste clarus, primus in sigmate, in ipsis oculis Christi tumens, epulis homini, non Deo placiturus, festivus infunditur, venit mulier, et venit retro, quia reus animus post tergum stat ad veniam, quia per culpam novit se vultus fiduciam perdidisse; venit satisfactura Deo, non homini placitura cum venit; venit pietatis illa, non voluptatis exhibitura convivium. Denique et poenitentiae ponit mensam, fercula compunctionis apponit, panem doloris infert; potum lacrymis temperat in mensura, et ad delicias deitatis totas, totam pulsat cordis sui et corporis symphoniam, organi planctus dat clamorem, citharam per suspiria longa modulatur, gemitus aptat in fistulam; et dum pectus ipsam conscientiam arguens saepe percutit, facit placitura Deo cymbala personare; dumque taliter apportat divinis oculis cibos, totas misericordiae copias sic reportat.

Ecce mulier quae erat in civitate peccatrix. Exaggerat evangelista mulieris facinus, ut accumulet indulgentiam largitoris. In civitate peccatrix. Civitate peccaverat, quia fama sua famam totius tetigerat civitatis; sicque jam non peccatrix solum, sed ipsius civitatis facta fuerat ipsa peccatum. Haec cognovit quod nisi ab illo solo civitatis peccatum non posset auferri, qui solus mundi venerat abolere peccatum. Et ut cognovit quia accumberet Dominus in domo Pharisaei. Non ad stantem, non ad sedentem audet venire peccatrix: Deus cum stat, corripit; cum sedet, judicat; prostratis conjacet, cum decumbit. Ut cognovit quod accumberet Dominus in domo Pharisaei. Inclinem ad miserandum supernam didicit majestatem; et ideo credidit quod esset ad veniam sibi promptus, qui Pharisaei venerat tam promptus ad mensam.

Attulit alabastrum unguenti. Portavit oleum, quia medicinam lethali vulneri a superno medico perquirebat. Stans retro secus pedes ejus. Ad pedes tendit semper citam veniam qui requirit. Et bene stans, quia jam cadere non potest, qui ad pedes Christi meruit pervenire. Stans retro secus pedes ejus. Ut Christi vestigiis innixa percurreret per viam vitae, quae per viam cucurrerat mortis. Lacrymis rigabat pedes ejus.

Hermanos, no vino rogada, sino mandada; entró presentada, no presumiendo: él mismo hizo así que se le presentara, el que con sentencia celestial mandó que fuera absuelta. En efecto, mientras el fariseo, ilustre por su vestido, el primero en el lecho, hinchado ante los ojos mismos de Cristo, dispuesto a agradar con su festín al hombre, no a Dios, se tiende festivo, viene la mujer, y viene por detrás, porque el ánimo culpable se pone a la espalda para el perdón, porque sabe que por la culpa ha perdido la confianza del rostro; viene a satisfacer a Dios, no a agradar al hombre cuando viene; viene ella a ofrecer un banquete de piedad, no de placer. En efecto, pone también la mesa de la penitencia, sirve los platos de la compunción, presenta el pan del dolor; templa la bebida con lágrimas en medida, y para todas las delicias de la deidad toca toda la sinfonía de su corazón y de su cuerpo, da el clamor del órgano del llanto, modula la cítara con largos suspiros, ajusta los gemidos a la flauta; y al golpearse a menudo el pecho, acusando a su propia conciencia, hace resonar címbalos que agradarán a Dios; y mientras así lleva manjares a los ojos divinos, se lleva de vuelta de este modo toda la abundancia de la misericordia.

He aquí una mujer que era pecadora en la ciudad. Amontona el evangelista la fechoría de la mujer, para acumular la indulgencia del dador. Pecadora en la ciudad. Había pecado con la ciudad, porque su fama había tocado la fama de toda la ciudad; y así se había hecho no solo pecadora, sino el pecado mismo de la ciudad. Ella supo que el pecado de la ciudad no podía ser quitado sino por aquel solo que solo había venido a abolir el pecado del mundo. Y cuando supo que el Señor estaba recostado a la mesa en casa del fariseo. La pecadora no se atreve a acercarse al que está de pie, ni al que está sentado: Dios, cuando está de pie, reprende; cuando está sentado, juzga; cuando se recuesta, yace junto a los postrados. Cuando supo que el Señor estaba recostado a la mesa en casa del fariseo. Supo que la majestad de lo alto se inclina a compadecerse; y por eso creyó que estaría pronto a darle el perdón el que tan pronto había venido a la mesa del fariseo.

Trajo un frasco de alabastro con ungüento. Llevó aceite, porque buscaba del médico celestial una medicina para una herida mortal. De pie detrás, junto a sus pies. El que busca un perdón pronto siempre se dirige a los pies. Y con razón de pie, porque ya no puede caer el que mereció llegar a los pies de Cristo. De pie detrás, junto a sus pies. Para que, apoyada en las huellas de Cristo, recorriera el camino de la vida la que había corrido por el camino de la muerte. Con lágrimas regaba sus pies.

En mutatur ordo rerum, pluviam terrae coelum dat semper: ecce nunc rigat terra coelum, immo super coelos et usque ad ipsum Dominum imber humanarum prosilit lacrymarum, ut juxta Psalmistam et de aquis fletuum cantetur illud: Et aquae quae super coelos sunt, laudent nomen Domini. Lacrymis rigabat pedes ejus. O quanta vis in lacrymis peccatorum! rigant coelum, terram diluunt, exstinguunt gehennam, delent in omne facinus lata divina promulgatione sententiam.

Et capillis capitis sui tergebat. Dominicos pedes lavat lacrymis, crinibus tergit. Vacat ab excusatione paupertas; inhumanitas veniam non habebit, quia in totum sibi natura sufficit ad obsequium Creatoris. Et capillis capitis sui tergebat. In peccatricis caput purgandis criminibus refluebat unda, ut sua fonte mulier in novum baptisma suorum dilueret illuviem peccatorum. Et capillis capitis sui tergebat. Ut juxta Psalmistam verticem capilli, ex quo ambulaverat in delictis suis, in sanctitatem tali verteret servitute. Et osculabatur pedes ejus. Praecesserant intervenientes lacrymae, ut oscula devota sequerentur, quia lacrymae satisfactionis sunt documentum, oscula sunt reconciliationis indicia. Et ungebat unguento. Mulierem super caput Domini fudisse oleum, alio evangelista referente, cognovimus: non est ergo quod facit haec mulier mollis et carnalis obsequii, sed plenae humanitatis est sacramentum; quia in capite Christi Deus est, in pedibus evangelizantium pacem.

Orate, fratres, ut et nos in unguine Domini commereamur aliquatenus computari, et ungamur unguento quod pedibus funditur Salvatoris: quia sicut oblatio est, cum offertur unguentum; ita chrisma perfectum est, de Dominicis vestigiis cum redundat. Cujus autem mulier ista typum praeferat, vel quam magnum praefiguret arcanum, donante Deo, tunc dicemus, quando ea quae sunt in sequentibus exponentur.

He aquí que se cambia el orden de las cosas: el cielo da siempre la lluvia a la tierra; he aquí que ahora la tierra riega el cielo, o más bien, por encima de los cielos y hasta el Señor mismo salta la lluvia de las lágrimas humanas, para que, según el salmista, se cante también de las aguas del llanto aquello: Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Sal 148,4-5). Con lágrimas regaba sus pies. ¡Oh, cuán grande fuerza hay en las lágrimas de los pecadores! riegan el cielo, lavan la tierra, extinguen la gehena, borran la sentencia dictada por promulgación divina contra toda fechoría.

Y los secaba con los cabellos de su cabeza. Lava con lágrimas los pies del Señor, los seca con su cabellera. La pobreza queda sin excusa; la inhumanidad no tendrá perdón, porque la naturaleza se basta del todo a sí misma para el homenaje al Creador. Y los secaba con los cabellos de su cabeza. Sobre la cabeza de la pecadora refluía la ola para purificar los crímenes, para que la mujer, con su propia fuente, lavara la inmundicia de sus pecados en un nuevo bautismo. Y los secaba con los cabellos de su cabeza. Para convertir, según el salmista, la coronilla de cabellos (Sal 68,22) con que había andado en sus delitos, a la santidad con tal servicio. Y besaba sus pies. Habían precedido, intercediendo, las lágrimas, para que siguieran los besos devotos, porque las lágrimas son prueba de satisfacción, los besos son indicios de reconciliación. Y los ungía con ungüento. Sabemos, por lo que refiere otro evangelista, que una mujer derramó óleo sobre la cabeza del Señor (Mt 26,7): no es, pues, lo que hace esta mujer de un homenaje blando y carnal, sino que es misterio de plena humanidad; porque en la cabeza de Cristo está Dios, en los pies los que anuncian la buena nueva de la paz.

Orad, hermanos, para que también nosotros merezcamos juntamente ser contados en alguna medida en la unción del Señor, y seamos ungidos con el ungüento que se derrama sobre los pies del Salvador: porque, así como es oblación cuando se ofrece el ungüento, así es crisma perfecto cuando rebosa de las huellas del Señor. Pero de quién es figura esta mujer, o qué gran arcano prefigura, lo diremos, por don de Dios, cuando se expongan las cosas que siguen.

Sermo XCIV.

De eadem, et Pharisaeo murmurante, ac Christo respondente

Quoniam sermone proximo partem primam hodiernae percurrimus lectionis, admirati pariter sumus quo fervore, qua fide, quali ausu, quanta obsequii novitate, peccatrix mulier ipsius vestigia contigerit Salvatoris: modo quid Pharisaeus tacens dixerit, quid Christus, cui loquuntur tacita, responderit, audiamus. Videns, inquit, Pharisaeus, qui vocaverat eum, ait intra se dicens: Hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum. Pharisaee, quod conspicis non est ignorantia, sed potestas; est divini judicii, non erroris humani. Pharisaee, erras, nescire magis potuit si fuisset propheta, quia prophetia non est humani arbitrii, muneris est divini: unde propheta scit non quantum vult, sed quantum dederit ille qui tribuit prophetiam. Hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum. Mulieris malae tactus urit male conscium, parem polluit, suspectum notat, hominem malae voluntatis infamat: caeterum peccatrix fit bona, fit sancta, fit innocens, cum tetigerit veniae largitorem. Stercora contingunt, sed non inquinant solem. Medicum cum tangunt vulnera, putredo non polluit. Judicem quamvis tangat reus, non potest maculare cum supplicat. Sic peccator cum Dominum tangit, non Dominum sordidat; sed ipse et peccato caret omni, et rapit subito sanctitatem. Probat hoc mulier in profluvio sanguinis constituta, quae ut tetigit fimbriam Domini, non fimbriam polluit, sed ipsa mox inquinamento vetustae caruit passionis.

Hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum. Pharisaeus Christum prophetam crederet, si exposita oculis, nota populis si videret. Quid putas crediturus erit, cum mox eum mentis suae arbitrum, cordis sui judicem, testem conscientiae suae, cogitationum suarum didicerit cognitorem? Putasne vel tunc fatebitur Deum, quem modo post virtutes tantas judicat nec magistrum? Hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum. Mulier habebat vulnus, sciebat illud, et ideo taliter tanti vulneris medicum perquirebat; Pharisaeus perfidiae morbo saucius, superbiae flamma febriens, per phrenesim se nesciebat insanum. Hinc est quod Christus illuc primum curam vertit, ubi ignota saeviebat infirmitas, ut coelestis medicus uno medicamine duos curaret aegrotos.

Sermón XCIV.

Sobre lo mismo, y sobre el fariseo que murmura, y Cristo que responde

Puesto que en el sermón anterior recorrimos la primera parte de la lectura de hoy, nos admiramos juntos de con qué fervor, con qué fe, con qué audacia, con qué novedad de homenaje la mujer pecadora tocó las huellas mismas del Salvador: ahora oigamos qué dijo el fariseo callando, y qué respondió Cristo, a quien hablan las cosas calladas. Viéndolo, dice, el fariseo que lo había invitado, dijo para sí: Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca (Lc 7,39). Fariseo, lo que ves no es ignorancia, sino potestad; es de juicio divino, no de error humano. Fariseo, te equivocas: si hubiera sido profeta, más bien habría podido no saber, porque la profecía no es del albedrío humano, es don divino: por eso el profeta sabe no cuanto quiere, sino cuanto le haya dado aquel que concede la profecía. Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca. El contacto de una mujer mala quema al de mala conciencia, contamina al semejante, marca al sospechoso, infama al hombre de mala voluntad; pero la pecadora se hace buena, se hace santa, se hace inocente, cuando ha tocado al dador del perdón. El estiércol toca el sol, pero no lo mancha. Cuando las heridas tocan al médico, la podredumbre no lo contamina. Aunque el reo toque al juez, no puede mancharlo cuando suplica. Así el pecador, cuando toca al Señor, no ensucia al Señor; sino que él mismo queda libre de todo pecado y arrebata de inmediato la santidad. Lo prueba la mujer que padecía flujo de sangre, la cual, cuando tocó la orla del Señor, no contaminó la orla, sino que ella misma quedó de inmediato libre de la impureza de su antiguo padecimiento.

Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca. El fariseo creería que Cristo es profeta si viera cosas expuestas a los ojos, conocidas por la gente. ¿Qué piensas que creerá, en cuanto aprenda que él es árbitro de su mente, juez de su corazón, testigo de su conciencia, juez instructor de sus pensamientos? ¿Piensas que al menos entonces reconocerá que es Dios, al que ahora, tras tantos prodigios, no juzga ni siquiera maestro? Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca. La mujer tenía una herida, la conocía, y por eso buscaba de tal modo al médico de tan gran herida; el fariseo, herido por la enfermedad de la incredulidad, febril por la llama de la soberbia, por el frenesí no se sabía loco. De ahí que Cristo volviera primero su cuidado allí donde se ensañaba una enfermedad desconocida, para que el médico celestial curara con una sola medicina a dos enfermos.

Videns Pharisaeus qui vocaverat eum, ait intra se, dicens. Cui, quia intra se cogitaverat Pharisaeus, Christus publica voce respondit; et dum Pharisaei cordis patefecit arcanum, ipsum fuisse totius prophetiae demonstrat auctorem. Respondens, inquit, Jesus, ait: Simon, habeo tibi aliquid dicere. Tibi, cui opus est medicina, et nescis quaerere medicinam; tibi, qui Deum magistrum vocas, et Dei deseris disciplinam: ignoras quoniam magistro magnam facit injuriam, qui se discipulum fatetur ejus, cujus non sequitur institutum? Nam sicut discipuli probitas laus est magistri, ita magistri vituperatio discipulus nesciens disciplinam. Simon, habeo tibi aliquid dicere. Respondit, magister, dic. Iterum, magister, dic, et non Deus dic. Jam jam Deum sentiens, quem vocat magistrum.

Duo, inquit, debitores erant cuidam feneratori: unus debebat denarios quingentos, et alius quinquaginta. Non habentibus illis unde redderent, donavit utrisque; quis ergo eum amplius diligit? Respondens Simon dixit: Aestimo quod is cui plus donavit. Et Dominus, recte judicasti. Audistis quemadmodum coelestis creditor totum debitum charitate compensat, et ad incrementum totius fenoris amoris solius exigit et requirit usuram. Plectendus debitor, qui dilectione sola suam negligit redimere cautionem.

Vis scire, homo, quid Deo debeas? Quod factus es, Dei creditum est; quod es rationis capax, Dei fenus est; quod discretionem mali bonive possides, accepisti; et quod vivendi normam acceperis per chirographum legis, stipulanti Deo spopondisse te non potes diffiteri. Sed dum te per vitia carnis in lutum instar suis demergis, et quadrupedum more vivens qua praeditus es ratione privaris, et in gurgite criminum boni malive perdita discretione confundis, et divinae legis substantiam dissipas, mundana voluptate captivus, factus es gloriosi fenoris debitor luctuosus, cui deficientibus virtutum lucris criminum multiplicatur usura. Sed licet in hac re cecideris, licet fueris in ista devolutus, vide ne desperes: homo, remansit tibi unde piissimo satisfacias creditori. Absolvi vis? Ama. Charitas cooperiet multitudinem peccatorum. Negationis crimine quid pejus? et tamen Petrus amore solo valuit hoc delere, probante Domino, cum dicit: Petre, amas me? Inter omnia Dei praecepta amor obtinet principatum. Diliges, inquit, Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota virtute tua. Ama ergo, homo, Deum, et ama totus, ut possis omnia sine labore vincere et delere peccata.

Viéndolo el fariseo que lo había invitado, dijo para sí, diciendo. A él, porque el fariseo había pensado para sí, Cristo le respondió en voz pública; y al descubrir el secreto del corazón del fariseo, demuestra que él mismo había sido el autor de toda profecía. Respondiendo, dice, Jesús le dijo: Simón, tengo algo que decirte (Lc 7,40). A ti, que necesitas medicina y no sabes buscar la medicina; a ti, que llamas maestro a Dios y abandonas la disciplina de Dios: ¿ignoras que hace gran injuria al maestro el que se reconoce discípulo de aquel cuya enseñanza no sigue? Porque así como la probidad del discípulo es alabanza del maestro, así el discípulo que no conoce la disciplina es vituperio del maestro. Simón, tengo algo que decirte. Respondió: Maestro, di. Otra vez «Maestro, di», y no «Dios, di». Ya, ya presintiendo a Dios, al que llama maestro.

Dos deudores, dice, tenía un prestamista: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta (Lc 7,41). Como no tenían con qué pagar, se lo condonó a ambos; ¿quién, pues, le ama más? (Lc 7,42) Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien más condonó (Lc 7,43). Y el Señor: Has juzgado rectamente. Habéis oído cómo el acreedor celestial compensa toda la deuda con la caridad, y para el incremento de todo el préstamo exige y requiere el interés del amor solo. Merece castigo el deudor que descuida rescatar su caución con el amor solo.

¿Quieres saber, hombre, qué debes a Dios? Que fuiste hecho es crédito de Dios; que eres capaz de razón es préstamo de Dios; que posees el discernimiento del mal y del bien, lo recibiste; y que recibiste la norma de vida por el documento de deuda de la Ley, no puedes negar que te comprometiste con Dios cuando él estipulaba. Pero, puesto que por los vicios de la carne te hundes en el lodo como un cerdo, y, viviendo a la manera de los cuadrúpedos, te privas de la razón de que estás dotado, y en el remolino de los crímenes, perdido el discernimiento del bien y del mal, los confundes, y disipas la hacienda de la Ley divina, cautivo del placer mundano, te has hecho deudor luctuoso de un préstamo glorioso, a quien, faltando las ganancias de las virtudes, se le multiplica el interés de los crímenes. Pero aunque hayas caído en esto, aunque hayas rodado hasta ahí, mira que no desesperes: hombre, te queda con qué satisfacer al piadosísimo acreedor. ¿Quieres ser absuelto? Ama. La caridad cubrirá la multitud de los pecados (1 Pe 4,8). ¿Qué peor que el crimen de la negación? y sin embargo Pedro pudo borrarlo con el amor solo, como lo prueba el Señor cuando dice: Pedro, ¿me amas? (Jn 21,15-17) Entre todos los preceptos de Dios el amor ocupa el primer lugar. Amarás, dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza (Mc 12,30). Ama, pues, hombre, a Dios, y ámalo entero, para que puedas sin trabajo vencer y borrar todos los pecados.

Tenerae militiae, delicati conflictus est amore solo de cunctis criminibus reportare victoriam, sicut ex sequentibus elucescit. Conversus, inquit, ad mulierem, dixit Simoni. Quid est, quod conversus ad mulierem, Simoni loquitur Christus? Quia cum poenitentem respicit, arguit oblatrantem. Dixit Simoni: Vides hanc mulierem? Intravi in domum tuam, aquam pedibus meis non dedisti, haec autem lacrymis rigavit pedes meos, et capillis capitis sui tersit; osculum mihi non dedisti, haec autem ex quo intravi non cessavit osculari pedes meos; oleo caput meum non unxisti, haec autem unguento unxit pedes meos. Propterea, dico tibi: dimittuntur illi peccata multa, quoniam dilexit multum; cui autem minus dimittitur, minus diligit. Probatum est quia dilectio delet et abluit universa peccata. Quid est autem quod dixit: Cui minus dimittitur, minus diligit? Ergo ad peccandum satis est ut major charitas comparetur? Absit. Charitas de praeteritis subvenit, non liberat de futuris; charitas nescit peccare cum diligit; charitas non est charitas, si delinquit; charitas Dei custos est sanctitatis.

Fratres, si nos esse peccatores novimus, et esse nolumus peccatores, pedibus Christi demus lacrymas, spargamus capillos, figamus oscula, pietatis oleum tota devotione fundamus; ut dicatur nobis: Dimittuntur vobis peccata multa, quia dilexistis multum. Imitemur hanc mulierem, quam conspicimus non solum caruisse peccatis, sed ad totum sanctitatis verticem pervenisse. Quae sit autem haec mulier, quia hodiernus sermo charitatis nos distulit, sicut jam promisimus, in sequentibus Deo auctore pandemus.

Es propio de una tierna milicia, de un delicado combate, alcanzar la victoria sobre todos los crímenes con el amor solo, como se aclara por lo que sigue. Volviéndose, dice, hacia la mujer, dijo a Simón (Lc 7,44). ¿Qué significa que Cristo, vuelto hacia la mujer, hable a Simón? Que mientras mira a la penitente, reprende al que le ladra. Dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies, pero esta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha secado con los cabellos de su cabeza; no me diste beso, pero esta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies; no ungiste mi cabeza con óleo, pero esta ha ungido mis pies con ungüento (Lc 7,44-46). Por eso te digo: sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero a quien menos se le perdona, menos ama (Lc 7,47). Queda probado que el amor borra y lava todos los pecados. Pero ¿qué significa lo que dijo: A quien menos se le perdona, menos ama? ¿Entonces basta como motivo para pecar que se adquiera una caridad mayor? De ningún modo. La caridad socorre en lo pasado, no libra de lo futuro; la caridad no sabe pecar mientras ama; la caridad no es caridad si delinque; la caridad de Dios es guardiana de la santidad.

Hermanos, si sabemos que somos pecadores, y no queremos ser pecadores, demos lágrimas a los pies de Cristo, esparzamos los cabellos, fijemos besos, derramemos con toda devoción el óleo de la piedad, para que se nos diga: Vuestros muchos pecados os son perdonados, porque habéis amado mucho (Lc 7,47). Imitemos a esta mujer, que vemos no solo libre de pecados, sino llegada a la cumbre entera de la santidad. Pero quién es esta mujer, puesto que el sermón de hoy sobre la caridad nos ha hecho diferirlo, lo expondremos, como ya prometimos, en lo que sigue, con Dios por autor.

Sermo XCV.

De eadem, ubi de Magdalenae allegorica conversione

Omnia quae a Christo corporaliter gesta referuntur, sic subnixa sunt historica veritate, ut plena semper sacramentis coelestibus comprobentur. Et quia, quod erat in facie lectionis jam perstrinximus sermone repetito, orate ut, sicut promisimus, interna ejus, Spiritu sancto revelante, pandamus. Inhonora est dictio, quae Dei facta humana tantum expositione depromit.

Rogavit, inquit, Dominum quidam Pharisaeus ut manducaret cum illo. Pharisaeus, fratres, catholicus dicitur Judaeorum; nam et resurrectionem credit, et a Sadducaeo resurrectionem negante dissentit. Hinc est quod rogat Christum, id est, resurrectionis auctorem, ut manducet cum illo: quia qui convivit Christo, mori nescit, utique vivit semper. Rogabat Dominum ut manducaret cum illo. Rogas, Pharisaee, ut manduces cum illo; crede, esto Christianus, et manducas ex illo. Ego sum, inquit, panis qui de coelo descendi. Semper Deus majora tribuit quam rogatur; nam se manducandum dedit, qui rogabatur, ut manducandi secum fiduciam largiretur; et tamen sic hoc dedit, ut illud quod postulatus est non negaret. Nonne promittit hoc et sponte discipulis suis? Vos qui perseverastis mecum, manducabitis et bibetis in mensa mea in regno meo. Christiane, qui se tibi hic manducandum dedit, quid suum tibi denegare poterit in futurum? Et qui tantum tibi viaticum paravit ad victum, quid in illa tibi mansione perpetua non paravit? Manducabitis in mensa mea in regno meo. Audisti Dei convivium, sollicitus non sis de qualitate convivii. Qui pervenire regis meretur ad mensam, manducabit quidquid regni dominatio possidet et potestas; sic qui ad convivium venerit Creatoris, habebit in deliciis suis quidquid continetur in creatura.

Sed ad coepta redeamus. Et ingressus domum Pharisaei. Quam domum? Nempe synagogam ingressus accubuit. In synagoga, fratres, tunc accubuit, quando occubuit Christus: sed corpus suum Ecclesiae transmisit ad mensam, ut esset coelestis caro manducaturis gentibus ad salutem. Nisi manducaveritis carnem Filii Hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Quemadmodum autem manducetur caro Christi, quomodo bibatur et sanguis ejus, norunt illi qui sunt sacramentis coelestibus instituti.

Sermón XCV.

Sobre lo mismo, donde se trata de la conversión alegórica de la Magdalena

Todo lo que se refiere que Cristo hizo corporalmente está de tal modo apoyado en la verdad histórica, que siempre se comprueba lleno de misterios celestiales. Y puesto que lo que estaba en la superficie de la lectura ya lo hemos tocado en un sermón repetido, orad para que, como prometimos, expongamos su interior, revelándolo el Espíritu Santo. Es indecoroso el discurso que presenta los hechos de Dios con una exposición solamente humana.

Un fariseo, dice, rogó al Señor que comiera con él (Lc 7,36). El fariseo, hermanos, es llamado el católico de los judíos; porque cree la resurrección y disiente del saduceo, que niega la resurrección. De ahí que ruegue a Cristo, es decir, al autor de la resurrección, que coma con él: porque el que convive con Cristo no sabe morir; ciertamente vive siempre. Rogaba al Señor que comiera con él. Ruegas, fariseo, comer con él; cree, sé cristiano, y comes de él. Yo soy, dice, el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Dios siempre concede más de lo que se le pide; porque se dio a sí mismo para ser comido el que era rogado para que concediera la confianza de comer con él; y sin embargo de tal modo dio esto, que no negó aquello que se le pidió. ¿No promete esto también espontáneamente a sus discípulos? Vosotros, que habéis perseverado conmigo, comeréis y beberéis a mi mesa en mi reino (Lc 22,28-30). Cristiano, el que aquí se te dio para ser comido, ¿qué de lo suyo podrá negarte en el futuro? Y el que te preparó tan gran viático para tu sustento, ¿qué no te habrá preparado en aquella morada perpetua? Comeréis a mi mesa en mi reino. Has oído del banquete de Dios: no andes inquieto por la calidad del banquete. El que merece llegar a la mesa del rey comerá cuanto poseen el dominio y la potestad del reino; así el que llegue al banquete del Creador tendrá entre sus delicias cuanto se contiene en la creación.

Pero volvamos a lo comenzado. Y entrando en la casa del fariseo. ¿Qué casa? Ciertamente, entró en la sinagoga y se recostó. En la sinagoga, hermanos, se recostó Cristo entonces, cuando se acostó en la muerte: pero envió su cuerpo a la mesa de la Iglesia, para que la carne celestial fuera para salvación de los gentiles que habían de comerla. Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Jn 6,53). Pero cómo se come la carne de Cristo, cómo se bebe también su sangre, lo saben los que han sido instruidos en los sacramentos celestiales.

Ecce, inquit, mulier quae erat in civitate peccatrix. Quae mulier? Ecclesia sine dubio. In civitate peccatrix. Civitate qua? Illa de qua dixerat propheta: Quomodo facta est meretrix civitatis fidelis Sion? Et alibi: Vidi iniquitatem et contradictionem in civitate, et iniquitas et labor in medio ejus et in justitia; et non defecit de plateis ejus usura et dolus. In civitate ergo perfidiae septa muris, superbiae turribus communita, distincta iniquitatum plateis, obserata contradictionum portis, depicta doli fucis, indurata silicibus usurarum, negotiorum doloribus aggravata, infamata lupanaribus, id est, idolorum templis, mulier haec, id est Ecclesia, gravissimum trahebat reatum ex tanta praecedentium colluvie peccatorum.

Sed ubi audivit venisse Christum ad domum Pharisaei, id est, ad synagogam: ibi, hoc est, ad Judaicum Pascha, passionis suae mysteria tradidisse, aperuisse sui corporis et sanguinis sacramentum, manifestasse nostrae redemptionis arcanum, Scribas velut pessimos despiciens janitores. Vae vobis legisperitis, qui tulistis clavem scientiae! Irruptis contradictionum foribus, contempto ipso chori Pharisaici principatu, ardens, anhelans, aestuans ad totum legalis convivii penetrale pervenit: ibique reperit Christum inter amoris epulas et dulcia pocula traditum, Judaicam occubuisse per fraudem, juxta illud prophetae: Quoniam si inimicus exprobrasset mihi, supportassem utique; et si is qui oderat me, super me mala locutus fuisset, abscondissem me utique ab eo: tu vero, homo unanimis, dux meus et notus meus, qui mecum dulces capiebas cibos, in domo domini ambulavimus cum consensu.

Ut cognovit accubuisse Dominum in domo Pharisaei, id est, in synagoga omni dolo, tota fraude addictum, passum, crucifixum et sepultum; tamen a fervore fidei tanta ista non retardatur injuria, sed portat unguentum, portat Christiani chrismatis oleum: et quia Christi faciem videre non meruit corporalem, stat retro non loco, sed tempore, inhaeret ejus vestigiis, ut sequatur; et jam desiderii plus quam conscientiae lacrymas fundit, ut quem abeuntem videre non meruit, mereatur videre redeuntem. Lacrymas ergo ad pedes Domini profluo amore perfundit; dum pedes evangelizantium regnum ejus bonorum operum manibus tenet, lavat lacrymis charitatis, confessionis labiis osculatur, et totum misericordiae profundit unguentum, donec conversus ad eam; quid est conversus? hoc est, reversus, dicat Simoni, dicat Pharisaeis, dicat negantibus, dicat populo Judaeorum: Intravi domum vestram, aquam pedibus meis non dedistis.

He aquí, dice, una mujer que era pecadora en la ciudad (Lc 7,37). ¿Qué mujer? La Iglesia, sin duda. Pecadora en la ciudad. ¿En qué ciudad? Aquella de la que había dicho el profeta: ¿Cómo se ha hecho ramera la ciudad fiel de Sion? (Is 1,21) Y en otro lugar: He visto iniquidad y contradicción en la ciudad, e iniquidad y fatiga en medio de ella y en la justicia; y no se apartaron de sus plazas la usura y el engaño (Sal 55,10-12). En la ciudad, pues, cercada por los muros de la incredulidad, fortificada con las torres de la soberbia, trazada con las plazas de las iniquidades, cerrada con las puertas de las contradicciones, pintada con los afeites del engaño, endurecida con los pedernales de las usuras, agravada con los dolores de los negocios, infamada por los lupanares, es decir, por los templos de los ídolos, esta mujer, es decir, la Iglesia, arrastraba una gravísima culpabilidad de tan gran sentina de pecados precedentes.

Pero cuando oyó que Cristo había venido a la casa del fariseo, es decir, a la sinagoga; que allí, esto es, en la Pascua judía, había entregado los misterios de su Pasión, abierto el sacramento de su cuerpo y de su sangre, manifestado el arcano de nuestra redención, despreciando a los escribas como pésimos porteros. ¡Ay de vosotros, legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! (Lc 11,52) Rotas las puertas de las contradicciones, despreciada la jefatura misma del coro farisaico, ardiendo, jadeando, abrasándose, llegó hasta lo más íntimo del banquete de la Ley: y allí halló a Cristo, entre los manjares del amor y las dulces copas, entregado, caído por el fraude judío, según aquello del Profeta: Porque si un enemigo me hubiera ultrajado, lo habría soportado ciertamente; y si el que me odiaba hubiera hablado mal contra mí, me habría escondido ciertamente de él; pero tú, hombre de un mismo sentir, mi guía y mi conocido, que tomabas conmigo dulces manjares, en la casa del señor anduvimos en concordia (Sal 55,13-15).

Cuando supo que el Señor se había recostado en casa del fariseo, es decir, en la sinagoga, entregado a todo dolo, a todo fraude, que había padecido, había sido crucificado y sepultado, sin embargo, tan grande injuria no la retrae del fervor de la fe, sino que lleva ungüento, lleva el óleo del crisma cristiano: y porque no mereció ver el rostro corporal de Cristo, está detrás, no en el lugar, sino en el tiempo, se adhiere a sus huellas para seguirle; y derrama ya lágrimas más de deseo que de conciencia, para merecer ver volviendo a quien no mereció ver partiendo. Derrama, pues, lágrimas a los pies del Señor con amor desbordante; mientras sostiene con las manos de las buenas obras los pies de los que anuncian su reino, los lava con las lágrimas de la caridad, los besa con los labios de la confesión, y derrama todo el ungüento de la misericordia, hasta que, vuelto hacia ella (¿qué es «vuelto»? es decir, de regreso), diga a Simón, diga a los fariseos, diga a los que niegan, diga al pueblo de los judíos: Entré en vuestra casa, no disteis agua para mis pies (Lc 7,44).

Et haec quando dicet? Quando venerit in majestate Patris sui, et segregabit justos ab injustis, quasi pastor qui segregat oves ab haedis; et dicet: Esurivi, et non dedistis mihi cibum; sitivi, et non dedistis mihi potum; hospes fui, et non suscepistis me. Hoc est dicere, Aquam pedibus meis non dedistis; haec autem, dum meorum pedes lavat, pedes ungit, pedes osculatur, fecit servis quod vos Domino non fecistis, fecit pedibus quod capiti vos negastis, impendit minimis quod vos vestro denegastis auctori: Tunc dicet ad Ecclesiam: Dimittuntur tibi peccata multa, quia dilexisti multum. Quia tunc erit remissio peccatorum, quando tolletur materia tota peccandi, quando corruptio induet incorruptionem; quando mortalitas immortalitatem consequetur, quando peccati caro caro totius efficietur sanctitatis, quando terrena servitus coelesti dominatione mutabitur, quando militia humana divinum promovebitur ad regnum.

Orate, fratres, ut et nos in parte Ecclesiae constituti, ad ea quae numeravimus pervenire mereamur, auctore ipso Christo, cui est honor et gloria una cum Spiritu sancto in saecula saeculorum. Amen.

¿Y cuándo dirá esto? Cuando venga en la majestad de su Padre, y separe a los justos de los injustos, como el pastor que separa las ovejas de los cabritos; y diga: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me acogisteis (Mt 25,42-43). Es decir: «No disteis agua para mis pies; pero esta, al lavar los pies de los míos, ungir sus pies, besar sus pies, ha hecho a los siervos lo que vosotros no hicisteis al Señor, ha hecho a los pies lo que vosotros negasteis a la cabeza, ha dedicado a los más pequeños lo que vosotros negasteis a vuestro autor». Entonces dirá a la Iglesia: Tus muchos pecados te son perdonados, porque has amado mucho (Lc 7,47). Porque entonces habrá remisión de los pecados, cuando se quite toda la materia del pecar, cuando la corrupción se revista de incorrupción; cuando la mortalidad alcance la inmortalidad, cuando la carne del pecado se haga carne de toda santidad, cuando la servidumbre terrena se cambie en dominio celestial, cuando la milicia humana sea promovida al reino divino.

Orad, hermanos, para que también nosotros, puestos en la porción de la Iglesia, merezcamos llegar a lo que hemos enumerado, con Cristo mismo por autor, a quien sea el honor y la gloria juntamente con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermo XCVI.

De parabola zizaniorum

Si dicta vel facta Christi passim carnalibus sensibus subjicerentur, torpesceret animus meus, vacaret, dormiret ingenium, cor tabesceret, exstingueretur quidquid humani vigoris est et caloris. Proposuit, inquit, illis parabolam. Sicut in lapide friget ignis, latet ignis in ferro, ipse tamen ignis ferri ac lapidis collisione flammatur; sic obscurum verbum verbi ac sensus collatione resplendet. Certe si mystica non essent, inter infidelem fidelemque, inter impium atque pium discretio non maneret, et esset devotus sicut contumax, iners sicut qui laborat, pervigil ut ille qui dormit: nunc vero cum petit anima, mens pulsat, quaerit sensus, sperat pietas, fides exigit, meretur intentio, apparet et sudantis fructus, et poena desidis, et justitia largitoris simul, quia plus accepta sapiunt quam possessa, inventa magis quam subjecta delectant. Hinc est quod doctrinam suam Christus parabolis velat, tegit figuris, sacramentis operit, reddit obscuram mysteriis.

Proposuit, inquit, illis parabolam. Illis, hoc est, non suis, sed extraneis, inimicis utique, non amicis; spectantibus ad calumniam, non audientibus ad salutem. Ideo in parabolis, inquit, loquor eis, quia videntes, non vident; et audientes, non audiunt, neque intelligunt. Quare? Quia qui calumniatur praeterita, videre praesentia non meretur; neque dignus est agnoscere gratiam, qui legem ne cognosceretur, abscondit. Vae vobis, inquit, legisperitis, quia tulistis clavem scientiae; ipsi non introistis, et eos qui introibant, prohibuistis.

Proposuit, inquit, illis parabolam, dicens: Simile est regnum coelorum homini. Et quid offendit Christus, si in similitudinem hominum factus est, ut pereunti humano generi subveniret? Scandalizat Dominus, si, ut manumittat servos, inveniatur in habitu servitutis? quando quidquid est majestas futurae, quidquid adventus et regni, ecce homini comparatur. Simile est, inquit, regnum coelorum homini qui seminavit bonum semen in agro suo; cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici, et abiit.

Sermón XCVI.

Sobre la parábola de la cizaña

Si los dichos o los hechos de Cristo estuvieran sometidos por doquier a los sentidos carnales, mi ánimo se entorpecería, quedaría ocioso, dormiría el ingenio, el corazón se consumiría, se apagaría cuanto hay de vigor y de calor humano. Les propuso, dice, una parábola (Mt 13,24). Así como en la piedra el fuego está frío, el fuego se esconde en el hierro, y sin embargo el fuego mismo se enciende en llama al chocar el hierro y la piedra, así la palabra oscura resplandece al confrontar la palabra y el sentido. Ciertamente, si no hubiera nada místico, no quedaría distinción entre el infiel y el fiel, entre el impío y el piadoso, y sería el devoto como el contumaz, el perezoso como el que trabaja, el desvelado como el que duerme; pero ahora, cuando el alma pide, la mente llama, el sentido busca, la piedad espera, la fe exige, el empeño merece, aparecen a la vez el fruto del que suda, la pena del desidioso y la justicia del dador, porque saben mejor las cosas recibidas que las poseídas, y deleitan más las halladas que las puestas delante. De aquí que Cristo vela su doctrina con parábolas, la cubre con figuras, la oculta bajo sacramentos, la vuelve oscura con misterios.

Les propuso, dice, una parábola. A ellos, es decir, no a los suyos, sino a extraños; a enemigos, sin duda, no a amigos; a los que miraban para calumniar, no a los que escuchaban para la salvación. Por eso les hablo en parábolas, dice, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden (Mt 13,13). ¿Por qué? Porque quien calumnia lo pasado no merece ver lo presente; ni es digno de reconocer la gracia quien escondió la Ley para que no fuera conocida. Ay de vosotros, legistas, dice, porque os habéis llevado la llave de la ciencia; vosotros no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis (Lc 11,52).

Les propuso, dice, una parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre. ¿Y en qué ofende Cristo, si se hizo a semejanza de los hombres para socorrer al género humano que perecía? ¿Escandaliza el Señor si, para manumitir a los siervos, se le encuentra en la condición de la servidumbre? cuando todo lo que es majestad de lo venidero, todo lo de la venida y del reino, he aquí que se compara a un hombre. El reino de los cielos es semejante, dice, a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fue (Mt 13,24-25).

Audistis quemadmodum sator mundi rerum principia bona sevit, nec ullum malum ab originis processit auctore; ab inimico superseminatum est malum, malum non est a rerum parente procreatum. Et vidit Deus, inquit, omnia quaecumque fecit, et ecce bona valde. Bona, et valde bona: nam quem Deus faciens vocavit mundum, inficiens reddidit inimicus immundum; et hominem quem Deus in paradiso deliciarum collocavit ad vitam, inimicus in hac laboris vita detraxit ad mortem; et affectum quem carni Deus inseruit per naturam, inimicus in parricidium per invidiam commutavit. Cain probat hoc qui primus germano sanguine terram tinxit, et in exitum fraternum mortis dignus exstitit dedicator. Sic ex discordia nata mors semper humanam scindit et separat charitatem.

Et quia longum est ire per singula, vel paucis aperire compellimur, inimicus qualiter bonis mala, virtutibus vitia, vitalibus mortalia, nostram semper superseverit ad ruinam. Nonne ex uno homine Deus omnem replevit terram, et semine ex uno pius sator totum genus hominum tantam multiplicavit ad messem? Sed inimicus mox homines in unum redegit omnes; et superseminando mala quod bene satum fuerat, delevit diluvio, non rigavit. Sic legem divinis et veracibus satam praeceptis, humanis et mendacibus fucavit inventis: ut de sacerdote fieret persecutor, de doctore depravator existeret, de defensore legis redderetur inimicus. Sic creaturas ad agnitionem conditas Creatoris, ut nesciretur Deus, deos esse mentitus est. Hinc sapientes saeculi fecit stultos, speculatores mundi docuit nihil videre, professores scientiae fecit scientiam non habere, inquisitores rerum omnium dimisit ignaros. Sic evangelicam segetem satam coelesti semine haeretica zizania superseminando confudit inimicus, ut manipulos fidei gehennae fasciculos faceret, ne triticum fieret coelestium horreorum. Et quid plura? Posteaquam est ipse in daemonem conversus ex angelo, ne qua creatura in suo statu consisteret, arte, dolis, machinis, fraude contendit.

Sed jam praesentis parabolae verba pandamus. Simile est regnum coelorum homini. Cui? Utique Christo. Qui seminavit bonum semen. Quia in ipso rerum semine nescit malum conditio Creatoris. In agro suo. Hoc est, in mundo, dicente ipso Domino, Ager hic mundus est. Cum autem dormierunt homines. Id est, sancti Patres, patriarchae, prophetae, apostoli, martyres, in sopore mortis temporaliter dormientes, quia sanctorum mors somnus est; peccatorum vero mors est, quia in inferno poenae vivunt, vitae pereunt peccatores.

Habéis oído cómo el sembrador del mundo sembró buenos los principios de las cosas, y ningún mal procedió del autor del origen; el mal fue sembrado encima por el enemigo, el mal no fue engendrado por el padre de las cosas. Y vio Dios, dice, todas las cosas que había hecho, y he aquí, muy buenas (Gn 1,31). Buenas, y muy buenas: pues lo que Dios, al hacerlo, llamó mundo, el enemigo, al mancharlo, lo volvió inmundo; y al hombre, a quien Dios colocó para la vida en el paraíso de delicias, el enemigo lo arrastró a la muerte en esta vida de fatiga; y el afecto que Dios infundió en la carne por naturaleza, el enemigo, por envidia, lo trocó en parricidio. Lo prueba Caín, que fue el primero en teñir la tierra con sangre de hermano, y resultó digno inaugurador de la muerte en el fin de su hermano. Así la muerte, nacida de la discordia, siempre rasga y separa la caridad humana.

Y como es largo recorrer cada cosa, nos vemos obligados a mostrar, siquiera en pocas palabras, cómo el enemigo ha sembrado siempre, para nuestra ruina, males sobre bienes, vicios sobre virtudes, cosas de muerte sobre cosas de vida. ¿No llenó Dios toda la tierra a partir de un solo hombre, y el piadoso sembrador, de una sola semilla, multiplicó todo el género humano hasta tan gran mies? Pero el enemigo pronto redujo a todos los hombres a uno solo; y, sembrando males encima de lo que había sido bien sembrado, lo borró con el diluvio, no lo regó. Así la Ley, sembrada de preceptos divinos y veraces, la disfrazó con invenciones humanas y mentirosas: de modo que del sacerdote se hiciera un perseguidor, del maestro surgiera un pervertidor, del defensor de la Ley resultara un enemigo. Así, de las criaturas hechas para el conocimiento del Creador mintió que eran dioses, para que Dios no fuera conocido. De aquí que hizo necios a los sabios del siglo, enseñó a los observadores del mundo a no ver nada, hizo que los profesores de la ciencia no tuvieran ciencia, despidió ignorantes a los investigadores de todas las cosas. Así el enemigo, sembrando encima cizaña herética, confundió la mies evangélica sembrada con semilla celestial, para hacer de las gavillas de la fe haces para la gehena, a fin de que no llegara a ser trigo de los graneros celestiales. ¿Y qué más? Después de haberse convertido él mismo de ángel en demonio, se empeñó con arte, con engaños, con artificios, con fraude, en que ninguna criatura se mantuviera en su estado.

Pero expliquemos ya las palabras de la presente parábola. El reino de los cielos es semejante a un hombre. ¿A quién? A Cristo, sin duda. Que sembró buena semilla. Porque en la semilla misma de las cosas la obra fundadora del Creador no conoce el mal. En su campo. Es decir, en el mundo, como dice el Señor mismo: Este campo es el mundo (Mt 13,38). Pero cuando los hombres se durmieron. Es decir, los santos Padres, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, que duermen temporalmente en el sopor de la muerte, porque la muerte de los santos es sueño; en cambio, la de los pecadores es muerte, porque los pecadores viven en el infierno para la pena y perecen para la vida.

Veniens inimicus ejus. Id est, diabolus. Superseminavit zizania. Superseminavit, non seminavit. Praecedunt Creatoris bona, mala diaboli postsequuntur; ut malum quod est ex diabolo, sit accidens, non natura. Superseminavit zizania in medio tritici. Quia diabolus haereses inter fideles, inter sanctos peccatum, inter pacificos lites, inter simplices dolos, inter innocentes nequitiam gratis serere consuevit: non ut acquirat zizania, sed ut triticum perdat; nec ut reos capiat, sed ut adimat innocentes. Hostis plus ducem quam militem petit; nec obsidet mortuos, sed impugnat viventes: sic diabolus non peccatores quaerit capere, quos possidet subjugatos, sed ut justos capiat, sic laborat.

Superseminavit zizania in medio tritici, et abiit. Quia diabolus impellit quidem viribus ad ruinam, sed posteaquam prostraverit, derelinquit; diabolus non quaerit hominem, sed hominis interitum quaerit. Fratres, ille malis nostris gaudet, turget ruinis nostris, nostris vulneribus convalescit, nostrum sanguinem sitit, nostra saturatur ex carne, nostris vivit ex mortibus. Diabolus hominem non vult habere, sed perdere. Quare? Quia ad coelum unde ille cecidit, non vult, non fert, non patitur hominem pervenire.

Et quia nos sermo trahit longius hodie, reliqua differamus, ut et communem relevemus laborem, et quae dicenda sunt plenius exsequamur. Deus autem noster et mihi dicendi gratiam, et vobis audiendi desiderium donare dignetur.

Viniendo su enemigo. Es decir, el diablo. Sembró encima cizaña. Sembró encima, no sembró. Preceden los bienes del Creador, los males del diablo vienen detrás; de modo que el mal que procede del diablo es accidente, no naturaleza. Sembró encima cizaña en medio del trigo. Porque el diablo suele sembrar de balde herejías entre los fieles, pecado entre los santos, pleitos entre los pacíficos, engaños entre los sencillos, maldad entre los inocentes: no para ganar cizaña, sino para perder el trigo; ni para capturar a los culpables, sino para arrebatar a los inocentes. El enemigo busca más al jefe que al soldado; y no asedia a los muertos, sino que ataca a los vivos: así el diablo no busca capturar a los pecadores, a quienes posee sometidos, sino que se afana por capturar a los justos.

Sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fue. Porque el diablo empuja ciertamente con fuerza a la ruina, pero, después de haber derribado, abandona; el diablo no busca al hombre, sino que busca la perdición del hombre. Hermanos, él se goza en nuestros males, se hincha con nuestras ruinas, se fortalece con nuestras heridas, tiene sed de nuestra sangre, se sacia de nuestra carne, vive de nuestras muertes. El diablo no quiere tener al hombre, sino perderlo. ¿Por qué? Porque no quiere, no soporta, no tolera que el hombre llegue al cielo de donde él cayó.

Y como hoy el sermón nos arrastra demasiado lejos, dejemos para otro día lo restante, para aliviar el trabajo común y desarrollar más plenamente lo que se ha de decir. Que nuestro Dios se digne conceder a mí la gracia de hablar, y a vosotros el deseo de escuchar.

Sermo XCVII.

De eadem

Quia festinus antehac sermo, ut communem temperaret laborem, ad totum parabolae praetereuntis non valuit pervenire secretum, nunc reliqua, Domino revelante, pandamus. Proposuit, inquit, illis parabolam, dicens: Simile est regnum coelorum homini qui seminavit bonum semen in agro suo; cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici, et abiit. Cum autem dormirent homines. Insidiator in noctibus latitat, in diebus vigilantes fugit, appetit dormientes, fortis conflictum petit, provocat palam spectantibus omnibus, et coram populis vult habere victoriam. Maximae infirmitatis indicium est dormientibus irruisse.

Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus. Malus numquam non stultus. Quid hic egit inimicus? Esto quod dormierint servi, numquid et Dominus dormiebat? Esto quod oculos servorum sopor clauserit post laborem; numquid et dominantis oculos ulla vicerat lassitudo? Inimice, lucis refuga, vigilasti, laborasti, sed non latuisti: nam, dormientibus servis, Dominus ipse te videt: desertor coeli praevenisti, fecisti, sed non profecisti. Deo perire non potest quod ipse custodit: fraudis auctor, in Dominum non committis, sed in servos, dum facis ut negligentiae illorum quod tuae fraudis est ascribatur. Ille, ille te videt, qui totius et fraudis testis est et laboris. Manent ergo laboris sui fructus benefacientem, manent et nequitiae suae poenae fraudantem; illi triticum ad horreum coeleste portabunt, tu tibi zizaniorum tuorum portabis fasciculos ad gehennam.

Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizania. Ut quid? Ut periret dominica messis, et hoc ad lucrum quid pertinebat inimici, nisi quod invidiae spiritus hominum damnum suum computat lucrum, et quod perierit hominibus, hoc se aestimat acquisivisse? Sed diabolus hoc ideo, ut diximus, tenebris celantibus est molitus, ut adulteratae messis noxa redundaret ad servos, et hinc poenam sumerent, unde speraverant palmam.

Sermón XCVII.

Sobre lo mismo

Puesto que el sermón anterior, apresurado para moderar el trabajo común, no pudo llegar a todo el secreto de la parábola que recorría de paso, ahora, según lo revele el Señor, expliquemos lo restante. Les propuso, dice, una parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fue (Mt 13,24-25). Pero mientras los hombres dormían. El insidioso se esconde de noche, de día huye de los que velan, acomete a los que duermen; el valiente busca el combate, desafía abiertamente a la vista de todos y quiere obtener la victoria delante de los pueblos. Haber caído sobre los que dormían es señal de máxima debilidad.

Pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo. El malo nunca deja de ser necio. ¿Qué logró aquí el enemigo? Concedamos que los siervos durmieran: ¿acaso dormía también el Señor? Concedamos que el sueño cerró los ojos de los siervos tras el trabajo: ¿acaso algún cansancio había vencido los ojos del señor? Enemigo, prófugo de la luz, velaste, trabajaste, pero no te ocultaste: pues, mientras los siervos duermen, el Señor mismo te ve; desertor del cielo, te adelantaste, hiciste, pero no aprovechaste. Para Dios no puede perecer lo que él mismo custodia: autor del fraude, no delinques contra el Señor, sino contra los siervos, en cuanto haces que se atribuya a su negligencia lo que es fraude tuyo. Él, él te ve, el que es testigo de todo, del fraude y del trabajo. Aguardan, pues, al que obra bien los frutos de su trabajo, y aguardan al que defrauda las penas de su maldad; ellos llevarán el trigo al granero celestial, tú te llevarás los haces de tu cizaña a la gehena.

Pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró encima cizaña. ¿Para qué? Para que pereciera la mies del Señor; y esto, ¿qué tenía que ver con la ganancia del enemigo, sino que el espíritu de la envidia cuenta como ganancia suya el daño de los hombres, y piensa haber adquirido lo que para los hombres ha perecido? Pero el diablo maquinó esto, como dijimos, al amparo de las tinieblas, para que el daño de la mies adulterada recayera sobre los siervos, y recibieran castigo de aquello mismo de donde habían esperado la palma.

Denique vigilantes servi prae timore, ista cur evenerint expavescunt: hoc metuentes, ne zizaniorum germina ad illorum redirent offensam, quorum conscientia praeter jactum boni seminis nil habebat. Hinc est quod auditum sui domini praevenerunt, ne securi de innocentia, reatum de silentio sustinerent: cum vocatur innocens ad reatum, dum purgari aestuat, urget et stimulat cognitorem.

Cum autem crevisset herba et fructum fecisset, tunc, inquit, apparuerunt et zizania. Quod latet in herba, manifestatur in spica; et quod celatur in germine, aperitur in fructu: sic quos credentes putamus pares, fide dispares invenimus, sic judicii prodit messis quod Ecclesiae germen occultat. Juxta illud dictum Dominicum: Ex fructibus eorum cognoscetis eos. Flores multi, multitudinem fructuum pollicentur, sed exanimati ventorum flabris, ad fructum paucissimi perseverant: sic credentes in Christo multi Ecclesiae videntur in pace; ubi autem persecutionis procella perflaverit, pauci martyrii reperiuntur in fructu. Sed Euphemia sancta plus solvit in fructu quam promisit in flore; quae, manente virginitatis flore, copiosum martyrii pervenit ad fructum.

Accesserunt, inquit, servi patrisfamilias, dicentes ei. Accesserunt, fratres, mente non corpore; non loco, sed fide; dixerunt non clamore vocis, sed cordis tacito cum dolore: Domine, nonne bonum semen seminasti in agro tuo? Seminasti, non seminavimus: nos quod perfecte facimus, tibi semper nostro assignamur auctori, et tu in iis quae nobis facienda praecipis, ipse operator assistis. Ergo si nos operis tui facis esse pro tua dignatione consortes, non nobis solis quod zizania nascuntur ascribas. Domine, aut tecum nos munit innocentia, aut nobiscum te reatus attingit; nos nostro operi non potuimus invidere, magnis sudoribus offensam non potuimus comparare; tu quod vis, unde vis, quando vis, habes; nos praeter tuam gratiam nil habemus, per quam stamus, vivimus, movemur et sumus, et sine qua jacemus, deficimus et perimus. Ergo nos haec nobis sic laboravimus, ut perirent? Sed quis hoc fecerit, qui solus non dormis, nobis dormientibus, tu vidisti; et si tu vidisti, juste Judex (factum quis scit? ille qui vigilat, non ille qui dormit), ergo tu prode eum, ut nos quos sic anxios conspicis, facias sic securos.

Ait dominus, Inimicus homo hoc fecit. Inimicus homo hoc fecit; et tu quare hoc cum videres, Domine, permisisti? Quare? Quia timere fraudes non potest, cui nil potest deperire; et quia plus est mixta discernere quam prohibere mixturam, majus est reparare perdita quam illaesa servare; simul quia oportet zizania esse, ut qui probati sunt manifesti fiant.

En efecto, los siervos, desvelados por el temor, se llenan de pavor de por qué han sucedido estas cosas: temiendo que los brotes de la cizaña redundaran en desfavor de aquellos cuya conciencia no tenía nada fuera de haber echado la buena semilla. De aquí que se adelantaron a la audiencia de su señor, para no cargar, seguros de su inocencia, con la culpabilidad de su silencio: cuando se cita al inocente por una culpabilidad, mientras arde por descargarse, apremia y estimula al juez instructor.

Pero cuando creció la hierba y dio fruto, entonces, dice, apareció también la cizaña (Mt 13,26). Lo que se esconde en la hierba se manifiesta en la espiga; y lo que se oculta en el brote se descubre en el fruto: así, a quienes como creyentes juzgamos iguales, los hallamos desiguales en la fe; así la mies del juicio saca a la luz lo que el brote de la Iglesia oculta. Según aquel dicho del Señor: Por sus frutos los conoceréis (Mt 7,16). Muchas flores prometen multitud de frutos, pero, abatidas por los soplos de los vientos, muy pocas perseveran hasta el fruto: así, en la Iglesia se ven en tiempo de paz muchos creyentes en Cristo; pero cuando ha soplado la tormenta de la persecución, pocos se encuentran en el fruto del martirio. Pero santa Eufemia pagó más en fruto de lo que prometió en flor; ella, permaneciendo la flor de su virginidad, llegó al copioso fruto del martirio.

Se acercaron, dice, los siervos del padre de familia, diciéndole (Mt 13,27). Se acercaron, hermanos, con la mente, no con el cuerpo; no en el lugar, sino en la fe; hablaron no con el clamor de la voz, sino con el dolor callado del corazón: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? «Sembraste tú, no nosotros: en lo que hacemos perfectamente, siempre somos atribuidos a ti, nuestro autor, y tú mismo, en las cosas que nos mandas hacer, asistes como el que obra. Por tanto, si por tu dignación nos haces consortes de tu obra, no nos atribuyas solo a nosotros que nazca la cizaña. Señor, o la inocencia nos protege contigo, o la culpabilidad te alcanza a ti con nosotros; no pudimos malquerer nuestra propia obra, no pudimos comprarnos desfavor con grandes sudores; tú tienes lo que quieres, de donde quieres, cuando quieres; nosotros no tenemos nada fuera de tu gracia, por la cual estamos en pie, vivimos, nos movemos y somos (Hch 17,28), y sin la cual yacemos, desfallecemos y perecemos. ¿Acaso, pues, trabajamos nosotros estas cosas para nosotros mismos de modo que perecieran? Pero quién hizo esto, tú, el único que no duermes, lo viste mientras nosotros dormíamos; y si tú lo viste, justo Juez (¿quién sabe lo hecho? el que vela, no el que duerme), entonces descúbrelo, para que a nosotros, a quienes ves tan angustiados, nos hagas igualmente seguros.»

Dijo el señor: Un hombre enemigo ha hecho esto (Mt 13,28). Un hombre enemigo ha hecho esto; y tú, Señor, ¿por qué, viéndolo, lo permitiste? ¿Por qué? Porque no puede temer los fraudes aquel para quien nada puede perderse; y porque es más discernir lo mezclado que impedir la mezcla, es mayor restaurar lo perdido que conservar lo intacto; y a la vez porque es necesario que haya cizaña, para que los que son probados se hagan manifiestos (1 Cor 11,19).

Servi autem dixerunt ei, Vis imus et colligimus zizania? Sic devoti servi indefessum promittunt laborem, nec patiuntur Dominicae messis videre vel temporaliter feditatem; sed Dominus, quem tempora non fatigant, et quando vult potest abolere suae messis injuriam, vetat dicendo: Non. Et quare prohibuerit mox revelat. Ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum. Sic imperiti erant cultores, sic operis nescii, sic discretionis scientiam non habentes, ut evellentes zizania, eradicarent et triticum? Ubi sunt prophetae per Dei spiritum prophetantes? Ubi Petrus cui Pater revelat? Ubi Paulus in quo operatur et loquitur Christus? Ubi omnes sancti, plane sancti, sed servi, tantum scientes, quantum singulis scientiarum largitor indulsit?

Sed dicis, Hoc occultum nil erat, nil erat ibi occultum, quando aliud videbatur in specie, aliud habebatur in flore; et quod hodie erat zizania, cras in triticum vertebatur: sic hodie habetur haereticus, qui crastina fit fidelis; et qui ad praesens peccator cernitur, ad futurum justus assistit. Hinc est etiam quod auctor utraque referebat ad messem, id est, usque ad judicium divinae patientiae suae et nostrae poenitentiae tempus, ut qui de se malo commutarit ad bonum, Dominicum deputetur in triticum, coelestibus horreis aggregandus; qui se de fideli fecerit infidelem, gehennae deputetur incendio. Et quid plura? Si zizaniis non Dei patientia subveniret, nec Matthaeum de Publicano evangelistam, nec Paulum de persecutore apostolum Ecclesia possideret. Denique Ananias eradicare triticum tunc quaerebat, quando ad Saulum missus, de Paulo talia querebatur: Domine, quanta mala fecit sanctis tuis! hoc est, eradica zizania; quid ad lupum ovis? quid ad contumacem devotus? quid ad persecutorem talis praedicator missus? Sed cum Ananias videret Saulum, Paulum Dominus tunc videbat; cum Ananias persecutorem diceret, tunc Dominus praedicatorem sciebat; et cum ille eum zizania judicaret inferni, Christus eum vas electionis, triticum in coelesti horreo jam ponebat. Vade, inquit, quia vas electionis est mihi.

Pero los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y recojamos la cizaña? Así los siervos devotos prometen un trabajo infatigable, y no soportan ver, ni siquiera por un tiempo, la fealdad de la mies del Señor; pero el Señor, a quien los tiempos no fatigan, y que puede, cuando quiere, abolir el agravio hecho a su mies, lo prohíbe diciendo: No. Y por qué lo prohibió, lo revela en seguida. No sea que, al recoger la cizaña, arranquéis con ella también el trigo (Mt 13,29). ¿Tan inexpertos eran los cultivadores, tan ignorantes de su oficio, tan faltos de la ciencia del discernimiento, que al arrancar la cizaña arrancaran también el trigo? ¿Dónde están los profetas que profetizaban por el Espíritu de Dios? ¿Dónde Pedro, a quien el Padre revela (Mt 16,17)? ¿Dónde Pablo, en quien obra (Gál 2,8) y habla (2 Cor 13,3) Cristo? ¿Dónde todos los santos, santos sin duda, pero siervos, que saben solo cuanto el dador de las ciencias concedió a cada uno?

Pero dices: «Esto no tenía nada de oculto». ¡Nada había allí oculto, cuando una cosa se veía en la apariencia y otra se tenía en la flor, y lo que hoy era cizaña mañana se convertía en trigo! Así, hoy se tiene por hereje al que mañana se hace fiel; y quien al presente se ve pecador, en lo futuro se presenta justo. De aquí también que el autor remitía ambas cosas a la mies, es decir, hasta el juicio, tiempo de su divina paciencia y de nuestra penitencia, para que el que se haya cambiado de malo en bueno sea contado como trigo del Señor, para ser reunido en los graneros celestiales; y el que de fiel se haya hecho infiel sea destinado al fuego de la gehena. ¿Y qué más? Si la paciencia de Dios no socorriera a la cizaña, la Iglesia no poseería ni a Mateo, evangelista salido de publicano, ni a Pablo, apóstol salido de perseguidor. En efecto, Ananías quería arrancar el trigo cuando, enviado a Saulo, se quejaba así de Pablo: Señor, ¡cuántos males ha hecho a tus santos! (Hch 9,13); es decir, arranca la cizaña; ¿qué tiene que ver la oveja con el lobo? ¿qué el devoto con el contumaz? ¿qué hace un predicador así enviado a un perseguidor? Pero mientras Ananías veía a Saulo, el Señor veía entonces a Pablo; mientras Ananías hablaba de un perseguidor, el Señor conocía entonces a un predicador; y mientras él lo juzgaba cizaña del infierno, Cristo lo ponía ya como vaso de elección, como trigo en el granero celestial. Ve, dice, porque él es para mí un vaso de elección (Hch 9,15).

Sermo XCVIII.

De parabola grani sinapis

Audistis hodie, fratres, quemadmodum grano sinapis tota regni coelestis comparata est magnitudo. Et quid est quod potestatem tantam, sic parva, sic minima, immo minimorum minima similitudo concludit? Sic enim ait Dominus: Cui simile est regnum Dei? et cui simile aestimabo illud? Cum dicit: Cui est simile, quasi quaerentis indicat et producit affectum. Et ille solus Verbum, scientiae fons, dicendi flumen, qui omnium corda rigat, sensus aperit, ingenium dilatat, in invenienda similitudine nunc laborat?

Sed quid invenerit audiamus. Simile est, inquit, regnum coelorum grano sinapis. Quaerens in coelo et in terra, nil invenit nisi granum sinapis, in quo potentiam totam supernae dominationis includat; et illud regnum singularitate potens, aeternitate felix, divinitate fulgens, diffusum toto coelo, tota terra dilatatum, in grani sinapis coarctat et concludit angustias? Simile est regnum coelorum grano sinapis. Spes ista est credentium tota? Exspectatio ista est fidelium summa? Ista est felicitas virginum longis continentiae laboribus comparata? Ista est gloria martyrum totius effusione sanguinis conquisita? Hoc est quod nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit? hoc est quod ineffabili sacramento diligentibus Deum promittit Apostolus esse praeparatum? Fratres, non facile Dominicis moveamur in dictis; nam si infirmum Dei, fortius est hominibus; et stultum Dei sapientius est hominibus, hoc minimum Dei tota magnitudine mundi magnificentius invenitur; si modo hoc granum sinapis nos sic nostris seminemus in mentibus, ut intelligentiae magnam nobis in arborem crescat, et sensus altitudine tota levetur ad coelum, ac totos scientiarum diffundatur in ramos atque ita ora nostra ferventia vivido fructus sui sapore succendat, et ita igne seminis sui toto nobis ardeat, et flammetur in pectore, atque nostrae ignorantiae totum nobis auferat sua degustatione fastidium.

Sermón XCVIII.

Sobre la parábola del grano de mostaza

Habéis oído hoy, hermanos, cómo toda la grandeza del reino celestial ha sido comparada a un grano de mostaza. ¿Y qué significa que una semejanza tan pequeña, tan mínima, o más bien, la mínima de las mínimas, encierre tan gran potestad? Pues así dice el Señor: ¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿y a qué lo estimaré semejante? (Lc 13,18) Cuando dice: ¿A qué es semejante?, muestra y expresa como el afecto de quien busca. ¿Y él, el único Verbo, fuente de la ciencia, río de la palabra, que riega los corazones de todos, abre los sentidos, ensancha el ingenio, se afana ahora en hallar una semejanza?

Pero oigamos qué encontró. El reino de los cielos es semejante, dice, a un grano de mostaza (Mt 13,31). Buscando en el cielo y en la tierra, no encuentra nada sino un grano de mostaza en el que encerrar todo el poder del dominio de lo alto; ¿y aquel reino, poderoso por su singularidad, feliz por su eternidad, refulgente por su divinidad, difundido por todo el cielo, extendido por toda la tierra, lo estrecha y encierra en las angosturas de un grano de mostaza? El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza. ¿Esta es toda la esperanza de los creyentes? ¿Esta es la suma de la expectación de los fieles? ¿Esta es la felicidad de las vírgenes, comprada con largos trabajos de continencia? ¿Esta es la gloria de los mártires, conquistada con el derramamiento de toda su sangre? ¿Esto es lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre (1 Cor 2,9)? ¿esto es lo que el Apóstol promete, por un misterio inefable, que está preparado para los que aman a Dios? Hermanos, no nos turbemos fácilmente ante los dichos del Señor; pues si lo débil de Dios es más fuerte que los hombres, y lo necio de Dios es más sabio que los hombres (1 Cor 1,25), esto mínimo de Dios se halla más magnífico que toda la grandeza del mundo; con tal que sembremos este grano de mostaza en nuestras mentes de tal modo que crezca para nosotros en un gran árbol de inteligencia, y con toda la altura del sentido se eleve al cielo, y se difunda en todas las ramas de las ciencias, y así encienda nuestras bocas ardientes con el vivo sabor de su fruto, y así arda en nosotros con todo el fuego de su semilla, y llamee en el pecho, y con su gusto nos quite todo el hastío de nuestra ignorancia.

Simile est regnum coelorum grano sinapis, quod acceptum homo misit in hortum suum, et crevit, et factum est in arborem magnam, et volucres coeli requieverunt in ramis ejus. Grani sinapis, sicut dicit, instar est regnum Dei, quod de supernis affertur verbo, suscipitur auditu, fide seritur, credulitate radicatur, spe crescit, confessione diffunditur, virtute tenditur, et dilatatur in ramos, ad quos vocat aves coeli, id est, spirituales sensus, atque in ipsis eas quieta suscipit mansione. Veniat haereticus, veniat, quia redeuntibus Ecclesiae semper patescit ingressus; veniat, audiat, et pietati Dominicae jam desinat oblatrare: Si coelestis regni majestas omnis ad grani sinapis similitudinem venit, quid quaeritur quod Deus ad hominem, Dominus servi descendit in formam? Sic enim venit, haeretice, ut tibi totum per fidem cresceret, cui jam totum defecerat per naturam.

Simile est regnum coelorum grano sinapis. Sed sinapis revertamur ad granum: sic tota regni summa manet, et consistit in regno coelorum. Christus est regnum coelorum, qui, velut granum sinapis, in hortum virginei corporis missus, orbe toto crucis in arborem crevit, ac tantum dedit fructus sui saporem, cum teritur passione, ut quidquid est vitale suo saporaret et condiret attactu. Nam sicut in integritate grani sinapis virtus habetur occulta, apparet vero virtus ejus vehementissime si teratur; ita Christus corpore teri voluit, qui suam noluit latere virtutem. Et nos, fratres, teramus istud granum sinapis, ut ejus vim in hac similitudine sentiamus. Christus rex, quia tota ipse est origo regnandi; Christus regnum, quia in ipso est regni sui tota majestas; Christus homo, quia totus homo reparatur in Christo; Christus granum sinapis, unde magnitudo tota Dei, tota hominis exiguitate minoratur. Et quid plura? Omnia ipse factus est, ut in se repararet omnes; Christus homo accepit granum sinapis, hoc est, regnum Dei accepit homo Christus, quod habuit semper Deus Christus; misit in hortum suum, hoc est, in Ecclesiam sponsam.

Hujus horti saepe meminit in Canticis Canticorum, dicendo: Hortus clausus. Ecclesia hortus est Evangelii vomere orbe toto diffusus cultura, clausus stimulis disciplinae, ab omni pessimo gramine apostolico labore purgatus, fidelium plantariis, liliis virginum, rosis martyrum, confessorum viriditate amoenus, fragrans floribus sempiternis.

El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y echó en su huerto, y creció, y se hizo un gran árbol, y las aves del cielo reposaron en sus ramas (Lc 13,19). A semejanza de un grano de mostaza, como dice, es el reino de Dios, que se trae de lo alto por la palabra, se recibe por el oído, se siembra por la fe, se arraiga por la creencia, crece por la esperanza, se difunde por la confesión, se extiende por la virtud y se dilata en ramas, a las que llama a las aves del cielo, es decir, a los sentidos espirituales, y en ellas las acoge en morada tranquila. Venga el hereje, venga, porque a los que vuelven siempre está abierta la entrada de la Iglesia; venga, oiga, y deje ya de ladrar contra la piedad del Señor: si toda la majestad del reino celestial vino a semejanza de un grano de mostaza, ¿por qué se cuestiona que Dios descendiera al hombre, el Señor a la forma de siervo? Pues así vino, hereje, para que todo creciera para ti por la fe, a ti, a quien ya todo te había faltado por la naturaleza.

El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza. Pero volvamos al grano de mostaza: así toda la suma del reino permanece y se mantiene en el reino de los cielos. Cristo es el reino de los cielos, que, como un grano de mostaza, echado en el huerto del cuerpo virginal, creció por todo el orbe en el árbol de la cruz, y dio tal sabor de su fruto, al ser triturado en la Pasión, que todo lo vital lo sazonó y condimentó con su contacto. Pues así como en el grano de mostaza, mientras está entero, su poder se mantiene oculto, pero su poder se manifiesta con máxima vehemencia si se lo tritura, así Cristo quiso ser triturado en el cuerpo, él que no quiso que su poder quedara oculto. Y también nosotros, hermanos, trituremos este grano de mostaza, para sentir su fuerza en esta semejanza. Cristo rey, porque él mismo es todo el origen del reinar; Cristo reino, porque en él está toda la majestad de su reino; Cristo hombre, porque todo el hombre es restaurado en Cristo; Cristo grano de mostaza, por donde toda la grandeza de Dios se disminuye a toda la pequeñez del hombre. ¿Y qué más? Él mismo se hizo todas las cosas, para restaurar en sí a todos; Cristo hombre recibió el grano de mostaza, es decir, recibió el reino de Dios el hombre Cristo, el que siempre tuvo Cristo, Dios; lo echó en su huerto, es decir, en la Iglesia esposa.

De este huerto hace mención a menudo en el Cantar de los Cantares, diciendo: Huerto cerrado (Cant 4,12). La Iglesia es un huerto, difundido por todo el orbe con el cultivo del arado del Evangelio, cerrado con los aguijones de la disciplina, limpiado de toda mala hierba por el trabajo apostólico, ameno con los plantíos de los fieles, los lirios de las vírgenes, las rosas de los mártires, el verdor de los confesores, fragante de flores sempiternas.

Hoc itaque granum sinapis in hortum suum misit Christus, id est, promissione regni sui, quod radicatum est in patriarchis, natum est in prophetis, crevit in apostolis, in Ecclesia fecit arborem magnam, multiplices dedit in donationibus ramos, quos enumerat Apostolus, dicendo: Alii datus est sermo sapientiae, alii verbum scientiae, alii cura sanitatum, alii operatio virtutum, alii prophetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum.

Audistis, fratres, istud granum sinapis in arborem quam prorupit, audistis quas fundavit radices, audistis quales quantosque se jam diffuderit et secaverit in ramos, in quibus coeli, non aeris, aves, in pennis sapientiae et prudentiae volatu, fidei securitate requiescant. Et tu audi, si vis terrenas bestias non timere, si vis evitare aves rapaces, voraces vultures, hoc est, aves aereas, quae sunt omnes nequitiae spirituales; elevare a terra, terrena deserere: sume alas columbae propheticae deargentatas, sume pennas divini Solis fulgore radiatas, evola in specie auri, ut in tantis et talibus ramis jam nullis laqueis attentanda requiescas semper, et de volatu tali valida; et de tanta mansione secura. De similitudine sequenti, sequenti verbo, Domino docente, declarabimus.

Este grano de mostaza, pues, lo echó Cristo en su huerto, es decir, por la promesa de su reino, que se arraigó en los patriarcas, nació en los profetas, creció en los apóstoles, en la Iglesia se hizo un gran árbol, dio múltiples ramas en los dones, que enumera el Apóstol diciendo: A uno se le da palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, a otro el cuidado de las curaciones, a otro la operación de prodigios, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas (1 Cor 12,8-10).

Habéis oído, hermanos, en qué árbol brotó este grano de mostaza; habéis oído qué raíces echó; habéis oído en qué ramas, cuáles y cuán grandes, se ha difundido ya y repartido, en las que las aves del cielo, no del aire, con el vuelo de las alas de la sabiduría y de la prudencia, reposan en la seguridad de la fe. Y tú escucha: si quieres no temer a las bestias terrenas, si quieres evitar las aves rapaces, los buitres voraces, es decir, las aves del aire, que son todas las maldades espirituales, elévate de la tierra, abandona lo terreno: toma las alas plateadas de la paloma profética (Sal 68,14), toma plumas radiantes con el fulgor del Sol divino, vuela lejos en forma de oro, para que en tantas y tales ramas, sin que ya lazo alguno te tiente, reposes siempre, fuerte por tal vuelo y segura por tan gran morada. De la semejanza siguiente hablaremos en el discurso siguiente, según lo enseñe el Señor.

Sermo XCIX.

De parabola fermenti

Bene cucurrit hodiernae series lectionis, ut evangelica mulier mater nostra acciperet a Domino fermentum, per quod nobis hodie hoc templum tantam sanctitatis exigeretur et surgeret in massam. Sic enim coepit Dominus: Cui simile aestimabo regnum Dei? Simile est fermento, quod acceptum mulier abscondit in farinae mensuris tribus, donec fermentatum est totum. Bonus Dominus, amator suorum Christus, regni sui similitudines iterat, variat comparationes, quas non de occulto sumit, non captat de coelestibus, sed profert de quotidiano usu, de communi conversatione proponit, ut ad omne genus hominum perveniat, quod est omnibus profuturum, juxta illud prophetae: Audite haec, omnes gentes, auribus percipite, omnes qui habitatis orbem, quique terrigenae, et filii hominum, simul dives et pauper. Si quid de divinitatis occulto, si quid de secreto regali, si quid de penetralibus divitum afferret in medium, hoc nesciret pauper, non caperet mediocritas, notum simplicitas non haberet: nunc vero loquitur nota diviti, usitata pauperi, omnibus vitae ipsius necessitate vernacula, quia homo in Dei vocatione quaeritur, non discernitur in ejus vocatione persona.

Sed lectam similitudinem replicemus. Cui simile, inquit, aestimabo regnum Dei? Sic dicendo appendit animos auditorum, et attonitos reddit stupore toto, quid regno Dei, quid imperio divino valeat comparari: atque illis mente per multa et magna pervagantibus coeli Dominus in hospitio pauperis, in manu panicoctariae mulieris regni sui invenit et format exemplum, dicendo: Simile est fermento, quod acceptum mulier abscondit in farinae mensuris tribus, donec fermentatum est totum.

Ante regnum suum grano sinapis comparabat, nunc illud efficit simile fermento. Ante sinapis granum memorat accepisse virum, mulierem nunc asserit accepisse fermentum. Dicit ante exiguum semen virum sevisse in magnae arboris incrementum, mulierem modo fermentum breve ad profectum totius massae abscondisse manifestat. Vere, sicut dixit apostolus Paulus: Neque vir sine muliere, neque mulier sine viro in Domino.

Sermón XCIX.

Sobre la parábola de la levadura

Bien ha corrido hoy la serie de la lectura, de modo que la mujer del Evangelio, nuestra madre, recibiera del Señor la levadura por la cual este templo se elevara hoy para nosotros y surgiera en tan gran masa de santidad. Pues así comenzó el Señor: ¿A qué estimaré semejante el reino de Dios? (Lc 13,20) Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado (Lc 13,21). El buen Señor, Cristo, amante de los suyos, repite las semejanzas de su reino, varía las comparaciones, que no toma de lo oculto, no capta de las cosas celestiales, sino que saca del uso cotidiano, propone desde la vida común, para que llegue a toda clase de hombres lo que ha de aprovechar a todos, según aquello del Profeta: Oíd esto, todas las gentes; escuchad con vuestros oídos, todos los que habitáis el orbe, los nacidos de la tierra y los hijos de los hombres, a la vez el rico y el pobre (Sal 49,2-3). Si trajera a la vista algo de lo oculto de la divinidad, algo del secreto regio, algo de los aposentos íntimos de los ricos, el pobre no lo sabría, la pequeñez no lo comprendería, la sencillez no lo tendría por conocido: pero ahora dice cosas conocidas para el rico, usuales para el pobre, familiares a todos por la necesidad misma de la vida, porque en el llamamiento de Dios se busca al hombre, y en su llamamiento no se hace distinción de persona.

Pero volvamos a desplegar la semejanza leída. ¿A qué, dice, estimaré semejante el reino de Dios? Diciendo esto mantiene en suspenso los ánimos de los oyentes, y los deja atónitos con total estupor sobre qué pueda compararse al reino de Dios, al imperio divino: y mientras ellos vagan con la mente por muchas y grandes cosas, el Señor del cielo, en el hospedaje de un pobre, en la mano de una mujer panadera, halla y forma el ejemplo de su reino, diciendo: Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado.

Antes comparaba su reino a un grano de mostaza; ahora lo hace semejante a la levadura. Antes recuerda que un varón tomó el grano de mostaza; ahora afirma que una mujer tomó la levadura. Antes dice que un varón sembró una semilla exigua para el crecimiento de un gran árbol; ahora muestra que una mujer escondió un poco de levadura para el progreso de toda la masa. En verdad, como dijo el apóstol Pablo: Ni el varón sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor (1 Cor 11,11).

Ad unum regnum diversum sexum varia similitudo perducit, neque virum separat a muliere vocatio Christiana, quos Deus conjungit, natura sociat, et mira similitudine similes reddit habitus, forma componit, et facit Deus, ut sit homo unus duo, duo unus, alter ipse homo in copula conjugali; ne sit aut singularitas destituta, aut confusa conjunctio.

Sed quare has similitudines regni sui Dominus per virum producit et feminam? Quare majestatem tantam tam vilibus, tam disparibus format exemplis? Fratres, pretiosum latet in hac vilitate mysterium, dicente Apostolo, Mysterium hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia. Comparationibus istis humani generis negotium geritur principale, per virum et mulierem mundi causa saeculis tractata finitur: Adam primus homo, mulier prima Eva, ab arbore scientiae boni et mali, ad evangelici sinapis ardorem deducuntur, ut oculos quos illecebrosa arbor aperiendo clauserat, sinapis arbor grani sui collyrio et acritudine ipsa dum claudit aperiret; ut ora quae venenosae arboris gustus infecerat; salutaris arbor flammeo gustus sui sapore sanaret; et ista arbor igneo pastu suo conscientiam toto conversationis suae ardore succenderet, quam frigidam illa toto jam rigore perfecerat. Neque hic jam vel agit; vel confunditur nuditas, ubi hominem totum tegit venia, fidei facit calere vestitus: sed hoc per granum sinapis, quod acceperat vir, confertur feminae.

Quid vero per fermentum quod accepit mulier, conferatur homini, sollicitius perscrutemur. Simile est, inquit, regnum Dei fermento, quod acceptum mulier, abscondit in farinae mensuris tribus. Res de usu geritur: vir in agro sinapis arborem serit, domi mulier fermentum procurat, et panes praeparat alimoniae, quia virum foris exspectat labor, intus mulierem domestica cura constringit. Hinc est quod Sara sterilis et anus ex ista praeparatione fermenti, et ex tribus mensuris, tres subcinericios panes dominicae hospitalitati offert mystico et apponit obsequio, ut sterilitas mundi tota senectute conclusa, in mensuris tribus, hoc est, in aequalitate Patris, et Filii, et Spiritus sancti, fermentum fidei collocaret, et Domino suo tres panes poneret confessione Trinitatis; atque pro munere hoc totam Christiani germinis fecundaret ad prolem.

Una semejanza variada conduce al único reino a los sexos diversos, y la vocación cristiana no separa al varón de la mujer, a quienes Dios une, la naturaleza asocia, y con admirable semejanza el porte los hace semejantes, la forma los compone; y hace Dios que el hombre sea uno en dos, dos en uno, siendo el otro el mismo hombre en el vínculo conyugal; para que no haya ni una singularidad desamparada ni una unión confusa.

Pero ¿por qué el Señor presenta estas semejanzas de su reino por medio de un varón y de una mujer? ¿Por qué forma tan gran majestad con ejemplos tan viles, tan dispares? Hermanos, un misterio precioso se esconde en esta vileza, como dice el Apóstol: Este misterio es grande, pero yo lo digo en Cristo y en la Iglesia (Ef 5,32). En estas comparaciones se trata el negocio principal del género humano; por medio del varón y de la mujer se lleva a término la causa del mundo, tratada a lo largo de los siglos: Adán, el primer hombre, Eva, la primera mujer, son llevados desde el árbol de la ciencia del bien y del mal al ardor de la mostaza evangélica, para que los ojos que el árbol seductor había cerrado al abrirlos, el árbol de la mostaza, con el colirio y la misma acritud de su grano, los abriera al cerrarlos; para que las bocas que el gusto del árbol venenoso había infectado, el árbol saludable las sanara con el sabor ardiente de su gusto; y para que este árbol, con su ígneo alimento, encendiera con todo el ardor de su trato la conciencia que aquel había dejado fría con total rigidez. Aquí la desnudez ya no se agita ni se avergüenza, donde el perdón cubre al hombre entero y el vestido de la fe le da calor: pero esto se confiere a la mujer por medio del grano de mostaza que había recibido el varón.

Pero qué se confiere al varón por medio de la levadura que recibió la mujer, investiguémoslo con más cuidado. Es semejante, dice, el reino de Dios a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina. La cosa se toma del uso: el varón siembra en el campo el árbol de la mostaza, en casa la mujer procura la levadura y prepara los panes para el alimento, porque al varón le espera fuera el trabajo, a la mujer la ciñe dentro el cuidado doméstico. De aquí que Sara, estéril y anciana, de esta preparación de la levadura y de tres medidas, ofrece tres panes cocidos bajo la ceniza a la hospitalidad dada al Señor y se los presenta en místico homenaje (Gn 18,6), para que la esterilidad del mundo, encerrada en total vejez, colocara la levadura de la fe en tres medidas, es decir, en la igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y pusiera ante su Señor tres panes en la confesión de la Trinidad; y por este don se hiciera fecunda para toda la prole del germen cristiano.

Sed ad proposita redeamus. Mulier accepit a Deo fermentum fidei, quae acceperat a diabolo perfidiae fermentum; abscondit in mensuris tribus, hoc est, in tribus hominum temporibus, quod est ab Adam usque ad Noe, a Noe usque ad Moysen, a Moyse usque ad Christum; ut mulier quae corruperat fermento mortis in Adam totam massam generis humani, fermento resurrectionis totam carnis nostrae massam redintegraret in Christo; ut mulier quae confecerat panem gemitus et sudoris, panem vitae coqueret et salutis; et esset omnium viventium mater vera per Christum, quae erat in Adam mater omnium mortuorum. Ob hoc namque Christus nasci voluit, ut sicut per Evam venit ad omnes mors, ita per Mariam rediret omnibus vita. Quae Maria hujus fermenti implet typum, similitudinem praefert, consignat figuram, dum de supernis suscipit fermentum Verbi, et humanam carnem in alvo Virginis, immo in alvo Virginis coelestem totam conspersit in massam.

Sed quid allegorici sensus in hac similitudine maneat, jam prodamus. Mulier quae accepit fermentum, Ecclesia est: fermentum quod accepit, coelestis doctrinae est sacramentum: mensurae tres in quibus perhibetur abscondisse fermentum, Lex, Prophetae, Evangelia, ubi divinus sensus mystico absconditur et celatur in verbo, ut fidelem non lateat, lateat infidelem. Quod autem dixit: Donec fermentatum est totum; illud est quod Apostolus dicit: Ex parte scimus, et ex parte prophetamus: cum autem venerit quod perfectum est, cessabunt quae ex parte sunt. In conspersione scientia nunc divina est, aspergit sensus, levat corda, incrementat ingenia, et doctrinarum more ad sapientiae coelestis dilatat, suscitat, diffundit augmentum, fermentatur totum. Quando? Adveniente Christo.

Pero volvamos a lo propuesto. La mujer recibió de Dios la levadura de la fe, ella que había recibido del diablo la levadura de la incredulidad; la escondió en tres medidas, es decir, en los tres tiempos de los hombres, que van de Adán a Noé, de Noé a Moisés, de Moisés a Cristo; para que la mujer que en Adán había corrompido con la levadura de la muerte toda la masa del género humano restaurara con la levadura de la resurrección toda la masa de nuestra carne en Cristo; para que la mujer que había hecho el pan del gemido y del sudor cociera el pan de la vida y de la salvación; y fuera por Cristo verdadera madre de todos los vivientes la que en Adán era madre de todos los muertos. Por esto, en efecto, quiso Cristo nacer: para que, así como por Eva vino a todos la muerte, así por María volviera a todos la vida. Y María cumple el tipo de esta levadura, ostenta su semejanza, sella su figura, en cuanto recibe de lo alto la levadura del Verbo, y la carne humana en el seno de la Virgen, o más bien, en el seno de la Virgen, la amasó toda en masa celestial.

Pero qué sentido alegórico queda en esta semejanza, manifestémoslo ya. La mujer que recibió la levadura es la Iglesia: la levadura que recibió es el misterio de la doctrina celestial: las tres medidas en que se dice que escondió la levadura son la Ley, los Profetas, los Evangelios, donde el sentido divino se esconde y se oculta en una palabra mística, para que no se oculte al fiel y se oculte al infiel. Y lo que dijo: Hasta que todo quedó fermentado, es aquello que dice el Apóstol: En parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, cesará lo que es en parte (1 Cor 13,9-10). En el amasijo está ahora la ciencia divina: rocía los sentidos, levanta los corazones, acrecienta los ingenios, y al modo de las doctrinas ensancha, suscita, difunde hacia el crecimiento de la sabiduría celestial: todo queda fermentado. ¿Cuándo? Al venir Cristo.

Sermo C.

De Syrophoenissa, sive Chananea

Hodie Beatus Marcus, cum Syrophoenissae mulieris commendat prudentiam, fidem refert, credulitatis extollit ardorem, sollicitis auditoribus non parvam generat quaestionem, dicendo: Et inde surgens Dominus abiit in partes Tyri et Sidonis, et ingressus domum, neminem scire voluit, et non potuit latere. Voluit et non potuit: velle, et non posse, non est divinae majestatis, est infirmitatis humanae; scriptum est enim: Omnia quaecumque voluit Dominus fecit in coelo et in terra, in mari et in omnibus abyssis. Et Apostolus: Voluntati ejus quis resistit? Succumbit necessitati quae non libera et absoluta voluntas. Leprosus dicit ad Dominum: Si vis, potes me mundare; et evangelista dicit: Voluit, et non potuit. Quid ait beatus Marcus? Numquid extollenda ita est mulieris fides, ut inclinetur Domini possibilitas et voluntas? Aut est tanta sagacitas fidei, ut nolente Deo divinum valeat investigare secretum? Tale mihi videtur et illud esse, cum Dominus Hemorrhoissae fidem in suae virtutis vult prodere, ac probare documento, interrogando: Quis me tetigit? Cui discipuli dicunt: Turbae te comprimunt, et dicis, Quis me tetigit? Discipulis videbatur quod omnes tangerent Dominum solo corpore comprimentes, et tali carnali incessu omnes similiter jungerentur: similiter ille, qui aliter senserat, et aliter inquirebat, pervenisse mulierem ad majestatem suam, ad suam penetrasse virtutem, mente, non corpore, non communi tactu, sed fide, istam sciebat. Unde clamat non homo, sed Deus; non caro, sed spiritus: Quis me tetigit? ut eum proderet virtus operis, quem tunc humanitas occultabat.

Sed quid sit voluit, et quid sit non potuit, evidentius inquiramus. Promissionis suae memor Christus, Israelitici populi primum venerat ad salutem, ut quod Abrahae promiserat, et semini ejus David, ejusque posteris, fidele redderet persolutum: sed quia indignos se sua perfidia praestiterunt, obtinuit, rapuit, traxit fides gentium, quod infidelitas sprevit et perdidit Judaeorum. Audi ipsum dicentem: Non sum missus nisi ad oves perditas domus Israel.

Sermón C.

Sobre la sirofenicia, o cananea

Hoy el bienaventurado Marcos, al encomiar la prudencia de la mujer sirofenicia, refiere su fe, ensalza el ardor de su creencia, y plantea a los oyentes atentos una cuestión no pequeña, diciendo: Y levantándose de allí, el Señor se fue a la región de Tiro y de Sidón, y, entrando en una casa, quiso que nadie lo supiera, y no pudo ocultarse (Mc 7,24). Quiso y no pudo: querer y no poder no es propio de la majestad divina, es de la debilidad humana; pues está escrito: Todo lo que quiso el Señor lo hizo, en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos (Sal 135,6). Y el Apóstol: ¿Quién resiste a su voluntad? (Rom 9,19) Sucumbe a la necesidad la voluntad que no es libre y absoluta. El leproso dice al Señor: Si quieres, puedes limpiarme (Mt 8,2); y el evangelista dice: Quiso, y no pudo. ¿Qué dice el bienaventurado Marcos? ¿Acaso ha de ensalzarse la fe de la mujer de tal modo que se doblegue la capacidad y la voluntad del Señor? ¿O es tan grande la sagacidad de la fe que, sin quererlo Dios, pueda escudriñar el secreto divino? Tal me parece también aquello, cuando el Señor quiere sacar a la luz la fe de la hemorroísa y probarla con una demostración de su poder, preguntando: ¿Quién me ha tocado? (Mc 5,30) A lo que los discípulos le dicen: Las turbas te oprimen, ¿y dices: Quién me ha tocado? (Mc 5,31) A los discípulos les parecía que todos los que oprimían al Señor solo con el cuerpo lo tocaban, y que por tal empuje carnal todos por igual se le unían: igualmente él, que había percibido otra cosa y preguntaba otra cosa, sabía que la mujer había llegado a su majestad, había penetrado hasta su poder, con la mente, no con el cuerpo, no con un tacto común, sino con la fe. Por eso clama, no el hombre, sino Dios; no la carne, sino el espíritu: ¿Quién me ha tocado?, para que el poder de la obra revelara a aquel a quien entonces la humanidad ocultaba.

Pero indaguemos con más claridad qué significa quiso y qué significa no pudo. Cristo, recordando su promesa, había venido primero para la salvación del pueblo de Israel, para pagar fielmente lo que había prometido a Abraham y a su descendencia, David, y a la posteridad de este: pero, como ellos se mostraron indignos por su incredulidad, la fe de los gentiles obtuvo, arrebató, arrastró lo que la infidelidad de los judíos despreció y perdió. Escúchalo decir: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15,24).

Sed oves luporum contagione jam rabidae, et ipsis bestiis propria feritate saeviores, laniare et violare suum semper voluere pastorem: atque ideo velle suum Christus implere non poterat, non impossibilitate sua, sed nequitia perditorum, et quod aliis detulerat, aliis conferre cogebatur, dicente ipso: Regnum coelorum vim patitur, et qui vim faciunt, diripiunt illud. Vim fecit fides gentium, ut raperet haereditatem Patris, ipsam haereditatem totam diriperet filiorum, sicut evidentius praesenti lectione monstratur.

Mulier enim statim ut audivit de eo, cujus habebat filia spiritum immundum, intravit, et procidit ante pedes ejus. Erat autem gentilis Syrophoenissa genere. Et rogabat eum ut daemonium ejiceret de filia ejus. Qui dixit illi: Sine prius satiari filios; non enim est bonum tollere panem filiorum, et mittere canibus. Non dixit, non est bonum mittere canibus; sed, Non est bonum tollere filiis, et mittere canibus: quia dare panem canibus, etsi humanitatis non est, humanae tamen est rationis. Canis dormientibus dominis nocte et custos et pervigil prodit extraneum, turbat furem, occurrit latroni, ut curam relevet et sollicitudinem servulorum.

Verumtamen quomodo tulit panem filiis, quibus toties et taliter obtulit, tribuit, ingessit? Sed illi oblatum conculcare ad scelus, non ad vitam sumere sunt conati: et tamen comminutum et conculcatum a filiis, canis tota fide, toto desiderio lambere festinavit. Hinc est quod sic respondit: Utique Domine, nam et catelli sub mensa comedunt de micis puerorum. Merito quae se canem confessa est, in hominem commutatur, et juste convertuntur in canes qui se filios esse noluerunt; merito adoptatur in filiam, levatur, honoratur ad mensam, quae se sub mensa laudabili et provida humilitate dejecit; juste toto nunc epulatur micas ex pane, quae suis meritis se intellexit, et confessa est vix mereri. Et quid plura? Hinc est quod, propter justitiam suam, Dominus, nec Judaeis dare potuit, nec gentibus denegare.

Pero las ovejas, rabiosas ya por el contagio de los lobos, y por su propia fiereza más feroces que las mismas bestias, quisieron siempre despedazar y violentar a su pastor: y por eso Cristo no podía cumplir su querer, no por imposibilidad suya, sino por la maldad de los perdidos, y lo que había llevado a unos se veía obligado a conferirlo a otros, como él mismo dice: El reino de los cielos padece violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Mt 11,12). Hizo violencia la fe de los gentiles para arrebatar la herencia del Padre, para arrancar toda la herencia misma de los hijos, como se muestra más claramente en la presente lectura.

Pues la mujer, en cuanto oyó hablar de él, cuya hija tenía un espíritu inmundo, entró y se postró a sus pies (Mc 7,25). Era una gentil, sirofenicia de raza (Mc 7,26). Y le rogaba que echara al demonio de su hija. Él le dijo: Deja que primero se sacien los hijos; pues no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Mc 7,27). No dijo: No está bien echarlo a los perros; sino: No está bien quitarlo a los hijos y echarlo a los perros: porque dar pan a los perros, aunque no sea cosa de humanidad, es con todo cosa de razón humana. El perro, mientras sus amos duermen de noche, guardián y desvelado, delata al extraño, inquieta al ladrón, sale al encuentro del salteador, para aliviar el cuidado y la solicitud de los criados.

Pero ¿cómo quitó el pan a los hijos, a quienes tantas veces y de tal manera lo ofreció, lo dio, se lo puso delante? Pero ellos se empeñaron en pisotear lo ofrecido para su maldad, no en tomarlo para la vida: y, sin embargo, la perra, con toda su fe, con todo su deseo, se apresuró a lamerlo, desmenuzado y pisoteado por los hijos. Por eso respondió así: Sí, Señor, pues también los perrillos debajo de la mesa comen de las migajas de los niños (Mc 7,28). Con razón la que se confesó perra es cambiada en ser humano, y con justicia son convertidos en perros los que no quisieron ser hijos; con razón es adoptada como hija, levantada, honrada a la mesa, la que se abatió bajo la mesa con laudable y previsora humildad; con justicia se banquetea ahora con las migajas del pan entero la que entendió y confesó que por sus méritos apenas lo merecía. ¿Y qué más? De aquí que, por causa de su justicia, el Señor no pudo ni dar a los judíos ni negar a los gentiles.

Sermo CI.

De morte contemnenda a fidelibus, et quare illam permiserit Deus. In illud Lucae: Nolite timere eos qui occidunt corpus, etc.

Audistis, fratres, quemadmodum milites suos Christus regia exhortatione compellat, ut despectu mortis interfectores corporis non pavescant. Denique eos in amicorum jura transcribit, qui studio triumphi, qui amore libertatis, sanguinem cum gaudio et sine trepidatione fuderint; sic enim ait: Vobis autem dico amicis meis, Ne terreamini ab his qui occidunt corpus, et post haec non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum qui postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Vobis autem dico amicis meis, Ne terreamini: quia libertatem probat virtus, metus indicat servitutem; nam liber ad gloriam, servus natus est ad timorem; merito ergo ad Dei amicitias sublimatur, qui propter Deum humanas despicit mortes, nescit timores. Si amicos morum facit imitatio, morum similitudo conjungit, convenienter eos amicos vocat Christus, quos imitatione sua mundi jacula, et ipsam mortis formidinem conspicit et praevidet calcaturos.

Vobis autem dico. Id est, non omnibus, sed amicis. Vobis autem dico. Quos mors absolvit ista, non finit. Vobis dico. Quos corporis resolutio promovet ad melius, non transducit ad poenam. Vobis dico. Quibus morte vita inchoatur, non finitur. Vobis dico, Quorum mors pretiosa fit non sui qualitate, sed causa, dum vitae magis lucra invenit quam vitae perdat usuram.

Sed audiamus quid dicat amicis suis. Ne terreamini ab his qui occidunt corpus. Audiant qui de bono mortis veterum vetusta volumina detriverunt, nihil tamen inde capere virtutis, aut consolationis aliquid invenire valuerunt. Quia etsi totis eloquentiae viribus ad tolerantiam mortis armarunt animos, siccarunt lacrymas, suspiria sustulerunt, negaverunt gemitus, incluserunt dolores, nihil tamen aut de spe certa, aut de perpetua vita, aut de vera suis lectoribus salute conquisierunt. Quis homini, quis sapienti dicat? Mori naturae est, necesse est deperire.

Sermón CI.

Sobre la muerte que los fieles han de despreciar, y por qué Dios la permitió. Sobre aquello de Lucas: «No temáis a los que matan el cuerpo», etc.

Habéis oído, hermanos, cómo Cristo interpela a sus soldados con una exhortación regia, para que, despreciando la muerte, no teman a los que matan el cuerpo. En efecto, inscribe en los derechos de amigos a los que, por anhelo de triunfo, por amor de la libertad, derramen su sangre con gozo y sin temblor; pues así dice: Pero a vosotros, amigos míos, os digo: No os aterréis ante los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más que hacer (Lc 12,4). Pero os mostraré a quién habéis de temer: temed a aquel que, después de matar, tiene potestad para arrojar a la gehena (Lc 12,5). Pero a vosotros, amigos míos, os digo: No os aterréis: porque la virtud prueba la libertad, el miedo delata la servidumbre; pues el libre nace para la gloria, el siervo para el temor; con razón, pues, se eleva a la amistad de Dios quien por Dios desprecia las muertes humanas, no conoce los temores. Si la imitación de las costumbres hace amigos, si la semejanza de las costumbres une, con razón llama Cristo amigos a quienes ve y prevé que, imitándolo, pisotearán los dardos del mundo y el mismo espanto de la muerte.

Pero a vosotros os digo. Es decir, no a todos, sino a los amigos. Pero a vosotros os digo. A quienes esta muerte libera, no termina. A vosotros os digo. A quienes la disolución del cuerpo promueve a lo mejor, no traslada a la pena. A vosotros os digo. Para quienes con la muerte la vida se inicia, no se acaba. A vosotros os digo: cuya muerte se hace preciosa no por su propia cualidad, sino por su causa, en cuanto encuentra las ganancias de la vida más que pierde el interés de la vida.

Pero oigamos qué dice a sus amigos. No os aterréis ante los que matan el cuerpo. Oigan los que gastaron los viejos volúmenes de los antiguos sobre el bien de la muerte, y sin embargo no pudieron sacar de ellos nada de virtud, ni hallar algún consuelo. Porque, aunque con todas las fuerzas de la elocuencia armaron los ánimos para soportar la muerte, secaron las lágrimas, quitaron los suspiros, negaron los gemidos, encerraron los dolores, sin embargo nada consiguieron para sus lectores ni de esperanza cierta, ni de vida perpetua, ni de verdadera salvación. ¿Quién diría al hombre, quién al sabio? «Morir es propio de la naturaleza; es necesario perecer.

Nobis vixerunt veteres, vivimus nos futuris, nemo sibi; quod non potest tolli velle virtutis est: suscipe voluntarius ad quod urgeris invitus; mors antequam veniat non est; cum autem venerit, venisse nescitur. Nec ergo amisisse te doleas quod cum amiseris non dolebis. Sed haec talia cum dixerint, dicunt totum de sententia, non de vita. Quia unde, et quando, et quomodo tibi, et per quem mors venerit, nescierunt: nobis autem auctor vitae prodidit mortis auctorem; Deus namque vitam fecit, diabolus machinatus est in vitam, divino eloquio sic prodente: Deus mortem non fecit, invidia autem diaboli mors introivit in orbem terrarum.

Sed dicis, Quare Deus opere diaboli opus suum passus est deperire? O homo, si interrogata scire velles, vacares paululum, dares animum, aperires aures, ut negotium principale arbiter ipse tu tam curiosus agnosceres. Sed tu occupatus aliis semper, tibi numquam, quare nescias rerum causas, negotia tota saeculorum, judiciorum profundum, et impenetrabile secretum, deses et otiosus accusas. Nonne ut apices litterarum, ut elementa cognosceres, addictus magistro, scholis affixus, totus patiens laboris et poenae, nec domum noveras, nec parentes? Quam utile tibi est ad quod tibi magister addicitur, ingeritur schola, et tibi poenis tuis, labore suo doctor supplicat, ut ista velis scire, ut talia et tanta digneris audire. Probant hoc apostoli, et maxime Paulus, qui vapulando docuit, non caedendo, ut eximius magister quot sunt homini mores, tot ferret et exciperet passiones. Et nos ea in puncto temporis rerum principia, causas saeculi discamus, quia jubemur; et quomodo nos jubemur? et tu audis non quomodo debes; et nos ista servitus, necessitas talis excusat; te libertas tanta, voluntas talis, indubitanter accusat: quod dicimus, officii nostri est; quod minus dicimus, est fastidii tui.

Quaeris, homo, cur non mortem Deus mox cum ipso exstinxit auctore, et lethale virus sua providentia tunc non providit, ne ad totius orbis, et praecipue ad suae imaginis perniciem perveniret? Coelum quod tu vides, homo, firmatum aere toto portat aquas multas, nec portatur ab aliquo ipsum, quia sola illud appendit jussio, sola sustinet vis praecepti, divino eloquio sic prodente: Qui extendit coelum sicut pellem, qui tegit in aquis superiora ejus Terra quae tanto calcatur pondere, atque onere montium, ac mole solidatur, supernatat liquido fundamento, dicente propheta: Qui fundavit terram super aquas, ut quod stat, mandati sit, non naturae. Ipse, inquit, dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt, ut quod stat, sit divini operis, non rationis humanae.

Los antiguos vivieron para nosotros, nosotros vivimos para los venideros, nadie para sí; querer lo que no se puede quitar es propio de la virtud: acepta voluntariamente aquello a lo que te ves forzado contra tu voluntad; la muerte, antes de venir, no existe; y cuando ha venido, no se sabe que ha venido. No te duelas, pues, de haber perdido lo que, una vez perdido, no te dolerá». Pero, cuando han dicho tales cosas, hablan todo de la sentencia, no de la vida. Porque de dónde, y cuándo, y cómo, y por quién te vino la muerte, no lo supieron: pero a nosotros el autor de la vida nos reveló al autor de la muerte; pues Dios hizo la vida, el diablo maquinó contra la vida, como declara la palabra divina: Dios no hizo la muerte, sino que por la envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra (Sab 1,13; 2,24).

Pero dices: «¿Por qué permitió Dios que su obra pereciera por obra del diablo?» Oh hombre, si quisieras saber lo que preguntas, te darías un poco de tiempo, prestarías el ánimo, abrirías los oídos, para que tú mismo, árbitro tan curioso, conocieras el asunto principal. Pero tú, ocupado siempre en otras cosas, nunca en ti mismo, perezoso y ocioso, te quejas de no saber las causas de las cosas, todos los negocios de los siglos, la profundidad de los juicios y el secreto impenetrable. ¿No es verdad que, para conocer los trazos de las letras, los rudimentos, entregado a un maestro, clavado a las escuelas, sufriéndolo todo, trabajo y castigo, no conocías ni casa ni padres? ¡Qué útil te es aquello para lo que se te asigna un maestro, se te impone la escuela, y el doctor, con tus castigos y con su trabajo, te suplica que quieras saber estas cosas, que te dignes oír cosas tales y tan grandes! Lo prueban los apóstoles, y sobre todo Pablo, que enseñó siendo azotado, no azotando, para que, como maestro eximio, soportara y recibiera tantos padecimientos cuantas costumbres hay en el hombre. Y nosotros aprendamos en un instante esos principios de las cosas, las causas del mundo, porque se nos manda; ¿y cómo se nos manda? y tú no escuchas como debes; y a nosotros esta servidumbre, tal necesidad, nos excusa; a ti tan gran libertad, tal voluntad, sin duda te acusa: lo que decimos es de nuestro oficio; lo que decimos de menos es de tu hastío.

¿Preguntas, hombre, por qué Dios no extinguió en seguida la muerte junto con su autor, y no proveyó entonces con su providencia contra el veneno letal, para que no llegara a la perdición de todo el orbe, y sobre todo de su propia imagen? El cielo que ves, hombre, afianzado por todo el aire, lleva muchas aguas, y él mismo no es llevado por nada, porque solo el mandato lo suspende, solo la fuerza del precepto lo sostiene, como declara la palabra divina: El que extiende el cielo como una piel, el que cubre en las aguas sus partes superiores (Sal 104,2-3). La tierra, que es pisada por tan gran peso y se solidifica con la carga de los montes y con su mole, flota sobre un fundamento líquido, como dice el Profeta: El que fundó la tierra sobre las aguas (Sal 136,6), para que lo que está en pie sea del mandato, no de la naturaleza. Él mismo lo dijo, dice, y fueron hechas; él mismo lo mandó, y fueron creadas (Sal 148,5), para que lo que está en pie sea de obra divina, no de razón humana.

Mare quod tanto commotionis suae vertice fertur, et elevatur ad nubes, frenant tenues arenae, ut videamus potestatem tantam non pulveri cedere, sed praecepto. Omnia quae in eis sunt, moventur ac vivunt solo jussu facta; iterum sola jussione solvenda confirmat propheta, cum dicit: Initio tu, Domine, terram fundasti, et opera manuum tuarum sunt coeli; ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes sicut vestimentum veterascent; et velut opertorium mutabis eos, et mutabuntur. Quomodo? Ut tempori vetustas, non Creatori pereat creatura.

Sed tu jam nos, quicumque quaeris, evagatos esse dicis: quia cum tu quaeris quare Deus mortem in destructionem sui plasmatis permiserit permanere, nos coelum, terram, mare ex nihilo facta, et solvenda iterum ex nihilo, longo sermone descripsimus, tibi magis ac magis disquirendi materiam conquisivimus. Dicis: Ego quaesivi cur homo pereat, tu et ipsa elementa peritura firmasti, ut de generalitate pereundi solatium, non quietem de ratione, fessis mortalium sensibus provideres; quasi non doloris sit perire coelum, solvi terram, et totam rerum faciem jure mortalitatis aboleri. Dicis, rogo, quid pulchrius coelo? quid splendidius sole? quid luna gratius? quid ornatius stellis? quid salubrius terra? quid utilius mari? aut quae in istis vetustas? quae sicut nata vel facta sunt perseverant; quod utique gratius esset ista stare, quam perdere. Homo, forsitan esset jucundius, sed non utilius: nam istis stantibus tu nutasti; istis lucentibus caecatus es, ne videres; coeli claritas stupefecit sensus tuos, oculos tuos sol splendore coecavit: nam decore deceptus horum, opificem tu negasti; istos rectores mundi, istos confessus es deos, quos tuae Deus verus subjecerat servituti; necesse est ergo solvi cuncta, novari omnia, ut vel tunc facta credas, cum videris esse reparata. Nec nos aestimes evagatos, quos in argumentum tuae intelligentiae totam percurrisse conspicis creaturam.

Homo, quando te auctor tuus fecit ex pulvere, non vidisti; nam si te vidisses factum, numquam te moriturum sic deflevisses. Vidisti te perfectum, vidisti te viventem, vidisti te decorum, auctori tuo te similem jam vidisti: unde esses, qualis esses, quia nec nascentem, nec morientem videras, nesciebas? Hinc est quod naturae dedisti totum, tibi te, Deo nihil: propterea Deus per naturam redegit te, permisit ex nihilo in pulverem revocari; ut quid fueris sic videas, et resurrecturus agas gratias, qui factus, qui creatus ingratissimus exstitisti.

Al mar, que es llevado en tan alta cresta de su agitación y se eleva hasta las nubes, lo frenan tenues arenas, para que veamos que tan gran potestad no cede al polvo, sino al precepto. Todas las cosas que hay en ellos se mueven y viven hechas por solo un mandato; que han de disolverse de nuevo por solo un mandato lo confirma el Profeta cuando dice: Al principio tú, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos; ellos perecerán, pero tú permanecerás, y todos envejecerán como un vestido; y como un manto los cambiarás, y serán cambiados (Sal 102,26-27). ¿Cómo? Para que la vetustez perezca para el tiempo, no la criatura para el Creador.

Pero tú, quienquiera que seas el que preguntas, dices ya que nos hemos desviado: porque, cuando tú preguntas por qué Dios permitió que la muerte permaneciera para destrucción de su hechura, nosotros hemos descrito con largo discurso el cielo, la tierra, el mar, hechos de la nada y que de nuevo han de disolverse desde la nada, y te hemos procurado cada vez más materia de indagación. Dices: «Yo pregunté por qué perece el hombre; tú has asegurado que también los elementos mismos han de perecer, para procurar a los cansados sentidos de los mortales el consuelo de la universalidad del perecer, no el reposo de la razón; como si no fuera cosa de dolor que perezca el cielo, se disuelva la tierra y toda la faz de las cosas sea abolida por la ley de la mortalidad». Dices, te ruego: «¿Qué hay más hermoso que el cielo? ¿qué más espléndido que el sol? ¿qué más grato que la luna? ¿qué más adornado que las estrellas? ¿qué más saludable que la tierra? ¿qué más útil que el mar? ¿o qué vetustez hay en ellos? perseveran tal como nacieron o fueron hechos; sin duda sería más grato que estos permanecieran que perderlos». Hombre, quizá sería más agradable, pero no más útil: pues, permaneciendo ellos, tú vacilaste; brillando ellos, quedaste ciego para no ver; la claridad del cielo aturdió tus sentidos, el sol cegó tus ojos con su esplendor: pues, engañado por su belleza, negaste al artífice; a estos los confesaste regidores del mundo, a estos dioses, a los que el Dios verdadero había sometido a tu servicio; es necesario, pues, que todo se disuelva, que todo se renueve, para que al menos entonces creas que fueron hechos, cuando veas que han sido restaurados. No pienses que nos hemos desviado, pues ves que hemos recorrido toda la creación como prueba para tu inteligencia.

Hombre, cuando tu autor te hizo del polvo, no lo viste; pues, si te hubieras visto hecho, nunca habrías llorado tanto que has de morir. Te viste perfecto, te viste viviente, te viste hermoso, te viste ya semejante a tu autor: ¿de dónde venías, qué eras, puesto que no te habías visto ni nacer ni morir, lo ignorabas? De aquí que lo diste todo a la naturaleza, tú a ti mismo, nada a Dios: por eso Dios, por medio de la naturaleza, te redujo, permitió que de la nada fueras devuelto al polvo; para que así veas lo que fuiste, y, habiendo de resucitar, des gracias, tú que, hecho, creado, te mostraste ingratísimo.

Non timeamus ergo, fratres, sicut dixit Dominus, eos qui occidunt corpus, quia istam vitam non perimunt, sed destruunt, dum de temporali faciunt sempiternam. Quid plura, fratres? permisit tunc mori, qui poterat suscitare; qui vivificare sufficit, permisit occidi; cui est honor et gloria in saecula saeculorum, Amen.

No temamos, pues, hermanos, como dijo el Señor, a los que matan el cuerpo, porque no aniquilan esta vida, sino que la desmontan, en cuanto de temporal la hacen sempiterna. ¿Qué más, hermanos? Permitió entonces morir el que podía resucitar; el que basta para vivificar permitió que se matara; a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Sermo CII.

De Centurione

Christus in corpore nostro manens, quod omnes non suscitavit mortuos, omnes non sanavit aegrotos, credamus hoc non potestati defuisse, sed tempori. Tunc orbem totum toto virtutis suae fulgore radiasset, et sustulisset tempus fidei, et nihil secundi adventus sui reservasset ad gloriam. Nec vero sic virtutum suarum temperavit insignia, ut et divinitatis suae manifestaret indicium, et credendi documentum plenissimum largiretur, et excusationem callidae infidelitatis auferret, sicut hodie centurio cujus evangelista Lucas meminit, fide sua providentiaque monstravit.

Centurionis, ait, cujusdam servus male habens moriebatur, qui illi pretiosus erat. Centurio hic Romanus erat; sed plus erat hic ipse fructu centesimo Christianus. Et Deo magis militabat iste quam saeculo; et in humano bello fortis, fortior in divino, pacis custodia permanebat. Cujus servus male habens moriebatur, qui illi pretiosus erat. Servus erat, qui pretio taxabatur. Quaeramus ergo quis est iste servus qui illi erat pretiosus. Si dominatur anima, corpus servit; et homini nil corpore pretiosius. Hic servus centurionis istius pretiosus infirmabatur ad mortem; ergo centurio rogabat ut Christus solus mortali corpori largiendo vitam perpetem subveniret.

Cum audisset, inquit, de Jesu, misit ad eum seniores Judaeorum. Gentilis Judaeos ad Christum mittit; et in lege positis, qui sine lege erat, legis demonstrat auctorem. Nemo ergo miretur si gentilis, hoc est Christianus, aut vocat, aut ducit, aut perducit ad Christum. Misit ad eum seniores Judaeorum, rogans eum ut veniret, et salvaret servum ejus. At illi cum venissent ad Jesum, rogabant eum sollicite dicentes: Dignus est ut hoc illi praestes, diligit enim gentem nostram, et synagogam ipse aedificavit nobis. Judaei rogant pro gentili, qui pro se non rogant; et agunt satis pro salute alieni servi, qui pro salute suorum nihil agunt filiorum. Aiunt: Dignus est ut hoc illi praestes. Si dignus est qui audit, credit, mittit ad Christum: ad Christum qui venit, videt, et non credit, quam probatur indignus? Diligit enim gentem nostram. Ille diligit gentem vestram, quam sic Christo supplicem facit; sed vos odistis eam, quam sic Christo redditis contumacem.

Sermón CII.

Sobre el centurión

Que Cristo, mientras permanecía en nuestro cuerpo, no resucitó a todos los muertos, no sanó a todos los enfermos, creamos que no le faltó a su potestad, sino al tiempo. De otro modo habría iluminado todo el orbe con todo el fulgor de su poder, y habría suprimido el tiempo de la fe, y nada habría reservado para la gloria de su segunda venida. Pero ahora templó de tal modo las señales de sus prodigios que mostró un indicio de su divinidad, concedió una prueba plenísima para creer y quitó la excusa de la astuta infidelidad, como hoy lo ha mostrado con su fe y su previsión el centurión que recuerda el evangelista Lucas.

El siervo de cierto centurión, dice, que estaba enfermo, se moría, y le era precioso (Lc 7,2). Este centurión era romano; pero él mismo era más cristiano, con fruto del ciento por uno. Y este militaba más para Dios que para el siglo; y, valiente en la guerra humana, más valiente en la divina, permanecía en la custodia de la paz. Cuyo siervo, que estaba enfermo, se moría, y le era precioso. Era un siervo que se tasaba a precio. Busquemos, pues, quién es este siervo que le era precioso. Si el alma domina, el cuerpo sirve; y para el hombre nada hay más precioso que el cuerpo. Este siervo precioso de aquel centurión estaba enfermo de muerte; por eso el centurión rogaba que Cristo solo, otorgando vida perpetua al cuerpo mortal, lo socorriera.

Habiendo oído hablar, dice, de Jesús, le envió a unos ancianos de los judíos (Lc 7,3). Un gentil envía judíos a Cristo; y a los puestos bajo la Ley, el que estaba sin Ley les muestra al autor de la Ley. Nadie se extrañe, pues, de que un gentil, es decir, un cristiano, llame, o conduzca, o lleve hasta Cristo. Le envió a unos ancianos de los judíos, rogándole que viniera y salvara a su siervo. Y ellos, habiendo llegado a Jesús, le rogaban con insistencia diciendo: Es digno de que le concedas esto, pues ama a nuestra nación, y él mismo nos edificó la sinagoga (Lc 7,4-5). Los judíos ruegan por un gentil, ellos que no ruegan por sí mismos; y hacen mucho por la salud del siervo ajeno, ellos que nada hacen por la salud de sus propios hijos. Dicen: Es digno de que le concedas esto. Si es digno el que oye, cree, envía a Cristo: el que viene a Cristo, ve y no cree, ¿cuán indigno se demuestra? Pues ama a nuestra nación. Él ama a vuestra nación, a la que así hace suplicante ante Cristo; pero vosotros la odiáis, vosotros que así la volvéis contumaz contra Cristo.

Aut quomodo Christianus non diligit gentem vestram, qui dum Christum fatetur ex gente vestra, quidquid gentis vestrae est coelestem tollit et extollit ad gloriam? Diligit enim gentem nostram, et synagogam ipse aedificavit nobis. Audistis quia semper diruta est synagoga, et jacet jugiter in caementis, nec coelestem surgit in fabricam, nisi eam in Ecclesiae culmen Christianus fabricator instruxerit.

Jesus, inquit, ibat cum illis. Sed illi non ibant cum Jesu, cum quo mente non ibant; nec cum illo erant, qui sejuncti corde, corpore videbantur adjuncti. Et cum jam non longe esset. A quo? A gentili. Quantum Judaei se sejungebant a Christo, Christus tamen gentibus jungebatur. Et cum longe jam non esset, misit ad eum centurio amicos. Qui ante miserat Judaeos, nunc amicos mittit: ut Judaeos, sic dicendo indicet inimicos, probante hoc Apostolo cum dicit: Inimici propter vos. Judaei dum credidisse gentes invident, quidquid erat et legis et gratiae perdiderunt. Misit ad eum amicos. Audi ad apostolos Dominum dicentem: Jam non dicam vos servos, sed amicos. Sicut fides servos promovet in amicos, ita perfidia filios in poenalem redigit servitutem.

Misit ad eum amicos, dicens: Domine, noli vexari. Quare? Quia non sum dignus ut intres sub tectum meum. Videtis quia Christus ducebat magis Judaeos quam adduceretur a Judaeis, ut audirent esse penes centurionem Divinitatis reverentiam, penes gentilem legis cultum, penes militem stipendium gratiae, penes Romanum fidei doctrinam, in frigore pagano Christianum calorem, in terreno pectore coeleste secretum, et notitiam totam dominationis supernae in tota saeculi servitute. Domine, noli te vexare. Hoc est dicere, Deus, quid te vexas humano in corpore? quid te conficis labore terreno? et viae longitudine te fatigas? quid peregrinaris locis, qui es ubique totus? atque intra te totam tenes et possides creaturam? Domine, noli te vexare, non sum dignus ut intres sub tectum meum. Fratres, quod est tectum quod hominem aut dignum facit, aut reddit indignum, quo divinum invitet, aut repellat accessum? Fratres, hoc tectum corpus est quod tegit animam, quod operit sensum spiritus, quod cordis domicilium velat, quod libertatem mentis a coelesti visione secludit. Sub hoc ergo tecto centurio indignum ducit intrare Christum, hoc est, in corpus humanum divinam succedere majestatem. Non sum dignus ut intres sub tectum meum. Sed Deus, qui quod humanum est, cum vult, facit esse divinum, et quod nostrae carnis est, cum dignatur, suum commutat in spiritum, nec habitare carnem, nec tectum nostri corporis dedignatur intrare.

¿O cómo no ama el cristiano a vuestra nación, él que, al reconocer que Cristo es de vuestra nación, levanta y ensalza a la gloria celestial cuanto es de vuestra nación? Pues ama a nuestra nación, y él mismo nos edificó la sinagoga. Habéis oído que la sinagoga está siempre derruida, y yace continuamente en escombros, y no se levanta en edificio celestial, a no ser que el constructor cristiano la haya edificado hasta la cumbre de la Iglesia.

Jesús, dice, iba con ellos (Lc 7,6). Pero ellos no iban con Jesús, con quien no iban con la mente; ni estaban con él quienes, separados de corazón, parecían unidos por el cuerpo. Y cuando ya no estaba lejos. ¿De quién? Del gentil. Por mucho que los judíos se separaban de Cristo, Cristo, sin embargo, se unía a los gentiles. Y cuando ya no estaba lejos, el centurión le envió unos amigos. El que antes había enviado judíos ahora envía amigos: para señalar, con este modo de hablar, que los judíos son enemigos, como lo prueba el Apóstol cuando dice: Enemigos por causa de vosotros (Rom 11,28). Los judíos, al envidiar que los gentiles hayan creído, perdieron cuanto había de la Ley y de la gracia. Le envió unos amigos. Escucha al Señor que dice a los apóstoles: Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Jn 15,15). Así como la fe promueve a los siervos a amigos, así la incredulidad reduce a los hijos a una servidumbre penal.

Le envió unos amigos, diciendo: Señor, no te inquietes. ¿Por qué? Porque no soy digno de que entres bajo mi techo. Veis que Cristo conducía a los judíos más que era traído por los judíos, para que oyeran que en el centurión estaba la reverencia a la Divinidad, en el gentil el culto de la Ley, en el soldado la soldada de la gracia, en el romano la doctrina de la fe, en el frío pagano el calor cristiano, en un pecho terreno un secreto celestial, y todo el conocimiento del dominio de lo alto en toda la servidumbre del siglo. Señor, no te molestes. Es decir: Dios, ¿por qué te molestas en un cuerpo humano? ¿por qué te agotas con trabajo terreno? ¿y te fatigas con la longitud del camino? ¿por qué peregrinas de lugar en lugar, tú que estás todo en todas partes? ¿y tienes y posees dentro de ti toda la creación? Señor, no te molestes, no soy digno de que entres bajo mi techo. Hermanos, ¿cuál es el techo que hace al hombre digno o lo vuelve indigno, con el que invita o rechaza el acceso de lo divino? Hermanos, este techo es el cuerpo, que cubre el alma, que oculta el sentido del espíritu, que vela el domicilio del corazón, que aparta de la visión celestial la libertad de la mente. Bajo este techo, pues, el centurión juzga indigno que entre Cristo, es decir, que la majestad divina entre en un cuerpo humano. No soy digno de que entres bajo mi techo. Pero Dios, que, cuando quiere, hace que lo humano sea divino, y, cuando se digna, cambia en su espíritu lo que es de nuestra carne, no desdeña habitar la carne ni entrar bajo el techo de nuestro cuerpo.

Propter quod, inquit, et meipsum indignum arbitratus sum venire ad te. Hoc est utrumque devoti, quia et ad se Deum venire indignum ducit, et se accedere ad eum scit esse non dignum. Quis intrat ad judicem non vocatus? quis non jussus ingreditur ad regem? quanto magis ad Deum non venit quis non vocatus. Quos vocavit, inquit, eos et justificavit. Centurio ergo non refugit adventum Domini, Christi praesentiam non recusat, sed agit ut vocantis sit gratia, non sit temeritas praesumentis.

Nam Deus quid possit, humano suggerit et informat exemplo dicendo: Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites; et dico huic Vade, et vadit; et alii, Veni, et venit; et servo meo, Fac hoc, et facit. Hoc est, si ego, qui sum sub potestate constitutus, imperio verbi solo facio mihi parere subjectos, quomodo tu qui nulli subjaces, et cujus omnia subjacent potestati, verbo non potes jubente curare? sanitatem mittere? mandare virtutes? Aut verbo reficere non potes, quod verbo fecisti? Dixit, inquit, et facta sunt; mandavit, et creata sunt. Aut aliquid ex aliquo reparare non sufficis, cuncta ex nihilo qui parasti? Dic ergo verbo, et sanabitur puer meus. Implevit illud quod propheta de Deo cecinit: Misit verbum suum, et sanavit eos; et eripuit eos de corruptela eorum.

Fratres, centurio iste, dicendo: Non sum dignus ut intres sub tectum meum, Christiani populi gerit figuram, qui Christi praesentiam corporalem se judicat non mereri, sed solo verbo, nuntio, auditu fidei tantum, totas Domini audit, credit, respicit in sua sanitate virtutes. Nam quod dicit: Dico huic, Vade, et vadit; et alii, Veni, et venit; et servo meo, Fac hoc, et facit; Judaeorum repulsam, vocationem gentium, Christiani populi obedientiam sic demonstrat. Dico huic, hoc est, Judaeo, qui non credidit, Vade, et vadit; et alii, hoc est, Gentili, quia credidit, Veni, et venit; et servo meo, hoc est, Christiano, Fac hoc, et facit. Oremus, fratres, ut mereamur Christiani non nomine tantum esse, sed fide; et ut quae jubentur, non audiamus tantum, sed faciamus audita. Quia sicut devoti servi est fecisse jussa, ita jussa contumacis est non fecisse.

Dic ergo verbo, et sanabitur puer meus. Quo audito, inquit, Jesus miratus est. Creator mirabilium miratur; aurium conditor, quasi qui non audita nesciat, sic stupet audita: sed dum gentilem sic credidisse miratur, incredulitatem corripit Judaeorum. Denique, Sequentibus se turbis dicit, in morte manentes arguens sic Judaeos: Amen dico vobis, nec in Israel tantam fidem inveni. Verum est, fratres: fides sola vivit, et vivet in gentibus; signa et virtutes lassant, et nihil proficiunt in Judaeis.

Por lo cual, dice, tampoco me consideré digno de ir a ti (Lc 7,7). Esto es propio del devoto en ambos sentidos: juzga indigno que Dios venga a él, y sabe que él no es digno de acercarse a Dios. ¿Quién entra ante el juez sin ser llamado? ¿quién se presenta ante el rey sin ser mandado? cuánto más nadie viene a Dios sin ser llamado. A los que llamó, dice, también los justificó (Rom 8,30). El centurión, pues, no rehúye la venida del Señor, no rechaza la presencia de Cristo, sino que procura que sea gracia del que llama, no temeridad del que presume.

Pues lo que Dios puede lo sugiere y lo forma con un ejemplo humano, diciendo: Pues también yo soy un hombre puesto bajo potestad, que tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace (Lc 7,8). Es decir: si yo, que estoy puesto bajo potestad, con solo el imperio de una palabra hago que me obedezcan los que me están sujetos, ¿cómo tú, que no estás sujeto a nadie, y a cuya potestad todo está sujeto, no puedes curar con una palabra que manda? ¿enviar la salud? ¿mandar prodigios? ¿O no puedes rehacer con la palabra lo que con la palabra hiciste? Lo dijo, dice, y fueron hechas; lo mandó, y fueron creadas (Sal 148,5). ¿O no eres capaz de reparar algo a partir de algo, tú que preparaste todas las cosas de la nada? Di una palabra, pues, y mi siervo quedará sano (Lc 7,7). Cumplió lo que el Profeta cantó de Dios: Envió su palabra, y los sanó; y los libró de su corrupción (Sal 107,20).

Hermanos, este centurión, al decir: No soy digno de que entres bajo mi techo, representa la figura del pueblo cristiano, que juzga no merecer la presencia corporal de Cristo, sino que por la sola palabra, por el mensaje, solo por el oído de la fe, oye, cree, contempla en su propia curación todos los prodigios del Señor. Pues cuando dice: Digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace, muestra así el rechazo de los judíos, el llamamiento de los gentiles, la obediencia del pueblo cristiano. Digo a este, es decir, al judío, que no creyó, Ve, y va; y a otro, es decir, al gentil, porque creyó, Ven, y viene; y a mi siervo, es decir, al cristiano, Haz esto, y lo hace. Oremos, hermanos, para que merezcamos ser cristianos no solo de nombre, sino por la fe; y para que lo que se manda no solo lo oigamos, sino que hagamos lo oído. Porque así como es propio del siervo devoto haber hecho lo mandado, así es propio del contumaz no haber hecho lo mandado.

Di una palabra, pues, y mi siervo quedará sano. Al oír esto, dice, Jesús se maravilló (Lc 7,9). El Creador de las maravillas se maravilla; el Hacedor de los oídos, como quien no sabe lo no oído, así se asombra de lo oído: pero, al maravillarse de que un gentil haya creído así, reprende la increencia de los judíos. En efecto, dice a las turbas que lo seguían, reprendiendo así a los judíos que permanecían en la muerte: En verdad os digo, ni en Israel he hallado tanta fe. Es verdad, hermanos: solo la fe vive, y vivirá, en los gentiles; las señales y los prodigios se cansan y nada aprovechan en los judíos.

Sermo CIII.

De filio viduae excitato a mortuis, deque corporum resurrectione

Hodie beatus evangelista, quia viduae matris unicum jam funereis vinculis illigatum, lamentabili impositum jam feretro, prosequentibus turbis euntem jam carceris ad sepulcrum, per Christum vitae redditum nuntiavit, omnium concussit corda, movit mentes, stupefecit auditum. Sed hoc gentes mirentur, Judaei stupeant, mundus pavescat: nos autem, qui omnes a saeculis mortuos ad unam vocem Christi sepulcris excitandos credimus, cur miramur? Exsurgent, inquit Isaias, mortui, et resurgent qui in monumentis sunt. Et Dominus: Veniet hora quando mortui audient vocem Filii Dei; et qui audierint, vivent. Ad haec Apostolus: In momento, in ictu oculi, in novissima tuba; canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti.

Quae est ista tuba, quae inferis infert bellum, sepulcri resolvit moles, intonat mortuis vitam, resurgentibus in lucem perpetem dat triumphum? Quae est? Illa quam superius Dominus dixit: Mortui audient vocem Filii Dei. Tuba non quae arctato spiritu per concavum cornu ligni vel aeris tristem bellantibus dat mugitum, sed quae de corde Patris, ore Filii, vitalem simul et inferis et superis dat clamorem. Et in novissima tuba; tuba quae in principio mundum vocavit ex nihilo, ipsa in novissimo mundum revocabit ex perdito; et quae initio hominem suscitavit ex limo, ipsa in fine hominem resuscitabit ex pulvere.

Fratres, sic credimus, quia tuba divinae vocis chaos divisit, collegit orbem, mundavit elementa, distinxit mundum, suspendit coelum, fundavit terram, mare vinxit, mersit infernos, dedit ordinum vices, jussit rerum continuam servitutem; ac ne vacuus horreret orbis, aptavit habitatores, habitacula sic discrevit: in coelo posuit angelos solo

Sermón CIII.

Sobre el hijo de la viuda resucitado de entre los muertos, y sobre la resurrección de los cuerpos

Hoy el bienaventurado evangelista, por haber anunciado que el hijo único de una madre viuda, ya atado con las ligaduras fúnebres, puesto ya sobre el lamentable féretro, yendo ya, seguido por las turbas, al sepulcro de su cárcel, fue devuelto a la vida por Cristo (Lc 7,12-15), ha conmovido los corazones de todos, ha movido las mentes, ha dejado atónito el oído. Pero que se maravillen de esto los gentiles, que se pasmen los judíos, que tiemble el mundo: nosotros, en cambio, que creemos que todos los muertos desde los siglos han de ser despertados de los sepulcros a la sola voz de Cristo, ¿por qué nos maravillamos? Se levantarán, dice Isaías, los muertos, y resucitarán los que están en los monumentos (Is 26,19). Y el Señor: Vendrá la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán (Jn 5,25). A esto el Apóstol: En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta; pues sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles (1 Cor 15,52).

¿Qué trompeta es esta, que lleva la guerra a los infiernos, deshace la mole del sepulcro, truena vida a los muertos, da el triunfo a los que resucitan a la luz perpetua? ¿Cuál es? Aquella de la que el Señor habló más arriba: Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. Trompeta no la que, con el aliento comprimido, por el cuerno hueco de madera o de bronce da a los combatientes un triste mugido, sino la que, desde el corazón del Padre, por la boca del Hijo, da a la vez a los infiernos y a los de arriba un clamor vital. Y a la última trompeta: la trompeta que al principio llamó al mundo de la nada, ella misma al final volverá a llamar al mundo de su perdición; y la que en el inicio levantó al hombre del limo, ella misma en el fin resucitará al hombre del polvo.

Hermanos, así lo creemos, porque la trompeta de la voz divina dividió el caos, reunió el orbe, limpió los elementos, distinguió el mundo, suspendió el cielo, fundó la tierra, ató el mar, sumergió los infiernos, dio a los órdenes sus turnos, mandó el servicio continuo de las cosas; y para que el orbe no se estremeciera vacío, le adaptó habitantes, y así distinguió sus moradas: en el cielo puso a los ángeles, que

spiritu viventes, in terra constituit vitas varias terrenorum, in aere dedit animas aligeras pervolare, in aquis tam pusilla quam magna fecit, ut viveret animantium multitudo; ac miro modo sic ex disjunctis partibus junxit compagem mundi, ut nec commixtio discreta confunderet, nec discretio rerum scinderet unitatem. Hinc est, quod diei ac noctis copula sic divisa est, ut ex quiete labor, requies ex labore constaret. Hinc sol et luna vicissim mundi circumeunt metas, ut sol geminata luce amplificet claritatem diei, et luna lumine suppari ex toto caeca noctis tempora non relinquat. Hinc stellae suo cursu varios mutant ortus, ut noctibus et signent tempora, et viantibus dent ducatum. Hinc tempora eundo veniunt, esse incipiunt dum desistunt. Hinc semina nascuntur, crescunt, adolescunt, juvenescunt, senescunt, decidunt, moriuntur, et iterum vitalibus sepulta sulcis, resoluta putredine, salutari ex morte in vitam suam redeunt, de corruptione perpetua suscitantur in forma.

Et si hoc, fratres, Dei vox, tuba Christi, per dies, per menses, per tempora, per annos vocat, revocat, ducit, reducit, praecipit esse, facit non esse, dat morti, vitae reddit, quare quod in omnibus semper facit, semel facere non possit in nobis? Aut in nobis solis virtus divina lassescit, propter quos solos totum quod praedictum est Dei est operata majestas? Homo, si tibi omnia sua ex morte reviviscunt, cur tu Deo non reviviscas ex morte? Aut in te solo Dei creatura deperit, propter quem subsistit, agitur, mutatur, innovatur tota quotidie creatura?

Fratres, haec dico, non signorum Christi cupiens exinanire virtutes, sed hortor ut unius resurgentis exemplo ad fidem resurrectionis omnium concitemur, et credamus quod crux nostri corporis sit aratrum; fides, semen; sulcus, sepulcrum; resolutio, germen; exspectatio, tempus; ut cum ver Dominici adventus arriserit, corporum nostrorum matura tunc viriditas vitalem resurgat in messem, nesciturum jam finem, nesciturum canitiem, non passuram fasces, nec flagella sensuram. Quia depositis in morte vetustatis paleis novum gloriosi corporis consurgit in fructum. Si ad unius viduae lacrymas temporales sic motus est Christus, ut occurreret in via, ut ex oculis stillantia dolorum fluenta restingueret, ut recuteret mortem, reduceret hominem, resuscitaret corpus, vitam reduceret, planctum verteret in gaudium, et exsequias lugubres in festivitatem natalitiam commutaret, et feretro datum matri vivum redderet ex morte; quid modo faciet quando inardescet viribus suis ad Ecclesiae suae lacrymas diuturnas, ad sponsae suae sanguineos sudores?

viven solo de espíritu; en la tierra estableció las diversas vidas de los seres terrenos; en el aire dio a las almas aladas el volar; en las aguas hizo tanto lo pequeño como lo grande, para que viviera una multitud de seres animados; y de modo admirable unió así la trabazón del mundo a partir de partes separadas, que ni la mezcla diferenciada confundiera, ni la distinción de las cosas rompiera la unidad. De aquí que la pareja del día y de la noche esté dividida de tal modo que el trabajo se apoye en el reposo, y el descanso en el trabajo. De aquí que el sol y la luna recorren por turno las metas del mundo, para que el sol con luz redoblada amplíe la claridad del día, y la luna con luz casi igual no deje del todo ciegos los tiempos de la noche. De aquí que las estrellas cambian en su curso sus diversos ortos, para señalar de noche los tiempos y dar guía a los caminantes. De aquí que los tiempos vienen yéndose, comienzan a ser mientras dejan de ser. De aquí que las semillas nacen, crecen, se desarrollan, se hacen jóvenes, envejecen, caen, mueren, y de nuevo, sepultadas en surcos vitales, deshechas en la podredumbre, vuelven de una muerte saludable a su vida, son resucitadas de la corrupción en forma perpetua.

Y si, hermanos, la voz de Dios, la trompeta de Cristo, por días, por meses, por estaciones, por años, llama, vuelve a llamar, lleva, vuelve a traer, manda ser, hace no ser, da a la muerte, devuelve a la vida, ¿por qué lo que siempre hace en todas las cosas no podría hacerlo una vez en nosotros? ¿O en nosotros solos se cansa el poder divino, por quienes solos la majestad de Dios ha obrado todo lo que se ha dicho? Hombre, si para ti todas las cosas reviven de su muerte, ¿por qué no habrías de revivir tú para Dios de la muerte? ¿O en ti solo perece la criatura de Dios, por quien toda la creación subsiste, se mueve, se cambia, se renueva cada día?

Hermanos, digo esto no queriendo vaciar el poder de las señales de Cristo, sino que exhorto a que, con el ejemplo de uno que resucita, nos estimulemos a la fe en la resurrección de todos, y creamos que la cruz de nuestro cuerpo es el arado; la fe, la semilla; el surco, el sepulcro; la disolución, el brote; la espera, el tiempo; para que, cuando sonría la primavera de la venida del Señor, el verdor de nuestros cuerpos, entonces maduro, resucite en mies vital, que ya no conocerá fin, no conocerá canas, no sufrirá las varas ni sentirá los azotes. Porque, depuesta en la muerte la paja de la vetustez, lo nuevo se levanta en fruto de un cuerpo glorioso. Si ante las lágrimas pasajeras de una sola viuda Cristo se conmovió de tal modo que le salió al encuentro en el camino, que restañó los torrentes de dolor que goteaban de sus ojos, que rechazó la muerte, devolvió al hombre, resucitó el cuerpo, restituyó la vida, convirtió el llanto en gozo, y cambió las exequias lúgubres en fiesta natalicia, y devolvió vivo de la muerte a la madre al que había sido entregado al féretro; ¿qué hará ahora, cuando se inflame con su fuerza ante las lágrimas incesantes de su Iglesia, ante los sudores sangrientos de su esposa?

Nam per supplicantem Ecclesiam lacrymas fundit juges, per martyres sacrum sanguinem sudat, donec unicum suum, hoc est populum Christianum, quem tot ad mortem ferunt tempora, occurrens Christus de mortali feretro perpetuae vitae reddat in supernae matris gaudium sempiternum.

Verum quia nascentis Christi venit tempus, et miraculum coeleste jam radiat paritura virginitas, atque ortum divini regis nobis non stella jam nuntiat, sed ipse solis ascensus, adoraturi occurramus omnes, et muneribus sacris Deum regemque virgineo processisse fateamur ex templo: offeramus munera, quia nascenti regi semper publica paratur oblatio, offeramus munera, quia indevotus satis est vacuus adorator. Hoc probat magus, qui onustus auro, succensus thure, sacratus myrrha, Christi cunabulis inclinatur. Quale est, si quod fecit magus, non faciat Christianus? Quale est, si ad gaudium nascentis Christi fleat pauper, captivus gemat, hospes lamentetur, ejulet peregrinus? Festa coelestia Judaeus decimis semper honoravit, Christianus quid de se sentit, si vel centesimis non honorat?

Fratres, ne quis me hoc dicere existimet declamantis studio, non dolentis affectu. Doleo, certe doleo, quando lego Christi cunabula magos rigasse auro, et video altare corporis Christi Christianos vacuum reliquisse, et in tempore hoc praesertim, quando se pauperum fames vasta, quando se fundit turba lamentabilis captivorum. Non habeo nemo dicat, quando Deus ex eo quod habes, non ex eo quod non habes, quaerit; quando duo aera viduae in acceptum dignanter ascribit. Devoti simus Creatori, ut nobis devota sit creatura. Proximorum nostrorum sustentemus angustias, ut a nostris liberemur angustiis. Repleamus altare Dei, ut nostra horrea repleat fructuum plenitudo. Certe si non damus, quia non accipimus non queramur. Ipse autem Deus noster donet vobis tam praesentia quam futura bona, per Dominum nostrum Jesum Christum, cui est omnis honor et perpetua gloria, una cum Spiritu sancto, nunc et semper, et per omnia saecula saeculorum, Amen.

Pues por la Iglesia suplicante derrama lágrimas incesantes, por los mártires suda sangre sagrada, hasta que Cristo, saliendo al encuentro de su hijo único, es decir, del pueblo cristiano, al que tantos tiempos llevan a la muerte, lo devuelva desde el féretro mortal a la vida perpetua, al gozo sempiterno de la madre de lo alto.

Pero, puesto que ha llegado el tiempo del nacimiento de Cristo, y la virginidad que va a dar a luz irradia ya como milagro celestial, y el orto del rey divino no nos lo anuncia ya una estrella, sino la subida misma del sol, salgamos todos a su encuentro para adorarlo, y con dones sagrados reconozcamos que Dios y rey ha salido del templo virginal: ofrezcamos dones, porque al rey que nace siempre se le prepara una ofrenda pública; ofrezcamos dones, porque el adorador con las manos vacías es harto poco devoto. Lo prueba el mago, que, cargado de oro, encendido de incienso, consagrado con mirra, se inclina ante la cuna de Cristo (Mt 2,11). ¿Qué es esto, si lo que hizo el mago no lo hace el cristiano? ¿Qué es esto, si en el gozo del nacimiento de Cristo llora el pobre, gime el cautivo, se lamenta el forastero, se queja el peregrino? El judío honró siempre las fiestas celestiales con diezmos: el cristiano, ¿qué piensa de sí mismo, si no las honra ni siquiera con centésimas?

Hermanos, nadie piense que digo esto por afán de declamador y no por afecto de quien se duele. Me duelo, ciertamente me duelo, cuando leo que los Magos regaron con oro la cuna de Cristo, y veo que los cristianos han dejado vacío el altar del cuerpo de Cristo, y sobre todo en este tiempo, cuando se derrama el hambre inmensa de los pobres, cuando se derrama la turba lamentable de los cautivos. Que nadie diga: No tengo, cuando Dios pide de lo que tienes, no de lo que no tienes; cuando con dignación pone en cuenta las dos monedas de la viuda. Seamos devotos del Creador, para que nos sea devota la criatura. Aliviemos las angustias de nuestros prójimos, para ser librados de nuestras angustias. Llenemos el altar de Dios, para que la plenitud de los frutos llene nuestros graneros. Ciertamente, si no damos, no nos quejemos de no recibir. Que nuestro mismo Dios os conceda tanto los bienes presentes como los futuros, por nuestro Señor Jesucristo, a quien sea todo honor y gloria perpetua, junto con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermo CIV.

De divite, cujus ager ferax fuit

Quotiens dives iste venit in medium, quem tot saeculis, orbe toto, die omni, clamor divinae vocis accusat, totiens divitiarum fallax fugatur illecebra, totiens cupiditatum furens flamma restinguitur, avaritiae totiens rabies vesana mitigatur. Sic namque hodie coepit Dominus Jesus. Hominis cujusdam divitis uberes fructus ager attulit; et cogitabat intra se dicens: Quid faciam, quod non habeo quo congregem fructus meos? Et dixit, Hoc faciam, destruam horrea mea, et majora faciam, et illuc congregabo omnia quae nata sunt mihi bona mea; et dicam animae meae: Anima, habes bona multa posita in annos multos: requiesce, manduca, bibe, epulare. Dixit autem illi Deus, Stulte, hac nocte animam tuam repetunt a te, quae autem parasti, cujus erunt? Miserum, quem ubertas sterilem, abundantia anxium, inhumanum copia, divitiae fecere mendicum. Humanus ager inhumanum dominum sustinebat; et quod terra fundebat largiter, concludebat et congregabat anguste; ut esset alienorum custos, qui esse suorum noluit prorogator, ingratus Deo, sibi nequam, hostis pauperum, divitum nota, carcer naturae.

Hominis cujusdam divitis uberes fructus ager attulit, et cogitabat intra se. Quasi possit extra se quispiam cogitare, sed intra se iste cogitabat, qui in corde suo impietatis consilio recepto nil pietatis sibi, misericordiae nil reliquit. Cogitabat intra se, dicens. Digno consiliario se usus, qui mali animi non poterat habere solatium, non poterat habere collegam. Et cogitabat intra se, dicens. Mens impia cum pietate certabat, et patiebatur intestinum bellum, qui misericordiae pacem perdiderat et quietem. Et cogitabat intra se, dicens: Quid faciam? Interrogantis vox est; et quem putas interrogabat iste? Erat in illo alter, quia ad ejus penetralia jam diabolus possessor insederat; et qui intraverat in cor Judae, mentis ejus tenebat arcanum. Quid faciam, quod non habeo? Audistis quomodo non habet dives? Ecce clamat: Non habeo. Verum est, quia non habet semper, qui quaerit semper; et non habet ubi congreget, qui ut congreget sic requirit.

Sermón CIV.

Sobre el rico cuyo campo fue fértil

Cuantas veces este rico se presenta en medio, a quien por tantos siglos, en todo el orbe, cada día, acusa el clamor de la voz divina, tantas veces se ahuyenta el engañoso atractivo de las riquezas, tantas veces se apaga la llama furiosa de las codicias, tantas veces se calma la rabia insensata de la avaricia. Pues así comenzó hoy el Señor Jesús. El campo de cierto hombre rico produjo frutos abundantes; y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde recoger mis frutos? (Lc 12,16-17) Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los haré mayores, y allí recogeré todos mis bienes que me han nacido; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe, banquetea (Lc 12,18-19). Pero Dios le dijo: Necio, esta noche te reclaman tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? (Lc 12,20) ¡Desdichado, a quien la fertilidad hizo estéril, la abundancia angustiado, la copia inhumano, las riquezas mendigo! Un campo humano soportaba a un dueño inhumano; y lo que la tierra derramaba con largueza, él lo encerraba y amontonaba con estrechez; de modo que era guardián de lo ajeno el que no quiso ser repartidor de lo suyo, ingrato para con Dios, malo para sí, enemigo de los pobres, baldón de los ricos, cárcel de la naturaleza.

El campo de cierto hombre rico produjo frutos abundantes, y pensaba dentro de sí. Como si alguien pudiera pensar fuera de sí; pero este pensaba dentro de sí, él que, recibido en su corazón el consejo de la impiedad, no dejó para sí nada de piedad, nada de misericordia. Pensaba dentro de sí, diciendo. Se sirvió de sí mismo como de un consejero digno de él, él que no podía tener consuelo para un ánimo malo, no podía tener colega. Y pensaba dentro de sí, diciendo. Una mente impía combatía con la piedad, y padecía una guerra intestina el que había perdido la paz y el sosiego de la misericordia. Y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré? Es voz de quien pregunta; ¿y a quién piensas que preguntaba este? Había otro en él, porque el diablo se había instalado ya como dueño en sus aposentos íntimos; y el que había entrado en el corazón de Judas tenía el secreto de su mente. ¿Qué haré, pues no tengo? ¿Habéis oído cómo el rico no tiene? He aquí que clama: No tengo. Es verdad, porque no tiene siempre el que siempre busca; y no tiene dónde recoger el que así busca para recoger.

Sed audiamus quid ei responderit consiliarius internus. Destruam horrea mea. Evidenter apparuit qui latebat, quia a destructione incipit semper inimicus. Agit, agit, ut quae habes destruas, et quae concupieris non reformes. Miser dives, ignarus de praesentibus, disputas stultissime de futuris; quam melius praesentia, ubi est sedes animae, transtulisses! At nunc catenae horreorum tuorum strinxerunt fauces pauperum, vinxerunt hospitum colla, esurientium viscera contriverunt: unde pauperum te praecedunt gemitus et sequuntur, accusant te hospitum luridi vultus, te turba impetit plangens petentium; ut addictus a superno Judice satietatem poenarum capias, qui horreorum tuorum seras, negando caeteris, tibimet conclusisti.

Cogitanti intra se diviti merito ille taliter respondit, qui scit cogitationes hominum, quoniam vanae sunt: Stulte, hac nocte repetunt animam tuam a te; quae autem parasti, cujus erunt? Bene stulte, quia ibi totum de carne fuerat, nil de corde. Bene stulte, quia migraturae mox animae condita satis longa praeparabat. Hac nocte a te repetunt animam tuam. Convenienter hac nocte, quia fugiens misericordiae lucem, avaritiae tenebris se manciparat, dicendo: Manduca, bibe, epulare. Quod autem bibentes filii noctis sint, non diei, Apostolus sic declarat. Et qui inebriantur, nocte ebrii sunt; per obscura fertur, assumitur per tenebras, qui vitae subsidium claustris suorum mandavit et condidit horreorum. Repetunt animam tuam a te. Quare non dixit: qui dederat, repetit, sed repetunt? Quia sanctorum Deus repetit animas et reducit; tartarei ministri repetunt et pertrahunt animas impiorum.

Et cogitabat intra se, dicens: Quid faciam, quod non habeo quo congregem fructus meos? Et dixit: Hoc faciam; destruam horrea mea et majora faciam, et illuc congregabo omnia quae nata sunt mihi bona mea; et dicam animae meae: Anima, habes multa bona posita in annos multos: manduca, bibe, epulare. Dixit autem illi Deus: Stulte, hac nocte repetunt animam tuam; quae autem parasti cujus erunt? Unde iste dives sic praeventus est, ut magis cogitata perderet quam parata; et impletum est illud prophetae: Exibit spiritus ejus, et revertetur in terram suam; in illa die peribunt omnes cogitationes eorum. Cogitavit iste quid post se relinqueret, non quid praemitteret ante se: unde juxta Apostolum: Evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum; aestimantes se esse sapientes, stulti facti sunt. Cui dicitur stulte, et excitatus de somno praesentis vitae, in illa perpetuitate nihil invenit in manibus suis; sicut dixit Psalmista: Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.

Pero oigamos qué le respondió el consejero interior. Derribaré mis graneros. Apareció claramente el que se escondía, porque el enemigo siempre empieza por la destrucción. Obra, obra, para que destruyas lo que tienes y no rehagas lo que codiciaste. Rico desdichado, ignorante de lo presente, discurres con suma necedad sobre lo futuro; ¡cuánto mejor habrías trasladado lo presente allí donde está la sede del alma! Pero ahora las cadenas de tus graneros han estrangulado las gargantas de los pobres, han atado los cuellos de los forasteros, han triturado las entrañas de los hambrientos: por eso te preceden y te siguen los gemidos de los pobres, te acusan los rostros lívidos de los forasteros, te acomete la turba plañidera de los que piden; para que, condenado por el Juez de lo alto, recibas hartura de penas, tú que, negándolos a los demás, cerraste para ti los cerrojos de tus graneros.

Al rico que pensaba dentro de sí le respondió con razón de tal modo aquel que conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal 94,11): Necio, esta noche te reclaman tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? Bien dicho necio, porque allí todo había sido de la carne, nada del corazón. Bien dicho necio, porque para un alma que pronto había de partir preparaba provisiones harto largas. Esta noche te reclaman tu alma. Con razón esta noche, porque, huyendo de la luz de la misericordia, se había entregado como esclavo a las tinieblas de la avaricia, diciendo: Come, bebe, banquetea. Que los que beben son hijos de la noche, no del día, lo declara así el Apóstol. Y los que se embriagan, de noche se embriagan (1 Tes 5,7); es llevado por lo oscuro, es tomado por las tinieblas, el que confió y guardó el sustento de la vida en los cerrojos de sus graneros. Te reclaman tu alma. ¿Por qué no dijo: El que la había dado la reclama, sino: La reclaman? Porque Dios reclama las almas de los santos y las conduce de vuelta; los ministros del Tártaro reclaman y arrastran las almas de los impíos.

Y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde recoger mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros y los haré mayores, y allí recogeré todos mis bienes que me han nacido; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: come, bebe, banquetea. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche te reclaman tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? Por eso este rico fue sorprendido de tal modo que perdió lo pensado más que lo preparado; y se cumplió aquello del Profeta: Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra; en aquel día perecerán todos sus pensamientos (Sal 146,4). Este pensó qué dejaría tras de sí, no qué enviaría delante de sí: por eso, según el Apóstol: Se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazón insensato; creyéndose sabios, se volvieron necios (Rom 1,21-22). Aquel a quien se dice «necio», despertado del sueño de la vida presente, nada encuentra en sus manos en aquella perpetuidad; como dijo el salmista: Durmieron su sueño, y nada encontraron en sus manos todos los hombres de las riquezas (Sal 76,6).

Vigila ergo, dives, in opere bono, in malo dormi; ut non sit manus tua pauperi vacua, ut tibi plena sit semper. Quia dives quantum largiter profundit, tantum largiter redundat in rebus. Esto ergo dives in misericordia, si semper esse vis dives: et tunc erunt horrea tua majora, tunc plena, si non fuerint largitate vacua, cupiditate inclusa.

Vela, pues, rico, en la obra buena; en la mala, duerme; para que tu mano no esté vacía para el pobre, para que esté siempre llena para ti. Porque cuanto el rico derrama con largueza, tanto rebosa con largueza en bienes. Sé, pues, rico en misericordia, si quieres ser siempre rico: y entonces tus graneros serán mayores, entonces llenos, si no están vacíos de largueza, encerrados por la codicia.

Sermo CV.

De muliere quae habebat spiritum infirmitatis

Hodie cura Christi, et divinae virtutis dedit mirabile documentum, et diabolicae fraudis nudavit astutiam, et absolvit mulierem longo et obscuro vulnere sauciatam; sicut ait Evangelista: Erat Jesus docens in synagoga sabbatis, et mulier quae habebat spiritum infirmitatis annis decem et octo, et erat inclinata, nec omnino poterat sursum respicere. Quam cum vidisset Jesus, vocavit illam, et ait illi: Mulier, dimissa es ab infirmitate tua. Et imposuit illi manus, et confestim erecta est et glorificabat Deum.

Habebat spiritum infirmitatis, et erat inclinata: patebat vulnus, sed auctor vulneris non patebat; languorem videbant cuncti, sed languoris materiam non videbant. Erat in aperto poena, sed in ipsa poena carnifex latebat inclusus; corpus aspiciebatur incurvum, sed non aspiciebatur incurvi corporis pondus; in medio civium portabat mulier hostem suum, sed hostem cives ut propellerent non videbant. Ars nequissimi spiritus corporis necessitas credebatur, ut praedo callidus teneret captivam dolo, quam tenere viribus non valebat. Diabolus nihil esset, si essent sollicitiores homines et cautiores. Aut quid in homine umquam praevaluit ille virtute, nisi arte, mendacio, insidiis, fraude, dolo, nequitia, vitiorum ministerio, furore criminum? Ille voluntates hominum semper explorat, et bonas quidem voluntates refugit; malis autem voluntatibus obsecundat, ut sit minister scelerum, criminum leno, parasitus ipse vitiorum. Et quia potestate non potest, dominatur turpissimis mentibus turpissima servitute. Sic mendacio decepit Evam, sic cupiditate laqueavit Judam, sic Judaeos caecavit invidia, sic gentes idolorum caligavit errore, sic confudit populos pompa rerum, sic parvulos vanitate ne sana saperent occupavit.

Denique quid circa praesentem mulierem molitus sit audiamus. Et ecce, inquit, mulier, quae habebat spiritum infirmitatis annis decem et octo, et erat inclinata, nec omnino poterat sursum respicere. Videtis quia haec mulier depressa nequissimi spiritus onere suspirabat, qui semper oneribus peccatorum deprimit homines, et inclinat ad terram, ne coelum videant, ne superna sapiant, ne Deum aspectent, ne ad libertatem suam per suum revertantur auctorem; sed inclinato capite, defixis oculis, prono vultu, captivi sub jugo semper hostis teneantur antiqui.

Sermón CV.

Sobre la mujer que tenía un espíritu de enfermedad

Hoy la curación de Cristo dio una admirable prueba del poder divino, y desnudó la astucia del fraude diabólico, y liberó a una mujer herida por una larga y oscura herida; como dice el evangelista: Estaba Jesús enseñando en la sinagoga los sábados, y había una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno mirar hacia arriba (Lc 13,10-11). Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad (Lc 13,12). E impuso sobre ella las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios (Lc 13,13).

Tenía un espíritu de enfermedad, y estaba encorvada: la herida estaba patente, pero el autor de la herida no estaba patente; todos veían la dolencia, pero no veían la materia de la dolencia. La pena estaba a la vista, pero en la pena misma se ocultaba encerrado el verdugo; se veía el cuerpo encorvado, pero no se veía el peso del cuerpo encorvado; en medio de los ciudadanos llevaba la mujer a su enemigo, pero los ciudadanos no veían al enemigo para expulsarlo. El arte del espíritu malvadísimo se creía necesidad del cuerpo, para que el salteador astuto tuviera cautiva con engaño a la que no podía tener con la fuerza. El diablo no sería nada, si los hombres fueran más solícitos y más cautos. ¿O en qué ha prevalecido jamás contra el hombre por su fuerza, sino por arte, mentira, asechanzas, fraude, engaño, maldad, el ministerio de los vicios, el furor de los crímenes? Él explora siempre las voluntades de los hombres, y de las voluntades buenas huye; pero a las voluntades malas las secunda, para ser ministro de las maldades, alcahuete de los crímenes, parásito él mismo de los vicios. Y como no puede por la potestad, domina a las mentes más torpes con la servidumbre más torpe. Así engañó a Eva con la mentira, así enlazó a Judas con la codicia, así cegó a los judíos con la envidia, así entenebreció a los gentiles con el error de los ídolos, así confundió a los pueblos con la pompa de las cosas, así ocupó a los pequeños con la vanidad, para que no saborearan lo sano.

En efecto, oigamos qué maquinó respecto de la presente mujer. Y he aquí, dice, una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno mirar hacia arriba. Veis que esta mujer, abatida, suspiraba bajo el peso del espíritu malvadísimo, que siempre abate a los hombres con los pesos de los pecados y los inclina a la tierra, para que no vean el cielo, no saboreen lo de arriba, no contemplen a Dios, no vuelvan a su libertad por medio de su autor; sino que, con la cabeza inclinada, los ojos clavados, el rostro hacia el suelo, se mantengan siempre cautivos bajo el yugo del antiguo enemigo.

Sic premebatur publicanus ille, qui oculos suos ad coelum tollere non valebat, sed percutiebat peccati conscium pectus; et quia negandi locus non erat, locum misericordiae perquirebat, dicendo: Deus, propitius esto mihi peccatori. Hoc sustinens propheta beatissimus sic canebat: Iniquitates meae superposuerunt caput meum, et sicut onus grave gravatae sunt super me. Et ut sui operis aperiret auctorem, alibi sic profatur: Verticem capilli perambulantium in delictis suis. Quia qui non resistunt delictis, sed perambulant in eis, eorum diabolus et equitat, et percurrit in verticem; ut qui ad mala suo vadunt studio, ad pejora diaboli ducantur impulsu, Apostolo dicente: Tamquam euntes ducebamini.

Sed quid in hac historia spiritualis intelligentiae maneat perscrutemur. Et ecce mulier quae habebat spiritum infirmitatis annis decem et octo, et erat inclinata, nec omnino poterat sursum respicere. Quae est ista cujus infirmitatis etiam tempora describuntur? Quae est ista, cui ferre de terra, sed inclinare ad eam languor calidus sic studebat? Quae est? Haec quae modo est sanctorum genitrix Ecclesia sancta filiorum, quam, sicut dicit Apostolus, spiritus aeris hujus, spiritus diffidentiae, spiritus erroris, spiritali vexabat incommodo, atque ita ponderibus diversis pronam dabat et deponebat ad terram, ut ad coelum numquam sublevaretur aspectu.

Sed quid est quod haec quae Ecclesiae typum portat, in Synagoga sic reperitur incurva? Quid est? Quia dum fugit gentium sacrilegia, et declinat sarcinas idolorum, graviora incurrit, et portat pondera Synagogae, probante Domino, cum dicit: Vae vobis, Scribae et Pharisaei, qui alligatis onera gravia, et imponitis super humeros hominum, ipsi autem nec vel minimo digito ea vultis movere. Unde et beatus Petrus: Nunc ergo quid tentatis Deum, inquit, imponere jugum super cervices discipulorum, quod neque nos, neque patres nostri portare potuimus? Hinc est quod Christus, ab his oneribus homines cupiens alleviare, clamat: Venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos: tollite jugum meum super vos, quia suave est. Cum dicit omnes, et Judaeos utique vocat, et gentes.

Sed quare per decem et octo annos mulieris hujus trahitur aegritudo? Quia nisi decalogus legis ogdoadis venisset ad gratiam, numquam sancta Ecclesia, numquam mulier haec ad plenitudinem temporis, ad diem salutis, ad tempus acceptum, ad sui Salvatoris praesentiam pervenisset. Hanc autem mulierem gessisse Ecclesiae sic figuram ipsius qualitas curationis assignat. Vocavit, inquit, ad se illam, et imposuit illi manus. Sic curare semper Ecclesiam satis novit, qui fieri Christianus meruit, et quotidie fieri conspicit Christianos.

Así estaba oprimido aquel publicano, que no podía levantar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho consciente del pecado; y como no había lugar para negar, buscaba lugar para la misericordia, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lc 18,13). Soportando esto, el beatísimo Profeta cantaba así: Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como carga pesada han pesado sobre mí (Sal 38,5). Y para descubrir al autor de esa obra, en otro lugar habla así: La coronilla de los que se pasean en sus delitos (Sal 68,22). Porque a los que no resisten a los delitos, sino que se pasean en ellos, el diablo los cabalga y les recorre la coronilla; para que los que van al mal por su propio afán sean llevados a lo peor por el impulso del diablo, como dice el Apóstol: Como quienes iban, erais llevados (1 Cor 12,2).

Pero investiguemos qué inteligencia espiritual encierra esta historia. Y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno mirar hacia arriba. ¿Quién es esta, de cuya enfermedad se describen incluso los tiempos? ¿Quién es esta, a la que una dolencia ardiente se empeñaba así, no en levantar de la tierra, sino en inclinar hacia ella? ¿Quién es? Esta que ahora es la santa Iglesia, progenitora de hijos santos, a la que, como dice el Apóstol, el espíritu de este aire, el espíritu de la desconfianza, el espíritu del error (Ef 2,2), vejaba con una molestia espiritual, y así con pesos diversos la doblegaba y la abatía hacia la tierra, para que nunca se levantara hacia el cielo con la mirada.

Pero ¿qué significa que esta, que lleva el tipo de la Iglesia, se encuentre así encorvada en la Sinagoga? ¿Qué significa? Porque, al huir de los sacrilegios de los gentiles y apartarse de las cargas de los ídolos, incurre en otras más graves y lleva los pesos de la Sinagoga, como lo prueba el Señor cuando dice: Ay de vosotros, escribas y fariseos, que atáis cargas pesadas y las ponéis sobre los hombros de los hombres, pero vosotros ni con el dedo más pequeño queréis moverlas (Mt 23,4). Por eso también el bienaventurado Pedro: ¿Por qué, pues, tentáis ahora a Dios, dice, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos llevar? (Hch 15,10) De aquí que Cristo, deseando aliviar a los hombres de estas cargas, clama: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré: tomad sobre vosotros mi yugo, porque es suave (Mt 11,28-30). Cuando dice todos, llama sin duda tanto a los judíos como a los gentiles.

Pero ¿por qué se prolonga durante dieciocho años la enfermedad de esta mujer? Porque, si el Decálogo de la Ley no hubiera llegado a la gracia de la ogdóada, nunca la santa Iglesia, nunca esta mujer habría llegado a la plenitud del tiempo, al día de la salvación, al tiempo favorable, a la presencia de su Salvador. Que esta mujer llevaba así la figura de la Iglesia lo indica la cualidad misma de la curación. La llamó a sí, dice, e impuso sobre ella las manos. Que así cura siempre la Iglesia lo sabe bien quien mereció hacerse cristiano y ve cada día hacerse cristianos.

Namque ut incurvus peccatis erigatur gentilis ad coelum, prius a gentili per impositionem manuum nequam spiritus effugatur. Nam qui solo verbo fugarat daemones, et infirmitates omnes sola sanaverat jussione, quare super hanc mulierem suas imponit manus? Quare circa istam curandi ordinem novat, nisi quia jam tunc in una sanat omnes; immo, quia non ante suscipit Ecclesiam, nisi eam per impositionem manuum suarum purget a diabolo, et faciat Christianam; et amplius, faciendorum Christianorum curam praesentis curae formet et instituat sacramento.

Sed archisynagogus indignatur quare Christus sabbatis curet, hodieque Judaeus in Ecclesiae cura zeli furore torquetur, dum coelestes sensus intelligentia terrena revolvit, ac putat sabbatum jumentis, non hominibus consecratum, qui periclitanti bovi vel asino sabbato festinus occurrit, hominique morienti sabbato pietatis quidquam, miserationis quidquam non indulget. Et hoc facit excors, ut in pectore violet sabbatum, et in homine ipsam violet sanctitatem: ac sic Deo Dei lege praescribit; et observando sabbatum, Deo sabbatum sic refundit, quod Deus Judaeo pro labore terreno et opere carnis clementer indulsit. Et conversi sunt in arcum perversum, qui in Dominum legis legis praecepta rectissima sic retorquent. Judaee, qui te ab humanis, ut vel uno die, vel sabbato, saluti tuae curatione cessares ... Et tu, Christiane, diem Domino dominicum serva, si vis illum videre Domini diem, si vis quidquid est dominicum per Dominum possidere.

Pues, para que el gentil encorvado por los pecados se enderece hacia el cielo, primero se ahuyenta del gentil el espíritu malo por la imposición de las manos. Pues el que con sola la palabra había ahuyentado a los demonios, y había sanado todas las enfermedades con solo un mandato, ¿por qué impone sus manos sobre esta mujer? ¿Por qué respecto de esta cambia el orden de la curación, sino porque ya entonces en una sola sana a todos; o más bien, porque no acoge a la Iglesia sin antes purificarla del diablo por la imposición de sus manos y hacerla cristiana; y además, para formar e instituir con el sacramento de la presente curación el cuidado de los cristianos que han de hacerse?

Pero el jefe de la sinagoga se indigna de que Cristo cure los sábados, y hoy el judío se atormenta con furor de celo ante la curación de la Iglesia, porque revuelve con inteligencia terrena los sentidos celestiales, y cree que el sábado está consagrado a las bestias, no a los hombres, él que en sábado corre presuroso a socorrer al buey o al asno en peligro, y al hombre que muere en sábado no le concede nada de piedad, nada de miseración. Y esto hace el insensato, de modo que viola el sábado en su pecho, y en el hombre viola la santidad misma: y así prescribe a Dios con la Ley de Dios; y observando el sábado, devuelve así a Dios el sábado que Dios concedió clementemente al judío por el trabajo terreno y la obra de la carne. Y se volvieron como arco torcido (Sal 78,57) los que así retuercen contra el Señor de la Ley los rectísimos preceptos de la Ley. Judío, el que a ti de las tareas humanas, para que al menos un día, o el sábado, cesaras, por tu salud, del cuidado ... Y tú, cristiano, guarda para el Señor el día del Señor, si quieres ver aquel día del Señor, si quieres poseer por el Señor cuanto es del Señor.

Sermo CVI.

De ficu quae fructum non protulit

Sicut peritus magister ad audiendum rudes, ad intelligendum tardos, discipulorum sensus vario genere doctrinae pulsat, suscitat, accendit ingenium, ita Dominus similitudinibus variis, diversis comparationibus, populorum pigros, tardosque animos ad evangelicum convocat et invitat auditum; namque hodie sic coepit: Arborem fici habebat quidam plantatam in vinea sua, et venit quaerens fructum in illa, et non invenit. Dixit autem ad cultorem vineae: Ecce tres anni sunt, ex quo venio quaerens fructum in ficulnea hac, et non invenio: succide eam; ut quid et terram occupat? At ille respondens, ait illi, Domine, dimitte illam etiam hoc anno, usque dum fodiam circa illam, et mittam stercora, et siquidem fecerit fructum; sin autem, in futuro succides illam.

Arborem fici habebat quidam plantatam in vinea sua. Rogo quid tam planum, quid tam lucidum, quid tam commune, quid rusticis sic vernaculum, quid proprium sic peritis quam propositae similitudinis forma? Quae de generali usu veniens omnes et verbo instruit et convertit exemplo. Infructuosa arbor intricat cespitem, necat spatia, exhaurit terrae vires, cultorem conficit damno, afficit taedio possidentem: ac sic excidere istam lucrum est, est istam commodum non habere. Sic homo utique qui naturae donum, munus animae, rationis beneficium, excellentiam sensus, judicium mentis, artis industriam, culturae bonum, per steriles atque inopes actus evertit, occupat, mergit, auctori fructum, cultori gratiam negat; sicut arbor e terra, sic iste e vita meretur excidi. Et sicut infecunda arbor si fuerit in vinea, dum fundit mortiferam subjectis viribus umbram, inimica non sibi soli, sed etiam palmitibus fit fecundis: ita homo deses, ignavus, si praesit populis, non sibi soli fit noxius, sed multis, dum sequentes se suo vitiat et perdit exemplo.

Sed hanc similitudinem quare Dominus dixerit audiamus. Arbor ficus, brumali tempore transacto, dum grossos producit in florem, et simulat suum suis floribus fructum, decipit incautos, illudit ignaros. Namque mox projicit grossos, pigrum proficit et prorumpit in germen; et fit posterior caeteris fructu, quae videbatur caeteras anteisse. Merito ergo a Domino Synagoga arbori fici comparatur, quae calefacta tempore legali, temporaliter ecclesiastici fructus floruit in figura.

Sermón CVI.

Sobre la higuera que no dio fruto

Así como un maestro experto, para hacer oír a los rudos y entender a los tardos, golpea, despierta, enciende con variado género de doctrina los sentidos y el ingenio de sus discípulos, así el Señor, con semejanzas variadas, con comparaciones diversas, convoca e invita a la escucha del Evangelio los ánimos perezosos y tardos de los pueblos; pues hoy comenzó así: Cierto hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino buscando fruto en ella, y no lo encontró (Lc 13,6). Y dijo al viñador: He aquí que hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro: córtala; ¿para qué ocupa además la tierra? (Lc 13,7) Pero él le respondió: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche estiércol, y si da fruto; y si no, en adelante la cortarás (Lc 13,8-9).

Cierto hombre tenía una higuera plantada en su viña. Pregunto: ¿qué hay tan llano, tan claro, tan común, tan familiar para los rústicos, tan propio para los entendidos, como la forma de la semejanza propuesta? La cual, viniendo del uso general, a todos instruye con la palabra y convierte con el ejemplo. El árbol infructuoso enreda el césped, mata los espacios, agota las fuerzas de la tierra, consume con pérdidas al cultivador, hastía al dueño: y así, cortarlo es ganancia, no tenerlo es provecho. Así ciertamente el hombre que, con actos estériles y pobres, trastorna, ahoga, hunde el don de la naturaleza, el regalo del alma, el beneficio de la razón, la excelencia del sentido, el juicio de la mente, la industria del arte, el bien del cultivo, y niega al autor el fruto, al cultivador la gratitud; como el árbol de la tierra, así este merece ser cortado de la vida. Y así como el árbol infecundo, si está en una viña, al derramar una sombra mortífera sobre las fuerzas que tiene debajo, se vuelve enemigo no solo de sí mismo, sino también de los sarmientos fecundos: así el hombre desidioso, indolente, si preside a los pueblos, se vuelve dañino no solo para sí mismo, sino para muchos, en cuanto corrompe y pierde con su ejemplo a los que lo siguen.

Pero oigamos por qué dijo el Señor esta semejanza. La higuera, pasado el tiempo invernal, al sacar sus brevas en flor y simular con sus flores su fruto, engaña a los incautos, se burla de los ignorantes. Pues pronto arroja las brevas, avanza perezosa y brota en yemas; y se vuelve posterior a los demás en el fruto la que parecía haberse adelantado a los demás. Con razón, pues, la Sinagoga es comparada por el Señor a la higuera, que, calentada en el tiempo de la Ley, floreció temporalmente en figura del fruto eclesial.

Patriarcharum namque radice solidata, sacerdotali exaltata culmine, propheticis dilatata ramis, Judaicae observationis repleta grossis florebat, tunc spe sola fructum datura per Christum, immo ipsum Christum datura post fructum, dicente Psalmista: De fructu ventris tui ponam super sedem tuam.

Unde sancti scientes haec, spem fructus ex flore capiebant, et solabantur praesentia de futuris: videntes jam jamque succedere aeterna mortalibus, perpetua caducis, Legi gratiam, Synagogae Ecclesiam, coelestia terrenis, humanis divina, omnibus Christum; quem quia venturum longa patientia sustinebant, venisse fideli gaudio sunt gavisi. Ex istis erat Simeon ille, cui promissum erat ut non videret mortem, donec videret Christum Domini, quem in ulnas habens, talem prorupit in vocem. Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace. Quia viderunt oculi mei salutare tuum. Ignari vero dum fiduciam gerunt in lege tota, neque sunt de Christi exspectatione solliciti, neque suscipere Christum, neque agnoscere meruerunt: et ita sunt legalibus decepti flosculis, sicut nescios grossis suis decipit ficus. Hinc est quod Dominus adventus sui tempora scire cupientes mittit ad ficum, dicens: Videte ficulneam et omnes arbores. Cum producunt jam fructum, scitis quia prope est aestas; ita et vos cum videritis haec fieri, scitote quia prope est regnum Dei. Videtis quia ficus non signat praesentia, sed indicat sic futura.

Sed jam per ordinem propositum prosequamur exemplum. Arborem fici habebat quidam plantatam in vinea sua. Synagoga est arbor ficus, possessor arboris Christus, vinea in qua refertur plantata arbor ista, Israeliticus est populus, Isaia propheta sic dicente: Vinea Domini Sabaoth domus Israel est. Venit, inquit, quaerens fructum in illa, et non invenit. Venit Christus, et in Synagoga fructum fidei reperit nullum, quia tota dolis erat inumbrata perfidiae. Ad ficulneam venit Christus, ad quam legitur Adam nudus fugisse post culpam, dicente Geneseos libro: Et cognoverunt quia nudi sunt: et consuerunt folia fici, et fecerunt sibi succinctoria. Venit ergo ad ficum Christus, ut inveniret Adam, ut nudum tegeret pio suo corporis indumento, cujus ficus non velabat, sed stimulabat pudorem; cujus ficus ista, id est Synagoga, circumcisionibus suis nudabat partem verecundi corporis, non tegebat.

Venit, inquit, quaerens fructum, et non invenit. Dixit autem ad cultorem vineae: Ecce anni tres sunt, ex quo venio quaerens fructum in ficulnea hac, et non invenio; succide eam. Cultor vineae, qui infructuosam ficum jubetur excidere, est praesul Synagogae angelus, qui sterilitatem, quia non potest excusare, inducias impetrat supplicando. Sed illud praetereundum non est quod dixit: Ecce anni tres sunt.

Pues, afianzada en la raíz de los patriarcas, elevada en la cumbre sacerdotal, extendida en las ramas proféticas, llena de las brevas de la observancia judaica, florecía, para dar entonces fruto por Cristo solo en esperanza, o más bien, para dar después del fruto al mismo Cristo, como dice el salmista: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal 132,11).

Por eso los santos, sabiendo esto, tomaban de la flor la esperanza del fruto, y consolaban lo presente con lo futuro: viendo ya, ya mismo, suceder lo eterno a lo mortal, lo perpetuo a lo caduco, la gracia a la Ley, la Iglesia a la Sinagoga, lo celestial a lo terreno, lo divino a lo humano, Cristo a todas las cosas; y porque lo esperaban venidero con larga paciencia, se gozaron con gozo fiel de que hubiera venido. De estos era aquel Simeón, a quien se le había prometido que no vería la muerte hasta ver al Cristo del Señor, y teniéndolo en sus brazos, prorrumpió en tales palabras. Ahora despides a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz (Lc 2,29). Porque han visto mis ojos tu salvación (Lc 2,30). Pero los ignorantes, al poner su confianza en la Ley entera y no ser solícitos de la espera de Cristo, no merecieron ni acoger a Cristo ni reconocerlo: y así fueron engañados por las florecillas de la Ley, como la higuera engaña con sus brevas a los que no saben. De aquí que el Señor remite a la higuera a los que desean saber los tiempos de su venida, diciendo: Mirad la higuera y todos los árboles (Lc 21,29). Cuando ya echan su fruto, sabéis que está cerca el verano; así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios (Lc 21,30-31). Veis que la higuera no señala lo presente, sino que así indica lo futuro.

Pero sigamos ya por orden el ejemplo propuesto. Cierto hombre tenía una higuera plantada en su viña. La Sinagoga es la higuera, el dueño del árbol es Cristo, la viña en la que se dice plantado este árbol es el pueblo de Israel, como dice el profeta Isaías: La viña del Señor Sabaot es la casa de Israel (Is 5,7). Vino, dice, buscando fruto en ella, y no lo encontró. Vino Cristo, y en la Sinagoga no encontró ningún fruto de fe, porque estaba toda sombreada por los engaños de la incredulidad. Vino Cristo a la higuera, a la que se lee que huyó Adán desnudo después de la culpa, como dice el libro del Génesis: Y conocieron que estaban desnudos: y cosieron hojas de higuera, y se hicieron ceñidores (Gn 3,7). Vino, pues, Cristo a la higuera para encontrar a Adán, para cubrir al desnudo con la piadosa vestidura de su cuerpo, a aquel cuyo pudor la higuera no velaba, sino que estimulaba; a aquel a quien esta higuera, es decir, la Sinagoga, con sus circuncisiones desnudaba la parte pudorosa del cuerpo, y no se la cubría.

Vino, dice, buscando fruto, y no lo encontró. Y dijo al viñador: He aquí que hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala. El viñador, a quien se manda cortar la higuera infructuosa, es el ángel que preside la Sinagoga, que, como no puede excusar su esterilidad, obtiene una tregua suplicando. Pero no hay que pasar por alto lo que dijo: He aquí que hace tres años.

Tres anni, tria sunt tempora per quae Christus ad Synagogam fructum quaesiturus advenit, id est, per legem, per prophetas, per ipsam sui praesentiam corporalem, ut infructuosa ficus, quae jam divinitati fructus velut non necessarios denegabat, vel homini, vel esurienti, vel manducaturo Christo cibos necessarios non negaret.

Sed nunc quid cultor vineae responderit audiamus. Domine, dimitte illam et hoc anno. Cultor vineae concedi adhuc evangelici temporis precatur annum, de quo Isaias dicit: Praedicare annum Domini acceptum, et diem retributionis. Ut quid? Usque dum fodiam circa illam. Vult eam apostolico vomere perfodere, quia legalis cultri non valuit sentire culturam. Et mittam stercora. Tantae radici necessaria, quae pro tanta pinguedine cespitis sancti fota coelesti imbre non meruit esse fecunda. Ficus sterilis, Synagoga misera miseratione gentium stercoratur; ut vilissimis adjuta fomentis redeat ad fructum, quae tanto et pretioso ubere decessit de fructu: quae si post haec in eadem sterilitate permanserit, jam non cultoris falce, sed ipsius dominantis securi, desperata et inutilis succidetur. Et ideo non dixit: In futuro succidam eam, sed Succides eam, juxta illud Joannis: Jam securis ad radicem arborum posita est: Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur. Quia post evangelici cultum temporis infructuosas arbores securis judicii succidet, et novissimum suscipiet et cremabit incendium.

Los tres años son tres tiempos por los que Cristo vino a la Sinagoga a buscar fruto, es decir, por la Ley, por los profetas, por su misma presencia corporal, para que la higuera infructuosa, que ya negaba a la divinidad sus frutos como no necesarios, no negara al menos los alimentos necesarios a Cristo hombre, hambriento, a punto de comer.

Pero oigamos ahora qué respondió el viñador. Señor, déjala también este año. El viñador ruega que se conceda todavía el año del tiempo evangélico, del que dice Isaías: Predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución (Is 61,2). ¿Para qué? Hasta que cave alrededor de ella. Quiere cavarla a fondo con el arado apostólico, porque no pudo sentir el cultivo de la podadera de la Ley. Y le eche estiércol. Necesario para una raíz tan grande, que, a pesar de tanta fertilidad del suelo santo, abrigada por la lluvia celestial, no mereció ser fecunda. Higuera estéril, la mísera Sinagoga es abonada con la miseración de los gentiles, para que, ayudada con los más viles abrigos, vuelva al fruto la que con tanta y tan preciosa fertilidad se apartó del fruto: y si después de esto permanece en la misma esterilidad, ya no con la hoz del viñador, sino con el hacha del dueño mismo, desesperada e inútil, será cortada. Y por eso no dijo: En adelante la cortaré, sino: La cortarás, según aquello de Juan: Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol, pues, que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego (Mt 3,10). Porque, después del cultivo del tiempo evangélico, el hacha del juicio cortará los árboles infructuosos, y el incendio último los recibirá y los quemará.